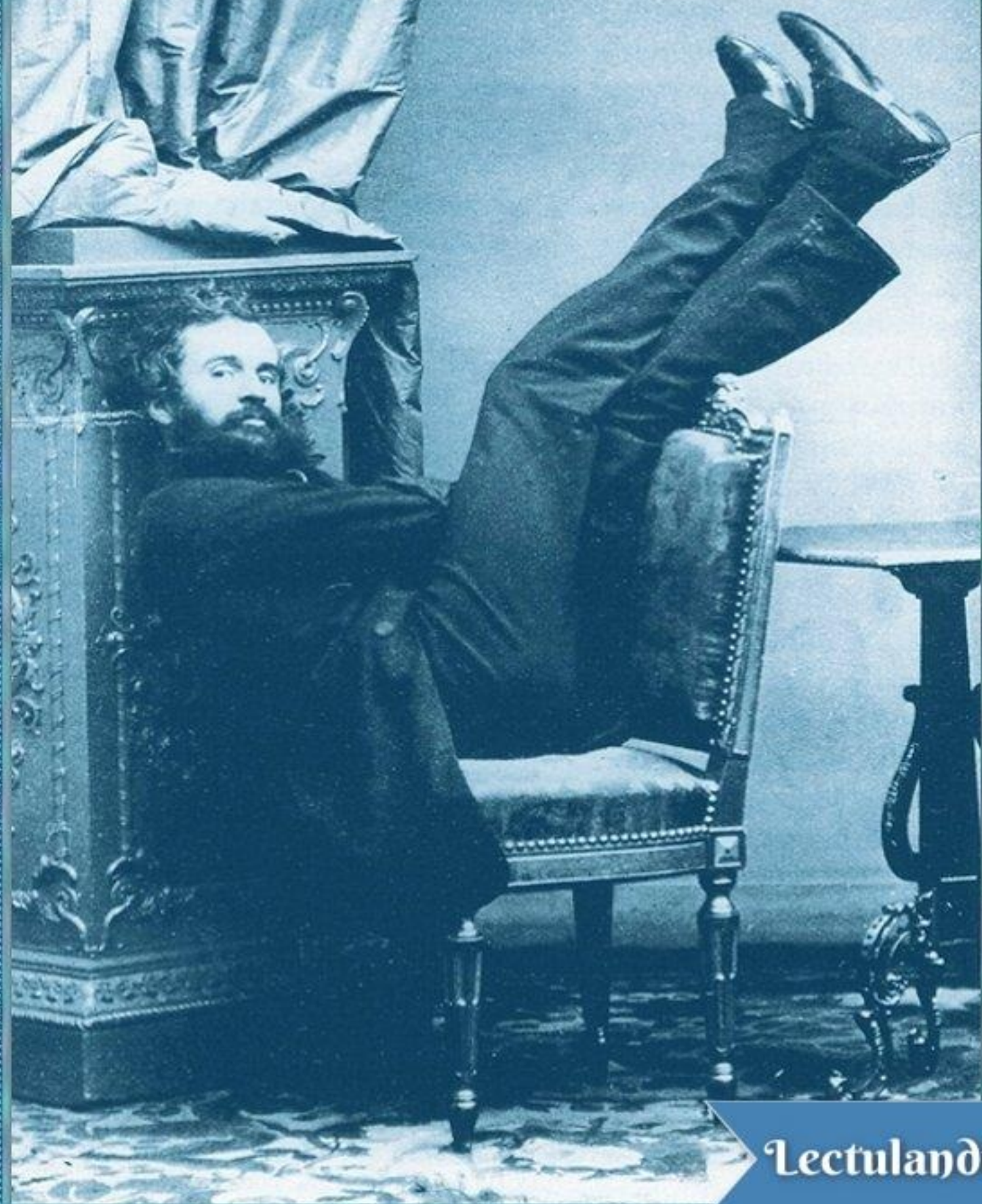


LA PIPA DE OPIO

THEOPHILE GAUTIER



Lectulandia

La Pipa de Opio recrea un universo de encantamientos y sortilegios, poblado de espíritus, presentimientos, delirios y misterio, en el que la voluptuosidad y el exotismo se unen a la muerte en un declarado culto a la belleza. En estas páginas, Gautier se inspira en una imagen mítica del pasado («Arria Marcella», «Ónfala» o «El pie de momia»), en alucinadas visiones, producto del sueño y las drogas («La pipa de opio», «El caballero doble» o «Avatar», considerado uno de los relatos fantásticos más representativos del siglo XIX), en temas como los de los objetos que cobran vida, la muerta resucitada o la pasión por Satán. Los diez cuentos reunidos en este volumen fueron publicados entre 1831 y 1856. Junto a «La muerta enamorada» (El ojo sin párpado nº 1) y «Onophrius» (El ojo sin párpado nº 30) componen lo mejor de la producción fantástica del heredero de Hoffmann en Francia.

Lectulandia

Théophile Gautier

La pipa de opio y otros cuentos

El ojo sin párpado - 38

ePub r1.0

Titivillus 06.09.16

Théophile Gautier, 1990

Traducción: Elena del Amo

Cuadro de cubierta: *Joven sentado con las piernas en alto* (André-Adolph Disderi)

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

LA CAFETERA

Cuento fantástico^[1]

I

EL año pasado me invitaron, junto a dos de mis compañeros de trabajo, Arrigo Cohic y Pedrino Borgnioli, a pasar unos días en un lugar remoto de Normandía.

El tiempo que, cuando nos pusimos en marcha, prometía ser excelente, cambió de repente, y cayó tanta lluvia, que los tortuosos caminos por los que avanzábamos eran como el lecho de un torrente.

Nos hundimos en el cieno hasta las rodillas, una capa espesa de tierra resbaladiza se pegó a la suela de nuestras botas, y su peso aminoró de tal modo nuestros pasos, que llegamos a nuestro lugar de destino una hora después de la puesta del sol.

Estábamos agotados; así es que nuestro anfitrión, al comprobar los esfuerzos que hacíamos para reprimir los bostezos y mantener los ojos abiertos, una vez que hubimos cenado, mandó que nos condujeran a cada uno a nuestra habitación.

La mía era muy amplia; sentí, al entrar en ella, como un estremecimiento febril, porque me pareció que entraba en un mundo nuevo.

Realmente, uno podía creerse en tiempos de la Regencia, viendo los dinteles de Boucher que representaban las cuatro Estaciones, los muebles de estilo rococó del peor gusto, y los marcos de los espejos torpemente tallados.

Nada estaba desordenado. El tocador cubierto de estuches de peines, de borlas para los polvos, parecía haber sido utilizado la víspera. Dos o tres vestidos de colores tornasolados, un abanico sembrado de lentejuelas de plata alfombraban el entarimado bien encerado y, ante mi gran asombro, una tabaquera de concha, abierta sobre la chimenea, estaba llena de tabaco todavía fresco.

No advertí estas cosas hasta después de que el criado, tras dejar la palmatoria en la mesa de noche, me hubo deseado felices sueños y, lo confieso, empecé a temblar como una hoja. Me desnudé rápidamente, me acosté y, para acabar con aquellos estúpidos temores, pronto cerré los ojos volviéndome hacia el lado de la pared.

Pero me fue imposible permanecer en esa postura: la cama se agitaba como una

ola y mis párpados y mis ojos se negaban obstinadamente a cerrarse. No tuve más remedio que volverme y mirar.

El fuego que ardía en la chimenea lanzaba reflejos rojizos a la estancia, de modo que se podía sin dificultad contemplar los personajes de los tapices y las figuras de los retratos borrosos colgados de la pared.

Eran los antepasados de nuestro anfitrión, caballeros con armaduras de hierro, consejeros con peluca, y bellas damas de rostro maquillado y cabellos empolvados de blanco, que llevaban una rosa en la mano.

De repente el fuego cobró un extraño grado de actividad; un resplandor macilento iluminó la habitación, y vi claramente que lo que había tomado por simples pinturas se hacía realidad; porque las pupilas de aquellos seres enmarcados se movían, brillaban de forma singular; sus labios se abrían y se cerraban como labios de personas que hablaran, pero yo no oía sino el tic-tac del reloj de pared y el silbido del viento otoñal.

Un terror invencible se apoderó de mí, se me erizaron los cabellos, los dientes me castañeteaban tan fuertemente que pensé que se me iban a romper, y un sudor frío inundó todo mi cuerpo.

El reloj dio las once. La vibración del último toque retumbó durante un instante interminable y, cuando hubo cesado completamente...

¡Oh, no! No me atrevo a decir lo que ocurrió, nadie me creería y me tomarían por loco.

Las velas se encendieron solas; el fuelle, sin que ningún ser visible lo pusiera en movimiento, empezó a soplar el fuego, carraspeando como un viejo asmático, mientras las tenazas? removían los tizones y la paleta levantaba las cenizas.

Después, una cafetera se tiró desde una mesa en la que estaba posada, y se dirigió, renqueando, hacia la lumbre, donde se instaló entre los tizones.

Unos instantes más tarde, las butacas empezaron a ponerse en movimiento y, agitando sus retorcidas patas de forma sorprendente, fueron a colocarse alrededor de la chimenea.

II

No sabía qué pensar de lo que veía; pero lo que me quedaba por ver era todavía más extraordinario.

Uno de los retratos, el más antiguo de todos, el de un gordo mofletudo de barba gris, que se parecía, hasta el punto de confundirse, a la idea que siempre me había hecho del viejo sir John Falstaff, sacó, gesticulando, la cabeza de su marco y, después de grandes esfuerzos, habiendo logrado pasar sus hombros y su rechoncho vientre por entre los estrechos márgenes de la orla, saltó pesadamente al suelo.

Todavía no había recobrado el aliento cuando sacó del bolsillo de su jubón una llave increíblemente pequeña: sopló dentro para asegurarse de que el agujero estaba bien limpio, y la aplicó a todos los marcos, unos tras otros.

Y todos los marcos se ensancharon para dejar pasar fácilmente a las figuras que encerraban.

Pequeños y sonrosados abates, nobles ancianas, secas y amarillas, magistrados de gesto grave, embutidos en enormes trajes negros, petimetres con medias de seda, calzón de lana y la punta de la espada en alto... todos esos personajes presentaban un espectáculo tan extraño que, a pesar de mi espanto, no pude evitar que me diera la risa.

Los dignos personajes se sentaron; la cafetera saltó ágilmente a la mesa. Tomaron el café en tazas del Japón, blancas y azules, que acudieron espontáneamente procedentes de la superficie de un escritorio, cada una provista de un terrón de azúcar y de una cucharita de plata.

Una vez tomado el café, tazas, cafetera y cucharas desaparecieron a la vez, y empezó la conversación, realmente la más curiosa que jamás había oído, porque ninguno de los extraños conversadores miraba al otro al hablar: todos tenían los ojos fijos en el reloj de péndulo.

Yo tampoco podía desviar la mirada de él, ni evitar seguir la aguja, que avanzaba hacia medianoche a imperceptibles pasos.

Por fin, sonaron las doce; una voz, cuyo timbre era exactamente el del reloj, se dejó oír y dijo:

—Es la hora, bailemos.

El grupo entero se levantó. Las butacas retrocedieron solas; entonces, cada caballero cogió la mano de una dama, y la misma voz dijo:

—¡Vamos, señores de la orquesta, empiecen!

He olvidado decir que el motivo de los tapices era: en uno, un concierto italiano y, en el otro, una cacería de ciervos donde varios criados tocaban el cuerno. Los monteros y los músicos que, hasta entonces, no habían hecho gesto alguno, inclinaron la cabeza en señal de adhesión.

El maestro levantó la batuta, y una armonía viva y bailable surgió de los dos extremos de la sala. Primero bailaron el minué.

Pero las rápidas notas de la partitura ejecutada por los músicos armonizaban mal con las graves reverencias: además, cada pareja de bailarines, al cabo de unos minutos, se puso a hacer piruetas como una peonza. Los vestidos de seda de las mujeres, arrugados en aquel torbellino danzante, emitían sonidos de especial

naturaleza; era como el ruido de alas de un vuelo de palomos. El aire que se introducía por debajo los inflaba prodigiosamente, de modo que parecían campanas en movimiento.

El arco de los virtuosos pasaba tan rápidamente por las cuerdas, que salían chispas eléctricas. Los dedos de los flautistas se alzaban y bajaban como si hubieran sido de azogue; las mejillas de los moneros estaban hinchadas como balones, y todo ello formaba un torrente de notas y trinos tan apresurados y escalas ascendentes y descendentes tan embrolladas, tan inconcebibles, que ni los propios demonios hubieran podido seguir dos minutos semejante compás.

Daba pena ver los esfuerzos de aquellos bailarines por seguir el ritmo. Saltaban, hacían cabriolas, zalamerías, agitados pasos de danza y trenzados de tres pies de altura, con tal ímpetu que el sudor, que les caía por la frente hasta los ojos, les desdibujaba los bigotes y el maquillaje. Pero por mucho que hicieran, la orquesta siempre se les adelantaba tres o cuatro notas.

El reloj dio la una; se detuvieron. Vi algo que se me había escapado: una mujer que no bailaba.

Estaba sentada en una butaca a un lado de la chimenea, y no parecía en lo más mínimo tomar parte en lo que pasaba a su alrededor.

Jamás, ni siquiera en sueños, nada tan perfecto se había presentado a mis ojos; una piel de resplandeciente blancura, el cabello de un rubio ceniciento, largas pestañas y unos ojos azules, tan claros y tan transparentes, que a través de ellos veía su alma tan nítidamente como un guijarro en el fondo de un arroyo.

Y sentí que, si alguna vez llegaba a amar a alguien, sería a ella. Salté precipitadamente de la cama, donde hasta entonces no había podido moverme, y me dirigí hacia ella, llevado por algo que actuaba sobre mí sin que pudiera darme cuenta; y me encontré a sus pies, con una de sus manos entre las mías, charlando como si la conociera desde hacía veinte años.

Pero, por un extraño prodigio, mientras le hablaba, seguía con una ligera oscilación de cabeza la música que no había cesado de sonar; y, aunque estuviera en el colmo de la dicha conversando con tan bella persona, los pies me ardían de deseos de bailar con ella.

Sin embargo no me atrevía a proponérselo. Al parecer, comprendió lo que yo quería, porque, levantando hacia la esfera del reloj la mano que le quedaba libre, dijo:

—Cuando la aguja avance hasta ahí, ya veremos, mi querido Théodore.

No sé cómo ocurrió pero no me sorprendió en absoluto oír que me llamaba por mi nombre, y continuamos charlando. Por fin, sonó la hora indicada, la voz con timbre de plata vibró otra vez en la habitación y dijo:

—Ángela, puedes bailar con el caballero, si te apetece, pero ya sabes lo que pasará.

—No importa —respondió Ángela en tono enojado.

Y me rodeó el cuello con su brazo de marfil.

—*Prestissimo!* —gritó la voz.

Y empezamos a bailar un vals. El seno de la muchacha tocaba mi pecho, su aterciopelada mejilla rozaba la mía, y su suave aliento acariciaba mi boca.

En toda mi vida había experimentado una emoción semejante; mis nervios vibraban como resortes de acero, la sangre me corría por las arterias como un torrente de lava, y oía latir mi corazón como si tuviera un reloj en los oídos.

Sin embargo aquel estado no era terrible en absoluto. Estaba inundado de una inefable dicha y hubiera querido seguir siempre así, y, cosa extraordinaria, aunque la orquesta hubiera triplicado su velocidad, no necesitábamos hacer esfuerzo alguno para seguirla.

Los asistentes, maravillados de nuestra agilidad, gritaban entusiasmados, y aplaudían con todas sus fuerzas, aunque no emitían ningún sonido.

Ángela, que hasta entonces había bailado el vals con una energía y una perfección sorprendentes, de repente pareció cansarse; me pesaba en el hombro como si las piernas le flaquearan; sus piecitos que, un minuto antes, tocaban ligeramente el suelo, se alzaban muy lentamente, como si estuvieran cargados con una masa de plomo.

—Ángela, estás cansada —le dije—; descansemos.

—Me gustaría —contestó enjugándose la frente con su pañuelo—. Pero, mientras bailábamos el vals, todos se han sentado; sólo queda una butaca y somos dos.

—¡Qué importa, ángel mío! Te sentaré en mis rodillas.

III

Sin hacer la menor objeción, Ángela se sentó, me rodeó con sus brazos como si de un chal blanco se tratara y escondió la cabeza en mi pecho para calentarse un poco, porque se había quedado fría como el mármol.

No sé cuánto tiempo permanecemos en esa posición, porque todos mis sentidos estaban absortos en la contemplación de aquella misteriosa y fantástica criatura.

Había perdido la noción de la hora y del lugar; el mundo real ya no existía para mí, y todos los lazos que me ataban a él se habían roto; mi alma, libre de su prisión de fango, nadaba en el vacío y el infinito; comprendía lo que ningún hombre puede comprender, pues los pensamientos de Ángela se me revelaban sin que ella tuviera necesidad de hablar. Su alma brillaba en su cuerpo como una lámpara de alabastro, y

los rayos que salían de su pecho atravesaban el mío de parte a parte.

Cantó la alondra y un pálido resplandor se vislumbró tras las cortinas.

En cuanto Ángela lo vio, se levantó precipitadamente, me hizo un gesto de despedida y, después de dar unos pasos, lanzó un grito y se desplomó.

Presa de espanto, me precipité a levantarla... La sangre se me hieló sólo de pensarlo: no encontré sino la cafetera rota en mil pedazos.

Ante aquella visión, convencido de que había sido el juguete de alguna ilusión diabólica, se apoderó de mí tal pánico, que me desvanecí.

IV

Cuando recobré el conocimiento, me encontraba en la cama; Arrigo Cohic y Pedrino Borgnioli estaban de pie a la cabecera.

En cuanto abrí los ojos, Arrigo exclamó:

—¡Bueno, menos mal! Llevo casi una hora frotándote las sienes con agua de Colonia. ¿Qué diablos has hecho esta noche? Por la mañana, al ver que no bajabas, entré en tu habitación, y te encontré, cuán largo eres, tirado en el suelo, vestido de cuello duro y levita, abrazando un trozo de porcelana rota como si de una joven y bella muchacha se tratara.

—¡Pues claro! Es el traje de boda de mi abuelo —dijo el otro levantando uno de los faldones de seda forrado en tono rosa y estampado en tonos verdes—. Estos son los botones de estrás y de filigrana de los que tanto presumía. Théodore lo habrá encontrado en algún rincón y se lo habrá puesto para divertirse. Pero ¿cuál ha sido la causa de tu mal? Eso está bien para una damisela de blancos hombros; se le afloja el corsé, se le quitan los collares, el chal: una buena ocasión para hacer remilgos.

—No ha sido más que un desmayo; soy muy propenso —respondí secamente.

Me levanté y me despojé de mi ridícula vestimenta.

Luego fuimos a almorzar.

Mis tres compañeros comieron mucho y bebieron todavía más; yo casi no comí, pues el recuerdo de lo que había pasado me distraía de forma extraña.

El almuerzo terminó, pero como llovía a cántaros, no se podía salir; cada uno se entretuvo, pues, como pudo. Borgnioli tamborileó marchas guerreras en los cristales; Arrigo y el anfitrión jugaron una partida de damas; yo saqué de mi álbum una hoja de pergamino y me puse a dibujar.

Las líneas casi imperceptibles trazadas por mi lápiz, sin que hubiera pensado en ello en absoluto, comenzaron a diseñar con la más maravillosa exactitud la cafetera que había jugado un papel tan importante en las escenas de la noche.

—Es sorprendente cómo esta cabeza se parece a mi hermana Angela —dijo el anfitrión, que había terminado su partida y me veía trabajar por encima del hombro.

En efecto, lo que antes me había parecido una cafetera era realmente el perfil dulce y melancólico de Ángela.

—¡Por todos los santos del paraíso! ¿Está muerta o viva? —exclamé con un cierto temblor en la voz, como si mi vida dependiera de su respuesta.

—Murió hace dos años, de una pleuresía, después de un baile.

—¡Ay! —respondí dolorosamente.

Y, conteniendo una lágrima que estaba a punto de caer, guardé el papel en el álbum.

¡Acababa de comprender que para mí ya no era posible la felicidad en la tierra!

ÓNFALA

Historia rococó^[2]

MI tío, el caballero de T***, vivía en una pequeña casa que daba por un lado a la triste calle de Tournelles y por el otro al triste boulevard Saint-Antoine. Entre el boulevard y el cuerpo de la vivienda, viejos arbustos, devorados por los insectos y el musgo, estiraban lamentablemente sus brazos descarnados al fondo de una especie de cloaca encajada entre negras y altas murallas. Algunas pobres flores marchitas doblaban lánguidamente la cabeza como muchachas tísicas, esperando que un rayo de sol fuera a secar sus hojas medio podridas. Los hierbajos habían irrumpido en los senderos, que se reconocían con dificultad, pues hacía mucho tiempo que el rastrillo no había pasado por ellos. Uno o dos peces rojos flotaban más que nadaban en un estanque cubierto de lentejas de agua y de plantas de pantano.

Mi tío llamaba a eso su jardín.

En el jardín de mi tío, aparte de las bellezas que acabamos de describir, había un pabellón bastante desapacible, al que, sin duda por antífrasis, le había dado el nombre de *Delicias*. Se hallaba en un estado de completa degradación. Las paredes estaban combadas; grandes placas de argamasa se habían desprendido y yacían por la tierra entre las ortigas y la avena loca; un moho pútrido verdeaba las partes inferiores; la madera de los postigos y de las puertas se había dilatado, y ya no cerraban o lo hacían muy mal. Una especie de enorme puchero de resplandecientes efluvios formaba la decoración de la entrada principal; porque en tiempos de Luis XV, época de la construcción de las *Delicias*, había siempre, por precaución, dos entradas. Óvolos, hojas esculpidas y volutas recargaban la cornisa totalmente arrasada por la infiltración de las aguas pluviales. En resumen, las *Delicias* de mi tío el caballero de T*** era una construcción lamentable.

Aquella pobre ruina de antaño, tan deteriorada como si hubiera tenido mil años, ruina de yeso y no de piedra, arrugada, agrietada, cubierta de lepra, carcomida de musgo y de salitre, tenía el aspecto de uno de esos ancianos precoces, consumidos por corrompidos excesos; no inspiraba respeto alguno, porque no hay nada tan feo y tan miserable en el mundo como un viejo vestido de gasa y una vieja pared de yeso, cosas que no deben perdurar y que, sin embargo, perduran.

Pues en aquel pabellón era donde mi tío me había alojado.

El interior no era menos rococó que el exterior, aunque un poco mejor conservado. La cama era de seda amarilla con grandes flores blancas. Un reloj de rocalla descansaba sobre una basa incrustada de nácar y marfil. Una guirnalda de rosas de pitiminí rodeaba coquetamente un espejo de Venecia; sobre las puertas las cuatro estaciones estaban pintadas con la técnica del camafeo. Una bella dama,

ligeramente empolvada, con un corsé azul cielo y una escala de cintas del mismo color, un arco en la mano derecha, una perdiz en la mano izquierda, una media luna en la frente, un galgo a sus pies, descansaba cómodamente y sonreía del modo más encantador del mundo dentro de un ancho marco ovalado. Era una de las antiguas amantes de mi tío, que había mandado pintar como si fuera Diana. El mobiliario, como puede apreciarse, no era de los más modernos. Nada impedía que uno creyera estar en tiempos de la Regencia, y el tapiz mitológico colgado en la pared completaba la ilusión hasta más no poder.

El tapiz representaba a Hércules hilando a los pies de Ónfala. El dibujo estaba concebido a la manera de Van Loo y en el estilo más Pompadour que sea posible imaginar. Hércules tenía una rueca rodeada de una cinta de color rosa; levantaba el dedo con una gracia muy particular, como un marqués que toma una pizca de rapé, mientras hacía girar, entre el pulgar y el índice, un blanco pedacito de estopa; su cuello musculoso estaba cargado de lazos, adornos, collares de perlas y mil perifollos femeninos; una amplia falda tornasolada, con dos inmensos miriñaques, acababa de dar un aspecto absolutamente galante al héroe vencedor de monstruos.

Ónfala tenía sus blancos hombros medio cubiertos por la piel del león de Nemea; su delicada mano se apoyaba en la nudosa clava de su amante; sus bellos cabellos rubio ceniza suavemente empolvados le caían lánguidamente por el cuello esbelto y sinuoso como el cuello de una paloma; sus piecitos, verdaderos pies de española o de china, que hubieran entrado holgadamente en el zapato de cristal de Cenicienta, estaban calzados con coturnos antiguos, color lila claro y cuajados de perlas. ¡Era realmente maravillosa! La cabeza se echaba hacia atrás en un gesto de adorable coquetería; la boca se plegaba y formaba un delicioso mohín; tenía las aletas de la nariz ligeramente infladas y las mejillas un poco encendidas; un lunar, sabiamente situado, realzaba su esplendor de forma encantadora; sólo le faltaba un pequeño bigote para parecer un consumado mosquetero.

También había muchos otros personajes en el tapiz, la inevitable doncella, el pequeño Cupido de rigor; pero no han dejado en mi recuerdo una silueta lo bastante clara como para que pueda describirlos.

En esa época yo era muy joven, lo que no quiere decir que sea muy viejo ahora; pero acababa de salir del colegio, y estaba en casa de mi tío mientras elegía una profesión. Si el buen hombre hubiera podido prever que me dedicaría a escribir cuentos fantásticos, sin duda me hubiera puesto en la puerta y desheredado irrevocablemente; porque profesaba por la literatura en general y los autores en particular el desprecio más aristocrático. Como verdadero gentilhombre que era, le hubiera gustado mandar a sus empleados que colgaran o molieran a palos a todos esos escritorzuelos que se atreven a emborronar papel y a hablar irrespetuosamente de las personas de alcurnia. ¡Dios conceda la paz a mi pobre tío! pero realmente en el mundo sólo valoraba la epístola a Belcebú.

Así pues, yo acababa de salir del colegio. Estaba lleno de sueños y de ilusiones;

era ingenuo, tanto y quizá más que una doncella de Salency^[3]. Muy feliz porque ya no tenía castigos que cumplir, me parecía que todo iba a pedir de boca en el mejor de los mundos posibles. Creía en infinitud de cosas; creía en la pastora de Florián, en las ovejas peinadas y empolvadas de blanco; no dudaba un instante del rebaño de Deshoulières^[4]. Creía que efectivamente había nueve musas, como afirmaba el *Appendix de Diis et Heroibus* del padre Jouvency^[5]. Mis recuerdos de Berquin y de Gessner^[6] me evocaban un mundo donde todo era rosa, azul cielo y verde manzana. ¡Oh santa inocencia! *sancta simplicitas!* como dijo Mefistófeles.

Cuando me encontré en aquella preciosa habitación, ahora toda mía, sentí una dicha inconmensurable. Hice cuidadosamente inventario hasta del mueble más pequeño; fisgué en todos los rincones, y la exploré en todos sentidos. Estaba en el séptimo cielo, feliz como un rey o dos. Después de la cena (porque se cenaba en casa de mi tío), encantadora costumbre que se ha perdido como tantas otras no menos encantadoras que añoro de todo corazón, cogí mi palmatoria y me retiré, pues estaba muy impaciente por gozar de mi nueva morada.

Mientras me desnudaba, me pareció que los ojos de Ónfala se habían movido; miré más atentamente, no sin un ligero sentimiento de terror, porque la habitación era grande, y la débil penumbra luminosa que flotaba alrededor de la vela sólo servía para que las tinieblas fueran más visibles. Creí ver que tenía la cabeza vuelta en sentido inverso. El miedo empezó a atormentarme seriamente; apagué la luz. Me volví del lado de la pared, me puse la sábana por encima de la cabeza, me calé el gorro hasta la barbilla, y acabé por dormirme.

Pasé varios días sin atreverme a posar los ojos en el maldito tapiz.

Quizá no sería inútil, para hacer más verosímil la inverosímil historia que voy a contar, decir a mis bellas lectoras que en esa época yo era realmente un muchacho bastante guapo. Tenía los ojos más bonitos del mundo: lo digo porque me lo dijeron a mí; una tez un poco más lozana que la que tengo ahora, una verdadera tez de clavel; un pelo castaño y rizado que tengo todavía, y diecisiete años que ya no tengo. Sólo me faltaba una bella madrina para llegar a ser un aceptable querubín; desgraciadamente la mía tenía cincuenta y siete años y tres dientes, lo que era demasiado por un lado y muy poco por otro.

Una noche, sin embargo, me armé de valor hasta el punto de echar una ojeada a la bella amante de Hércules; me miraba con el gesto más triste y más lánguido del mundo. Esta vez me hundí el gorro hasta los hombros y metí la cabeza debajo de la almohada.

Aquella noche tuve un sueño singular, si realmente fue un sueño.

Oí cómo las anillas de las cortinas de mi cama se deslizaban chirriando por la barra, como si se hubieran descorrido precipitadamente. Me desperté; por lo menos en mi sueño me pareció que me despertaba. No vi a nadie.

La luna daba en las baldosas y proyectaba en la habitación su luz azulada y pálida. Grandes sombras, formas extrañas, se dibujaban en el suelo y en las paredes.

El reloj dio un cuarto; la vibración tardó en extinguirse; era como un suspiro. Las pulsaciones del péndulo, que se oían perfectamente, se parecían, hasta el punto de confundirse, al corazón de una persona agitada.

Yo me sentía muy a gusto, aunque no sabía qué pensar.

Una furiosa ráfaga de viento sacudió los postigos y el cristal de la ventana trepidó. Crujieron las tablas del suelo y el tapiz se movió. Me arriesgué a mirar a Ónfala, pues sospechaba confusamente que tenía algo que ver en todo aquello. No me había equivocado.

El tapiz se agitó violentamente. Ónfala se desprendió de la pared y saltó con ligereza al suelo; vino a mi cama con cuidado de volverse hacia el lado en el que yo estaba. Creo que no es necesario contar mi estupefacción. El viejo militar más intrépido no hubiera conservado su serenidad en semejante circunstancia, y yo no era ni viejo ni militar. Esperé en silencio el fin de la aventura.

Una vocecita aflautada y suave sonó dulcemente en mi oído, con ese remilgado y afectado gracejo que empleaban las marquesas y las demás personas de buen tono en tiempos de la Regencia:

—¿Te doy miedo, muchacho? Verdaderamente no eres más que un niño; pero no se debe tener miedo de las damas, sobre todo de las que son jóvenes y no desean sino tu bien; eso no es ni decente ni francés; habrá que quitarte esos temores. Vamos, pequeño salvaje, no pongas esa cara y no escondas la cabeza bajo las mantas. Hay mucho que hacer por tu educación, y no estás muy adelantado, mi apuesto paje; en mis tiempos, los querubines eran más decididos de lo que tú eres.

—Pero es que...

—Es que te parece extraño verme aquí y no allí —dijo mordiéndose ligeramente el labio rojo con sus dientes blancos, dirigiendo hacia la pared su dedo largo y delicado—. Realmente, esto no es muy natural; pero, aunque te lo explicara, no lo comprenderías: debe bastarte saber que no corres peligro alguno.

—Temo que sea usted el... el...

—El diablo, ni más ni menos ¿verdad?, eso es lo que querías decir; reconocerás por lo menos que no soy tan negra como para tomarme por un diablo, y que, si el infierno estuviera poblado de diablos como yo, pasaría el tiempo tan agradablemente como en el paraíso.

Para demostrar que no estaba mintiendo, Ónfala echó hacia atrás la piel de león y me enseñó unos hombros y un seno perfectamente formados y de una blancura deslumbrante.

—¡Bueno! ¿Qué dices a esto? —dijo en tono de coquetería satisfecha.

—Digo que, aunque usted fuera el diablo en persona, ya no tendría miedo, señora Ónfala.

—Así se habla; pero no vuelvas a llamarme señora ni Ónfala. No quiero ser una señora para ti, y soy tan poco Ónfala como diablo.

—Entonces, ¿quién es usted?

—Soy la marquesa de T***. Algún tiempo después de mi boda, el marqués mandó hacer este tapiz para mi dormitorio, e hizo que me representaran vestida de Ónfala; él también aparece como Hércules. Tuvo una ocurrencia muy singular; porque, Dios lo sabe, nadie en el mundo se parecía menos a Hércules que el pobre marqués. Hacía mucho que esta habitación no se habitaba. Yo, que amo la compañía, me aburría espantosamente, y tenía terribles jaquecas. Estar con mi marido es estar sola. Viniste tú y eso me alegró; este cuarto, que estaba muerto, se reanimó, ya tenía a alguien de quien ocuparme. Te veía ir y venir, te sentía dormir y soñar; seguía tus lecturas. Me caías bien, tu aspecto era muy agradable, tenías algo que me gustaba: acabé por amarte. Intenté hacértelo comprender; lanzaba suspiros que tú tomabas por ráfagas de viento; te hacía señas, te dirigía lánguidas miradas, pero sólo conseguía producirte un profundo terror. Como último recurso, me decidí a dar este paso, y a decirte francamente lo que no podías oír con medias palabras. Ahora que sabes que te amo, espero que...

La conversación estaba en ese punto, cuando se oyó el ruido de una llave en la cerradura.

Ónfala se estremeció y se ruborizó hasta lo blanco de los ojos.

—¡Adiós! —dijo—, hasta mañana.

Y volvió a la pared andando hacia atrás, por temor sin duda a enseñarme su espalda.

Era Baptiste que venía a buscar mis trajes para cepillarlos.

—No debería, señor —me dijo—, dormir con las cortinas abiertas. Podría acatarrarse. ¡Esta habitación es tan fría!

Efectivamente, las cortinas estaban abiertas; yo que creía no haber tenido sino un sueño, me quedé muy sorprendido, porque estaba seguro de que por la noche las había cerrado.

En cuanto Baptiste se hubo ido, corrí al tapiz. Lo palpé en todos sentidos; era realmente un verdadero tapiz de lana, áspero al tacto como todos los tapices. Ónfala se parecía al encantador fantasma de la noche como un muerto se parece a un vivo. Levanté la tela; la pared era maciza; no había ni trampa oculta ni puerta secreta. Solamente advertí que varios hilos estaban rotos en el lugar donde se posaban los pies de Ónfala. Eso me dio que pensar.

Pasé todo el día completamente distraído; esperaba la noche con inquietud e impaciencia al mismo tiempo. Me retiré temprano, decidido a ver cómo acabaría todo aquello. Me acosté; la marquesa no se hizo esperar; saltó del entrepaño y fue a caer directamente a mi cama; se sentó a la cabecera y empezó la conversación. Como la víspera, le hice preguntas, le pedí explicaciones. Eludía las unas, respondía a las otras con evasivas, pero con tanto ingenio que al cabo de una hora no tenía la menor reserva acerca de mi relación con ella.

Mientras hablaba, me acariciaba el pelo con sus dedos, me daba cachetitos en las mejillas y suaves besos en la frente.

Hablaba y hablaba de forma burlona y un tanto melindrosa, en un estilo a la vez elegante y familiar, como una gran señora, cosa que desde entonces no he vuelto a encontrar en nadie.

Al principio estaba sentada en la butaca que había al lado de la cama; luego me pasó uno de sus brazos alrededor del cuello y sentí que su corazón latía con fuerza contra mi pecho. Era una bella y encantadora mujer real, una verdadera marquesa, la que se encontraba a mi lado. ¡Pobre colegial de diecisiete años! Había motivos para perder la cabeza y yo la perdí. No sabía muy bien lo que iba a pasar, pero presentía vagamente que aquello no podía gustar al marqués.

—Y el señor marqués, ¿qué va a decir allí en la pared?

La piel de león había caído al suelo, y los coturnos color lila claro con adornos de plata yacían al lado de mis zapatillas.

—No dirá nada —repuso la marquesa riendo a carcajadas—. ¿Acaso ve algo? Además, aunque lo viera, es el marido más prudente y más inofensivo del mundo; está acostumbrado. ¿Me amas, muchacho?

—Sí, mucho, mucho...

Se hizo de día; mi amante se esfumó.

La jornada me pareció espantosamente larga. Por fin llegó la noche. Todo sucedió como la víspera, y la segunda noche no tuvo nada que envidiar a la primera. La marquesa estaba cada vez más adorable. La aventura se repitió durante mucho tiempo. Como no dormía por la noche, tenía todo el día una especie de somnolencia que a mi tío no le pareció de buen augurio. Algo sospechó; probablemente escuchó tras la puerta y lo oyó todo, porque una mañana entró en mi habitación tan bruscamente, que Antoinette apenas tuvo tiempo de volver a su sitio.

Iba seguido por un tapicero con tenazas y una escalera.

Me miró con ojos arrogantes y severos que me hicieron comprender que lo sabía todo.

—La marquesa de T*** está realmente loca. ¿Dónde diablos tenía la cabeza cuando se enamoró de un mocoso como éste? —murmuró mi tío entre dientes—; ¡y había prometido ser juiciosa! Jean, descuelgue este tapiz, enróllelo y llévelo al desván.

Cada palabra de mi tío era una puñalada.

Jean enrolló a mi amante Ónfala, o la marquesa de T*** y a Hércules, o el marqués de T***, y se los llevó al desván. No pude contener las lágrimas.

Al día siguiente, mi tío me devolvió en la diligencia de B*** a casa de mis respetables padres, a los que, como puede imaginarse, no dije una palabra de mi aventura.

Mi tío murió; vendieron su casa y los muebles; el tapiz probablemente fue vendido con el resto.

Lo cierto es que hace tiempo, fisgoneando en la tienda de un baratillero por si encontraba alguna ganga, tropecé con un grueso rollo polvoriento y cubierto de

telarañas.

—¿Qué es esto? —pregunté al tendero.

—Es un tapiz rococó que representa los amores de Ónfala y Hércules; es de Beauvais, todo de seda y perfectamente conservado. Cómpremelo para su despacho; no se lo venderé caro, por ser usted.

Al oír el nombre de Ónfala, el corazón me empezó a latir con fuerza.

—Extienda el tapiz —dije al comerciante en un tono seco y entrecortado como si tuviera fiebre.

Naturalmente era ella. Me pareció que su boca me sonreía dulcemente y que su mirada se iluminaba al encontrar la mía.

—¿Cuánto quiere por él?

—No puedo dárselo por menos de cuatrocientos francos justos.

—No los llevo encima. Voy a buscarlos; antes de una hora estoy aquí.

Volví con el dinero; el tapiz ya no estaba. Un inglés lo había comprado durante mi ausencia. Había dado seiscientos francos por él y se lo había llevado.

En el fondo, quizá fue mejor así y conservar intacto el delicioso recuerdo. Dicen que no se debe volver a los primeros amores ni ir a ver la rosa que se ha admirado la víspera.

Y además ya no soy ni tan joven ni tan guapo como para que los tapices desciendan de la pared en mi honor.

LA PIPA DE OPIO^[7]

EL otro día, encontré a mi amigo Alphonse Karr sentado en su diván, con una vela encendida, aunque era pleno día, y en la mano, un tubo de madera de cerezo provisto de un hongo de porcelana en el que echaba una especie de pasta oscura parecida al lacre; la pasta ardía y chisporroteaba en la chimenea del hongo, y él aspiraba por una pequeña boquilla de ámbar amarillo el humo que al instante se extendía por la habitación con un vago olor a perfume oriental.

Cogí, sin decir nada, el aparato de las manos de mi amigo, y acerqué mis labios a uno de sus extremos; después de varias bocanadas, experimenté una especie de agradable aturdimiento, que se parecía bastante a las sensaciones de la primera borrachera.

Como aquel día no estaba de humor y no tenía tiempo para embriagarme, colgué la pipa de un clavo y bajamos al jardín, a ver las dalias y a jugar un poco con Schutz, dichoso animal que no tiene otra función que la de ser negro sobre una alfombra de verde césped.

Regresé a mi casa, cené y fui al teatro a soportar no sé qué obra. Luego volví y me acosté, porque hay que alcanzar y hacer, mediante la muerte de unas horas, el aprendizaje de la muerte definitiva.

El opio que había fumado, lejos de producir el efecto de somnolencia que esperaba, me sumió en agitaciones nerviosas como si hubiera tomado enormes cantidades de café, y daba vueltas en la cama como una carpa sobre una parrilla o un pollo en un asador, produciendo un perpetuo balanceo de mantas, ante el gran descontento de mi gato que estaba acurrucado en una esquina del edredón.

Por fin el sueño, largo rato esperado, cubrió mis pupilas con su polvo de oro y mis ojos se volvieron cálidos y pesados; me dormí.

Después de una o dos horas completamente inmóviles y negras, tuve un sueño.

Es el siguiente:

Me encontré en casa de mi amigo Alphonse Karr, como por la mañana, en la realidad; estaba sentado en su diván de lampote amarillo, con su pipa y su vela encendida; pero el sol no hacía revolotear en las paredes, como mariposas de mil colores, los reflejos azules, verdes y rojos de las vidrieras.

Cogí la pipa de sus manos, como lo había hecho unas horas antes, y me puse a aspirar lentamente el humo embriagador.

No tardó en apoderarse de mí una sensación de suavidad llena de placidez, y sentí el mismo aturdimiento que había experimentado fumando la pipa verdadera.

Hasta entonces mi sueño se mantenía en los límites más exactos del mundo habitable, y repetía, como un espejo, los actos de la jornada.

Estaba hecho un ovillo en un montón de almohadones, y echaba perezosamente la

cabeza hacia atrás para seguir en el aire las espirales azuladas, que se desvanecían en una bruma algodonosa, después de haber girado durante unos minutos.

Mis ojos se dirigían naturalmente hacia el techo, que es de un negro de ébano, con arabescos de oro.

A fuerza de mirarlo con la atención extática que precede a las visiones, me pareció azul, pero de un azul muy oscuro, como uno de los pliegues del manto de la noche.

—Así que has mandado que te pinten el techo de azul —dije a Karr, que, impasible y silencioso, se había llevado a la boca otra pipa, y soltaba más humo que el tubo de una estufa en invierno, o que un barco de vapor en cualquier estación.

—En absoluto, muchacho —respondió sacando la nariz de la nube—, pero me da la terrible impresión de que eres tú el que se ha pintado el estómago de rojo, de un burdeos más o menos *Laffitte*.

—¡Ay! No dices la verdad; no he bebido sino un miserable vaso de agua azucarada, donde todas las hormigas de la tierra han venido a apagar su sed: una auténtica escuela de natación de insectos.

—Al parecer el techo estaba aburrido de ser negro y se volvió azul; después de las mujeres, no conozco nada más caprichoso que los techos; es un techo con imaginación, eso es todo, nada más corriente.

Dicho esto, Karr introdujo de nuevo la nariz en la nube de humo, con la satisfacción de quien ha dado una explicación clara y original.

Sin embargo sólo me convenció a medias; me costaba creer que los techos tuvieran tanta imaginación, y seguí mirando al que tenía sobre mi cabeza, no sin cierto sentimiento de inquietud.

Azuleaba y azuleaba como el mar en el horizonte, y las estrellas empezaban a abrir en él sus párpados de pestañas de oro; sus pestañas, de extrema suavidad, se alargaban hasta llenar la habitación de haces prismáticos.

Varias líneas negras rayaban la azul superficie, y pronto reconocí que eran las vigas de los pisos superiores de la casa, que se había vuelto transparente.

A pesar de lo propicios que son los sueños a admitir como naturales las cosas más extrañas, todo aquello empezó a parecerme un poco turbio y sospechoso, y pensé que si mi compañero Esquiros *el Mago*^[8] estuviera allí, me daría explicaciones más satisfactorias que las de mi amigo Alphonse Karr.

Como si aquel pensamiento hubiera tenido poder de evocación, Esquiros se presentó de repente ante nosotros, como el perro de Fausto que sale de detrás de la estufa.

Tenía la cara muy animada y triunfante el gesto, y dijo, frotándose las manos:

—Veo a los antípodas y he encontrado la mandrágora que habla.

Su aparición me sorprendió, y dije a Karr:

—¡Oh, Karr! ¿Cómo es posible que Esquiros, que no estaba aquí, haya entrado sin que se haya abierto la puerta?

—Nada más sencillo —respondió Karr—. Se entra por las puertas cerradas, es la costumbre; sólo las personas mal educadas pasan por las puertas abiertas. Ya sabes que se dice como insulto: tu oficio es derribar puertas abiertas.

No encontré objeción alguna que hacer ante un razonamiento tan sensato, y quedé convencido de que efectivamente la presencia de Esquiros era absolutamente explicable y lógica.

Sin embargo me miraba de forma extraña, y sus ojos se agrandaban desmesuradamente; eran ardientes y redondos como escudos caldeados en un horno, y su cuerpo se desvanecía y se sumergía en la sombra, de modo que sólo veía de él sus dos pupilas resplandecientes y radiantes.

Redes de fuego y torrentes de efluvios magnéticos parpadeaban y se arremolinaban a mi alrededor, enlazándose cada vez más inextricablemente y apretándose sin parar; hilos refulgentes me llegaban a cada uno de los poros, y se introducían en mi piel más o menos como los cabellos en la cabeza. Me encontraba en un estado de sonambulismo completo.

Entonces vi pequeños mechones blancos que atravesaban el espacio azul del techo como copos de lana llevados por el viento, o como el collar de una paloma que se desgrana en el aire.

En vano intenté adivinar lo que era, cuando una voz baja y cortante me susurró al oído:

—¡¡¡Son espíritus!!!

Cayeron las escamas de mis ojos; los vapores blancos cobraron formas más precisas, y descubrí nítidamente una larga fila de rostros velados que seguían la cornisa, de derecha a izquierda, con un movimiento de ascensión muy pronunciado, como si un soplo imperioso los elevara y les sirviera de alas.

En un rincón de la habitación, sobre la moldura del techo, estaba sentada una forma de muchacha envuelta en una amplia túnica de muselina.

Sus pies, totalmente desnudos, colgaban lánguidamente cruzados uno sobre otro; eran, no obstante, maravillosos, de una pequeñez y de una transparencia que me recordaron a esos bellos pies de jaspe que se muestran tan blancos y tan puros bajo la falda de mármol negro de la Isis antigua del Museo.

Los demás fantasmas le daban golpecitos en el hombro al pasar, y le decían:

—Vamos a las estrellas, ven con nosotros.

La sombra de los pies de alabastro respondía:

—¡No! No quiero ir a las estrellas; quisiera vivir seis meses más.

Pasó toda la fila, y la sombra se quedó sola, balanceando sus bellos piecitos, y dando golpecitos en la pared con los talones que eran de un tono rosa, pálidos y suaves como el corazón de una campanilla silvestre; aunque su cara estaba tapada por un velo, sentí que era joven, adorable y encantadora, y mi alma se lanzó hacia ella, con los brazos abiertos y las alas desplegadas.

La sombra comprendió mi turbación por intuición o simpatía, y dijo con voz

dulce y cristalina como una armónica:

—Si tienes valor para ir a besar en la boca a la que yo fui, y cuyo cuerpo está tendido en la ciudad negra, viviré seis meses más, y mi segunda vida será para ti.

Me levanté y me hice esta pregunta:

Si era o no el juguete de alguna ilusión, y si todo lo que ocurría no era más que una pesadilla.

Era un último reflejo de la lámpara de la razón sofocado por el sueño.

Pregunté a mis dos amigos lo que pensaban de todo aquello.

El imperturbable Karr pretendió que la aventura era muy corriente, que había habido muchas de la misma especie, y que yo era enormemente ingenuo si me sorprendía por tan poco.

Esquiros lo explicó todo mediante el magnetismo.

—Bueno, está bien, iré; pero estoy en zapatillas...

—No importa —dijo Esquiros—, tengo el presentimiento de que hay un carruaje en la puerta.

Salí y vi, efectivamente, un cabriolé de dos caballos que parecía esperar. Subí a él.

No había cochero. Los caballos se conducían a sí mismos; eran negros y galopaban tan furiosamente, que sus grupas bajaban y subían como olas, y una lluvia de chispas brillaba tras ellos.

Primero tomaron la calle de La-Tour-d'Auvergne, luego la calle Bellefond, después la calle Lafayette y, a partir de ahí, otras calles cuyos nombres ignoro.

A medida que el carruaje avanzaba, los objetos cobraban a mi alrededor formas extrañas: eran casas fantasmales, acurrucadas al borde del camino como viejas hilanderas, cercas de tablas, farolas que parecían auténticas horcas; pronto las casas desaparecieron totalmente, y el carruaje avanzaba por pleno campo.

Atravesábamos una llanura lúgubre y sombría; el cielo estaba muy bajo, plumoso, y una interminable procesión de delgados arbolitos corría, en sentido contrario al carruaje, a ambos lados del camino; era como un ejército derrotado de palos de escoba.

Nada había tan siniestro como aquella grisácea inmensidad que la escuálida silueta de los árboles rayaba de trazos negros: ni una estrella brillaba, ningún punto de luz abría la pálida profundidad de aquella semioscuridad.

Por fin, llegamos a una ciudad, desconocida para mí, cuyas casas, de una arquitectura singular, vagamente vislumbrada en las tinieblas, me parecieron de una pequeñez tal que era imposible que estuvieran habitadas; el carruaje, aunque mucho más ancho que las calles que atravesaba, no aminoró su marcha; las casas se apartaban a derecha e izquierda como peatones asustados, y dejaban el camino libre.

Después de muchas vueltas, sentí que el carruaje desaparecía y los caballos se desvanecían: había llegado.

Una luz rojiza se filtraba a través de los intersticios de una puerta de bronce que

no estaba cerrada; la empujé y me encontré en una sala cuyo suelo era de mármol blanco y negro y cuyo techo era una bóveda de piedra; una lámpara antigua, colocada sobre un zócalo de mármol violeta, iluminaba con luz macilenta una figura acostada, que al principio tomé por una estatua como las que duermen, con las manos juntas y un lebril a los pies, en las catedrales góticas; pero pronto reconocí que era una mujer real.

Era de una palidez exangüe, que sólo sabría comparar con el tono de la cera virgen amarillenta; tenía las manos, sin brillo y blancas como hostias, cruzadas sobre el corazón; sus ojos estaban cerrados, y sus pestañas se alargaban hasta las mejillas; todo en ella estaba muerto: sólo la boca, fresca como una granada en flor, resplandecía de vida magnífica y purpúrea, y sonreía ligeramente como si tuviera un sueño feliz.

Me incliné sobre ella, posé mi boca en la suya y le di el beso que debía hacerla revivir.

Sus labios húmedos y tibios, como si el aliento acabara apenas de abandonarlos, palpitaron bajo los míos, y me devolvieron el beso con un ardor y una vivacidad increíbles.

Aquí hay una laguna en mi sueño, y no sé cómo volví de la ciudad negra; probablemente a caballo sobre una nube o sobre un murciélago gigantesco. Pero recuerdo perfectamente que me encontré con Karr en una casa que no es ni la suya ni la mía, ni ninguna de las que conozco.

Sin embargo todos los detalles interiores, todo el mobiliario, me resultaban enormemente familiares; veo claramente la chimenea de estilo Luis XVI, el biombo rameado, la lámpara de pantalla verde y las estanterías llenas de libros a ambos lados de la chimenea.

Yo ocupaba un enorme butacón de orejas, y Karr, con los pies apoyados en la chimenea y sentado a mi lado, escuchaba con gesto triste y resignado el relato de mi expedición que yo mismo consideraba un sueño.

De repente se oyó un violento campanillazo, y vinieron a anunciarme que una *dama* deseaba hablar *conmigo*.

—Haga pasar a la *dama* —respondí—, un poco emocionado y presintiendo lo que iba a ocurrir.

Una mujer vestida de blanco y con los hombros cubiertos con una esclavina negra, entró con paso decidido, y fue a colocarse en la penumbra luminosa proyectada por la lámpara.

Por un fenómeno muy singular, vi pasar por su rostro tres fisonomías diferentes: por un instante se pareció a Malibran, luego a M..., más tarde a la que decía que no quería morir, y cuya última frase fue: «Dame un ramo de violetas».

Pero aquellos parecidos se disiparon en seguida como una sombra en un espejo, los rasgos de la cara se fijaron y se condensaron, y *reconocí* a la muerta que había besado en la ciudad negra.

Su atuendo era extremadamente sencillo, y no llevaba otro adorno que una diadema de oro en sus cabellos, de color castaño oscuro, que caían en racimos de ébano a ambos lados de sus mejillas lisas y aterciopeladas.

Dos manchitas rosas coloreaban sus pómulos y sus ojos brillaban como globos de plata bruñida; poseía una belleza de camafeo antiguo y al parecido se añadía la delicada transparencia de su piel.

Estaba de pie ante mí y me rogó, petición bastante extraña, que le dijera su nombre.

Le contesté sin vacilar que se llamaba Carlotta, lo que era verdad; después me contó que había sido cantante y que había muerto tan joven, que ignoraba los placeres de la existencia, y que antes de ir a sumergirse para siempre en la inmóvil eternidad, quería gozar de la belleza del mundo, embriagarse de voluptuosidad y hundirse en el océano de las dichas terrestres; que sentía una sed inextinguible de vida y de amor.

Y, mientras decía todo aquello con una elocuencia expresiva y una poesía que no está en mi poder transmitir, enlazó sus brazos como si fueran un chal alrededor de mi cuello, e introdujo sus manos delicadas en los rizos de mi pelo.

Hablaba en versos de maravillosa belleza, como no lo harían los más grandes poetas vivos, y cuando el verso no bastaba para expresar su pensamiento, le añadía las alas de la música, y eran trinos, collares de notas más puras que las perlas más perfectas, sostenidos, sonidos emitidos muy por encima de los límites humanos, todo lo que el alma y la mente pueden soñar de más tierno, de más adorablemente bello, de más amoroso, de más ardiente, de más inefable.

«Vivir seis meses, seis meses más», era el estribillo de todas sus cantilenas.

Yo veía muy claramente lo que iba a decir, antes de que el pensamiento llegara de su cabeza o de su corazón hasta sus labios, y yo mismo acababa el verso o el canto empezados; tenía para ella la misma transparencia, y leía en mí de corrido.

No sé dónde se hubieran detenido aquellos éxtasis que ya no moderaba la presencia de Karr, cuando sentí que algo peludo y áspero me pasaba por la cara; abrí los ojos y vi a mi gato que frotaba sus bigotes con los míos a modo de saludo matinal, porque el alba dejaba pasar a través de las cortinas una luz vacilante.

Así fue como acabó mi sueño de opio, que no me dejó otra huella que una vaga melancolía, consecuencia normal de esta clase de alucinaciones.

EL CABALLERO DOBLE^[9]

¿QUIÉN pone a la rubia Edwige tan triste? ¿Qué hace ahí sentada, con la barbilla en la mano y el codo en la rodilla, más apenada que la desesperación, más pálida que la estatua de alabastro que llora sobre una tumba?

De uno de sus ojos brota una gruesa lágrima que se desliza por su delicada mejilla, una sola, pero que no se seca jamás; como esa gota de agua que rezuma de las bóvedas rocosas y que a la larga desgasta el granito, esa única lágrima, al caer sin cesar de sus ojos a su corazón, lo ha horadado y traspasado completamente.

Edwige, rubia Edwige, ¿ya no crees en Jesucristo el dulce Salvador? ¿Acaso dudas de la indulgencia de la Santísima Virgen María? ¿Por qué llevas sin parar al costado tus manitas diáfnas, delgadas y delicadas como las de los elfos y las willis^[10]? Vas a ser madre; era tu mayor deseo: tu noble esposo, el conde Lodbrog, ha prometido un altar de plata maciza y un copón de oro fino a la iglesia de san Euthbert si le das un hijo varón.

¡Ay! ¡Ay! La pobre Edwige tiene el corazón atravesado por las siete espadas del dolor; un terrible secreto pesa sobre su alma. Hace varios meses, un extranjero llegó al castillo; hacía un tiempo espantoso aquella noche: las torres temblaban en toda su estructura, las veletas chirriaban, el fuego trepaba por la chimenea, y el viento golpeaba los cristales como alguien inoportuno que quiere entrar.

El extranjero era bello como un ángel, pero como un ángel caído; sonreía dulcemente y miraba dulcemente, y sin embargo su mirada y su sonrisa hacían temblar de miedo e inspiraban el espanto que se experimenta al asomarse a un abismo. Un encanto perverso, una languidez pérfida como la del tigre que acecha su presa, acompañaban todos sus movimientos; fascinaba como la serpiente fascina al pájaro.

Aquel extranjero era un maestro cantor; su tez morena mostraba que había visto otros cielos; dijo venir de lo más profundo de Bohemia y pedía hospitalidad para aquella noche solamente.

Se quedó esa noche, y más días y más noches, porque la tempestad no amainaba, y el viejo castillo se agitaba sobre sus cimientos como si la tormenta pretendiera arrancarlo de cuajo y derribar su corona de almenas sobre las espumosas aguas del torrente.

Para amenizar la espera, cantaba extrañas poesías que turbaban el corazón y producían pensamientos terribles; mientras cantaba, un cuervo negro acharolado, brillante como el azabache, descansaba en su hombro; llevaba el compás con su pico de ébano, y parecía aplaudir agitando las alas. Edwige palidecía, palidecía como la azucena del claro de luna; Edwige enrojecía, enrojecía como las rosas de la aurora, y se dejaba caer hacia atrás en su amplia butaca, lánguida, medio muerta, embriagada

como si hubiera aspirado el perfume funesto de las flores que hacen morir.

Por fin el maestro cantor pudo partir; una leve sonrisa azul acababa de alegrar la cara del cielo. Desde ese día, Edwige, la rubia Edwige no hace sino llorar junto a la ventana.

Edwige es madre; tiene un hermoso hijo, blanco y sonrosado. El anciano conde Lodbrog ha encargado al fundidor el altar de plata maciza, y ha dado mil monedas de oro al orfebre en una bolsa de piel de reno para que fabrique el copón; será ancho y pesado, y tendrá una gran capacidad. El sacerdote que lo vacíe podrá decir que es un buen bebedor.

El niño es blanco y sonrosado, pero tiene la mirada negra del extranjero: su madre se ha dado cuenta. ¡Ay! ¡pobre Edwige! ¿por qué miraste tanto al extranjero del arpa y el cuervo...?

El capellán bautiza al niño; le ponen el nombre de Oluf, ¡un nombre precioso! El astrólogo sube a la torre más alta para predecirle el porvenir.

El tiempo era claro y frío; como la mandíbula de un lobo cervical de afilados y blancos dientes, una hilera de montañas cubiertas de nieve mordía el borde del vestido del cielo; las estrellas espléndidas y pálidas brillaban en la crudeza azul de la noche como soles de plata.

El astrólogo toma la altura, anota el año, el día y el minuto; hace cálculos en tinta roja sobre un largo pergamino constelado de signos cabalísticos; vuelve a su habitación, sube otra vez a la plataforma; sin embargo no se ha equivocado en sus cálculos, el pronóstico es exacto como la pequeña balanza que sirve para pesar las piedras preciosas; a pesar de todo vuelve a empezar; no ha cometido ningún error.

El pequeño conde Oluf tiene una estrella doble, una verde y una roja, verde como la esperanza, roja como el infierno; una favorable, otra adversa. ¿Alguna vez se ha visto que un niño tenga una estrella doble?

Con gesto grave y envarado el astrólogo entra en la habitación de la parturienta y dice, pasando su mano huesuda por los mechones de su enorme barba de mago:

—Condesa Edwige, y vos, conde Lodbrog, dos influencias han presidido el nacimiento de Oluf, vuestro precioso hijo: una buena y otra mala; por ello tiene una estrella verde y una estrella roja. Está sometido a un doble ascendente; será muy feliz o muy desdichado, no lo sé; quizá las dos cosas a la vez.

El conde Lodbrog respondió al astrólogo:

—La estrella verde le guiará.

Pero Edwige temía en su corazón de madre que fuera la roja. Apoyó la barbilla en la mano, el codo en la rodilla, y de nuevo empezó a llorar junto a la ventana. Después de dar de mamar a su hijo, su única ocupación era mirar a través del cristal de la ventana cómo caía la nieve en copos abundantes y firmes, como si allá arriba hubieran desplumado las alas blancas de todos los ángeles y todos los querubines.

De vez en cuando un cuervo pasaba ante el cristal, graznando y agitando el polvo plateado. Entonces Edwige se acordaba del singular cuervo que siempre estaba

posado en el hombro del extranjero de la dulce mirada de tigre, de la encantadora sonrisa de víbora.

Y sus lágrimas caían más deprisa de sus ojos a su traspasado corazón.

El joven Oluf es un niño muy extraño: es como si en su pielecita blanca y sonrosada hubiera dos niños de un carácter diferente; un día es bueno como un ángel, otro día es malo como un demonio, muerde el pecho de su madre y araña la cara de su aya.

El anciano conde Lodbrog, sonriendo bajo su bigote gris, dice que Oluf será un buen soldado y que tiene talante belicoso. Lo cierto es que Oluf es un bribonzuelo insoportable: lo mismo llora que ríe; es caprichoso como la luna y antojadizo como una mujer. Va, viene, se detiene de pronto sin motivo aparente, abandona lo que había empezado y a la turbulencia más inquieta le sucede la inmovilidad más absoluta; aunque esté solo, ¡parece conversar con un interlocutor invisible! Cuando le preguntan la causa de su agitación, dice que la estrella roja le atormenta.

Oluf cumplirá pronto quince años. Su carácter se vuelve cada vez más inexplicable; su fisonomía, aunque extraordinariamente bella, posee una inquietante expresión; es rubio como su madre, con todos los rasgos de las razas del Norte; pero bajo su frente, blanca como la nieve que todavía no ha pisado la suela del cazador ni manchado la zarpa del oso, y que sin duda es la frente de la antigua raza de los Lodbrog, brillan entre dos párpados anaranjados unos ojos de largas pestañas negras, unos ojos de azabache iluminados por los violentos ardores de la pasión italiana, unos ojos de mirada aterciopelada, cruel y zalamera como la del maestro cantor de Bohemia.

¡Cómo vuelan los meses, y todavía más deprisa los años! Edwige reposa ahora bajo los arcos tenebrosos del panteón de los Lodbrog, al lado del anciano conde, sonriente, en su sepulcro, porque no verá desaparecer su apellido.

Ella estaba ya tan pálida que la muerte no la ha cambiado mucho. Sobre su tumba hay una bella estatua yacente, con las manos juntas y los pies sobre una galga de mármol, fiel compañía de los difuntos. Lo que dijo Edwige en su última hora, nadie lo sabe, pero el sacerdote que la confesó se quedó todavía más pálido que la moribunda.

Oluf, el hijo moreno y rubio de Edwige la desconsolada, tiene ahora veinte años. Es muy hábil en todos los ejercicios, nadie tira mejor con el arco que él; parte por la mitad con otra la flecha que acaba de clavarse temblando en el corazón de la diana; sin freno ni espuelas doma los caballos más salvajes.

Jamás ha mirado impunemente a una mujer o a una muchacha; pero ninguna de las que le han amado ha sido dichosa. La fatídica desigualdad de su carácter se opone a toda posibilidad de dicha entre una mujer y él. Sólo una de sus mitades siente pasión, la otra experimenta odio; unas veces la estrella verde le guía, otras la estrella roja. Un día dice:

—¡Oh, blancas vírgenes del Norte, resplandecientes y puras como los hielos del

polo; pupilas de claro de luna; mejillas suavizadas por el frescor de la aurora boreal!

Y otro día exclama:

—¡Oh, hijas de Italia, doradas por el sol y rubias como la naranja! ¡Corazones de fuego en pechos de bronce!

Lo más triste es que es sincero en ambas exclamaciones.

¡Ay! Pobres desconsoladas, tristes sombras quejumbrosas, no le acuséis, porque sabéis perfectamente que es más desdichado que vosotras; su corazón es un terreno pisoteado sin cesar por los pies de dos luchadores desconocidos, en el que cada uno, como en el combate de Jacob y el Ángel, intenta golpear el muslo de su adversario.

Quien fuera al cementerio, bajo las anchas hojas aterciopeladas y dentadas del verbasco, bajo el asfódelo, cuyas ramas son de un verde dañino, en la avena loca y las ortigas, encontraría más de una piedra abandonada donde el rocío de la mañana derrama a solas sus lágrimas. ¡Mina, Dora, Thecla! ¿pesa la tierra demasiado sobre vuestros senos delicados y vuestros espléndidos cuerpos?

Un día Oluf llama a Dietrich, su fiel escudero; le pide que ensille su caballo.

—Amo, mirad cómo nieva, cómo sopla el viento y dobla hasta el suelo la copa de los pinos. ¿No oís a lo lejos aullar a los hambrientos lobos y bramar como almas en pena a los moribundos renos?

—Dietrich, mi fiel escudero, sacudiré la nieve como se hace con una pelusa que se pega al abrigo; pasaré bajo el arco de los pinos inclinando un poco el penacho de mi casco. En cuanto a los lobos, sus garras se estrellarán contra esta buena armadura, y cuando rompa el hielo con la punta de mi espada, descubriré al pobre reno, que gime y derrama ardientes lágrimas, el fresco y suave musgo que no puede alcanzar.

El conde Oluf de Lodbrog, porque tal es su título desde que el anciano conde murió, se pone en camino montado en su magnífico caballo y acompañado por sus dos perros gigantes, Murg y Fenris, porque el joven señor de párpados color naranja tiene una cita, y seguramente ya, en lo alto de la puntiaguda torrecilla en forma de atalaya, se asoma al esculpido balcón, a pesar del frío y del vendaval, la inquieta muchacha, tratando de descubrir en la blancura de la llanura el penacho del jinete.

Oluf, sobre su enorme caballo de dimensiones de elefante, cuyos flancos castiga con las espuelas, avanza por el campo; atraviesa el lago, que el frío ha convertido en un bloque de hielo en que los peces han quedado atrapados, las aletas extendidas, como petrificados en mármol. Las cuatro herraduras del caballo, armadas de ganchos, se clavan sólidamente en la dura superficie; una bruma, producida por su sudor y su aliento, le envuelve y le sigue; es como si galopara en una nube; los dos perros, Murg y Fenris, resoplan, a ambos lados de su amo, por sus ollares y echan bocanadas de aliento, como animales fabulosos.

Aquí está el bosque de pinos; semejantes a espectros, extienden sus pesados brazos cargados de blancas capas; el peso de la nieve arquea a los más jóvenes y a los más flexibles: es como una sucesión de arcos de plata. El negro terror habita en este bosque donde los peñascos ostentan formas monstruosas, donde cada árbol, con sus

raíces, parece incubar a sus pies un nido de dragones adormecidos. Pero Oluf no conoce el pánico.

El camino se hace cada vez más abrupto, los pinos entrecruzan inextricablemente sus quejumbrosas ramas; los escasos claros apenas permiten ver la cadena de nevadas colinas que se destacan en blancas ondulaciones sobre el cielo negro y borroso.

Afortunadamente Mopse es un brioso corcel capaz de llevar sin doblegarse al gigantesco Odín; ningún obstáculo lo detiene; salta por encima de los peñascos, franquea los terrenos pantanosos, y de cuando en cuando arranca a las piedras con que tropiezan sus cascos bajo la nieve un destello de chispas que se apagan inmediatamente.

—¡Vamos, Mopse, valor! Sólo tienes que cruzar la llanura y el bosque de abedules; una delicada mano acariciará tu brillante cuello, y en un cálido establo comerás cebada y avena hasta hartarte.

¡Qué maravilloso espectáculo el bosque de abedules! Todas las ramas están cubiertas por una fina capa de escarcha, y las más delgadas se dibujan en blanco sobre la oscuridad de la atmósfera: es como un inmenso cesto de filigrana, una madrepora de plata, una gruta con todas sus estalactitas; las ramificaciones y las extrañas flores con que la helada cubre los cristales no ofrecen dibujos más complicados y más variados.

—Señor Oluf, ¡cuánto has tardado! Tenía miedo de que el oso de la montaña te hubiera interceptado el camino o que los elfos te hubieran invitado a bailar —dijo la joven castellana invitando a Oluf a sentarse en la butaca de roble que estaba junto a la chimenea—. Pero ¿por qué has acudido a nuestra cita de amor con un compañero? ¿Tenías miedo de pasar solo por el bosque?

—¿De qué compañero hablas, flor de mi alma? —dijo Oluf muy sorprendido a la joven castellana.

—Del caballero de la estrella roja que siempre llevas contigo. El que nació de una mirada del cantor bohemio, el espíritu funesto que te posee; deshazte del caballero de la estrella roja, o jamás escucharé tus palabras de amor; no puedo ser la mujer de dos hombres a la vez.

Por mucho que Oluf habló e insistió, solamente pudo besar uno de los rosados dedos de la mano de Brenda; se fue muy disgustado y decidido a luchar contra el caballero de la estrella roja si podía encontrarle.

A pesar de la severa acogida de Brenda, Oluf emprendió de nuevo al día siguiente el camino del castillo de torrecillas en forma de atalaya: los enamorados no se desaniman fácilmente.

Mientras galopaba se decía: «Sin duda Brenda está loca; ¿qué quiere decir cuando habla del caballero de la estrella roja?».

La tormenta era muy violenta; la nieve formaba remolinos y apenas permitía distinguir la tierra del cielo. Una bandada de cuervos, a pesar de los ladridos de Fenris y de Murg, que hacían esfuerzos inútiles por atraparlos, daba vueltas

siniestramente en torno al penacho de Oluf. A su cabeza iba el cuervo brillante como el azabache que llevaba el compás en el hombro del cantor bohemio.

Fenris y Murg se detuvieron súbitamente: sus móviles hocicos husmean el aire con inquietud; barruntan la presencia de un enemigo. No es un lobo ni un zorro; un lobo y un zorro no serían sino un pequeño bocado para los valerosos perros.

Se oye un ruido de pasos, y pronto aparece en el recodo del camino un caballero montado en un caballo de gran tamaño y seguido de dos perros enormes.

Todos le hubieran tomado por Oluf. Iba armado exactamente igual, con una cota adornada con el mismo blasón; sólo que llevaba en el casco una pluma roja en lugar de una verde. El camino era tan estrecho que uno de los dos caballeros tenía que apartarse.

—Señor Oluf, apartaos para que pase —dijo el caballero, que tenía la visera bajada—. El viaje que he hecho es un largo viaje; me esperan, tengo que llegar.

—Por los bigotes de mi padre, sois vos quien se va a apartar. Voy a una cita amorosa, y los enamorados son impacientes —respondió Oluf llevando la mano a la empuñadura de su espada.

El desconocido sacó la suya y empezó el combate. Las espadas, al chocar contra las mallas de acero, hacían saltar haces de brillantes chispas; pronto, aunque de temple superior, quedaron melladas como sierras. Los combatientes parecían, a través del aliento de sus caballos y la bruma de su jadeante respiración, dos ennegrecidos herreros ensañándose sobre un hierro al rojo. Los caballos, animados por la misma furia que sus amos, se mordían los venosos cuellos, y se arrancaban la piel del pecho; combatían furiosamente, se erguían sobre sus patas traseras, y sirviéndose de sus cascos como de apretados puños, se asestaban terribles golpes mientras los jinetes se golpeaban horriblemente por encima de sus cabezas; los perros no hacían sino morder y aullar.

Las gotas de sangre chorreaban a través de las corazas que llevaban sobre las armaduras y caían tibias en la nieve, formando pequeños agujeros rosas. Al cabo de pocos instantes la nieve parecía una criba, pues las gotas caían constantemente. Los dos caballeros estaban heridos.

Cosa extraña, Oluf sentía en su propio cuerpo los golpes que asestaba al caballero desconocido; le dolían las heridas que producía y las que recibía: había experimentado un frío enorme en el pecho, como de un hierro que entrara y buscara el corazón, y sin embargo su coraza estaba intacta en el lugar del corazón; su única herida era un golpe en el brazo derecho. Singular duelo, en el que el vencedor sufría tanto como el vencido, en el que dar y recibir daba exactamente igual.

Reuniendo todas sus fuerzas, Oluf voló de un revés el terrible yelmo de su adversario. ¡Oh, terror! ¿Qué vio el hijo de Edwige y de Lodbrog? Se vio a sí mismo ante él: un espejo hubiera sido menos exacto. Había combatido con su propio espectro, con el caballero de la estrella roja; el espectro lanzó un grito espantoso y desapareció.

La bandada de cuervos remontó el vuelo y el valiente Oluf siguió su camino; al volver por la noche a su castillo, llevaba en la grupa a la joven castellana, que en esta ocasión había querido escucharle. Como el caballero de la estrella roja ya no estaba, se había decidido a dejar caer de sus labios de rosa en el corazón de Oluf esa confesión que tanto le cuesta al pudor. La noche era clara y azul, Oluf levantó la cabeza para buscar su doble estrella y enseñársela a su prometida: sólo estaba la verde, la roja había desaparecido.

Cuando llegaron, Brenda, muy dichosa por aquel prodigio que atribuía al amor, dijo al joven Oluf que el azabache de sus ojos se había vuelto azul, señal de reconciliación celeste. El anciano Lodbrog sonrió de felicidad bajo su bigote blanco en el fondo del sepulcro; porque, a decir verdad, aunque jamás insinuó nada, los ojos de Oluf le habían dado muchas veces qué pensar. La sombra de Edwige es muy dichosa, porque el hijo del noble señor de Lodbrog ha vencido por fin la maligna influencia de los ojos naranja, del cuervo negro y de la estrella roja: el hombre ha vencido al incubo.

Esta historia demuestra cómo un solo momento de olvido, incluso una mirada inocente, pueden tener mucha influencia.

Jóvenes mujeres, no pongáis jamás los ojos en los maestros cantores de Bohemia, que recitan poesías embriagadoras y diabólicas. Vosotras, muchachas, no os fiéis sino de la estrella verde; y vosotros que tenéis la desgracia de ser dobles, combatid valerosamente, aunque debáis golpear sobre vosotros mismos y herir con vuestra propia espada al adversario interior, el malvado caballero.

Si os preguntáis quién nos ha traído esta leyenda de Noruega, ha sido un cisne; una hermosa ave de pico amarillo, que atravesó el fiordo, medio nadando, medio volando.

EL PIE DE MOMIA^[11]

NO tenía otra cosa que hacer y entré en la tienda de uno de esos comerciantes de curiosidades llamados comerciantes de *bric-à-brac*^[12] en el argot parisino, cosa perfectamente ininteligible en el resto de Francia.

Sin duda habéis echado un vistazo, a través de los cristales, en alguna de esas tiendas tan numerosas desde que está de moda comprar muebles antiguos, pues el más insignificante agente de cambio y bolsa se cree obligado a tener una habitación de estilo medieval.

Son algo así como una mezcla del taller del chatarrero, el almacén del tapicero, el laboratorio del alquimista y el estudio del pintor; en esos misteriosos antros donde los postigos filtran una prudente media luz lo más notoriamente antiguo es el polvo; allí las telarañas son más auténticas que los encajes, y el viejo peral más joven que la caoba llegada ayer de América.

La tienda del vendedor de baratillo era un verdadero Cafarnaúm; todos los siglos y todos los países parecían haberse dado cita allí; una lámpara etrusca de barro rojo descansaba sobre un armario de Boule de madera de ébano severamente listada de filamentos de cobre; un canapé de la época de Luis XV estiraba lánguidamente sus patas de ciervo bajo una sólida mesa del reinado de Luis XIII, de pesadas espirales de madera de roble, con relieves de follaje y quimeras entremezclados.

Una armadura damasquinada de Milán hacía resplandecer en un rincón el vientre encintado de su coraza; amorcillos y ninfas de porcelana, figuras de China, cornetas de celedón y cerámica, tazas de Sajona y de Sévres abarrotaban las estanterías y los rincones.

En las repisas denticuladas de los aparadores, brillaban inmensos platos de Japón, de dibujos rojos y azules, sombreados con trazos de oro, al lado de esmaltes de Bernard Palissy, que representaban culebras, ranas y lagartos en relieve.

De armarios abiertos se escapaban cascadas de tela de seda china plateada, raudales de brocatel tamizado de puntos luminosos a causa de un oblicuo rayo de sol; retratos de todas las épocas sonreían a través de un amarillento barniz en marcos más o menos historiados.

El tendero me seguía con precaución por el tortuoso paso practicado entre las pilas de muebles, impidiendo con la mano el vuelo atrevido de los faldones de mi levita, vigilando mis codos con la atención inquieta del anticuario y del usurero.

El aspecto del tendero era muy singular: un cráneo inmenso, pulido como una rodilla, rodeado de una fina aureola de cabellos blancos que hacía que resaltara más vivamente el tono salmón claro de la piel, le daba un falso aire de bondad patriarcal, corregida, por lo demás, por el brillo de dos ojitos amarillos que temblequeaban en sus órbitas como dos luises de oro sobre el azogue. La línea de la nariz tenía una

silueta aguileña que recordaba el tipo oriental o judío. Sus manos, delgadas, afiladas, venosas, llenas de nervios pronunciados, como las cuerdas de un mástil de violín, armadas de unas uñas semejantes a las de las alas membranosas de los murciélagos, tenían un movimiento de oscilación senil, muy inquietante a la vista; pero aquellas manos agitadas de tics febriles se volvían más firmes que tenazas de acero o pinzas de cangrejo cuando levantaban algún objeto precioso, una copa de ónice, un vaso de Venecia o una bandeja de cristal de Bohemia; aquel viejo estafalario tenía un aspecto tan profundamente rabínico y cabalístico que le hubieran quemado en la hoguera hace tres siglos.

—¿No me va a comprar nada hoy, señor? Observe este kriss malayo cuya hoja se ondula como una llama; mire estos canalillos para escurrir la sangre, estos bordes dentados en sentido inverso para arrancar las entrañas al retirar el puñal; es un arma feroz, de noble factura y que quedaría muy bien en su sala de trofeos; esta espada de dos empuñaduras es muy bella, es de Josepe de la Hera, y esta otra espada de vaina calada, ¡qué magnífico trabajo!

—No, tengo bastantes armas e instrumentos de muerte; quisiera una figurita, un objeto cualquiera que pueda servirme de pisapapeles, porque no puedo soportar esos bronce de pacotilla que venden los papeleros, y que se encuentran invariablemente en todos los despachos.

El viejo gnomo, rebuscando en sus antiguallas, me ofreció bronce antiguos o que consideraba como tales, fragmentos de malaquita, pequeños ídolos hindúes o chinos, una especie de figuras de jade, encarnación de Brahma o de Visnú maravillosamente adecuadas para el uso, nada divino, de sujetar periódicos y cartas.

Estaba dudando entre un dragón de porcelana constelado de verrugas, con las fauces ornadas de colmillos y púas, y un pequeño y horroroso fetiche mejicano, que representaba al natural al dios Witziliputzili^[13], cuando vi un maravilloso pie que al principio tomé por un fragmento de Venus.

Tenía esos bellos matices rojizos que dan al bronce florentino su aspecto cálido y vivaz, tan preferible al tono cardenillo de los bronce ordinarios, que podrían tomarse perfectamente por estatuas en putrefacción: brillos satinados se estremecían sobre sus formas redondas y pulidas por los besos apasionados de veinte siglos; porque debía ser un bronce de Corinto, una obra de la mejor época, seguramente una fundición de Lisipo.

—Este pie me servirá —dije al comerciante, que me miró con gesto irónico y burlón tendiéndome el objeto solicitado para que pudiera examinarlo más a gusto.

Me sorprendió su ligereza; no era un pie de metal, sino claramente un pie de carne y hueso, un pie embalsamado, un pie de momia: al mirarlo de cerca, se podía apreciar la rugosidad de la piel y el estampado casi imperceptible impreso por la trama de las bandas. Los dedos eran finos, delicados, terminados en uñas perfectas, puras y transparentes como ágatas; el pulgar, un poco separado, contrastaba deliciosamente con el orden de los demás dedos al modo antiguo, y le daba una

actitud desenvuelta, una esbeltez de pie de pájaro; la planta, apenas arañada por algunos trazos invisibles, mostraba que jamás había tocado la tierra, y no había estado en contacto sino con las más finas esteras de cañas del Nilo y las más mullidas alfombras de piel de pantera.

—¡Ja! ¡ja! usted quiere el pie de la princesa Hermonthis —dijo el comerciante con una extraña risa socarrona, fijando en mí sus ojos de búho—. ¡Ja! ¡ja! ¡ja! ¡para un pisapapeles! es una idea original, como de artista; si le hubieran dicho al anciano Faraón que el pie de su hija adorada serviría de pisapapeles le habría sorprendido mucho, cuando mandaba excavar una montaña de granito para meter allí el triple féretro pintado y dorado, cubierto de jeroglíficos con bellas pinturas del juicio de las almas —añadió a media voz y como hablándose a sí mismo el singular comerciante.

—¿Por cuánto me vende usted este fragmento de momia?

—¡Ah! Lo más caro que pueda, porque es un fragmento magnífico; si tuviera el compañero, usted no lo conseguiría por menos de quinientos francos: no hay nada más raro que la hija de un Faraón.

—Sin duda no es nada corriente; pero dígame ¿cuánto quiere? Aunque le advierto una cosa, que no poseo más que cinco luises; compraré lo que cueste cinco luises, pero nada más. Aunque buscara usted en los bolsillos de mis chalecos y en mis cajones más íntimos no encontraría ni siquiera un miserable tigre de cinco patas.

—Cinco luises por el pie de la princesa Piermonthis es muy poco, realmente poquísimo, pues es un pie auténtico —dijo el comerciante moviendo la cabeza e imprimiendo a sus pupilas un movimiento rotatorio.

»Bueno, cójalo, y le doy además el envoltorio —añadió enrollándolo en un trozo de damasco—; bellísimo, damasco auténtico, damasco de la India, que jamás ha sido teñido; es muy fuerte y muy suave —farfullaba mientras pasaba los dedos por la tela deshilachada con esa ancestral costumbre del comerciante que le hacía alabar un objeto de tan poco valor que hasta lo consideraba digno de ser regalado.

Introdujo las monedas de oro en una especie de limosnera de la Edad Media que le colgaba de la cintura, mientras repetía:

—¡El pie de la princesa Hermonthis servir de pisapapeles!

Luego, fijando en mí sus fosfóricas pupilas, me dijo con voz tan estridente como el maullido de un gato que acaba de tragarse una espina:

—El anciano Faraón no estará muy contento, el buen hombre amaba a su hija.

—Habla usted de él como si fuera su contemporáneo; aunque viejo, no lo es tanto como para remontarse a las pirámides de Egipto —le contesté riendo desde el umbral de la tienda.

Volví a mi casa muy contento de mi adquisición.

Para sacarle provecho inmediato, puse el pie de la divina princesa Hermonthis sobre un montón de papeles, borradores de versos, mosaico indescifrable de tachaduras, artículos sin terminar, cartas olvidadas y echadas al correo del cajón, error que les ocurre a menudo a las personas distraídas; el efecto era encantador,

extraño y romántico.

Muy satisfecho con aquel adorno, bajé a la calle, y fui a pasear con la gravedad característica y el orgullo de un hombre que tiene sobre todos los paseantes con los que se cruza la ventaja inefable de poseer un fragmento de la princesa Hermonthis, hija del Faraón.

Me parecieron soberanamente ridículos todos aquellos que no poseían, como yo, un pisapapeles tan notoriamente egipcio; y me parecía que la verdadera ocupación de un hombre sensato era tener un pie de momia en su despacho.

Afortunadamente el encuentro con varios amigos me distrajo de mi entusiasmo de reciente comprador; me fui a cenar con ellos, porque me hubiera resultado difícil cenar solo.

Cuando volví por la noche, con la cabeza llena de alegres pensamientos, una vaga bocanada de perfume oriental me hizo unas delicadas cosquillas en el aparato olfativo; el calor de la habitación había templado el natrón, el betún y la mirra con que los embalsamadores de cadáveres habían bañado el Cuerpo de la princesa; era un perfume suave aunque penetrante, un perfume que cuatro mil años no habían logrado evaporar.

El sueño de Egipto era la eternidad: sus olores tienen la solidez del granito, y duran tanto como él.

Pronto bebí grandes tragos en la copa negra del sueño; durante una hora o dos todo permaneció opaco, el olvido y la nada me inundaron con sus vaporosas sombras.

Sin embargo, mi oscuridad intelectual se iluminó, los sueños empezaron a rozarme con su silencioso vuelo.

Los ojos de mi alma se abrieron y vi mi habitación tal como era realmente: hubiera podido crearme despierto, pero una vaga percepción me decía que dormía y que algo extraño iba a ocurrir.

El olor de la mirra había aumentado de intensidad, y sentí un ligero dolor de cabeza que atribuí con bastante lógica a varios vasos de vino de Champagne que habíamos bebido a la salud de los dioses desconocidos y de nuestros éxitos futuros.

Miré mi habitación con un sentimiento de espera que nada justificaba; los muebles estaban perfectamente colocados, la lámpara ardía sobre la consola, suavemente perfilada por la blancura lechosa de su globo de cristal esmerilado; las acuarelas resplandecían bajo su cristal de Bohemia; las cortinas colgaban lánguidamente: todo tenía un aspecto adormecido y tranquilo.

Sin embargo, al cabo de unos instantes, aquel interior tan sereno pareció agitarse, el entablado crujió furtivamente; los leños que yacían bajo las cenizas lanzaron de repente un chorro de gas azul, y los discos de las páteras parecían ojos de metal atentos como yo a las cosas que iban a pasar.

Mi vista se dirigió por casualidad a la mesa en la que había posado el pie de la princesa Hermonthis.

En lugar de permanecer inmóvil como corresponde a un pie embalsamado hacía

cuatro mil años, se agitaba, se contraía y brincaba como una rana despavorida: era como si estuviera en contacto con una pila voltaica; oí muy nítidamente el ruido seco que producía su talón, duro como la pezuña de una gacela.

Estaba muy disgustado por mi adquisición, pues me gustaban los pisapapeles sedentarios y encontraba poco natural ver un pie paseando sin pierna, así que empecé a experimentar algo que se parecía mucho al terror.

De repente vi que se movían los pliegues de una de las cortinas, y oí un ruido como de una persona que saltara a la pata coja. Debo confesar que tuve calor y frío al mismo tiempo; que sentí como si un viento desconocido me soplara en la espalda; y mis cabellos, erizándose, lanzaron mi gorro de dormir a dos o tres pasos.

Las cortinas se entreabrieron y vi avanzar la figura más extraña que se pueda imaginar.

Era una joven, muy morena, como la bayadera de Amani, de una belleza perfecta que recordaba el tipo egipcio más puro; tenía los ojos rasgados, de contornos muy marcados, y unas pestañas tan negras que parecían azules; su nariz tenía un delicado perfil, casi griego —tan fina era—, y se la hubiera podido tomar por una estatua de bronce de Corinto, si la prominencia de los pómulos y la abertura un poco africana de la boca no hubieran permitido reconocer en ella, sin lugar a dudas, la raza jeroglífica de las orillas del Nilo.

Sus brazos delgados y torneados como un huso, igual que los de las muchachas más jóvenes, estaban ceñidos de especies de pulseras de metal y de vueltas de abalorios; sus cabellos estaban trenzados con cuerdecillas, y en su pecho colgaba un ídolo de pasta verde por cuyo látigo de siete ramas se reconocía a Isis, conductora de las almas; una placa de oro brillaba en su frente, y algunos trazos de pintura se adivinaban bajo los tonos cobrizos de sus mejillas.

En cuanto a su atuendo era muy extraño.

Imaginaos una falda de bandas pintarrajeadas de jeroglíficos negros y rojos, cubiertas de betún y que parecían pertenecer a una momia a la que se le acabaran de quitar las vendas.

Por uno de esos saltos de pensamiento tan frecuentes en los sueños, oí la voz hipócrita y ronca del comerciante de baratillo, que repetía, como un monótono estribillo, la frase que había dicho en la tienda con una entonación tan enigmática:

«El anciano Faraón no estará muy contento. El buen hombre amaba a su hija».

Una extraña particularidad que no me tranquilizó nada: la aparición no tenía sino un solo pie, la otra pierna estaba rota por el tobillo.

Se dirigió a la mesa donde el pie de momia se agitaba y saltaba con redoblada velocidad. Al llegar allí, se apoyó en el borde y vi cómo una lágrima se formaba y brillaba en sus ojos.

Aunque no hablara, adiviné claramente su pensamiento: miraba el pie, porque sin duda era el suyo, con una expresión de coqueta tristeza llena de infinito encanto; pero el pie saltaba y corría de un lado a otro como si fuera empujado por resortes de acero.

Dos o tres veces extendió la mano para cogerlo, pero no lo consiguió.

Entonces se estableció entre la princesa Hermonthis y su pie, que parecía dotado de vida propia, un extrañísimo diálogo en un egipcio muy antiguo, tal como se debía hablar, hace treinta siglos, en las siringas de la región de Ser^[14], pero afortunadamente aquella noche yo sabía el egipcio antiguo a la perfección.

La princesa Hermonthis decía en un tono de voz suave y vibrante como una campanilla de cristal:

—¡Mi querido piececito! Huyes de mí sin parar y sin embargo te necesito mucho. Te bañaba con agua perfumada, en un estanque de alabastro; pulía tu talón con piedra pómez empapada en aceite de palmeras, cortaba tus uñas con tijeras de oro y las pulía con diente de hipopótamo, ponía mucho cuidado en elegir para ti *thabeb*s^[15] bordados y pintados con las puntas curvadas, que daban envidia a todas las jóvenes de Egipto; llevabas en tus dedos sortijas que representaban el escarabajo sagrado, y sostenías uno de los cuerpos más ligeros que pueda desear un pie perezoso.

El pie contestó en tono serio y triste:

—Sabes perfectamente que ya no me pertenezco, he sido comprado y pagado; el viejo comerciante sabía muy bien lo que hacía, sigue resentido porque te negaste a casarte con él: te ha jugado una mala pasada.

»El árabe que forzó tu sepulcro real en el pozo subterráneo de la necrópolis de Tebas fue enviado por él, quería impedirte que fueras a la reunión de los pueblos tenebrosos, en las ciudades inferiores. ¿Tienes cinco monedas de oro para volver a comprarme?

—¡Ay, no! Mis piedras preciosas, mis anillos, mis bolsas de oro y plata, todo me lo robaron —respondió la princesa Hermonthis suspirando.

—Princesa —exclamé yo entonces—, jamás he retenido injustamente el pie de nadie: aunque no tengáis los cincos luises que me ha costado, os lo devuelvo con mucho gusto; me horrorizaría dejar coja a una persona tan amable como la princesa Hermonthis.

Solté este discurso en un tono de admiración y caballerosidad que debió sorprender a la bella egipcia.

Volvió hacia mí una mirada llena de gratitud, y sus ojos se iluminaron de azulados reflejos.

Cogió su pie que, esta vez, se dejó hacer, como una mujer que va a ponerse un borceguí, y se lo ajustó a la pierna con mucha habilidad.

Terminada la operación, dio dos o tres pasos por la habitación, como para asegurarse de que realmente ya no estaba coja.

—¡Ah! Qué contento se va a poner mi padre, él que estaba tan apenado por mi mutilación, y que, desde el día de mi nacimiento, había puesto a un pueblo entero a trabajar para excavar me una tumba tan profunda que pudiera conservarme intacta hasta el día supremo en que las almas serán pesadas en las balanzas de Amenthi^[16].

»Ven conmigo a casa de mi padre, te recibirá bien, me has devuelto mi pie.

Su proposición me pareció completamente natural; me puse una bata estampada que me daba un aspecto verdaderamente faraónico; me calcé apresuradamente unas babuchas turcas, y dije a la princesa Hermonthis que estaba dispuesto a seguirla.

Hermonthis, antes de partir, se quitó del cuello la figurita de pasta verde y la colocó sobre las hojas esparcidas que cubrían la mesa.

—Es justo —dijo sonriendo— que reemplace el pisapapeles.

Me tendió la mano, que era suave y fría como la piel de una culebra, y nos fuimos.

Pasamos durante algún tiempo con la rapidez de la flecha por un medio fluido y grisáceo, donde siluetas apenas esbozadas pasaban a derecha e izquierda.

Por un instante no vimos sino el agua y el cielo.

Unos minutos después, empezaron a aparecer algunos obeliscos; pilones, murallas y esfinges se dibujaron en el horizonte.

Habíamos llegado.

La princesa me condujo ante una montaña de granito rosa, en la que había una abertura estrecha y baja que hubiera sido difícil distinguir de las grietas de la piedra si dos estelas recargadas de esculturas no hubieran permitido reconocerla.

Hermonthis encendió una antorcha y comenzó a caminar delante de mí.

Eran corredores tallados en la roca viva; las paredes, cubiertas de paneles de jeroglíficos y de procesiones alegóricas, debieron emplear miles de brazos durante miles de años; los corredores, de interminable longitud, desembocaban en habitaciones cuadradas, en medio de las cuales habían abierto pozos, a los que descendimos por medio de crampones o escaleras de caracol; los pozos nos condujeron a otras estancias, de donde salían otros corredores igualmente abarrotados de gavilanes, de serpientes enroscadas, de tau, de pedum, de barí místico^[17], prodigioso trabajo que ningún ojo vivo debía ver, interminables leyendas de granito que sólo los muertos podían leer durante la eternidad.

Por fin, llegamos a una sala tan vasta, tan enorme, tan desmesurada, que no se podían ver sus límites; hasta perderse de vista se extendían hileras de columnas monstruosas entre las que temblequeaban lívidas estrellas de luz amarilla: aquellos puntos brillantes revelaban profundidades incalculables.

La princesa Hermonthis me llevaba de la mano y saludaba con un gesto encantador a las momias que conocía.

Mis ojos se acostumbraron a aquella media luz crepuscular y empecé a distinguir los objetos.

Vi, sentados en sus tronos, a los reyes de las razas subterráneas, eran enormes ancianos secos, arrugados, apergaminados, negros por la nafta y el betún, coronados de skhents de oro, cubiertos de pectorales y cuellos altos, constelados de piedras preciosas, con los ojos fijos como las esfinges y largas barbas blanqueadas por la nieve de los siglos; tras ellos, sus súbditos se mantenían de pie en las posturas rígidas y forzadas propias del arte egipcio, conservando eternamente la actitud prescrita por

el código hierático; detrás de los súbditos maullaban, batían las alas y reían burlonamente los gatos, los ibis y los cocodrilos coetáneos, que resultaban todavía más monstruosos por la envoltura de las bandas.

Todos los faraones se encontraban allí, Keops, Kefrén, Psamético, Sesostris, Amenhotep; todos los negros dominadores de las pirámides y las siringas; en un estrado más elevado se hallaban el rey Cronos y Xixuthros, que fue contemporáneo del diluvio, y Tubalcaín que le precedió.

La barba del rey Xixuthros había crecido tanto que había dado siete veces la vuelta a la mesa de granito en la que se apoyaba pensativo y soñoliento.

Más lejos, en una especie de vapor polvoriento, a través de la bruma de las eternidades, distinguí vagamente a los setenta y dos reyes preadamitas y a sus setenta y dos pueblos desaparecidos para siempre.

Tras dejarme unos minutos para que gozara de aquel vertiginoso espectáculo, la princesa Hermonthis me presentó a su padre el Faraón, que me hizo un gesto con la cabeza, verdaderamente majestuoso.

—¡He recuperado mi pie! ¡He recuperado mi pie! —gritaba la princesa dando palmadas con todas las manifestaciones —de una loca alegría—. Este caballero me lo ha devuelto.

Las razas de Kemé, las razas de Nahasi, todas las naciones negras, tostadas, cobrizas, repitieron a coro:

—La princesa Hermonthis ha recuperado su pie.

Hasta el propio Xixuthros se conmovió:

Levantó sus pesados párpados, se pasó los dedos por el bigote y dejó caer sobre mí su mirada cargada de siglos.

—Por Oms, perro de los infiernos, y por Tmei, hija del Sol y de la Verdad, es un valiente y digno muchacho —dijo el Faraón tendiendo hacia mí su cetro, que terminaba en una flor de loto.

—¿Qué quieres como recompensa?

Con la audacia que dan los sueños, donde nada parece imposible, le pedí la mano de Hermonthis: la mano a cambio del pie me parecía una recompensa antitética de bastante buen gusto.

El Faraón abrió desmesuradamente sus ojos de vidrio, sorprendido de mi ocurrencia y mi petición.

—¿De qué país eres y qué edad tienes?

—Soy francés y tengo veintisiete años, venerable Faraón.

—¡Veintisiete años! ¡Y quiere casarse con la princesa Hermonthis, que tiene treinta siglos! —exclamaron a la vez todos los tronos y todos los círculos de las naciones.

Hermonthis fue la única que no pareció encontrar inconveniente mi demanda.

—Si por lo menos tuvieras dos mil años —repuso el anciano rey—, te concedería con mucho gusto a la princesa, pero la desproporción es excesiva, y además nuestras

hijas necesitan maridos que duren. Vosotros no sabéis conservaros: los últimos que trajeron hace apenas quince siglos, ya no son sino una pizca de ceniza; mira, mi carne es dura como el basalto y mis huesos barras de acero.

»Asistiré al último día del mundo con el cuerpo y la cara que tenía cuando estaba vivo; mi hija Hermonthis durará más que una estatua de bronce.

»Entonces el viento habrá dispersado la última brizna de tu polvo, y la propia Isis, que supo encontrar los pedazos de Osiris, sería incapaz de recomponer tu ser.

»Observa qué robusto soy todavía y lo vigorosos que son mis brazos —dijo apretándome tanto la mano que parecía que iba a cortar mis dedos ensortijados.

Me apretó tan fuerte que me desperté, y vi a mi amigo Alfred que me tiraba del brazo y me sacudía para que me levantara.

—¡Ya era hora! ¡Menudo dormilón! ¿Qué quieres, que te pongamos en medio de la calle y quememos fuegos artificiales en tus oídos?

»Es más de mediodía, ¿no recuerdas que me prometiste venir a buscarme para ir a ver los cuadros españoles de Aguado^[18]?

—¡Dios mío! Ya no me acordaba —respondí mientras empezaba a vestirme—. Vamos allá, tengo la invitación en la mesa.

Y avancé para cogerla; pero imaginad mi sorpresa cuando en lugar del pie de momia que había comprado la víspera, vi la figurita de pasta verde que la princesa Hermonthis había dejado en su lugar...

DOS ACTORES PARA UN PAPEL^[19]

I

UNA CITA EN EL JARDÍN IMPERIAL

JURAN los últimos días de noviembre: el Jardín imperial de Viena estaba desierto, un aire cortante arremolinaba las hojas color azafrán, secas a causa de los primeros fríos; los rosales de los arriates, castigados y rotos por el viento, arrastraban su ramaje por el barro. Sin embargo el gran paseo, gracias a la arena que lo recubre, estaba seco y practicable. Aunque devastado por la proximidad del invierno, el Jardín imperial no carecía de un cierto encanto melancólico. El largo paseo prolongaba hasta muy lejos sus arcos rojizos, dejando adivinar confusamente al fondo un horizonte de colinas ya invadidas por los vapores azulados y la bruma de la noche; más allá, la vista se extendía sobre el Prater y el Danubio; era un lugar muy a propósito para un poeta.

Un joven, con señales visibles de impaciencia, iba y venía por el paseo; su atuendo, de una elegancia un poco teatral, consistía en una levita de terciopelo negro con galones de oro ribeteada de piel, pantalones grises de punto, botas suaves de borlas, que llegaban hasta media pierna. Podía tener de veintisiete a veintiocho años; sus rasgos pálidos y regulares estaban llenos de delicadeza, y la ironía se ocultaba en los pliegues de sus ojos y las comisuras de su boca; en la Universidad, de la que parecía recién salido, porque todavía llevaba la gorra con hojas de roble de los estudiantes, debía haber dado mucha guerra a los filisteos y brillado en la primera fila de los veteranos y los novatos.

El pequeñísimo espacio en el que circunscribía su paseo demostraba que estaba esperando a alguno o más bien a alguna, porque el Jardín imperial de Viena, en el mes de noviembre, no es muy adecuado para las citas de negocios.

Efectivamente, no tardó en aparecer una joven por el fondo del paseo: un tocado de seda negra cubría sus abundantes cabellos rubios, cuyos largos tirabuzones la humedad de la tarde había desrizado ligeramente; su tez, normalmente de una blancura de cera virgen, había cobrado a causa del frío matices de rosas de Bengala. Encogida y arrebujaada como estaba en su capa de martas, se parecía asombrosamente

a la estatuilla de *La Frileuse*; un perro de aguas negro la acompañaba, cómoda carabina con cuya indulgencia y discreción se podía contar.

—Figúrate, Henrich —dijo la bella vienesa tomando del brazo al joven—, que hace más de una hora que estoy vestida y preparada para salir, y mi tía no acababa con sus sermones sobre los peligros del vals, las recetas para los pasteles de Navidad y las carpas al vino tinto. He salido con el pretexto de comprar unos borceguíes grises que no me hacen ninguna falta. Pero por ti, Henrich, digo estas mentirijillas de las que en seguida me arrepiento y en las que siempre vuelvo a caer. ¡Cómo se te ha ocurrido dedicarte al teatro! ¡Para eso has estudiado tanto tiempo Teología en Heidelberg!

Mis padres te querían y ahora estaríamos casados. En lugar de vernos a escondidas bajo los árboles desnudos del Jardín imperial, estaríamos sentados uno al lado de otro junto a una buena estufa de Sajonia, en un cuartito acogedor, charlando del porvenir de nuestros hijos; ¿no sería, Henrich, muy agradable?

—Sí, Katy, muy agradable —contestó el joven apretando bajo el raso y las pieles el brazo regordete de la bella vienesa—; pero ¡qué quieres!, es una fuerza invencible; el teatro me atrae; sueño con él de día, en él pienso de noche; siento el deseo de vivir en las creaciones de los poetas, me parece que tengo veinte existencias. Cada papel que interpreto me proporciona una vida nueva; experimento todas las pasiones que expreso; soy Hamlet, Oteló, Carlos Moor^[20]: cuando se es todo eso, difícilmente puede uno resignarse a la humilde condición de pastor de pueblo.

—Es muy hermoso; pero sabes perfectamente que mis padres jamás aceptarán a un actor como yerno.

—Naturalmente que no, si es un actor oscuro, un pobre artista ambulante, juguete de los directores y del público; pero a un gran actor cubierto de gloria y aplausos, mejor pagado que un ministro, por mucho que se resistan, acabarán por aceptarlo. Cuando vaya a pedir tu mano en una preciosa calesa amarilla cuyo brillo podrá servir de espejo a los asombrados vecinos, y cuando un apuesto lacayo lleno de galones me baje el estribo, ¿crees, Katy, que me rechazarán?

—No lo creo... Pero ¿quién dice, Henrich, que alguna vez llegues a eso? Tienes talento, pero el talento no basta, hace falta además mucha suerte. Cuando seas ese gran actor del que hablas, lo mejor de nuestra juventud habrá pasado, y entonces, ¿seguirás queriendo casarte con la vieja Katy, teniendo a tu disposición el amor de todas esas princesas del teatro tan alegres y engalanadas?

—Ese porvenir —contestó Henrich—, está más cerca de lo que crees; tengo un ventajoso contrato en el teatro de la Puerta de Carintia, el director está muy satisfecho de la forma en que he interpretado mi último papel y me ha concedido una gratificación de dos mil táleros.

—Ya sé —repuso la joven seriamente—, el papel de demonio en la nueva obra. Te confieso, Henrich, que no me gusta ver cómo un cristiano se disfraza del enemigo del género humano y pronuncia palabras blasfemas. El otro día fui a verte al teatro de

Carintia, y a cada instante temía que el verdadero fuego del infierno saliera de los escotillones y te engullera en un remolino de alcohol etílico. Volví a casa muy agitada y tuve espantosas pesadillas.

—Todo eso no son sino quimeras, mi buena Katy; y además, mañana es la última representación y no volveré a ponerme el traje negro y rojo que tanto te desagrada.

—Me alegro, porque no sé qué vagas inquietudes me atormentan, y tengo miedo de que ese papel, tan importante para tu éxito, no lo sea para tu salud; también me da miedo que adquieras malas costumbres con esos condenados actores. Estoy segura de que ya no rezas tus oraciones, y apostaría que has perdido la crucecita que te regalé.

Henrich demostró su inocencia abriéndose la levita; la crucecita seguía brillando sobre su pecho.

Así conversando, los dos enamorados habían llegado a la calle de Tabor en la Leopoldstadt, ante la tienda de un zapatero famoso por la perfección de sus borceguíes grises; después de haber charlado unos instantes en el umbral, Katy entró seguida de su perrito negro, no sin haber soltado sus bonitos y delgados dedos de la férrea mano de Henrich.

Henrich intentó vislumbrar a su amada, a través de los delicados zapatos y los preciosos borceguíes simétricamente alineados en los estantes de cobre del escaparate; pero la niebla había empañado los cristales con su húmedo aliento, y no pudo distinguir sino una silueta confusa; entonces, tras tomar una heroica decisión, dio media vuelta y se dirigió con paso decidido al gasthof del *Águila de dos cabezas*.

II

EL GASTHOF DEL ÁGUILA DE DOS CABEZAS

Había aquella noche mucha gente en el gasthof del *Águila de dos cabezas*; el conjunto era de lo más variopinto del mundo, y el capricho de Callot y el de Goya, reunidos, no hubieran podido producir una amalgama más extraña de tipos curiosos. El *Águila de dos cabezas* era una de esas bienaventuradas cuevas celebradas por Hoffmann, cuyos peldaños están tan gastados, son tan untuosos y tan resbaladizos, que no se puede poner el pie en el primero sin encontrarse inmediatamente al fondo, con los codos en la mesa, la pipa en la boca, entre una jarra de cerveza y una medida de vino nuevo.

A través de la densa nube de humo que afectaba desde el primer momento a la

garganta y a los ojos, se dibujaban, al cabo de unos minutos, toda clase de figuras extrañas.

Había valacos con su caftán y gorro de piel de Astrakán, servios, húngaros de largos bigotes negros, ridículamente vestidos de dormán y pasamanería; bohemios de tez cobriza, frente estrecha y perfil aguileño; honrados alemanes con flamante levita, tártaros de ojos achinados; todos los pueblos imaginables. El Oriente estaba representado por un grueso turco acurrucado en un rincón, que fumaba apaciblemente latakié en una pipa de cerezo de Moldavia, con cazoleta de barro rojo y boquilla de ámbar amarillo.

Toda aquella gente, sentada a las mesas, comía y bebía: la bebida se componía de cerveza fuerte y de una mezcla de vino tinto nuevo con vino blanco más viejo; la comida, de filetes de vaca fríos, jamón y pasteles.

Alrededor de las mesas, sonaba sin descanso uno de esos largos vales alemanes que producen en las imaginaciones septentrionales el mismo efecto que el hachís y el opio en las orientales; las parejas pasaban y volvían a pasar con rapidez; las mujeres, casi desmayadas de placer en brazos del bailarín, al compás de un vals de Lanner, barrían con sus faldas las nubes de humo de pipa y alegraban la cara de los bebedores. En la barra, improvisadores morlacos, acompañados de un hombre que tocaba la guzla, recitaban una especie de canción dramática que parecía divertir mucho a una docena de extraños personajes, tocados con tarbuchs y vestidos de piel de carnero.

Henrich se dirigió hacia el fondo de la cueva y fue a sentarse a una mesa donde había ya tres o cuatro personas de alegre rostro y excelente humor.

—¡Vaya, pero si es Henrich! —exclamó el más viejo del grupo—; tened cuidado, amigos míos *foenum habet in cornu*. ¿Sabes que tenías realmente un aspecto diabólico la otra noche? Casi me diste miedo. ¿Y cómo imaginar que Henrich, que bebe cerveza como nosotros y no retrocede ante una loncha de jamón frío, se transforme en un ser tan venenoso, tan malvado y tan sardónico, que le baste un gesto para estremecer a toda la sala?

—¡Naturalmente! Es que Henrich es un gran artista, un actor sublime. No tiene ningún mérito representar un papel acorde con el propio carácter; lo difícil, para una mujer coqueta, es interpretar magistralmente a una ingenua.

Henrich se sentó modestamente, mandó que le sirvieran un gran vaso de vino mezclado, y la conversación continuó sobre el mismo tema. De todas partes no le llegaban sino felicitaciones y frases de admiración.

—¡Ay si el gran Wolfgang de Goethe te hubiera visto! —decía uno.

—Enséñanos tus pies —decía otro—: estoy seguro de que los tienes como los del diablo.

Los demás bebedores, atraídos por las exclamaciones, miraban respetuosamente a Henrich, encantados de tener la ocasión de examinar de cerca a un hombre tan notable. Los jóvenes que habían conocido a Henrich en la Universidad, y cuyo

nombre apenas sabían, se acercaban a él y le estrechaban la mano cordialmente, como si hubieran sido sus íntimos amigos. Las bailarinas más bellas le lanzaban la más tierna mirada de sus ojos azules y aterciopelados.

Solamente un hombre sentado en la mesa contigua no parecía tomar parte del entusiasmo general; con la cabeza echada hacia atrás, tamborileaba distraídamente, con los dedos, en su sombrero, una marcha militar y, de vez en cuando, lanzaba una especie de *¡uf!* singularmente dubitativo.

El aspecto de aquel hombre era de lo más extraño, aunque estuviera considerado como un honrado burgués de Viena, que gozaba de una considerable fortuna; sus ojos grises tenían tonos verdes y lanzaban reflejos fosfóricos como los de los gatos. Cuando sus labios pálidos y finos se despegaban, dejaban ver dos hileras de dientes muy blancos, muy afilados y muy separados, de un aspecto de lo más caníbal y más feroz que se pueda imaginar; sus uñas largas, brillantes y arqueadas, tenían una vaga apariencia de pezuñas; pero aquella fisonomía sólo aparecía a rapidísimas ráfagas; ante alguien que le mirara fijamente, su cara recobraba inmediatamente la apariencia burguesa y bonachona de un tendero vienés retirado del comercio, y se asombraría si hubiera podido sospechar maldad y brujería en un rostro tan vulgar y tan anodino.

Interiormente Henrich estaba impresionado por la frialdad de aquel hombre; su desdeñoso silencio despojaba de valor los elogios con que sus ruidosos compañeros le abrumaban. Aquel silencio era el de un viejo y experimentado conocedor, que no se deja llevar por las apariencias y que ha visto cosas mejores en sus tiempos.

Atmayer, el más joven del grupo, el más ardiente entusiasta de Henrich, no pudo soportar aquella cara fría y, dirigiéndose al hombre singular, como tomándole por testigo de una afirmación que iba a hacer, le preguntó:

—¿No es verdad, señor, que ningún actor ha interpretado mejor el papel de Mefistófeles que mi amigo aquí presente?

—¡Hum! —dijo el desconocido haciendo brillar sus pupilas glaucas y crujir sus afilados dientes—, el señor Henrich es un muchacho de talento y al que estimo mucho; pero, para interpretar el papel del diablo, todavía le falta mucho.

Y, levantándose de repente:

—¿Ha visto usted alguna vez al diablo, señor Henrich?

Hizo esta pregunta en un tono tan extraño y tan burlón, que todos los asistentes sintieron que un escalofrío les recorría la espalda.

—Sin embargo, sería muy necesario para la veracidad de su papel. La otra noche, fui al teatro de la Puerta de Carintia, y no me quedé satisfecho de su risa; era una risa traviesa, nada más. Así es como tendría que reír, mi querido señor Henrich.

Y dicho esto, como para darle ejemplo, soltó una carcajada tan aguda, tan estridente, tan sardónica, que la orquesta y los vales cesaron en ese mismo instante; los cristales del gasthof temblaron. El desconocido continuó riendo unos minutos de ese modo despiadado y convulsivo que Henrich y sus compañeros, a pesar de su espanto, no pudieron dejar de imitar.

Cuando Henrich recobró el aliento, las paredes del gasthof repetían, como un débil eco, las últimas notas de aquella carcajada fulminante y terrible, y el desconocido ya no se encontraba allí.

III

EL TEATRO DE LA PUERTA DE CARINTIA

Unos días después de aquel extraño incidente, que casi había olvidado y del que ya no se acordaba sino como de la broma de un burgués irónico, Henrich interpretaba su papel de demonio en la nueva obra.

En la primera fila de butacas estaba sentado el desconocido del gasthof y, a cada palabra pronunciada por Henrich, movía la cabeza, guiñaba los ojos, chasqueaba la lengua contra el paladar y hacía gestos de la más viva impaciencia: «¡Mal! ¡mal!», murmuraba a media voz.

Los espectadores que estaban a su lado, sorprendidos y extrañados de sus ademanes, aplaudían y decían:

—¡Qué señor tan difícil!

Al final del primer acto, el desconocido se levantó, como si hubiera tomado una decisión súbita, saltó sobre los timbales, el bombo y el gong, y desapareció por la puertecita que conduce desde el patio de butacas al escenario.

Henrich, mientras esperaba a que se levantara el telón, se paseaba entre bastidores y cual no sería su inmenso terror, cuando, al final de su corto paseo, se volvió y vio, de pie en medio del estrecho pasillo, a un misterioso personaje, vestido exactamente como él, y que le miraba con unos ojos cuya transparencia verdosa tenía en la oscuridad una profundidad inaudita; unos dientes afilados, blancos, separados, daban cierta ferocidad a su sonrisa sardónica.

Henrich no pudo dejar de reconocer al desconocido del gasthof del *Águila de dos cabezas*, o más bien al diablo en persona; porque era él.

—¡Ja! ¡Ja! ¡Caballere, quiere usted interpretar el papel del diablo! Ha estado muy mediocre en el primer acto, y realmente va a dar una opinión demasiado mala de mí a los simpáticos habitantes de Viena. Me va a permitir que le reemplace esta noche y, como usted no haría sino entorpecerme, le voy a mandar al segundo foso.

Henrich acababa de reconocer al ángel de las tinieblas y se sintió perdido; llevando maquinalmente la mano a la crucecita de Katy, que no le abandonaba jamás,

intentó pedir auxilio y murmurar una fórmula de exorcismo; pero el terror le hacía un nudo demasiado apretado en la garganta: sólo pudo emitir un débil estertor. El diablo apoyó sus garras en los hombros de Henrich y le hundió a la fuerza en el suelo; luego entró en escena, pues era el momento de su réplica, como un actor consumado.

Su interpretación incisiva, mordaz y verdaderamente diabólica sorprendió al público.

—¡Qué inspirado está Henrich hoy! —exclamaban por todos lados.

Lo que produjo sobre todo un gran efecto, fue la carcajada penetrante como el chirrido de una sierra, la risa de condenado que blasfema contra las dichas del paraíso. Jamás actor alguno había logrado expresar tal sarcasmo, tal perversidad: mientras él reía, los demás temblaban. La sala estaba anhelante de emoción, chispas fosfóricas salían de los dedos del temible actor; regueros de llamas resplandecían a sus pies; la luz de la araña palidecía, las candilejas proyectaban reflejos rojizos y verdosos; un cierto olor sulfuroso reinaba en la sala; los espectadores estaban como en éxtasis, y torrentes de aplausos frenéticos acompañaban cada frase del maravilloso Mefistófeles, que con frecuencia sustituía versos de su invención a los del poeta, sustitución siempre afortunada y aceptada con deleite.

Katy, a quien Henrich había enviado una entrada de palco, estaba extraordinariamente inquieta: no reconocía a su querido Henrich; presentía vagamente alguna desgracia con ese espíritu de adivinación que produce el amor, esa segunda visión del alma.

La representación acabó en medio de un delirio inimaginable. Cuando cayó el telón, el público pidió a voz en grito que saliera Mefistófeles. Le buscaron en vano; pero un mozo del teatro fue a decir al director que habían encontrado en el segundo foso al señor Henrich, que sin duda se había caído por una trampilla. Henrich estaba sin conocimiento: le llevaron a su casa y, al desnudarle, vieron con sorpresa que tenía en los hombros unos arañazos muy profundos, como si un tigre hubiera intentado ahogarle entre sus patas. La crucecita de plata de Katy le había preservado de la muerte, y el diablo, vencido por aquella influencia, se contentó con precipitarle a los sótanos del teatro.

La convalecencia de Henrich fue larga: cuando estuvo mejor, el director fue a proponerle un contrato más ventajoso, pero Henrich lo rechazó; porque no deseaba en absoluto poner en peligro su salud por segunda vez, y sabía, además, que jamás podría igualarse a su temible doble.

Al cabo de dos o tres años, tras recibir una pequeña herencia, se casó con la bella Katy, y ambos, sentados uno al lado del otro junto a una estufa de Sajonia, en un cuartito acogedor, hablan del porvenir de sus hijos.

Los aficionados al teatro todavía recuerdan con admiración aquella maravillosa función, y les sorprende el capricho de Henrich, que renunció a la escena después de tan apoteósico triunfo.

EL CLUB DEL HACHÍS^[21]

I

EL HOTEL PIMODAN

UNA noche de diciembre, obedeciendo a una misteriosa convocatoria redactada en enigmáticos términos sólo comprensibles para los afiliados e ininteligibles para los demás, llegué a un barrio lejano, especie de oasis de soledad en el centro de París, al que el río, que lo rodea con ambos brazos, parece defender contra las intrusiones de la civilización, porque era en una vieja casa de la isla de Saint-Louis, el hotel Pimodan, construido por Lauzun, donde el extraño club al que yo pertenecía desde hacía poco tenía sus sesiones mensuales y a donde iba a asistir por primera vez.

Aunque apenas eran las seis, era completamente de noche.

La bruma, más espesa aún por la proximidad del Sena, difuminaba todos los objetos en una especie de guata desgarrada y agujereada por el cerco rojizo de las farolas y los hilillos de luz que se escapaban de las ventanas iluminadas.

El pavimento, inundado de lluvia, brillaba bajo las farolas como el agua que refleja la luz; un viento desapacible, cargado de partículas heladas, azotaba la cara y sus guturales silbidos constituían el alto de una sinfonía cuyas enormes olas al romperse en los arcos de los puentes hacían el bajo: a aquella noche no le faltaban ninguna de las rigurosas poesías del invierno.

Resultaba difícil, a lo largo de aquel muelle desierto, distinguir entre la masa de edificios oscuros, la casa que buscaba; sin embargo mi cochero, irguiéndose sobre su asiento, consiguió leer en una placa de mármol el nombre borroso del viejo hotel, lugar de reunión de los adeptos.

Levanté el aldabón esculpido, pues el uso de los timbres con botón de cobre todavía no se había introducido en esos apartados lugares, y oí varias veces cómo el tirador chirriaba sin éxito; por fin, cediendo a un impulso más vigoroso, el viejo pestillo roñoso se abrió, y la puerta de madera maciza pudo girar sobre sus goznes.

Detrás de un cristal de transparencia amarillenta apareció, cuando entré, la cabeza de una anciana portera dibujada por el temblor de una candela, exactamente como un cuadro de Schalken^[22]. La cabeza me hizo un extraño gesto, y un delgado dedo,

saliendo de la portería, me indicó el camino.

Como pude comprobar, a la pálida luz que siempre cae incluso del cielo más oscuro, el patio que atravesé estaba rodeado de edificios de arquitectura antigua de puntiagudos aguilonos; notaba los pies mojados como si hubiera caminado por una pradera, porque el intersticio de los adoquines estaba lleno de hierba.

Las altas ventanas de estrechos cristales de la escalera, al brillar en la sombría fachada, me servían de guía y no me permitían extraviarme.

Subí la escalinata y me encontré ante una de esas inmensas escaleras como las que se construían en tiempos de Luis XIV, y en las cuales una casa moderna bailarían muy a sus anchas. Una quimera egipcia, según el gusto de Lebrun, con un Cupido a la grupa, extendía sus patas sobre un pedestal y sostenía una vela en sus garras a modo de palmatoria.

Los peldaños no eran demasiado altos; los descansillos y los rellanos bien distribuidos daban fe del genio del viejo arquitecto y de la hermosa vida de los siglos pasados; mientras subía por aquella admirable escalera, vestido con mi fino frac negro, sentí que desentonaba en el conjunto y que usurpaba un derecho que no era el mío; la escalera de servicio hubiera sido buena para mí.

Muchos cuadros, la mayoría sin marco, copias de obras maestras de la escuela italiana y de la escuela española, tapizaban las paredes, y arriba del todo, en la oscuridad, se divisaba vagamente una gran pintura mitológica, ejecutada al fresco.

Llegué a la planta indicada.

Un cancel de terciopelo de Utrecht, liso y brillante, cuyos galones amarillentos y clavos abollados daban cuenta de los largos servicios prestados, me hizo reconocer la puerta.

Llamé; me abrieron con las precauciones de rigor, y me encontré en una enorme sala iluminada en uno de sus extremos por varias lámparas. Al entrar allí, se retrocedía dos siglos. El tiempo, que pasa tan deprisa, parecía no haber transcurrido en aquella casa y, como un reloj al que han olvidado dar cuerda, su aguja marcaba siempre la misma hora.

Las paredes, revestidas de madera pintada de blanco, estaban cubiertas hasta la mitad de lienzos oscurecidos que tenían el sello de la época; sobre la gigantesca estufa se alzaba una estatua que parecía sustraída de un cenador de Versalles. En el techo en forma de cúpula había una alegoría, del estilo de las de Lemoine, que seguramente era de él.

Avancé hacia la parte luminosa de la sala donde se agitaban alrededor de una mesa varias formas humanas, y cuando la claridad, dándome de lleno, me hizo reconocible, un vigoroso hurra estremeció las profundidades sonoras del viejo edificio.

«¡Es él! ¡es él! —gritaron al mismo tiempo muchas voces—; ¡que le den su parte!»

El doctor estaba de pie junto a un aparador en el que se hallaba una bandeja llena

de platitos de porcelana del Japón. De un jarrón de cristal y por medio de una espátula, sacaba una pizca de pasta o mermelada verdosa, más o menos del tamaño del pulgar, y la ponía, al lado de una cuchara de plata, en cada platito.

La cara del doctor resplandecía de entusiasmo; le brillaban los ojos, tenía los pómulos enrojecidos, las venas de sus sienes se dibujaban en relieve, las ventanas de su nariz, dilatadas, aspiraban el aire con fuerza.

—Esto se lo deducirán de su porción de paraíso —me dijo dándome la dosis que me correspondía.

Cuando cada uno comió su parte, se sirvió café según la costumbre árabe, es decir con orujo y sin azúcar.

Luego nos sentamos a la mesa.

Esta inversión en los hábitos culinarios sin duda habrá sorprendido al lector; realmente no es corriente tomar el café antes de la sopa, y en general las mermeladas se toman de postre. El hecho, claramente, merece una explicación.

II

PARÉNTESIS

Antaño existía en Oriente una orden de temibles sectarios mandada por un jeque que tomaba el título de Anciano de la Montaña, o príncipe de los Asesinos.

El Anciano de la Montaña era obedecido sin rechistar; los Asesinos, sus súbditos, corrían con absoluta entrega a ejecutar sus órdenes, fueran las que fueran; ningún peligro les detenía, ni siquiera una muerte segura. Ante un gesto de su jefe, se precipitaban desde lo alto de una torre o iban a apuñalar a un soberano a su palacio, en medio de sus guardias.

¿Por qué artificios el Anciano de la Montaña obtenía tan completa abnegación?

Por medio de una droga maravillosa, cuya receta poseía, y que tiene la propiedad de procurar alucinaciones deslumbrantes.

Los que la habían tomado encontraban, al despertar de la embriaguez, la vida real tan triste y tan descolorida, que hacían con alegría los mayores sacrificios para entrar en el paraíso de los sueños; porque todo hombre muerto mientras cumplía las órdenes del jeque iba directamente al cielo, o si se salvaba, era admitido de nuevo a gozar de la felicidad de la misteriosa composición.

Así que la pasta verde que el doctor acababa de distribuirnos era precisamente la

misma que el Anciano de la Montaña daba a sus fanáticos sin que ellos lo supieran, pues les hacía creer que tenía a su disposición el cielo de Mahoma y las huríes de tres matices, es decir el *hachís*, de donde viene *hachichin*, comedor de *hachís*, raíz de la palabra *asesino*, cuya feroz acepción se explica perfectamente por las costumbres sanguinarias de los seguidores del Anciano de la Montaña.

Sin duda, las personas que me habían visto salir de mi casa a la hora en que los simples mortales toman su alimento no sospechaban que hubiera ido a la isla Saint-Louis, lugar virtuoso y patriarcal donde los haya, a consumir una cena extraña que servía, hace varios siglos, de medio de excitación a un jeque impostor para empujar a un grupo de iluminados al asesinato. Nada en mi atuendo perfectamente burgués hubiera podido hacerme sospechoso de un exceso de orientalismo, pues más bien tenía el aspecto de un sobrino que va a cenar a casa de su anciana tía que el de un creyente a punto de probar los placeres del cielo de Mahoma en compañía de doce árabes totalmente franceses.

Sin esta revelación, si alguien os hubiera dicho que existía en París en 1845, en la época del agiotaje y el ferrocarril, una orden de comedores de hachís cuya historia no escribió Hammer^[23], no le hubierais creído, y sin embargo nada fue más cierto, según la costumbre de las cosas inverosímiles.

III

ÁGAPE

Nos sirvieron la comida de un modo extraño y en toda clase de vajillas extravagantes y pintorescas.

Grandes copas de cristal de Venecia, cruzadas de blancas espirales, velicómenes alemanes historiados con blasones, con leyendas, cántaros flamencos de cerámica esmaltada, frascos de cuello fino, envueltos en un trenzado de caña, sustituían a los vasos, las botellas y las garrafas.

La porcelana mate de Louis Leboeuf y la loza inglesa de flores, ornamento de las mesas burguesas, brillaban por su ausencia; ningún plato era igual, pero cada uno tenía su mérito particular; China, Japón, Sajonia, tenían allí una muestra de sus más bellos materiales y sus más ricos colores: todo un poco desportillado, un poco descascarillado, pero de un gusto exquisito.

Las fuentes eran, en su mayoría, esmaltes de Bernard de Palissy, o porcelanas de

Limoges, y a veces el cuchillo de cortar encontraba, bajo los manjares reales, un reptil, una rana o un pájaro en relieve. La anguila comestible mezclaba sus curvas con las de la culebra modelada.

Un honrado burgués algo zafio hubiera experimentado cierto espanto a la vista de aquellos comensales melenudos, barbudos, bigotudos, o rapados de forma singular, enarbolando dagas del siglo dieciséis, puñales malayos, navajas, e inclinados sobre alimentos a los que los reflejos de las vacilantes lámparas prestaban sospechosas apariencias.

La cena llegaba a su fin, y ya algunos de los más fervientes adeptos notaban los efectos de la pasta verde: yo, por mi parte, había sentido una completa transformación del sentido del gusto. El agua que bebía me parecía que sabía al vino más exquisito, la carne se convertía en mi boca en frambuesa, y recíprocamente. No hubiera distinguido una chuleta de un melocotón.

Mis vecinos empezaban a parecerme un poco originales; las pupilas se les dilataban como las de los autillos; sus narices se alargaban como trompas de elefante; las bocas se estiraban como las aberturas de los cascabeles. Sus caras adquirían matices sobrenaturales.

Uno de ellos, con la cara pálida y una barba muy negra, se reía a carcajadas de un espectáculo invisible; otro hacía increíbles esfuerzos por llevarse la copa a los labios, y sus contorsiones provocaban abucheos ensordecedores.

Éste, agitado por movimientos nerviosos, doblaba los pulgares con increíble agilidad; aquel, derribado sobre el respaldo de la silla, la mirada vaga, los brazos muertos, se dejaba arrastrar voluptuosamente en el mar sin fondo del anonadamiento.

Yo, con los codos apoyados en la mesa, contemplaba todo aquello a la luz de un resto de razón que se iba y volvía por instantes como una lamparilla a punto de apagarse. Fuertes ardores me recorrían los miembros, y la locura, como una ola que rompe sobre una roca y se retira para volver de nuevo, alcanzaba y abandonaba mi cerebro, al que acabó por invadir completamente.

La alucinación, ese extraño huésped, se había instalado dentro de mí.

—¡Al salón, al salón! —gritó uno de los comensales—; ¿no oís esos coros celestes? Los músicos están preparados desde hace mucho rato.

Efectivamente, una deliciosa armonía nos llegaba como a bocanadas a través del tumulto de la conversación.

IV

UN SEÑOR QUE NO HABÍA SIDO INVITADO

El salón es una enorme estancia de zócalos esculpidos y dorados, techo pintado, frisos adornados de sátiros que persiguen ninfas entre las cañas, una inmensa chimenea de mármol de color, amplias cortinas de brocatel, donde se respira el lujo de los tiempos pasados.

Muebles tapizados, canapés, butacas y poltronas, de una anchura que permitía a las faldas de las duquesas y las marquesas desplegarse a gusto, recibieron a los adictos al hachís en sus brazos mullidos y siempre abiertos.

Una silla baja, junto a la chimenea, parecía llamarme; me senté en ella, y me abandoné sin resistencia a los efectos de la droga fantástica.

Al cabo de unos minutos, mis compañeros, unos tras otros, desaparecieron, no dejando otro vestigio que su sombra en la pared, que pronto fue absorbida del mismo modo que las manchas oscuras que el agua forma en la arena se desvanecen al secarse.

Y a partir de ahí, como ya no tuve conciencia de lo que hacían, tendréis que contentaros con el relato de mis simples impresiones personales.

La soledad reinó en el salón, iluminado solamente por una tenue claridad; luego, de repente, me pasó un relámpago rojo bajo los párpados, una innumerable cantidad de velas se encendieron por sí mismas, y me sentí bañado por una luz tibia y amarilla. El lugar en que me encontraba era exactamente el mismo, pero con la diferencia que existe entre el boceto y el cuadro; todo era más grande, más rico, más espléndido. La realidad sólo servía de punto de partida para las magnificencias de la alucinación.

Todavía no veía a nadie, y sin embargo adivinaba la presencia de una multitud.

Oí roces de telas, crujidos de escaupines, voces que murmuraban, susurraban, seseaban y ceceaban, carcajadas ahogadas, ruidos de patas de butaca y de mesa. Las porcelanas cambiaban de sitio, se abrían y cerraban las puertas: ocurría algo insólito.

Un personaje enigmático se me apareció repentinamente.

¿Por dónde había entrado? Lo ignoro; sin embargo, su vista no me causó espanto alguno: tenía la nariz corva como el pico de un pájaro, unos ojos verdes rodeados de tres círculos oscuros, que enjugaba frecuentemente con un inmenso pañuelo; una corbata blanca almidonada, en cuyo nudo había prendido una tarjeta de visita donde se leían estas palabras: *Daucus-Carota, del Vaso de oro*, apretaba su delgado cuello, y conseguía que la piel de sus mejillas se desbordara en pliegues rojizos; un traje negro de faldones cuadrados, del que colgaban ramilletes de abalorios, aprisionaba su cuerpo hinchado como el de un capón. En cuanto a sus piernas, debo confesar que estaban hechas de una raíz de mandrágora, bifurcada, negra, rugosa, llena de nudos y de verrugas, que parecía haber sido arrancada recientemente, porque todavía tenía partículas de tierra adheridas a los filamentos. Las piernas se agitaban y se torcían con una actividad extraordinaria y, cuando el pequeño torso que sostenían estuvo completamente frente a mí, el extraño personaje estalló en sollozos y, secándose los

ojos con la manga, me dijo con voz doliente:

—¡Es hoy cuando vamos a morir de risa!

Y las lágrimas, gruesas como guisantes, le rodaban por las aletas de la nariz.

«De risa... de risa...», repitieron como un eco coros de voces discordantes y gangosas.

V

FANTASÍA

Entonces miré al techo, y vi una multitud de cabezas sin cuerpo, como las de los querubines, que tenían expresiones tan cómicas, fisonomías tan joviales y tan profundamente dichosas, que no pude evitar compartir su hilaridad.

Sus ojos se abrían y cerraban, sus bocas se dilataban, y las ventanas de sus narices se agrandaban; eran gestos capaces de alegrar al *spleen* en persona. Aquellas máscaras bufonescas se movían en un espacio que giraba en sentido opuesto, lo que producía un efecto deslumbrante y vertiginoso.

Poco a poco el salón se había llenado de figuras extraordinarias, como sólo se encuentran en los aguafuertes de Callot y en los grabados de Goya: un revoltijo de oropeles y harapos característicos, de formas humanas y animales; en cualquier otra ocasión, seguramente me hubiera inquietado semejante compañía, pero no había nada amenazador en aquellas monstruosidades. Era la malicia y no la ferocidad la que hacía brillar aquellas pupilas. Sólo el buen humor descubría allí los enormes colmillos y los puntiagudos incisivos.

Como si yo fuera el rey de la fiesta, cada figura venía una tras otra al círculo luminoso cuyo centro ocupaba yo, con aspecto de grotesca compunción, a mascularme al oído bromas de las que ni una sola puedo recordar, pero que, en aquel momento, me parecieron prodigiosamente espirituales y me inspiraron una loca alegría.

A cada nueva aparición, una risa homérica, olímpica, inmensa, impresionante, que parecía resonar en el infinito, estallaba a mi alrededor con bramidos de trueno.

Múltiples voces, a veces chillonas y a veces cavernosas, gritaban:

—¡No, es demasiado gracioso, basta! ¡Dios mío, Dios mío, cómo me divierto! ¡Esto es increíble!

—¡Acabad, por favor! Ya no puedo más... ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ji! ¡Ji! ¡Ji! ¡Qué farsa

tan buena! ¡Qué excelente retruécano!

—¡Deteneos! ¡Me ahogo! ¡Me asfixio! No me miréis así... o alejaos un poco, voy a estallar...

A pesar de las protestas medio en broma, medio suplicantes, la formidable hilaridad iba creciendo cada vez más, el estrépito aumentaba de intensidad, los suelos y las paredes de la casa se agitaban y palpitaban como un diafragma humano, sacudidos por aquella risa frenética, irresistible, implacable.

Pronto, en lugar de venir a presentarse ante mí uno por uno, los grotescos fantasmas me asaltaron en masa, agitando sus largas mangas de *pierrot*, tropezando con los pliegues de su blusón de mago, aplastando su nariz de cartón en choques ridículos, haciendo volar como una nube el polvo de su peluca, y desentonando extravagantes canciones de rimas imposibles.

Todos los tipos inventados por el espíritu burlesco de los pueblos y los artistas se encontraban allí reunidos, pero más poderosos. Era un extraño tropel: el polichinela napolitano daba golpecitos cariñosos en la joroba del *punch* inglés; el arlequín de Bérgamo frotaba su hocico negro contra la máscara enharinada del bufón de Francia, que lanzaba espantosos gritos; el doctor boloñés lanzaba tabaco a los ojos del padre Cassandra; Tartaglia galopaba a caballo sobre un payaso, y Gilíes daba patadas en el trasero a su don Spavento; Karagheuz, armado de su bastón obsceno, se batía en duelo con el bufón Oseo.

Más lejos se agitaban confusamente las fantasías de los sueños graciosos, creaciones híbridas, mezcla informe del hombre, del animal y de los utensilios, monjes que tenían ruedas en vez de pies y ollas en vez de vientres, guerreros ataviados con cacharros de cocina que enarbolaban sables de madera en sus garras de pájaro, hombres de Estado movidos por engranajes de asador, reyes hundidos hasta la cintura en atalayas o garitos, alquimistas con la cabeza en forma de fuelle, de miembros retorcidos como alambiques, picaros hechos de un agregado de calabazas de extraños bultos, todo lo que puede trazar en el delirio el lápiz de un cínico cuyo codo empuja la embriaguez.

Todo hormigueaba, se arrastraba, correteaba, saltaba, gritaba, silbaba, como dice Goethe en la noche de Walpurgis.

Para sustraerme al exagerado celo de aquellos barrocos personajes, me refugié en un rincón oscuro, desde donde pude verles entregados a danzas tales como jamás conoció el Renacimiento en tiempos de Chicard, o la Ópera bajo el reinado de Mussard, el rey de la contradanza desenfrenada. Aquellos danzantes, mil veces superiores a Moliere, a Rabelais, a Swift y a Voltaire, escribían, mediante un trenzado o un *balancé*, comedias tan profundamente filosóficas, sátiras de tan alto alcance y tan picantes, que no podía evitar desternillarme de risa en mi rincón.

Daucus-Carota ejecutaba, mientras se secaba los ojos, piruetas y cabriolas inconcebibles, sobre todo para un hombre que tenía las piernas como raíces de mandrágora, y repetía en un tono burlescamente lastimoso:

—¡Es hoy cuando vamos a morir de risa!

Vosotros que habéis admirado la sublime estupidez de Odry, la ronca necesidad de Alcide Tousez, la majadería llena de aplomo de Arnal, las muecas de macaco de Ravel, y que creéis saber lo que es una máscara cómica, si hubierais asistido a ese baile de *Gustave* evocado por el hachís, estaríais de acuerdo en que los cómicos más jocosos de nuestros pequeños teatros sólo sirven para ser esculpidos en las esquinas de un catafalco o de una tumba...

¡Cuántos ojos extrañamente convulsos! ¡cuántos ojos agitados de guiños y chisporroteos sarcásticos bajo su membrana de pájaro! ¡cuántos rictus! ¡cuántas bocas como hachazos! ¡cuántas narices chistosamente dodecaedras! ¡cuántos abdómenes hinchados de burlas pantagruélicas!

¡De qué modo a través de todo aquel hormigueo de pesadilla sin angustia se dibujaban a ráfagas súbitas imágenes de un efecto irresistible, caricaturas que hubieran puesto celosos a Daumier y a Gavarni, fantasías que hubieran vuelto locos de placer a los maravillosos artistas chinos, los Fidias de los ídolos búdicos y de las grotescas figuritas de porcelana!

Sin embargo no todas las visiones eran monstruosas o burlescas; tampoco faltaba encanto en aquel carnaval de formas: cerca de la chimenea, una cabecita de mejillas de melocotón se revolcaba sobre sus rubios cabellos, mostrando en un interminable acceso de alegría treinta y dos dientecillos del tamaño de granos de arroz, y soltando una carcajada aguda, vibrante, argentina, prolongada, bordada de trinos y calderones, que me atravesó el tímpano y, merced a un magnetismo nervioso, me obligó a cometer multitud de extravagancias.

El gozoso frenesí estaba en su punto más alto; ya no se oían sino suspiros convulsivos, risitas inarticuladas. La carcajada había perdido su timbre y tornaba al rugido, el espasmo sucedía al placer; la frase de *Daucus-Carota* iba a ser verdad.

Ya varios comensales anonadados habían rodado al suelo con esa suave pesadez de la embriaguez que hace que las caídas sean poco peligrosas; exclamaciones tales como estas: «¡Dios mío, qué dichoso soy! ¡qué felicidad! ¡estoy nadando en el éxtasis! ¡me siento en el paraíso! ¡me sumerjo en abismos de delicias!» se cruzaban, se confundían, tapaban unas a otras.

Gritos roncros brotaban de pechos oprimidos; los brazos se tendían enloquecidos hacia alguna visión fugitiva; los talones y las nuca tamborileaban sobre el piso. Había llegado el momento de echar una gota de agua fría en aquel vapor ardiente, o la caldera hubiera explotado.

La envoltura humana, que tiene tan poca fuerza para el placer, y que tiene tanta para el dolor, no hubiera podido soportar una presión más alta de felicidad.

Uno de los miembros del club, que no había tomado parte en la voluptuosa intoxicación para poder vigilar aquella fantasmagoría e impedir que atravesaran las ventanas aquellos de entre nosotros que hubieran creído poseer alas, se levantó, abrió la caja del piano y se sentó. Sus manos, al caer a la vez, se hundieron en el marfil del

teclado, y un magnífico acorde que retumbó con fuerza hizo callar los rumores y cambió la dirección de la embriaguez.

VI

KIEF

El tema musical era, según creo, el aire de Agueda en el *Freyschütz*; aquella melodía celeste pronto disipó, como un viento que barre deformes nubarrones, las ridículas visiones que me asediaban. Las larvas gesticulantes se retiraron arrastrándose bajo las butacas, donde se escondieron entre los pliegues de las cortinas lanzando débiles suspiros ahogados, y de nuevo me pareció que estaba solo en el salón.

El colosal órgano de Friburgo no produce, sin duda alguna, una masa de sonoridad mayor que el piano que tocaba el *vidente* (así se llama al adepto sobrio). Las notas vibraban con tanta fuerza, que me penetraban en el pecho como flechas luminosas; pronto el aire ejecutado me pareció que salía de mí mismo; mis dedos se agitaban sobre un teclado inexistente; los sonidos surgían azules y rojos, como chispas eléctricas; ¡el alma de Weber se había encarnado en mí!

Cuando acabó el fragmento, seguí haciendo improvisaciones interiores, en el estilo del maestro alemán, que me producían éxtasis inefables; qué lástima que una estenografía mágica no pudiera recoger aquellas inspiradas melodías, que sólo oía yo, y que no dudo, y es muy modesto por mi parte, en poner por encima de las obras maestras de Rossini, Meyerbeer y Félicien David.

¡Oh, Pillet! ¡oh, Vatel!, una de las treinta óperas que compuse en diez minutos os haría ricos en seis meses.

A la alegría un poco convulsiva del comienzo le había sucedido un bienestar indefinible, una calma sin límites.

Estaba en esa bienaventurada fase del hachís que los orientales llaman el *kief*. Ya no sentía mi cuerpo; los lazos de la materia y del espíritu se habían desatado; me movía por mi propia voluntad en un medio que no ofrecía resistencia.

Imagino que es así como deben comportarse las almas en el mundo etéreo al que iremos después de la muerte.

Un vapor azulado, una claridad elísea, un reflejo de gruta violácea, formaban en la estancia una atmósfera en la que podía ver como un vago temblor de contornos

imprecisos; aquella atmósfera, a la vez fresca y tibia, húmeda y perfumada, me envolvía, como el agua de un baño, en un beso de suave dulzura; si quería cambiar de postura, el aire acariciador formaba a mi alrededor mil remolinos voluptuosos; una deliciosa languidez se apoderaba de mis sentidos y me echaba al sofá, donde me desplomaba como un montón de ropa abandonada.

Entonces comprendí el placer que experimentan, según su grado de perfección, los espíritus y los ángeles al cruzar el éter y el cielo, y de qué manera se podía pasar la eternidad en el paraíso.

Nada que fuera material se inmiscuía en aquel éxtasis; ningún deseo terrestre alteraba su pureza. Ni siquiera el amor hubiera podido aumentarlo. Romeo embriagado de hachís hubiera olvidado a Julieta. La pobre niña, asomada a los jazmines, hubiera tendido en vano desde lo alto del balcón, a través de la noche, sus bellos brazos de alabastro. Romeo se hubiera quedado abajo, junto a la escala de seda y, aunque yo esté locamente enamorado del ángel de juventud y belleza creado por Shakespeare, debo reconocer que la muchacha más bella de Verona no vale nada para un hombre adicto al hachís.

Entonces contemplé con mirada apacible, aunque maravillada, la guirnalda de mujeres idealmente bellas que coronaban el friso con la divina desnudez de sus miembros; vi resplandecer hombros de raso, brillar senos de plata, corretear piececitos de rosadas plantas, ondular opulentas caderas, sin sentir la menor tentación. Los seductores espectros que turbaron a san Antonio no hubieran tenido poder alguno sobre mí.

Por un extraño prodigio, al cabo de varios minutos de contemplación, me fundí con el objeto contemplado, y me convertí yo mismo en aquel objeto.

Así que me había transformado en la ninfa Syrinx, porque el fresco representaba a la hija del Ladón perseguida por Pan.

Experimenté todos los terrores de la pobre fugitiva, y traté de esconderme detrás de cañas fantásticas, para evitar al monstruo de patas de macho cabrío.

VII

EL KIEF CONVOCA DE NUEVO A LA PESADILLA

Durante mi éxtasis, Daucus-Carota había vuelto.

Sentado como un pachá sobre sus raíces retorcidas, fijaba en mí sus ojos

ardientes; su boca crujía de forma tan sardónica, tal gesto de triunfo burlón resplandecía en toda su personita contrahecha, que me estremecí a mi pesar.

Al adivinar mi espanto, redobló las contorsiones y las muecas, y se acercó dando saltitos como una araña herida o como un lisiado en su carrito.

Entonces sentí un aliento frío en el oído, y una voz cuyo acento me resultaba muy conocido, aunque no pudiera definir a quién pertenecía, me dijo:

—Ese miserable *Daucus-Carota*, que ha vendido sus piernas para beber, te ha birlado la cabeza y ha puesto en su lugar, no una cabeza de asno como *Puck* a *Bottom*, sino ¡una cabeza de elefante!

Muy intrigado, me dirigí al espejo y vi que la observación no era falsa.

Parecía un ídolo hindú o javanés: tenía la frente abultada, la nariz, alargada en forma de trompa, se curvaba sobre mi pecho, las orejas me llegaban a los hombros y, para colmo de desgracias, era color añil, como *Shiva*, el dios azul.

Exasperado de furor, me puse a perseguir a *Daucus-Carota*, que saltaba, chillaba y daba muestras de estar extremadamente aterrado; conseguí atraparle, y le sacudí tan violentamente contra el borde de la mesa, que acabó por devolverme mi cabeza, que había envuelto en su pañuelo.

Contento con aquella victoria, volví a mi sitio en el canapé, pero la misma vocecita desconocida me dijo: Ten mucho cuidado, estás rodeado de enemigos; las potencias invisibles intentan atraerte y retenerte. Estás preso; trata de salir y ya verás.

Un velo se desgarró en mi mente y vi con claridad que los miembros del club no eran sino cabalistas y magos que querían arrastrarme a mi perdición.

VIII

TREAD-MILL

Me levanté con mucha dificultad y me dirigí hacia la puerta del salón, a donde no llegué sino tras un tiempo considerable, pues una fuerza desconocida me obligaba a retroceder un paso de cada tres. Según mis cálculos, tardé diez años en hacer aquel trayecto.

Daucus-Carota me seguía riéndose burlonamente y farfullaba en tono de falsa conmiseración:

—Si andas a ese ritmo, cuando llegues, serás viejo.

Sin embargo conseguí llegar a la habitación contigua, cuyas dimensiones me

parecieron alteradas e irreconocibles. Se alargaba, se alargaba... indefinidamente. La luz, que brillaba en el otro extremo, parecía tan lejana como una estrella fija.

El desaliento se apoderó de mí, y ya iba a detenerme cuando la vocecita me dijo, rozándome casi con sus labios:

—¡Valor!, ella te espera a las once.

Apelando desesperadamente a las fuerzas de mi alma, conseguí, mediante una enorme proyección de voluntad, levantar los pies, que se clavaban al suelo y que debía desarraigar como si de troncos de árboles se tratara. El monstruo de las piernas de mandrágora me escoltaba riéndose de mis esfuerzos y cantando en un tono de cansina salmodia:

—¡El mármol gana! ¡el mármol gana!

Efectivamente, sentí que mis extremidades se petrificaban y el mármol me envolvía hasta las caderas como la Dafne de las Tullerías; era una estatua hasta medio cuerpo, como los príncipes encantados de las *Mil y Una Noches*. Mis talones endurecidos resonaban formidablemente en el suelo: hubiera podido interpretar el papel del Comendador en *Don Juan*.

Mientras tanto había llegado al rellano de la escalera que intentaba bajar; estaba iluminada a medias y cobraba a través de mi sueño proporciones ciclópeas y gigantescas. Sus dos extremos sumidos en la sombra me parecían, sumergidos en el cielo y en el infierno, dos abismos; al levantar la cabeza, vi indistintamente, en una perspectiva prodigiosa, superposiciones de rellanos innumerables, barandillas que trepaban como para llegar a lo alto de la torre de Babel; mientras la bajaba, presentía abismos de peldaños, torbellinos de espirales, resplandores de circunvoluciones.

«Esta escalera debe traspasar la tierra de parte a parte, me dije continuando mi marcha inconsciente. Lograré llegar abajo al día siguiente del juicio final».

Las caras de los cuadros me miraban con gesto de lástima, algunas se agitaban en penosas contorsiones, como mudos que quisieran hacer una advertencia importante en una ocasión suprema. Era como si quisieran avisarme de una trampa que debía evitar, pero una fuerza inerte y triste me arrastraba; los escalones eran mullidos y se hundían bajo mi peso, lo mismo que las misteriosas escaleras en las pruebas de francmasonería. Las piedras, viscosas y flácidas, eran como los vientres de los sapos; nuevos rellanos, nuevos peldaños se presentaban sin cesar a mis resignados pasos; los que había franqueado volvían a situarse delante de mí.

Me pareció que aquella maniobra duraba mil años.

Por fin llegué al vestíbulo, donde me esperaba otra persecución no menos terrible.

La quimera que sostenía una vela entre sus patas y a la que vi al entrar, me interceptaba el paso con intenciones claramente hostiles; sus ojos verdosos tenían un brillo irónico, su boca socarrona reía perversamente; avanzaba hacia mí casi boca abajo, arrastrando por el polvo su caparazón de bronce, pero no era por sumisión; estremecimientos feroces agitaban su grupa de leona, y *Daucus-Carota* la excitaba como se hace con un perro cuando se quiere que ataque:

—¡Muérdele! ¡muérdele! Carne de mármol para una boca de bronce, es un magnífico regalo.

Sin dejarme asustar por aquella horrible bestia, la ignoré. Una bocanada de aire frío me dio en la cara y el cielo nocturno limpio de nubes se me apareció de pronto. Un sembrado de estrellas empolvaba de oro las venas de aquel gran bloque de lapislázuli.

Estaba en el patio.

Para describir el efecto que me produjo la sombría arquitectura, necesitaría el buril con que Piranése rayaba el barniz negro de sus maravillosos cobres; el patio había tomado las proporciones del Champ-de-Mars y, en pocas horas, se había rodeado de edificios gigantes que elevaban en el horizonte una sucesión de agujas, cúpulas, torres, aguilonos, pirámides, dignos de Roma y de Babilonia.

Mi sorpresa era extrema, jamás había sospechado que la isla Saint-Louis contuviera tantas magnificencias monumentales, que hubieran cubierto veinte veces su superficie real, y pensaba con bastante inquietud en el poder de los magos que habían podido, durante una velada, elevar semejantes construcciones.

—Eres el juguete de vanas ilusiones; este patio es muy pequeño —murmuró la voz—; tiene veintisiete pasos de largo por veinticinco de ancho.

—Sí, sí —masculló el engendro—, pasos de botas de siete leguas. Jamás llegarás a las once; hace quinientos años que te fuiste. La mitad de tus cabellos ya está gris... Vuelve allá arriba, es lo más sensato.

Como no obedecía, el odioso monstruo me envolvió en las redes de sus piernas y, ayudándose de sus manos, que eran como garfios, me arrastró a pesar de mi resistencia, me hizo subir de nuevo la escalera donde había sufrido tantas angustias, y me introdujo, para mi gran desesperación, en el salón del que tan penosamente había escapado.

Entonces el vértigo se apoderó completamente de mí; me volví loco, delirante.

Daucus-Carota hacía cabriolas hasta el techo y me decía:

—Imbécil, te devolví tu cabeza pero antes le había quitado el cerebro con una cuchara.

Sentí una terrible tristeza porque, al llevarme la mano al cráneo, lo encontré abierto y perdí el conocimiento.

IX

NO CREÁIS EN LOS CRONÓMETROS

Al volver en mí, vi la habitación llena de gente vestida de negro, que se aproximaba y se estrechaba la mano con melancólica cordialidad, como personas afligidas por un dolor común.

Decían:

—El Tiempo ha muerto; a partir de ahora ya no habrá ni años, ni meses, ni horas; el Tiempo ha muerto y vamos a su entierro.

—Verdaderamente era muy viejo, pero no contaba con este suceso; se encontraba maravillosamente para su edad —añadió una de las personas del duelo, a la que reconocí porque era un pintor amigo mío.

—La eternidad estaba agotada, hay que cambiar de vida —repuso otro.

—¡Dios santo! —exclamé asaltado por una idea súbita— si ya no existe el tiempo, ¿cuándo darán las once...?

—Jamás... —gritó con voz de trueno Daucus-Carota, lanzándome su nariz a la cara, y mostrándose ante mí bajo su verdadero aspecto—. Jamás... siempre serán las nueve y cuarto... La aguja se quedará en el minuto en que el tiempo ha dejado de existir, y sufrirás el suplicio de venir a mirar la aguja inmóvil, y de volver a sentarte para empezar otra vez, y todo ello hasta que camines sobre los huesos de tus talones.

Una fuerza superior me arrastraba, y realicé cuatrocientas o quinientas veces el viaje, interrogando a la esfera del reloj con terrible inquietud.

Daucus-Carota se había sentado a horcajadas sobre el reloj de pared y me hacía espantosas muecas.

—¡Miserable!, has detenido el péndulo —grité loco de rabia.

—En absoluto, va y viene como de costumbre... pero los soles caerán pulverizados antes de que esta flecha de acero haya avanzado una millonésima de milímetro.

—Vamos, veo que hay que conjurar a los malos espíritus, vuelve el tedio —dijo el *vidente*—, toquemos un poco de música. El arpa de David será reemplazada esta vez por un piano de Erard.

Y, sentándose en el taburete, tocó varias melodías de movimiento vivo y carácter alegre...

Aquello pareció contrariar mucho al hombre-mandrágora que se empequeñeció, se acható, se decoloró y lanzó gemidos inarticulados; finalmente perdió la apariencia humana, y rodó por el entarimado bajo la forma de un salsifí de dos raíces.

El encanto estaba roto.

—¡Aleluya!, el Tiempo ha resucitado —gritaron voces infantiles y alegres—; ¡ve a ver el reloj ahora!

La aguja marcaba las once.

—Señor, su coche está abajo —me dijo el criado.

El sueño había terminado.

Los miembros del club se fueron cada uno por su lado, como los oficiales después del entierro de Malbrouck.

Yo bajé con paso ligero aquella escalera que me había producido tantas torturas, y unos instantes después estaba en mi habitación en plena realidad; los últimos vapores provocados por el hachís habían desaparecido.

Había recobrado la razón, o al menos lo que yo llamo así, a falta de otro término.

Mi lucidez hubiera servido hasta para dar cuenta de una pantomima o de un vodevil, o para hacer versos de tres estrofas.

ARRIA MARCELLA

RECUERDO DE POMPEYA^[24]

TRES jóvenes, tres amigos que habían viajado juntos a Italia, visitaban el año pasado el museo Studii de Nápoles donde se hallan reunidos los diversos objetos antiguos exhumados de las excavaciones de Pompeya y Herculano.

Se habían dividido a través de las salas y contemplaban los mosaicos, los bronce, los frescos de las paredes de la ciudad muerta, según les dictaba su capricho, y cuando uno de ellos había hecho un descubrimiento curioso, llamaba a sus compañeros con gritos de alegría, escandalizando a los taciturnos ingleses y a los tranquilos burgueses dedicados a hojear su catálogo.

Pero el más joven de los tres, detenido ante una vitrina, parecía no oír las exclamaciones de sus amigos, absorto como estaba en una contemplación profunda. Lo que examinaba con tanta atención, era un fragmento de ceniza negra solidificada que tenía una forma especial: era como un pedazo de molde de estatua roto por la fundición; la mirada experta de un artista hubiera reconocido fácilmente la silueta de un seno admirable y de un costado de estilo tan puro como el de una estatua griega. Se sabe, y la más sencilla guía del viajero lo indica, que la lava, endurecida alrededor del cuerpo de una mujer, ha conservado su maravilloso contorno, Gracias al capricho de la erupción que destruyó cuatro ciudades, aquella noble forma, reducida a polvo desde hace casi dos mil años, ha llegado hasta nosotros; la curva de una garganta ha atravesado los siglos cuando tantos imperios desaparecidos no han dejado ni rastro... Aquel sello de belleza, puesto por el azar sobre la escoria de un volcán, no se ha borrado.

Al ver que se obstinaba en su contemplación, los dos amigos de Octavien se dirigieron hacia él, y Max, tocándole en el hombro, le hizo estremecerse como a un hombre sorprendido en su secreto. Evidentemente Octavien no había oído llegar a Max ni a Fabio.

—Vamos, Octavien —dijo Max—, no te pares horas enteras delante de cada vitrina, o se nos pasará la hora del tren y no veremos Pompeya.

—¿Qué está mirando nuestro amigo? —añadió Fabio, que se había acercado—. ¡Ah! la huella encontrada en la casa de Arrio Diomedes —y lanzó sobre Octavien una ojeada rápida y significativa.

Octavien se ruborizó ligeramente, cogió a Max del brazo, y la visita acabó sin más incidentes. Al salir de Studii, los tres amigos montaron en un *corricolo* y se hicieron conducir a la estación del ferrocarril. El *corricolo*, con sus grandes ruedas rojas, su trasportín constelado de clavos de cobre, su caballo delgado pero lleno de ardor, enjaezado como una muía de España, que corre al galope sobre las anchas

losas de lava, es demasiado conocido para que sea necesario aquí hacer su descripción, y además nosotros no escribimos las impresiones de un viaje a Nápoles, sino el simple relato de una aventura extraña y poco creíble, aunque verdadera.

El ferrocarril que va a Pompeya bordea casi constantemente la orilla del mar, y sus largas volutas de espuma van a desplegarse sobre una arena negruzca que parece carbón tamizado. La orilla, en efecto, esta formada de corrientes de lava y de cenizas volcánicas y a causa de su tono oscuro, contrasta con el azul del cielo y el azul del agua; en medio de aquel resplandor, sólo la tierra parece retener la sombra.

Los pueblos que se atraviesan o se bordean, Portici, famoso por la ópera de Auber, Resina, Torre del Greco, Torre dell'Annunziata, cuyas casas de soportales y cuyas azoteas tienen, a pesar de la intensidad del sol y de la cal meridional, algo plutoniano y ferruginoso como Manchester y Birmingham; el polvo es negro, un hollín impalpable se pega a todo; se nota que la gran fragua del Vesubio jadea y humea a dos pasos de allí.

Los tres amigos descendieron en la estación de Pompeya, riendo entre ellos de la mezcolanza de lo antiguo y lo moderno que ofrecen espontáneamente al espíritu estas palabras: *Estación de Pompeya*. ¡Una ciudad grecorromana y un andén de ferrocarril!

Cruzaron el campo de algodoneros, en el que revoloteaban algunos copos blancos y que separa el ferrocarril del emplazamiento de la ciudad desenterrada, y tomaron un guía en la hostería construida extramuros de las antiguas murallas, o, para hablar más correctamente, un guía les cogió a ellos. Calamidad que es difícil evitar en Italia.

Hacía uno de esos maravillosos días tan corrientes en Nápoles, en que por el brillo del sol y la transparencia del aire los objetos cobran colores que parecen fabulosos en el Norte, y es como si pertenecieran al mundo del sueño más que al de la realidad. Quien ha visto una vez esa luz dorada y azul lleva siempre en el fondo de su alma una incurable nostalgia.

La ciudad resucitada, habiendo sacudido una parte de su capa de ceniza, surgía con sus mil detalles bajo un día deslumbrante. El Vesubio recordaba a lo lejos su cono surcado de estrías de lavas azules, rosas, violetas, doradas por el sol. Una ligera bruma, casi imperceptible en la luz encapuchaba la cresta sin pico de la montaña; a primera vista, parecía una de esas nubes que, incluso cuando está totalmente despejado, difuminan el aspecto de los picos elevados. Mirando con más atención, se veían finos hilillos de vapor blanco que salían de lo alto del monte como de los orificios de un pebetero y se convertían después en un ligero vapor. El volcán, de excelente humor ese día, fumaba tranquilamente su pipa y, sin el ejemplo de Pompeya sepultada a sus pies, no se le hubiera creído de un carácter más feroz que Montmartre; por el otro lado, bellas colinas de líneas onduladas y voluptuosas como las caderas de una mujer, limitaban el horizonte; y más lejos el mar, que antaño traía birremes y trirremes ante las murallas de la ciudad, trazaba su plácida línea azul.

El aspecto de Pompeya es absolutamente sorprendente; el brusco salto de diecinueve siglos atrás asombra incluso a las naturalezas más prosaicas y menos

comprensivas; dos pasos os llevan de la vida antigua a la vida moderna, y del cristianismo al paganismo; así que, cuando los tres amigos vieron las calles donde las formas de una existencia desvanecida se conservan intactas, experimentaron, por muy preparados que estuvieran por los libros y los dibujos, una impresión tan extraña como profunda. Sobre todo Octavien parecía lleno de estupor y seguía maquinalmente al guía como sonámbulo, sin escuchar la retahíla monótona y aprendida de memoria que aquel bribón recitaba como una lección.

Contemplaba con mirada estupefacta las rodadas de los carros impresas en el pavimento ciclópeo de las calles y que parecen datar de ayer, tan reciente se manifiesta su huella; las inscripciones trazadas en letra roja y cursiva en las murallas: carteles de espectáculos, peticiones de alquiler, fórmulas votivas, letreros, anuncios de todas clases, curiosos como lo será dentro de dos mil años, para los pueblos desconocidos del futuro, un panel de una pared de París con sus carteles y sus letreros; las casas de tejados derribados que permitían a la mirada penetrar en los misterios de su interior, todos esos detalles domésticos que los historiadores pasan por alto y cuyo secreto las civilizaciones se llevan consigo; las fuentes secas, el foro sorprendido por la catástrofe en medio de una reparación y cuyas columnas y arquivadas tallados o esculpidos, esperan en la pureza de sus líneas que los pongan en su lugar; los templos consagrados a dioses que habían pertenecido a la mitología y que ahora no tenían un solo ateo; las tiendas en las que sólo falta el tendero; las tabernas en que todavía se ve sobre el mármol la mancha circular dejada por la copa de los bebedores; el cuartel de columnas pintadas de ocre y minio que los soldados han pintarrajeado de caricaturas de combatientes, y los dobles teatros de drama y de canto yuxtapuestos, que podrían volver a hacer sus representaciones, si la compañía que las realizaba, reducida al estado de arcilla, no estuviera ocupada, seguramente, en taponar un barril de cerveza o en rellenar una rendija de la pared, como el polvo de Alejandro y de César, según la melancólica reflexión de Hamlet.

Fabio subió al escenario del teatro trágico mientras Octavien y Max trepaban hasta lo alto de las gradas, y allí se puso a declamar haciendo muchos gestos los fragmentos de poesía que le venían a la cabeza, con gran sobresalto de los lagartos, que se dispersaron agitando la cola y ocultándose en las rendijas de los asientos en ruinas; y aunque las vasijas de bronce o de barro, destinadas a repercutir los sonidos, ya no existieran, no por eso su voz resonaba menos potente y vibrante.

El guía les condujo después a través de los cultivos que cubren las partes todavía sepultadas de Pompeya, al anfiteatro, situado al otro extremo de la ciudad. Caminaron bajo árboles cuyas raíces se hunden en los tejados de los edificios enterrados, desunen las tejas, rajan los techos, desencajan las columnas, y pasaron por los sembrados donde sobre maravillas del arte fructifican simples verduras, materiales imágenes del olvido que el tiempo despliega sobre las cosas más bellas.

El anfiteatro no les sorprendió. Habían visto el de Verona, más grande e igualmente bien conservado, y conocían la disposición de esas arenas antiguas tan

familiarmente como la de las plazas de toros en España, que se parecen mucho, menos por la solidez de la construcción y la belleza de los materiales.

Volvieron, pues, sobre sus pasos y llegaron por un atajo a la calle de la Fortuna, escuchando distraídamente al cicerone, que al pasar por delante de cada casa la llamaba por el nombre que le ha sido dado después de su descubrimiento, debido a alguna particularidad característica: la casa del Toro de bronce, la casa del Fauno, la casa del Buque, el templo de la Fortuna, la casa de Meleagro, la taberna de la Fortuna en la esquina de la calle Consular, la academia de Música, el Horno público, la Farmacia, la consulta del Cirujano, la Aduana, el alojamiento de las Vestales, el albergue de Albino, los Termopolios, y así hasta la puerta que conduce a la vía de las Tumbas.

Aquella puerta de ladrillos, recubierta de estatuas, y cuyos ornamentos han desaparecido, presenta en su arcada interior dos profundas ranuras destinadas a dejar pasar un rastrillo, como una fortaleza de la Edad Media a la que podía haberse atribuido esa clase de defensa particular.

—¿Quién podía sospechar —dijo Max a sus amigos—, que Pompeya, la ciudad grecolatina, estuviera protegida de forma tan románticamente gótica? ¿Podéis imaginar a un caballero romano, tocando el cuerno ante esa puerta e intentando que levantaran el rastrillo, como un paje del siglo xv?

—Nada hay nuevo bajo el sol —respondió Fabio—, y ni siquiera el aforismo es nuevo, porque fue formulado por Salomón.

—¡Quizá haya algo nuevo bajo la luna! —continuó Octavien sonriendo con melancólica ironía.

—Mi querido Octavien —dijo Max, que durante esta breve conversación se había detenido ante una inscripción trazada en rojo en la muralla exterior—, ¿quieres ver combates de gladiadores? Aquí están los carteles: Combate y caza para el 5 de las nonas de abril, se alzarán los mástiles, veinte pares de gladiadores lucharán en las nonas, y si temes por la lozanía de tu tez, tranquilízate, tenderán los toldos, y a menos que prefieras ir al anfiteatro temprano, estos se cortarán el cuello por la mañana: *matutini erunt*; no se puede ser más complaciente.

Así charlando, los tres amigos seguían la vía rodeada de sepulcros, la cual, desde nuestros sentimientos modernos, sería una lúgubre avenida para una ciudad, pero que no ofrece las mismas significaciones tristes para los antiguos, cuyas tumbas, en lugar de un cadáver horrible, no contenían sino un montoncito de cenizas, idea abstracta de la muerte. El arte embellecía las últimas moradas y, como dijo Goethe, el pagano decoraba con imágenes de la vida los sarcófagos y las urnas.

Sin duda eso hacía que Max y Fabio visitaran, con una curiosidad alegre y una dichosa plenitud de existencia que no hubieran tenido en un cementerio cristiano, aquellos monumentos fúnebres tan suavemente dorados por el sol y que, situados al borde del camino, parecen aferrarse todavía a la vida y no inspiran ninguna de esas frías repulsiones, ninguno de esos terrores fantásticos que se experimentan ante

nuestras lúgubres sepulturas. Se detuvieron ante la tumba de Mammia, la sacerdotisa pública, junto a la cual ha crecido un árbol, un ciprés o un álamo; se sentaron en el hemiciclo del *triclinium* de los banquetes funerarios, riendo alegremente; leyeron entre bromas los epitafios de Nevoleja, de Labeon y de la familia Arria, seguidos de Octavien, que parecía más impresionado que sus despreocupados compañeros por la suerte de los que habían muerto dos mil años antes.

Así llegaron a la villa de Arrio Diomedes, una de las casas más notables de Pompeya. A ella se sube por unos escalones de ladrillos, y cuando se ha cruzado la puerta flanqueada por dos columnitas laterales, aparece un espacio semejante al patio de las casas españolas y árabes y que los antiguos llamaban *impluvium* o *cavaedium*; catorce columnas de ladrillos recubiertos de estuco forman, en sus cuatro lados, un pórtico o peristilo cubierto, semejante al claustro de los conventos, y bajo el cual se podía circular sin temor a la lluvia. El pavimento del patio es un mosaico de ladrillo y de mármol blanco, de un efecto suave y dulce a la vista. En el centro, un estanque de mármol en forma de cuadrilátero, que todavía existe, recibía las aguas pluviales que caían del tejado del pórtico. Producía un extraño efecto entrar así en la vida antigua y pisar con botas de charol unos mármoles gastados por las sandalias y los coturnos de los contemporáneos de Augusto y Tiberio.

El cicerone les llevó a la exedra o salón de verano, abierto por el lado del mar para aspirar mejor sus frescas brisas. Allí era donde se recibía y donde se echaba la siesta durante las horas calurosas, cuando soplaba el fuerte céfiro africano cargado de languidez y tormentas. Les hizo entrar en la basílica, larga galería que da luz a los aposentos y donde los visitantes y los clientes esperaban que el nomenclátor les llamara; después les condujo a la terraza de mármol blanco desde donde la vista se extiende sobre los jardines verdes y el mar azul; luego les enseñó el *ninfaeum* o sala de baños, con sus paredes pintadas de amarillo, sus columnas de estuco, su pavimento de mosaico y su enorme tina de mármol que recibió tantos cuerpos maravillosos desvanecidos como sombras; el *cubiculum*, donde flotaron tantos sueños procedentes de la puerta de marfil, y cuyas recámaras construidas en la pared estaban cerradas por un *conopeum* o cortina cuyas anillas todavía yacen en el suelo, el tetrástilo o sala de recreo, la capilla de los dioses lares, el gabinete de los archivos, la biblioteca, el museo de los cuadros, el gineceo o estancia para las mujeres, compuesto por pequeñas habitaciones destruidas en parte, cuyas paredes conservan restos de pinturas y arabescos, como mejillas a las que se ha limpiado mal el afeite.

Terminada la inspección, bajaron a la planta inferior, pues el suelo es mucho más bajo por el lado del jardín que por el lado de la vía de las Tumbas, atravesaron ocho salas pintadas de rojo antiguo, una de las cuales está llena de nichos arquitecturales, como los que pueden verse en el vestíbulo de la sala de los Embajadores en la Alhambra, y llegaron por fin a una especie de sótano o de bodega cuyo destino lo manifestaban claramente ocho ánforas de arcilla apoyadas contra la pared y que debieron estar perfumadas de vino de Creta, de Falerno y de Másico, como las odas

de Horacio.

Un vivo rayo de claridad pasaba por un estrecho tragaluz obstruido por las ortigas, y transformaba las hojas en esmeraldas y topacios, y aquel alegre detalle era como una sonrisa que rompía la tristeza del lugar.

—Aquí es —dijo el cicerone con su lánguida voz, cuyo tono no armonizaba con el sentido de las palabras—, donde se encontró, entre diecisiete esqueletos, el de la dama cuya silueta puede verse en el museo de Nápoles. Llevaba anillos de oro, y los jirones de su fina túnica todavía se adherían a las cenizas que han conservado su forma.

Las triviales frases del guía causaron una viva emoción en Octavien. Le pidió que le mostrara el lugar exacto donde los preciosos restos habían sido descubiertos, y si no le hubiera contenido la presencia de sus amigos, se hubiera dejado llevar por cierto lirismo extravagante; su pecho se hinchó, sus ojos se humedecieron furtivamente: aquella catástrofe, borrada por veinte siglos de olvido, le impresionó como una desgracia absolutamente reciente; la muerte de una amante o de un amigo no le hubiera afligido más, y una lágrima con dos mil años de retraso cayó, mientras Max y Fabio se habían vuelto de espaldas, sobre el lugar donde aquella mujer, de la que se había enamorado con retrospectivo amor, había perecido asfixiada por la ardiente ceniza del volcán.

—¡Basta de arqueología! —exclamó Fabio—; no queremos escribir un tratado sobre un cántaro o una teja de la época de Julio César para llegar a ser miembros de una academia de provincias; los recuerdos clásicos me abren el apetito. Vamos a cenar, si es posible, en nuestra pintoresca hostería, donde temo que sólo nos sirvan filetes fósiles y huevos frescos puestos antes de la muerte de Plinio.

—No diré como Boileau:

Un estúpido, a veces, dice una frase sensata,

—dijo Max riendo—, sería descortés; pero es una buena idea. Hubiera estado bien, sin embargo, haber celebrado un banquete aquí, en un triclinio cualquiera, tumbados a la antigua, servidos por esclavos, al modo de Lúculo o de Trimalción. Es verdad que no veo muchas ostras del lago Lucrino; los rodaballos y los salmonetes brillan por su ausencia; el jabalí de Apulia escasea en el mercado; los panes y las tortas de miel figuran en el museo de Nápoles duros como piedras al lado de sus moldes con cardenillo; los macarrones crudos, condimentados con cacio-cavallo^[25], y aunque sean detestables, siempre son mejor que nada. ¿Qué opina el amigo Octavien?

Octavien, que lamentaba muchísimo no haberse encontrado en Pompeya el día de la erupción del Vesubio para salvar a la dama de los anillos de oro y así merecer su amor, no había oído una sola frase de aquella conversación gastronómica. Sólo las dos últimas palabras pronunciadas por Max le sobresaltaron, y como no tenía ganas de entablar una discusión, hizo, por si acaso, un gesto de asentimiento, y el amistoso

grupo reemprendió, rodeando las murallas, el camino de la posada.

Pusieron la mesa bajo la especie de porche abierto que sirve de vestíbulo a la hostería, y cuyos muros, encalados, estaban decorados con malas imitaciones que el posadero señalaba: Salvator Rosa, el Español-letto, el caballero Massimo^[26], y otros nombres famosos de la escuela napolitana, que se creyó obligado a exaltar.

—Venerable posadero —dijo Fabio—, no pierda el tiempo desplegando su elocuencia. Nosotros no somos ingleses y preferimos las muchachas jóvenes a los viejos lienzos. Más vale que nos mande la lista de vinos por medio de esa bella morena, de aterciopelados ojos, que he visto en la escalera.

El posadero, comprendiendo que sus huéspedes no pertenecían al género de los filisteos y burgueses fáciles de engañar, dejó de alabar su galería para ensalzar su bodega. Tenía todos los vinos de las mejores cosechas: chateau-margaux, grandlaffite, sillery de Moët, hochmeyer, scarlat-wine, oporto y pórtier, ale y gingerbeer, lágrima christi blanco y tinto, capri y falerno.

—¡Cómo! ¡tienes vino de Falerno, animal, y lo pones al final de la lista! Nos ha obligado a soportar una letanía enológica insoportable —dijo Max echando las manos al cuello del posadero con un movimiento de furia cómica—; ¿pero es que no tienes el sentimiento del color local? ¿acaso eres indigno de vivir en este antiguo barrio? Por lo menos, ¿es bueno tu falerno? ¿se metió en el ánfora en tiempos del cónsul Planco? —*consule Planco*.

—No conozco al cónsul Planco, y mi vino no está metido en ánfora alguna, pero es viejo y cuesta 10 carlines la botella —respondió el posadero.

El día había caído y había llegado la noche, noche serena y transparente, más clara, sin duda alguna, que el pleno mediodía de Londres; la tierra tenía tonos azules y el cielo reflejos de plata de una suavidad inimaginable; el aire estaba tan calmado que la llama de las velas que había sobre la mesa ni siquiera oscilaba.

Un muchacho que tocaba la flauta se acercó a la mesa, miró fijamente a los tres comensales, en una actitud de bajorrelieve, y de su instrumento surgieron los sonidos más dulces y melodiosos, una de esas cantinelas populares en modo menor cuyo encanto es tan penetrante.

Seguramente el muchacho descendía en línea directa del flautista que precedía a Duilio.

—Nuestra comida va tomando un cariz de antigüedad bastante notable; sólo nos faltan bailarinas gaditanas y coronas de hiedra —dijo Fabio sirviéndose un vaso lleno de vino de Falerno.

—Estoy a punto de hacer algunas citas latinas como en los artículos de *Débats*; me vienen a la memoria algunas estrofas —añadió Max.

—Guárdalas para ti —exclamaron Octavien y Fabio, justamente alarmados—; no hay nada tan indigesto como el latín en la mesa.

La conversación entre jóvenes que, con un puro en la boca, los codos sobre la mesa, contemplan un cierto número de botellas vacías, sobre todo cuando el vino es

embriagador, no tarda en girar en torno a las mujeres. Cada uno expuso su teoría; éste es más o menos el resumen.

A Fabio sólo le importaba la belleza y la juventud. Voluptuoso y positivo, jamás se hacía ilusiones y en amor no tenía ningún prejuicio. Una campesina le gustaba tanto como una duquesa, con tal de que fuera bella; el cuerpo le importaba más que el vestido; se reía mucho de algunos de sus amigos, enamorados de varios metros de seda y encajes, y decía que sería más lógico estar prendado del escaparate de un comerciante de novedades. Estas opiniones, muy razonables en el fondo, y que no ocultaba, le hacían pasar por un hombre excéntrico.

A Max, menos artista que Fabio, sólo le gustaban las empresas difíciles; buscaba resistencias que vencer, virtudes que seducir, y concebía el amor como una partida de ajedrez, con jugadas largo tiempo meditadas, efectos» asombrosos, sorpresas y estratagemas dignas de Polibio. En un salón, la mujer que parecía tener menos simpatía por el lugar, era la que escogía como objetivo de sus acometidas; hacerla pasar de la aversión al amor mediante hábiles transiciones, era para él un placer delicioso; imponerse a las almas que le rechazaban, dar jaque mate a las voluntades rebeldes gracias a su influencia, le parecía el más dulce de los triunfos. Del mismo modo que ciertos cazadores recorren los campos, los bosques y los llanos con lluvia, sol y nieve, sufriendo fatigas excesivas y una pasión que nada apaga, por una pequeña pieza de caza que la mayoría de las veces se niegan a comer, así a Max, una vez localizada la presa, ya no le importaba lo demás, y empezaba a perseguirla casi inmediatamente.

Octavien confesaba que la realidad no le seducía en absoluto, no porque tuviera sueños de colegial llenos de azucenas y rosas como un madrigal de Demoustier, sino porque en torno a cualquier belleza había demasiados detalles prosaicos y merecedores del mayor de los rechazos; demasiados padres chochos y condecorados; madres coquetas, que llevaban flores naturales en cabellos postizos; primos coloradotes y meditabundos; tías ridículas, enamoradas de perritos emperifollados... Una aguatinta, imitación de Horace Vernet o Delaroche, colgada en la habitación de una mujer, bastaba para reprimir en él una pasión naciente. Más poético que enamorado, necesitaba una terraza de la Isola-Bella, en el lago Mayor, en un precioso claro de luna, para enmarcar una cita. Hubiera querido elevar su amor del ámbito de la vida común y trasladar la escena a las estrellas. Se había enamorado uno por uno con imposible y loca pasión de todos los grandes personajes femeninos conservados por el arte o la historia. Como Fausto, había amado a Helena, y hubiera querido que las ondulaciones de los siglos llevaran hasta él una de esas personificaciones de los deseos y los sueños humanos, cuya forma, invisible para los ojos vulgares, sigue subsistiendo en el espacio y el tiempo. Se había compuesto un serrallo ideal con Semíramis, Aspasia, Cleopatra, Diana de Poitiers, Juana de Aragón. A veces también amaba a las estatuas, y un día, al pasar por el Museo ante la Venus de Milo, había exclamado: «¡Oh! ¡quién pudiera devolverte los brazos para que me estrecharas

contra tu seno de mármol!». En Roma, la visión de una abundante melena trenzada, exhumada de una tumba antigua, le había sumido en un extraño delirio; había intentado, por medio de dos o tres cabellos obtenidos de un guarda sobornado a precio de oro, entregados a una sonámbula de grandes poderes, evocar la sombra y la forma de la muerta; pero el fluido conductor se había evaporado después de tantos años, y la aparición no había podido salir de la noche eterna.

Como Fabio había adivinado ante la vitrina de Studii, la silueta recogida en el sótano de la villa de Arrio Diomedes excitaba en Octavien impulsos insensatos hacia un ideal retrospectivo; intentaba salir del tiempo y de la vida, y trasladar su alma al siglo de Tito.

Max y Fabio se retiraron a su habitación y, con la cabeza un poco aturdida por los clásicos vapores del Falerno, no tardaron en dormirse. Octavien, que a menudo había dejado su vaso lleno ante él, pues no quería turbar con una embriaguez vulgar la embriaguez poética que bullía en su cerebro, sintió por la agitación de sus nervios que no le vendría el sueño, y salió de la hostería con pasos lentos para refrescarse la cabeza y calmar su pensamiento con el aire de la noche.

Sus pies, sin que tuviera conciencia de ello, le llevaron a la entrada por la que se penetra en la ciudad muerta, quitó la barra de madera que la cierra y se introdujo al azar entre las ruinas.

La luna iluminaba con su blanco resplandor las pálidas casas, y dividía las calles en dos franjas de luz plateada y de sombra azulada. Aquel día nocturno, con sus definidos matices, disimulaba la degradación de los edificios. No se distinguían, como a la claridad resplandeciente del sol, las columnas truncadas, las fachadas surcadas de lagartos, los tejados abatidos por la erupción; la semioscuridad suplía las partes ausentes, y un rayo brusco, como un toque de sentimiento en el boceto de un cuadro, indicaba todo un conjunto derrumbado. Los genios taciturnos de la noche parecían haber transformado la ciudad fosilizada en la representación de una vida fantástica.

A veces hasta el propio Octavien creyó ver cómo se deslizaban vagas formas humanas en la sombra; pero se desvanecían en cuanto llegaban a la zona iluminada. Susurros sordos y un rumor indefinido revoloteaban en el silencio. Nuestro paseante los atribuyó al principio a algún parpadeo de sus ojos, a algún zumbido de sus oídos. Podía ser también una ilusión óptica, un suspiro de la brisa marina, o la huida a través de las ortigas de un lagarto o de una culebra, porque todo vive en la naturaleza, incluso la muerte, todo murmura, incluso el silencio. Sin embargo experimentaba una especie de angustia involuntaria, un ligero estremecimiento, que podía ser causado por el aire frío de la noche, y que le produjo escalofríos. Volvió dos o tres veces la cabeza; ya no se sentía solo como antes en la ciudad desierta. ¿Quizá sus compañeros habían tenido la misma idea que él, y le buscaban por entre las ruinas? Las formas vislumbradas, los ruidos indistintos de pasos, ¿eran Max y Fabio que, caminando y charlando, habían desaparecido por alguna esquina? Aunque la explicación era

completamente natural, Octavien comprendía en su turbación que no era cierta, y los razonamientos que hacía al respecto para sus adentros no le convencían. La soledad y la oscuridad se habían poblado de seres invisibles a los que él alteraba; había caído en la profundidad de un misterio, y era como si estuvieran esperando que se hubiera ido para comenzar. Tales eran las ideas extravagantes que le pasaban por la cabeza y que cobraban absoluta verosimilitud por la hora, el lugar y mil detalles alarmantes que comprenderán los que se han encontrado de noche en alguna vasta ruina.

Al pasar por delante de una casa en la que se había fijado durante el día y sobre la cual la luna daba de lleno, vio, en un estado de perfecta conservación, un pórtico, cuyo orden había intentado restablecer: cuatro columnas de orden dórico acanaladas hasta media altura, y con el fuste envuelto como en un paño púrpura de tonalidades de minio, sostenían un cimacio embellecido de ornamentos polícromos, que el decorador parecía haber concluido ayer; en la pared lateral de la puerta un moloso de Laconia, ejecutado al encausto y acompañado de la inscripción sacramental: *Cave canem*, ladraba a la luna y a los visitantes en su furia pintada. Sobre el umbral de mosaico la palabra *Ave* en letras oseas y latinas, saludaba a los huéspedes con sus amistosas sílabas. Los muros exteriores, en tonos ocres y rojos, no tenían una sola grieta. La casa era de una sola planta, y el tejado de teja bordeado de una acrótera de bronce, proyectaba su perfil intacto sobre el suave azul del cielo, donde palidecían algunas estrellas.

Aquella extraña restauración, hecha en una sola tarde por un arquitecto desconocido, atormentaba enormemente a Octavien, pues estaba seguro de haber visto la casa el mismo día en un lamentable estado de ruina. El misterioso restaurador había trabajado muy deprisa, porque las viviendas de alrededor tenían el mismo aspecto reciente y nuevo; todos los pilares tenían sus capiteles; ni una piedra, ni un ladrillo, ni una brizna de estuco, ni una capa de pintura faltaba en las paredes relucientes de las fachadas, y por el intersticio de los peristilos se entreveía, alrededor del estanque de mármol del *cavaedium*, adelfas rosas y blancas, mirtos y granados. Todos los historiadores se habían equivocado; la erupción no había tenido lugar, o bien la aguja del tiempo había retrocedido veinte horas seculares en la esfera de la eternidad.

Octavien, muy sorprendido, se preguntó si se había dormido de pie y caminaba en un sueño. Se preguntó seriamente si la locura no hacía danzar ante él sus alucinaciones; pero no tuvo más remedio que reconocer que no estaba ni dormido ni loco.

Un cambio extraño había tenido lugar en la atmósfera; vagos matices rosas se mezclaban, por gradaciones violetas, con los reflejos azulados de la luna; el cielo se iluminaba en el horizonte; era como si el día fuera a aparecer. Octavien sacó su reloj; marcaba medianoche. Temiendo que se le hubiera parado, apretó el botón de la cuerda; la campanilla sonó doce veces; era realmente medianoche, y sin embargo la claridad seguía aumentando, la luna se fundía en un cielo cada vez más luminoso;

estaba saliendo el sol.

Entonces Octavien, en quien todas las ideas de tiempo se mezclaban, pudo convencerse de que estaba paseando no por una Pompeya muerta, frío cadáver de ciudad a la que se ha quitado a medias su sudario, sino por una Pompeya viva, joven, intacta, sobre la que no se habían derramado los torrentes de lava del Vesubio.

Un prodigio inconcebible le trasladaba a él, un francés del siglo XIX, a la época de Tito, no en espíritu, sino en la realidad, o hacía volver a él, desde el fondo del pasado, una ciudad destruida con sus habitantes desaparecidos; porque un hombre vestido a la antigua acababa de salir de una casa.

El hombre llevaba el pelo corto y la barba afeitada, una túnica de color marrón y un manto grisáceo, cuyos extremos estaban recogidos para que no le molestara al andar; iba con paso rápido, casi precipitado, y pasó al lado de Octavien sin verle. Un cesto de esparto le colgaba del brazo, y se dirigía hacia el Forum Nundinarium; era un esclavo, un Davus cualquiera que iba al mercado; era imposible equivocarse.

Se oyeron ruidos de ruedas y un carro antiguo, arrastrado por bueyes blancos y cargado de verduras, apareció en la calle. Al lado de la yunta andaba un boyero de piernas desnudas y quemadas por el sol, los pies calzados con sandalias, y vestido con una especie de camisa de tela, ahuecada en la cintura; un sombrero de paja cónico, echado hacia atrás y sujeto al cuello por una cinta, dejaba ver su cabeza, de un tipo desconocido hoy, la frente baja atravesada por duras nudosidades* el pelo rizado y negro, la nariz recta, los ojos tranquilos como los de sus bueyes, y el cuello de Hércules campesino. Tocaba gravemente a sus animales con la aguijada, en una pose de estatua que hubiera hecho caer en éxtasis a Ingres.

El boyero vio a Octavien y pareció sorprendido, pero siguió su camino; una vez volvió la cabeza, pues sin duda no hallaba explicación al aspecto de aquel personaje extraño para él, aunque dejaba, en su plácida estupidez rústica, la clave del enigma a personas más hábiles.

También aparecieron unos campesinos campanianos, conduciendo burros cargados de odres de vino, que hacían sonar campanillas de bronce; su fisonomía difería de los campesinos de hoy como una medalla difiere de un céntimo.

La ciudad se iba poblando gradualmente como uno de esos cuadros de diorama, aparentemente desiertos, y que un cambio de iluminación anima de personajes hasta entonces invisibles.

Los sentimientos que experimentaba Octavien habían cambiado de naturaleza. Antes, en la sombra engañosa de la noche, había sido presa de esa clase de desazón de la que ni los más valientes pueden defenderse, en medio de circunstancias inquietantes y fantásticas que la razón no logra explicar. Su vago terror se había transformado en profunda estupefacción; no podía dudar, a causa de la nitidez de sus percepciones, del testimonio de sus sentidos, y sin embargo lo que veía era absolutamente increíble. Todavía no convencido del todo, buscaba mediante la constatación de pequeños detalles reales, demostrarse a sí mismo que no era el

juguete de una alucinación. No eran fantasmas los que desfilaban ante sus ojos, porque la brillante luz del sol les iluminaba con innegable realidad, y sus sombras alargadas por la luz de la mañana se proyectaban en las aceras y los muros. Sin comprender absolutamente nada de lo que le ocurría, Octavien, encantado en el fondo de ver cumplido uno de sus sueños más queridos, dejó de resistirse a la evidencia y se dejó llevar por todas aquellas maravillas, sin pretender entenderlas; se dijo que ya que en virtud de un poder misterioso se le había concedido vivir unas horas en un siglo desaparecido, no perdería el tiempo tratando de buscar la solución a un problema incomprensible, y siguió valerosamente su camino, mirando a derecha e izquierda aquel espectáculo tan viejo y tan nuevo para él. Pero ¿a qué época de la vida de Pompeya había sido trasladado? Una inscripción de edilicia, grabada en una muralla, le hizo saber, por el nombre de los personajes públicos, que estaban en el comienzo del reinado de Tito, o sea en el año 79 de nuestra era. Una idea súbita cruzó la mente de Octavien; la mujer cuya silueta había admirado en el museo de Nápoles debía estar viva entonces, porque la erupción del Vesubio en la que había fallecido tuvo lugar el 24 de agosto de ese mismo año; así pues, podía encontrarla, verla, hablarle... El loco deseo que había sentido ante la visión de aquella ceniza moldeada sobre contornos divinos iba quizá a satisfacerse, porque nada debería ser imposible para un amor que había tenido la fuerza de hacer retroceder el tiempo, y de que pasara dos veces la misma hora en el reloj de arena de la eternidad.

Mientras Octavien se entregaba a estas reflexiones, bellas muchachas se dirigían a las fuentes, sosteniendo con la punta de sus blancos dedos jarros en equilibrio sobre la cabeza; patricios de togas blancas bordadas de bandas de púrpura, seguidos de su cortejo de clientes, se dirigían hacia el foro. Los compradores se apretaban en torno a las tiendas, señaladas con rótulos esculpidos y pintadas, que recordaban por su pequeñez y su forma las tiendas morunas de Argel; sobre la mayor parte de los puestos, un enorme falo de barro coloreado y la inscripción *hic habitat felicitas*, daban testimonio de precauciones supersticiosas contra el mal de ojo; Octavien vio también una tienda de amuletos cuyo escaparate estaba lleno de cuernos, ramas de coral bifurcadas, y pequeños Priapos de oro, como todavía hoy se encuentran en Nápoles, para preservarse de la *jettatura*, pues según dicen una superstición dura más que una religión.

Siguiendo la acera que bordea cada calle de Pompeya, y proporciona a los ingleses la comodidad de tal invención, Octavien se encontró frente a frente con un apuesto joven, aproximadamente de su edad, vestido con una túnica de color azafrán, y cubierto con un manto de fina lana blanca, suave como la cachemira. La vista de Octavien, con el horrible sombrero moderno en la cabeza, embutido en una mezquina levita negra, las piernas aprisionadas en unos pantalones, los pies encerrados en un par de relucientes botas, pareció sorprender al joven pompeyano, como nos asombraría encontrar, en el boulevard de Gand, un ioway o un botodudo^[27] con sus plumas, sus collares de garras de oso y sus barrocos tatuajes. Sin embargo, como era

un joven bien educado, no soltó una carcajada ante Octavien, sino que se compadeció de aquel pobre bárbaro perdido en una ciudad grecorromana, y le dijo con voz afectada y suave:

—*Advena, salve.*

Nada era más natural que un habitante de Pompeya, bajo el reinado del divino emperador Tito, poderosísimo y augusto, se expresara en latín, y sin embargo Octavien se estremeció al oír aquella lengua muerta en una boca viva. Entonces se alegró de haber sido un empollón y de haber obtenido premios en los exámenes especiales. El latín de la Universidad le servía en esta ocasión única, y recordando lo que había aprendido en clase, respondió al saludo del pompeyano, utilizando el estilo de dos libros de texto: *De viris illustribus* y *Selectae e profanis*, de forma suficientemente inteligente, pero con un acento parisino que hizo sonreír al joven.

—Seguramente te será más fácil hablar en griego —dijo el pompeyano—; también conozco esa lengua, porque he hecho mis estudios en Atenas.

—Sé todavía menos griego que latín —contestó Octavien—; soy del país de los galos, de París, de Lutecia.

—Conozco ese país. Mi abuelo hizo la guerra en las Galias bajo el gran Julio César. Pero ¡qué traje tan extraño llevas! Los galos que he visto en Roma no iban vestidos así.

Octavien intentó explicar al joven pompeyano que habían transcurrido veinte siglos desde la conquista de las Galias por Julio César, y que la moda había cambiado; pero sus conocimientos de latín no eran demasiado profundos, y acabó por abandonar su empeño.

—Me llamo Rufus Holconius, y mi casa es la tuya —dijo el joven—; a menos que prefieras la libertad de la taberna: se está bien en el albergue de Albino, cerca de la puerta del barrio de Augusto Félix, y en la hospedería de Sarino, hijo de Publio, junto a la segunda torre; pero si quieres, te serviré de guía en esta ciudad desconocida para ti; me gustas, joven bárbaro, aunque hayas tratado de burlarte de mi credulidad pretendiendo que el emperador Tito, que hoy reina, está muerto desde hace dos mil años, y que el Nazareno, cuyos infames sectarios, embadurnados de pez, han alumbrado los jardines de Nerón, reina solo como dueño y señor en el cielo desierto del que han caído los grandes dioses. ¡Por Pólux! —añadió fijando los ojos en una inscripción roja trazada en la esquina de una calle—, has llegado a tiempo, dan la *Casina* de Plauto, que acaban de reponer en el teatro; es una curiosa y graciosa comedia que te divertirá, aunque sólo comprendas la pantomima. Sígueme, pronto será la hora; te llevaré al banco de los invitados y los extranjeros.

Y Rufus Holconius se dirigió hacia el pequeño teatro cómico que los tres amigos habían visitado durante el día.

El francés y el ciudadano de Pompeya tomaron las calles de la Fuente de la Abundancia, de los Teatros, pasaron junto al colegio y el templo de Isis, el taller del estatuario, y entraron en el Odeón o teatro cómico por una entrada lateral. Gracias a

la recomendación de Holconius, Octavien fue situado cerca del proscenio, un lugar que correspondería a nuestros palcos. Inmediatamente todas las miradas se volvieron hacia él con benévola curiosidad y un ligero murmullo corrió por el anfiteatro.

La obra todavía no había empezado; Octavien aprovechó para mirar la sala. Las gradas semicirculares, terminadas a cada lado en una magnífica pata de león esculpida en lava del Vesubio, partían cada vez más amplias de un espacio vacío que correspondía a nuestro patio de butacas, pero mucho más estrecho, pavimentado de un mosaico de mármoles griegos; una grada más ancha formaba, a trechos, una zona distintiva, y cuatro escaleras que correspondían a las salidas y que subían desde la base a lo alto del anfiteatro, lo dividían en cinco franjas más anchas por arriba que por abajo. Los espectadores, con sus billetes en la mano, que consistían en pequeñas láminas de marfil donde estaban designadas, por sus números de orden, la fila, la esquina y la grada, con el título de la obra representada y el nombre de su autor, llegaban fácilmente a sus localidades. Los magistrados, los nobles, los hombres casados, los jóvenes, los soldados, cuyos cascos de bronce se veían brillar, ocupaban puestos separados. Era un espectáculo admirable el de las bellas togas y los amplios mantos blancos bien plegados que se exhibían en las primeras gradas y contrastaban con los atuendos variados de las mujeres, situadas arriba, y las capas grises de la gente del pueblo, relegada a los bancos superiores, junto a las columnas que sostienen el tejado, y que dejaban ver, por los intersticios, un cielo de un azul intenso como el campo de una panatenea; una fina lluvia de agua aromatizada de azafrán caía de los frisos en gotitas imperceptibles, y perfumaba el aire refrescándolo. Octavien pensó en las emanaciones fétidas que vician la atmósfera de nuestros teatros, tan incómodos que más parecen lugares de tortura, y se dio cuenta de que la civilización no había avanzado mucho.

El telón, sujeto a una viga transversal, se hundió en las profundidades de la orquesta, los músicos se instalaron en su tribuna, y el Prólogo apareció vestido grotescamente y con una máscara deforme en la cabeza, encajada como un casco.

El Prólogo, después de haber saludado a la asistencia y reclamado los aplausos, empezó una argumentación jocosa. «Las viejas obras teatrales —decía—, eran como el vino que gana con los años, y la *Casina*, que tanto gustaba a los ancianos, no debía gustar menos a los jóvenes; todos podían disfrutar con ella: unos porque la conocían, otros porque no la conocían. La obra, además, había sido hecha con cuidado, y había que escucharla con el alma libre de toda preocupación, sin pensar en las deudas ni en los acreedores, porque éstas son cosas que no pertenecen al teatro; era un día feliz, hacía bueno, y los alciones volaban sobre el foro». Luego hizo un análisis de la comedia que los actores iban a representar, con un detalle que prueba que la sorpresa influía muy poco en el gusto que los antiguos sentían por el teatro; contó cómo el viejo Stalino, enamorado de su bella esclava Casina, quiere casarla con su arrendatario Olimpio, esposo complaciente al que sustituirá en la noche de bodas; y cómo Licostrata, la mujer de Stalino, para oponerse a la lujuria de su vicioso marido,

quiere unir a Casina con el caballerizo Chalino, con la idea de favorecer los amores de su hijo; finalmente, la forma en que Stalino, burlado, toma a un joven esclavo disfrazado por Casina, la cual declarada libre e ingenua, se casa con el joven amo, al que ama y por quien es amada.

El joven francés contemplaba distraídamente cómo los actores, con sus máscaras de bocas de bronce, se desenvolvían en escena; los esclavos corrían aquí y allá para simular apresuramiento; el anciano movía la cabeza y extendía sus manos temblorosas; la matrona, arrogante, en tono huraño y desdeñoso, se daba mucha importancia y regañaba a su marido, con gran regocijo de la sala. Todos los personajes entraban y salían por tres puertas practicadas en la pared del fondo que comunicaban con el «camerino» de los actores. La casa de Stalino ocupaba una esquina del teatro, y la de su viejo amigo Alcésimo estaba enfrente. Los decorados, aunque muy bien pintados, eran más representativos de la idea de un lugar que del lugar en sí mismo, como los bastidores del teatro clásico.

Cuando el cortejo nupcial que conducía a la falsa Casina hizo su entrada en escena, una inmensa carcajada, como la que Homero atribuye a los dioses, circuló por todos los bancos del anfiteatro, y torrentes de aplausos hicieron vibrar los ecos del recinto; pero Octavien ya no escuchaba ni miraba.

En la fila de bancos de las mujeres, acababa de descubrir una criatura de maravillosa belleza. A partir de ese momento, los encantadores rostros que habían atraído su mirada se eclipsaron como las estrellas ante Febo; todo se desvaneció, todo desapareció como en un sueño; una bruma desdibujó las gradas abarrotadas de gente, y la voz chillona de los actores pareció perderse en un alejamiento infinito.

Había recibido en el corazón como una descarga eléctrica, y le pareció que brotaban chispas de su pecho cuando la mirada de aquella mujer se volvió hacia él.

Era morena y pálida; sus cabellos ondulados y rizados, negros como la noche, se recogían ligeramente hacia las sienes a la moda griega, y en su cara de un tono mate brillaban unos ojos oscuros y dulces, cargados de una indefinible expresión de tristeza voluptuosa y de tedio apasionado; su boca, desdeñosamente arqueada en las comisuras, protestaba por medio del fuego vivo de su púrpura encendida contra la blancura tranquila de la máscara; su cuello presentaba esas bellas líneas puras que ya no se encuentran sino en las estatuas. Sus brazos estaban desnudos hasta los hombros, y de la punta de sus magníficos senos, que alzaban su túnica de un rosa malva, partían dos pliegues que parecían trabajados en el mármol por Fidias o Cleomenes.

La vista de aquella garganta de tan correctos contornos y de un corte tan puro, turbó magnéticamente a Octavien; le pareció que aquellas formas se adaptaban perfectamente a la silueta del museo de Nápoles, que le había sumido en tan ardiente ensoñación, y una voz le gritó en el fondo del corazón que aquella mujer era la mujer enterrada por la ceniza del Vesubio en la villa de Arrio Diomedes. ¿Por qué prodigio la veía viva, asistiendo a la representación de la *Casina*, de Plauto? No buscó una explicación; además, ¿cómo estaba él mismo allí? Aceptó su presencia como en el

sueño se admite la intervención de personas muertas hace mucho tiempo y que sin embargo actúan con las apariencias de la vida; por otra parte, su emoción no le permitía razonamiento alguno. Para él la rueda del tiempo se había salido de su carril, y su deseo triunfante escogía su lugar en los siglos transcurridos... Se encontraba frente a frente con su quimera, una de las más inaccesibles, una quimera retrospectiva. Su vida se llenaba de repente.

Mientras contemplaba aquella cabeza tan serena y tan apasionada, tan fría y tan ardiente, tan muerta y tan rebosante de vida, comprendió que tenía ante él a su primer y último amor, su copa de suprema embriaguez; sintió que se desvanecían como sombras ligeras los recuerdos de todas las mujeres que había creído amar y que su alma se volvía virgen de cualquier emoción anterior. El pasado desapareció.

Entretanto la bella pompeyana, con la barbilla apoyada en la palma de la mano, lanzaba sobre Octavien, aunque daba la impresión de estar atenta a lo que ocurría en escena, la mirada aterciopelada de sus ojos nocturnos, y esa mirada le llegaba pesada y ardiente como un chorro de plomo fundido. Luego se inclinó hacia el oído de una niña que estaba sentada a su lado.

La representación acabó; la multitud se retiró por los vomitorios. Octavien, desdeñando la amabilidad de su guía Holconius, se lanzó por la primera salida que se ofreció a sus pasos. Apenas hubo llegado a la puerta, una mano se posó en su brazo, y una voz femenina le dijo en tono bajo, pero de forma que no perdió una sílaba:

—Soy Tiché Novoleja, encargada de procurar diversión a Arria Marcella, hija de Arrio Diomedes. Mi señora te ama, sígueme.

Arria Marcella acababa de subir a su litera que llevaban cuatro fuertes esclavos sirios desnudos hasta la cintura, cuyos torsos de bronce brillaban al sol. La cortina de la litera se entreabrió, y una mano pálida, estrellada de sortijas, hizo un gesto amistoso a Octavien, como para confirmar las palabras de la sirvienta. El visillo de púrpura volvió a cerrarse, y la litera se alejó con el movimiento acompasado de los esclavos.

Tiché llevó a Octavien por caminos poco frecuentados, salvando las calles por el procedimiento de pisar en las piedras separadas que unen las aceras y entre las cuales se deslizan las ruedas de los carros, orientándose a través de aquel laberinto con la precisión que da la familiaridad de una ciudad. Octavien advirtió que atravesaba barrios de Pompeya que las excavaciones no han descubierto, y en consecuencia le resultaban completamente desconocidos. Esa extraña circunstancia entre tantas otras no le sorprendió. Estaba decidido a no sorprenderse de nada. En toda aquella fantasmagoría arcaica, que hubiera vuelto loco de felicidad a un anticuario, ya no veía sino los ojos negros y profundos de Arria Marcella y aquel pecho magnífico que había vencido a los siglos, y que incluso la destrucción quiso conservar.

Llegaron a una puerta secreta, que se abrió y se cerró inmediatamente, y Octavien se encontró en un patio rodeado de columnas de mármol griego de orden jónico, pintadas hasta la mitad de su altura, de un amarillo vivo; el capitel estaba decorado de

ornamentos rojos y azules. Una guirnalda de aristoloquia colgaba sus anchas hojas verdes en forma de corazón de los salientes de la arquitectura como un arabesco natural, y junto a un estanque rodeado de plantas, un flamenco rosa se mantenía de pie sobre una pata, flor de plumas entre las flores naturales.

Paneles con pinturas al fresco que representaban arquitecturas caprichosas o paisajes de fantasía decoraban los muros. Octavien vio todos esos detalles de manera muy rápida, porque Tiché le puso en manos de unos esclavos que hicieron sufrir a su impaciencia todos los refinamientos de las termas antiguas. Después de haber pasado por los diferentes grados del vapor, soportado al rascador del estrigilario, sufrido los cosméticos y los aceites perfumados, le vistieron con una túnica blanca, y encontró en la siguiente puerta a Tiché, que le cogió la mano y le condujo a otra sala profusamente decorada.

En el techo estaban pintados, con gran pureza de líneas, lujo colorista y libertad de trazos que dejaban ver a un gran maestro y al simple decorador hábil pero vulgar, Marte, Venus y el Amor; un friso de ciervos, liebres y pájaros que retozaban entre el follaje, se alzaba sobre un revestimiento de mármol cipolino; el mosaico del pavimento, maravilloso trabajo que se debía seguramente a Sósimo de Pérgamo, representaba relieves de un gran festín ejecutados con un arte de auténtico ensueño.

Al fondo de la sala, en un biclinio o lecho de dos plazas, estaba reclinada Arria Marcella en una postura voluptuosa y serena que recordaba a la mujer tumbada de Fidias en el frontón del Partenón; sus sandalias, bordadas de perlas, yacían en el suelo junto a la cama, y su bello pie desnudo, más puro y más blanco que el mármol, sobresalía de una ligera manta de biso que la cubría.

Dos pendientes en forma de balanza, con perlas en cada platillo, temblaban a la luz a ambos lados de sus pálidas mejillas; un collar de oro, de cuentas en forma de pera, caía sobre su pecho que semidescubría el descuidado pliegue de un peplo de color paja con una greca negra bordada; un lazo negro y dorado se introducía y brillaba entre sus cabellos de ébano, porque había cambiado de vestido al volver del teatro; y alrededor de su brazo, como el áspid alrededor del brazo de Cleopatra, una serpiente de oro, cuyos ojos eran piedras preciosas, se enrollaba repetidas veces y trataba de morderse la cola.

Una mesita con patas de grifo, incrustada de nácar, de plata y marfil, estaba situada al lado del lecho de dos plazas, cubierta de diferentes manjares servidos en fuentes de plata y oro o de barro esmaltado de preciosas pinturas. En ellas se veía un pájaro del Fasis tumbado en sus plumas, y multitud de frutas propias de distintas estaciones, que nunca pueden comerse juntas.

Todo parecía indicar que esperaban a un invitado; flores frescas alfombraban el suelo, y las ánforas de vino estaban metidas en unas urnas llenas de hielo.

Arria Marcella hizo un gesto a Octavien para que se tumbara a su lado en el biclinio y participara de la comida. El joven, enloquecido de sorpresa y de amor, tomó al azar varios bocados de los platos que le ofrecían esclavos asiáticos de pelo

rizado y túnica corta. Arria no comía, pero de vez en cuando se llevaba a los labios un recipiente de tonos opalinos de los que se utilizan para la mirra, lleno de un vino de un púrpura oscuro como sangre coagulada; a medida que bebía, un imperceptible vapor rosa subía a sus pálidas mejillas, desde su corazón que no había latido hacía tantos años; sin embargo su brazo desnudo, que Octavien rozó al levantar su copa, estaba frío como la piel de una serpiente o el mármol de una tumba.

—¡Oh! cuando te detuviste en el museo Studii a contemplar el fragmento de barro endurecido que conserva mi forma —dijo Arria Marcella volviendo su larga mirada húmeda hacia Octavien—, y cuando tu pensamiento se lanzó ardientemente hacia mí, mi alma lo sintió en este mundo en que floto invisible para los ojos vulgares; la creencia hace al dios y el amor hace a la mujer. No estamos verdaderamente muertos hasta que dejamos de ser amados; tu deseo me ha devuelto la vida, la poderosa evocación de tu corazón ha suprimido la distancia que nos separaba.

La idea de evocación amorosa que expresaba la joven, encajaba en las creencias filosóficas de Octavien, creencias que no estamos lejos de compartir.

Efectivamente, nada muere, todo existe siempre; ninguna fuerza puede aniquilar lo que fue una vez. Toda acción, toda palabra, toda forma, todo pensamiento caído en el océano universal de las cosas produce en él unos círculos que van ensanchándose hasta los confines de la eternidad. La figuración material sólo desaparece para las miradas vulgares, y los espectros que se separan de ella pueblan el infinito. Paris continúa raptando a Helena en una región desconocida del espacio. La galera de Cleopatra infla sus velas de seda en la inmensidad de un Cydnus ideal. Algunos espíritus apasionados y poderosos han podido atraer hacia ellos siglos en apariencia pasados, y han hecho revivir personajes muertos para todos. Fausto ha tenido por amante a la hija de Tíndaro, y la ha conducido a su castillo gótico, desde el fondo de los abismos misteriosos del Hades. Octavien acababa de vivir un día bajo el reinado de Tito y había conseguido el amor de Arria Marcella, hija de Arrio Diomedes, acostada en ese momento junto a él en un lecho antiguo en una ciudad destruida para todo el mundo.

—Por mi desprecio hacia las demás mujeres —respondió Octavien—, por la invencible atracción que me arrastraba hacia las personas brillantes que viven en el fondo de los siglos como estrellas provocadoras, comprendí que sólo podría amar fuera del tiempo y del espacio. Era a ti a quien esperaba, y ese débil vestigio conservado por la curiosidad de los hombres, por su secreto magnetismo me ha puesto en contacto con tu alma. No sé si eres un sueño o una realidad, un fantasma o una mujer, si como Ixión abrazo a una nube contra mi pecho confiado, si soy el juguete de un vil hechizo, pero de lo que estoy seguro, es de que serás mi primer y mi último amor.

—Que Eros, hijo de Afrodita, escuche tu promesa —dijo Arria Marcella apoyando la cabeza en el hombro de su amante, que la levantó y la besó apasionadamente—. ¡Oh! estréchame entre tus jóvenes brazos, envuélveme con tu

tibio aliento, tengo frío por haber permanecido durante tanto tiempo sin amor.

Y Octavien sintió cómo se agitaba contra su corazón aquel bello seno, cuyo molde había admirado esa misma mañana a través del cristal de una vitrina del museo; el frescor de su preciosa piel le penetraba a través de su túnica y le ardía. El lazo oro y negro se había desprendido de la cabeza de Arria al echarse apasionadamente hacia atrás, y sus cabellos se derramaron como un río negro sobre la almohada azul.

Los esclavos se habían llevado la mesa. No se oyó sino un ruido confuso de besos y suspiros. Las codornices familiares, despreocupadas de aquella escena amorosa, picoteaban, en el mosaico del suelo, las migas del festín mientras lanzaban grititos.

De repente las argollas de bronce de las cortinas que cerraban la estancia se deslizaron sobre su varilla, y un anciano de aspecto severo, ataviado con un amplio manto marrón, apareció en el umbral. Su barba gris estaba separada en dos puntas como la de los nazarenos, su rostro parecía surcado por la fatiga de la mortificación: una crucecita de madera negra le colgaba del cuello y no dejaba ninguna duda sobre su fe: pertenecía a la secta, entonces muy reciente, de los discípulos de Cristo.

Ante su vista, Arria Marcella, muy confusa, ocultó la cara bajo un pliegue de su manto, como un pájaro que mete la cabeza bajo el ala frente a un enemigo que no puede esquivar, para evitar al menos el horror de verlo; mientras Octavien, apoyado en el codo, miraba fijamente al molesto personaje que interrumpía tan bruscamente su dicha.

—Arria, Arria —dijo el austero personaje en tono de reproche—, ¿la duración de tu vida no te bastó para tus excesos, y necesitas que tus infames amores invadan siglos que no te pertenecen? ¿No puedes dejar a los vivos en su esfera? ¿Acaso tus cenizas no se han enfriado todavía desde el día en que moriste sin arrepentirte bajo la lluvia de fuego del volcán? Dos mil años de muerte no te han calmado, y tus brazos voraces atraen hacia tu pecho de mármol, sin corazón, a pobres insensatos embriagados por tus brebajes mágicos.

—Arrio, piedad, padre mío, no me abrumes en nombre de esa sombría religión que jamás fue la mía; yo creo en nuestros antiguos dioses que amaban la vida, la juventud, la belleza, el placer; no me sumerjas otra vez en la pálida nada. Déjame gozar de esta existencia que el amor me ha devuelto.

—Cállate, impía, no me hables de tus dioses, que son demonios. Deja marchar a este hombre encadenado por tu impura seducción; no sigas atrayéndole fuera del círculo de su vida, que Dios ha medido; vuelve a los limbos del paganismo con tus amantes asiáticos, romanos o griegos. Joven cristiano, abandona esta larva que te parecería más horripilante que Empusa y Phorkyas, si pudieras verla tal como es.

Octavien, pálido, helado de espanto, quiso hablar; pero la voz se le quedó pegada a la garganta, según la expresión virgiliana.

—Arria, ¿me obedecerás? —exclamó impetuosamente el anciano.

—No, jamás —respondió Arria, con los ojos brillantes, los labios temblorosos,

mientras rodeaba el cuerpo de Octavien con sus bellos brazos de estatua, fríos, duros y rígidos como el mármol. Su belleza furiosa, exasperada por la tensión, resplandecía con un fulgor sobrenatural en ese momento supremo, como para dejar a su joven amante un ineluctable recuerdo.

—Vamos, desdichada —repuso el anciano—, será preciso recurrir a procedimientos extraordinarios y alejar tu nada palpable y visible de este muchacho al que has fascinado; y pronunció en tono autoritario una fórmula de exorcismo que hizo desaparecer de las mejillas de Arria los matices purpúreos que el vino rojo del recipiente de mirra había producido.

En ese momento, la campana lejana de uno de los pueblos de la costa o de las aldeas perdidas en los recovecos de la montaña dejó sonar los primeros tañidos de la Salutación angélica.

Ante aquel sonido, un suspiro de agonía salió del pecho destrozado de la joven. Octavien sintió que se apartaban de él los brazos que le estrechaban; los ropajes que la cubrían se replegaron sobre sí mismos, como si los contornos que ceñían se hubieran hundido, y el desdichado paseante nocturno ya no vio a su lado, en el lecho del festín, sino un montón de ceniza mezclada con diversos huesos calcinados, entre los que brillaban brazaletes, joyas de oro, y otros restos informes, tal como los debieron descubrir al desescombrar la casa de Arrio Diomedes.

Lanzó un grito terrible y perdió el conocimiento.

El anciano había desaparecido. Salía el sol y la sala, antes dispuesta con tanta magnificencia, ya no era sino una ruina arrasada.

Después de haber dormido un sueño muy pesado por las libaciones de la víspera, Max y Fabio se despertaron sobresaltados, y su primer impulso fue llamar a su amigo, cuya habitación estaba al lado de la suya, mediante uno de esos toques burlones que a veces se emplean en los viajes; Octavien no respondió, naturalmente. Fabio y Max, al no recibir respuesta, entraron en la habitación de su compañero y vieron que la cama no había sido deshecha.

—Se habrá dormido en alguna silla —dijo Fabio—, sin poder llegar a su cama; porque nuestro querido Octavien no es un hombre fuerte; habrá salido temprano para disipar los vapores del vino con el fresco de la mañana.

—Sin embargo apenas bebió —añadió Max reflexionando—. Todo esto me parece bastante extraño. Vamos en su busca.

Los dos amigos, acompañados del cicerone, recorrieron las calles, encrucijadas, plazas y callejuelas de Pompeya, entraron en todas las casas curiosas donde supusieron que Octavien podía estar entretenido copiando una pintura o descifrando una inscripción, y acabaron por encontrarle desvanecido sobre el mosaico de una pequeña estancia medio derrumbada. Les costó mucho hacerle volver en sí, y cuando hubo recobrado el conocimiento, no dio muchas explicaciones, sólo que se le había ocurrido la idea de ver Pompeya al claro de luna, y que le había dado un síncope que, sin duda, no tendría consecuencias.

El grupito volvió a Nápoles por ferrocarril, como había venido, y aquella noche, en un palco del San Carlo, Max y Fabio contemplaban, ayudados de sendos gemelos, cómo brincaban, imitando a Amalia Ferraris, la bailarina entonces de moda, un enjambre de ninfas que llevaban, bajo las faldas de gasa, unos horribles pololos de color verde chillón que hacían que parecieran ranas picadas por la tarántula. Octavien, pálido, la mirada desvaída, el porte lánguido, no parecía darse cuenta de lo que pasaba en el escenario y, después de las maravillosas aventuras de la noche, tenía que hacer verdaderos esfuerzos por recuperar el sentimiento de la vida real.

A partir de la visita a Pompeya, Octavien fue presa de una melancolía huraña que el buen humor y las bromas de sus amigos agravaban más que aliviaban; la imagen de Arria Marcella no dejaba de perseguirle, y el triste desenlace de su buena suerte imaginaria no destruyó su encanto.

Como no podía aguantar más, volvió en secreto a Pompeya y paseó, como la primera vez, por entre las ruinas, al claro de luna, con el corazón palpitante de insensata esperanza, pero la alucinación no se repitió; no vio sino lagartos que huían entre las piedras, no oyó sino chillidos de aves nocturnas asustadas; no encontró a su amigo Rufus Holconius; Tiché no le puso su mano delicada en el brazo; Arria Marcella permaneció obstinadamente en el polvo.

Por pura desesperación, Octavien acaba de casarse con una joven y encantadora inglesa, que está loca por él. Es muy bueno con su mujer; sin embargo Ellen, con ese instinto del corazón que no engaña, intuye que su marido está enamorado de otra; pero ¿de quién? El espionaje más activo no ha podido descubrirlo. Octavien no tiene una amante; en el mundo, no dirige a las mujeres sino galanterías banales; incluso ha respondido muy fríamente a las claras insinuaciones de una princesa rusa, famosa por su belleza y su coquetería. Un cajón secreto, abierto durante la ausencia de su marido, no suministró ninguna prueba de infidelidad a las sospechas de Ellen. Pero ¿cómo se le iba a ocurrir estar celosa de Marcella, hija de Arrio Diomedes, liberado por Tiberio?

I

NADIE podía comprender la enfermedad que minaba lentamente a Octave de Saville. No guardaba cama y llevaba un tren de vida normal; jamás una queja salía de sus labios, y sin embargo se desmejoraba a ojos vistas. Examinado por los médicos que le obligaba a consultar la solicitud de sus parientes y amigos, no acusaba dolencia concreta alguna, y la ciencia no descubría en él ningún síntoma alarmante: su pecho, al ser auscultado, emitía un sonido normal, y el oído aplicado a su corazón apenas sorprendía algún latido demasiado lento o demasiado precipitado; no tosía, no tenía fiebre, pero la vida se alejaba de él y huía por una de esas rendijas invisibles de que el hombre está lleno, según Terencio.

A veces un extraño síncope le hacía palidecer y quedarse frío como el mármol. Durante uno o dos minutos se le podía creer muerto; luego su mecanismo de relojería, detenido por un dedo misterioso, recobraba, ya sin obstáculo que lo impidiera, su movimiento y Octave parecía despertar de un sueño. Le mandaron a tomar las aguas; pero las ninfas termales no pudieron hacer nada por él. Un viaje que hizo a Nápoles no produjo mejores resultados. Su hermoso y famoso sol le había parecido negro como el del grabado de Alberto Durero; el murciélago que lleva escrita en su ala esta palabra: *melancolía*, azotaba aquel resplandeciente cielo azul con sus polvorientas membranas y revoloteaba entre la luz y él; se le heló el corazón en el muelle de la Mergellina, donde los *lazzaroni* medio desnudos se tuestan y dan a su piel una pátina de bronce.

Entonces volvió a su pequeño apartamento de la calle Saint-Lazare y recuperó, aparentemente, sus antiguas costumbres.

El apartamento estaba tan confortablemente amueblado como puede estarlo un piso de soltero. Pero como un interior toma a la larga la fisonomía y seguramente el pensamiento de quien lo habita, la vivienda de Octave se había ido poco a poco entristeciendo; el damasco de las cortinas había palidecido y ya sólo filtraba una luz gris. Los grandes ramos de peonías se marchitaban sobre el fondo menos blanco de la alfombra; el oro de los ribetes que enmarcaba varias acuarelas y varios bocetos de

grandes maestros había enrojecido lentamente bajo el polvo implacable; el lánguido fuego se apagaba y humeaba en medio de las cenizas. El viejo reloj de Boule con incrustaciones de cobre y de carey verde detenía el ruido de su tic-tac, y la campanilla de las tediosas horas hablaba en voz baja como se hace en la habitación de un enfermo; las puertas se cerraban silenciosas, y los pasos de los escasos visitantes se amortiguaban sobre la moqueta; la risa se congelaba al penetrar en las habitaciones sombrías, frías y oscuras, donde, sin embargo, no faltaba nada del lujo moderno. Jean, el criado de Octave, se deslizaba como una sombra, con un plumero bajo el brazo y una bandeja en la mano, porque, inconscientemente afectado por la melancolía del lugar, había acabado por perder su locuacidad.

De las paredes colgaban, como trofeos, guantes de boxeo, máscaras y floretes; pero era fácil adivinar que nada de eso se había tocado desde hacía mucho tiempo; había libros, cogidos y abandonados descuidadamente, en todos los muebles, como si Octave hubiera querido, mediante aquella lectura maquinal, adormecer una idea fija. Una carta empezada, de papel ya amarillo, parecía esperar desde hacía meses su terminación, y se desplegaba como un mudo reproche en el centro del escritorio. Aunque habitado, el apartamento parecía desierto. Allí la vida estaba ausente y al entrar se recibía en la cara una de esas bocanadas de aire frío que sale de las tumbas cuando se las abre.

En aquella lúgubre morada donde jamás una mujer aventuraba la punta de su botín, Octave se encontraba más a gusto que en cualquier otra parte, pues aquel silencio, aquella tristeza y aquel abandono le gustaban; el alegre tumulto de la vida le espantaba, aunque a veces hiciera verdaderos esfuerzos por mezclarse en él. Volvía siempre más melancólico de las mascaradas, las fiestas o las cenas a las que sus amigos le arrastraban. Por otra parte ya no luchaba contra aquel misterioso dolor, y dejaba pasar los días con la indiferencia del hombre que no piensa en el día siguiente. No hacía ningún proyecto, pues ya no creía en el porvenir, y tácitamente había enviado a Dios su dimisión de la vida, esperando que la aceptara.

Sin embargo, si imaginárais un rostro demacrado y surcado de arrugas, una tez terrosa, miembros extenuados, gran deterioro exterior, os equivocaríais; como mucho se apreciaban huellas de ojeras bajo los párpados, algunas manchas anaranjadas alrededor de los ojos, cierto reblandecimiento en las sienes surcadas de venas azuladas. Solamente la chispa del alma no brillaba en la mirada, cuya voluntad, esperanza y deseo habían emprendido el vuelo. Aquella mirada muerta en su cara joven formaba un extraño contraste y producía un efecto más penoso que la expresión demacrada, en unos ojos encendidos por la fiebre, de una enfermedad cualquiera.

Octave había sido, antes de languidecer así, lo que se llama un apuesto muchacho, y lo era todavía: espesos cabellos negros, con abundantes rizos, se amontonaban, sedosos y brillantes, a ambos lados de sus sienes; los ojos grandes, aterciopelados, de un azul nocturno, rodeados de largas pestañas, se encendían a veces con un resplandor húmedo; en la calma, y cuando ninguna pasión los animaba, resaltaban

por esa quietud serena que poseen los ojos de los orientales, cuando a la puerta de un café de Esmirna o de Constantinopla hacen el *kief* después de haber fumado el *narguile*. Su tez jamás había tenido buen color, y se parecía a esas pieles meridionales de un blanco aceitunado que sólo producen todo su efecto a la luz; sus manos eran finas y delicadas, sus pies estrechos y arqueados. Vestía bien, sin adelantarse a la moda ni quedar rezagado, y sabía a la perfección sacar partido de sus atractivos naturales. Aunque no tenía ninguna pretensión de ser un *dandy* o un *gentleman*, si se hubiera presentado al Jockey-Club, no habría sido rechazado.

¿Cómo era posible que, joven, guapo, rico, con tantas razones para ser feliz, un hombre así se consumiera tan miserablemente? Vais a decir que Octave estaba hastiado, que las novelas de moda de la época le habían llenado el cerebro de ideas nocivas, que no creía en nada, que de su juventud y su fortuna, gastadas en locas orgías, no le quedaban sino deudas; todas esas suposiciones son falsas. Como Octave apenas había apurado los placeres de la vida, no podía estar harto de ellos; no era ni fracasado, ni romántico, ni ateo, ni libertino, ni despilfarrador; su vida hasta entonces había consistido en una mezcla de estudios y distracciones, como la de los demás jóvenes; por la mañana se sentaba en las aulas de la Sorbona, y por la noche se plantaba en la escalera de la Opera para ver pasar el torrente de los elegantes vestidos. No se le conocía ni muchacha de mármol ni duquesa, y gastaba su renta sin que sus caprichos disminuyeran el capital. Su notario le apreciaba; era un personaje muy sencillo, incapaz de arrojar al glaciar de Manfred o de encender el hornillo de Escousse^[29]. En cuanto a la causa del estado singular en que se encontraba y que ponía en entredicho la ciencia de la facultad de Medicina, no nos atrevemos a confesarla, pues el hecho es inverosímil en París, en el siglo diecinueve, y dejamos que sea nuestro héroe el que lo cuente.

Como los médicos corrientes no entendían nada de aquella extraña enfermedad, porque todavía no se ha analizado el alma en los anfiteatros de anatomía, se acudió como último recurso a un médico singular, que había vuelto de la India después de una larga estancia, y que pasaba por hacer curas maravillosas.

Cuando el doctor entró, Octave estaba medio tumbado en un sofá: en un almohadón apoyaba la cabeza, otro le sostenía el codo, un tercero le tapaba los pies; una gandura le envolvía con sus pliegues mullidos y suaves; estaba leyendo o más bien tenía un libro en las manos, porque sus ojos fijos en la página no la miraban. Tenía la cara pálida pero, como ya hemos dicho, no presentaba ninguna alteración visible. Una observación superficial no hubiera creído en peligro al joven enfermo, en cuyo aparador había una caja de puros en lugar de los frascos, las pociones, las tisanas y toda la farmacopea de rigor en tales casos. Sus rasgos delicados, aunque un poco cansados, no habían perdido casi nada de su encanto y, salvo la atonía profunda y la incurable desesperanza de la mirada, Octave parecía gozar de una salud normal.

Por muy indiferente que fuera Octave, el extraño aspecto del doctor le impresionó. Balthazar Cherbonneau tenía el aspecto de una figura escapada de un

cuento fantástico de Hoffmann que paseara por la realidad, estupefacto al comprobar lo grotesco de la creación. Su rostro extremadamente tostado estaba como devorado por un cráneo enorme que la longitud de los cabellos hacía parecer más grande todavía. Su cráneo desnudo, pulido como el marfil, había conservado su blancura, mientras la cara, expuesta a los rayos del sol, se había ido cubriendo, por la superposición de diversas capas de bronceado, de un tono de viejo roble o de retrato descolorido. Las mejillas, las cavidades y las protuberancias de los huesos eran tan acentuadas, que la poca carne que las cubría parecía, con sus mil arrugas, una piel mojada aplicada a la cabeza de un muerto. Los escasos pelos grises que aún le quedaban en el cogote, agrupados en tres finos mechones, dos de los cuales se alzaban por encima de las orejas y el tercero partía de la nuca para morir en el nacimiento de la frente, recordaban la moda de las antiguas pelucas o de las modernas greñas, y coronaban de forma grotesca aquella fisonomía de córvido. Pero lo que llamaba invenciblemente la atención en el doctor eran los ojos; en medio de aquella cara curtida por la edad, calcinada bajo cielos incandescentes, envejecida en el estudio, donde las fatigas de la ciencia y de la vida se escribían en surcos profundos, en estrelladas patas de gallo, en arrugas más prensadas que las hojas de un libro, resplandecían dos pupilas azul turquesa, de una limpidez, de un frescor y de una juventud inconcebibles. Aquellas estrellas azules brillaban en el fondo de órbitas oscuras y membranas concéntricas cuyos rojizos círculos recordaban vagamente las plumas dispuestas en aureola alrededor de las pupilas nictálopes de los búhos. Era como si, mediante algún hechizo aprendido de los brahmanes y los pandits, el doctor hubiera robado unos ojos de niño y se los hubiera ajustado en su cara de cadáver. La mirada del anciano parecía tener veinte años, aunque el joven le calculó sesenta.

El traje era el traje clásico del médico: levita y pantalones de paño negro, chaleco de seda del mismo color, y en la camisa un grueso diamante, regalo de algún rajá o de algún nabab. Pero aquella ropa flotaba como si hubiera estado colgada de una percha, y dibujaba pliegues perpendiculares que los fémures y las tibias del doctor convertían en ángulos agudos cuando se sentaba. Para producir tan impresionante delgadez, el devorador sol de la India no hubiera bastado. Sin duda Balthazar Cheronneau se había sometido, mediante algún tipo de iniciación, a los largos ayunos de los fakires y se había sentado sobre la piel de gacela junto a los yoguis entre los cuatro hornillos ardientes; aunque aquella pérdida de sustancia no acusaba debilitamiento alguno. Unos ligamentos sólidos y tensos en las manos como las cuerdas en el mástil de un violín unían entre sí los huesecillos descarnados de las falanges y las hacía moverse sin demasiados crujidos.

El doctor se sentó en el asiento que Octave le señaló con la mano al lado del sofá, plegándose como un metro con unos movimientos que indicaban la inveterada costumbre de ponerse en cuclillas sobre recias esteras. Una vez instalado, el doctor Cheronneau dio la espalda a la luz, que iluminaba de lleno la cara de su paciente, situación favorable para el examen y que gustan de tomar los observadores, más

curiosos por ver que por ser vistos. Aunque el rostro del doctor estuviera bañado de sombra y la parte superior de su cráneo, reluciente y redondo como un gigantesco huevo de avestruz, impidiera el paso de un rayo de luz, Octave observó el centelleo de las extrañas pupilas azules que parecían dotadas de una claridad propia, como los cuerpos fosforescentes: de ellas brotaba un destello agudo y claro que el joven enfermo recibía en pleno pecho con esa sensación de picazón y calor que produce el emético.

—Pues bien, señor —dijo el doctor tras un momento de silencio durante el cual pareció resumir los síntomas averiguados en su rápida inspección—, ya veo que el suyo no es un caso de patología vulgar; usted no padece ninguna de esas enfermedades catalogadas, de síntomas conocidos, que el médico cura o agrava; y cuando le haya hablado durante unos minutos, no le pediré papel para escribir una anodina receta del Codex bajo la cual estamparé una firma jeroglífica y que su criado llevará al farmacéutico de la esquina.

Octave sonrió ligeramente, como para agradecer al doctor Cherbonneau que le evitara inútiles y fastidiosos remedios.

—Pero —continuó el doctor—, no se alegre tan pronto; que no tenga ni hipertrofia en el corazón, ni tuberculosis, ni reblandecimiento de la médula espinal, ni derrame seroso en el cerebro, ni fiebre tifoidea o nerviosa, no quiere decir que goce usted de buena salud. Déme su mano.

Creyendo que el doctor Cherbonneau iba a tomarle el pulso y esperando verle sacar su reloj con cronómetro, Octave se arremangó la manga de la gandura, dejó su muñeca al descubierto y se la tendió maquinalmente al doctor. Sin buscar con el pulgar la pulsación rápida o lenta que indica si el reloj de la vida está estropeado en el hombre, Cherbonneau posó en su mano morena, cuyos dedos huesudos parecían pinzas de cangrejo, la mano delgada, venosa y húmeda del joven: la palpó, le dio masajes, la manoseó de algún modo como para ponerse en comunicación magnética con su dueño. Octave, aunque era un escéptico respecto a la medicina, no pudo evitar experimentar una cierta emoción ansiosa, porque le parecía que el doctor le sonsacaba el alma mediante aquella presión, y la sangre abandonó totalmente sus pómulos.

—Querido señor Octave de Saville —dijo el médico soltando la mano del joven—, su situación es más grave de lo que piensa, y la ciencia, al menos tal como la practica la vieja rutina europea, no puede hacer nada: usted ya no tiene ganas de vivir y su alma se va separando insensiblemente de su cuerpo; en usted no hay ni hipocondría, ni lipemanía, ni tendencia melancólica al suicidio. ¡No! caso raro y curioso, usted podría, si yo no me opusiera, morir sin ninguna lesión interna o externa apreciable. Me ha llamado a tiempo, porque su espíritu sólo está sujeto a la carne por un hilo, pero le vamos a hacer un buen nudo.

Y el doctor se frotó alegremente las manos esbozando una sonrisa que produjo un remolino de arrugas en los mil pliegues de su cara.

—Doctor Cherbonneau, no sé si usted me curará y, después de todo, no tengo ningunas ganas de que lo haga, pero debo confesar que ha penetrado directamente en la causa del misterioso estado en que me encuentro. Me parece que mi cuerpo se ha vuelto permeable y deja escapar a mi yo como un tamiz deja que pase el agua por sus agujeros. Siento que me disuelvo en el gran todo, y me cuesta salir del medio en el que estoy sumergido. La vida en que represento, lo mejor que puedo, la pantomima habitual, para no entristecer a mis parientes y amigos, me parece tan lejana, que hay instantes en que creo estar fuera de la esfera humana: voy y vengo por los motivos que me determinaban antes, y cuyo impulso mecánico dura todavía, pero sin participar en lo que hago. Me siento a la mesa a las horas normales, y aparento que como y bebo, aunque no noto sabor alguno en los manjares más sazonados ni en los vinos más fuertes. La luz del sol me parece pálida como la de la luna, y las velas tienen llamas negras. Tengo frío en los días más cálidos del verano; a veces se hace dentro de mí un gran silencio, como si mi corazón ya no latiera y mis engranajes interiores se hubieran detenido por una causa desconocida. La muerte no debe ser diferente de este estado si es que los difuntos pueden apreciarlo.

—Usted tiene —repuso el doctor— una imposibilidad crónica de vivir, enfermedad absolutamente moral 7 más frecuente de lo que se piensa. El pensamiento es una fuerza que puede matar como el ácido prúsico, como la chispa de la botella de Leyden, aunque la huella de su acción destructora no sea apreciable con los débiles medios de análisis de que la ciencia vulgar dispone. ¿Qué pesadumbre ha hundido su pico ganchudo en su hígado? ¿Desde lo alto de qué secreta ambición ha caído usted roto y molido? ¿Qué amarga desesperación rumia usted en su inmovilidad? ¿Es acaso la sed de poder lo que le atormenta? ¿Es que ha renunciado voluntariamente a una meta que está fuera del alcance humano? Es usted muy joven para eso. ¿Le ha engañado una mujer?

—No, doctor —respondió Octave—, ni siquiera he tenido esa dicha.

—Y sin embargo —repuso Balthazar Cherbonneau—, leo en sus ojos sin brillo, en la lánguida actitud de su cuerpo, en el timbre sordo de su voz, el título de una obra de Shakespeare tan nítidamente como si estuviera grabado en letras de oro en el canto de un libro.

—¿Y cuál es esa obra que traduzco sin saberlo? —dijo Octave, cuya curiosidad se despertó a pesar suyo.

—*Love's labours lost* —continuó el doctor con tan buen acento que traslucía su larga estancia en las posesiones inglesas de la India.

—Eso quiere decir, si no me equivoco, *Penas de amor perdidas*.

—Exactamente.

Octave no respondió; un ligero rubor coloreó sus mejillas y, para disimular, se puso a jugar con la borla de su cinturón. El doctor había cruzado una de las piernas sobre la otra, lo que producía el efecto de los huesos en aspa grabados sobre las tumbas, y se cogía el pie con la mano a la moda oriental. Sus ojos azules estaban fijos

en los ojos de Octave y los interrogaba con una mirada imperiosa y dulce.

—Vamos —dijo Balthazar Cherbonneau—, confíese a mí, soy el médico de las almas, usted es mi paciente y, como el sacerdote católico a su penitente, le pido una confesión completa, que podrá hacer sin ponerse de rodillas.

—¿Para qué? Suponiendo que haya usted dado en el clavo, que le cuente mis penas no quiere decir que vayan a desaparecer. Mi tristeza es silenciosa y ningún poder humano, ni siquiera el suyo, es capaz de curarme.

—Quién sabe —dijo el doctor arrellanándose más cómodamente en su butaca, como quien se dispone a escuchar una confidencia de cierta duración.

—No quiero —añadió Octave— que usted me acuse de una obstinación pueril, y proporcionarle, con mi mutismo, un medio de lavarse las manos en caso de que muera; pero, ya que le interesa, le voy a contar mi historia; usted ha adivinado su fondo y no le escatimaré los detalles. No espere nada muy especial o novelesco. Es una aventura muy sencilla, muy común, muy banal; pero, como dice la canción de Henri Heine, aquel a quien le ocurre la encuentra siempre nueva y como consecuencia de ella se le parte el corazón. Realmente, me da vergüenza relatar algo tan vulgar a un hombre que ha vivido en los países más fabulosos y quiméricos.

—No tenga ningún temor; sólo lo común resulta extraordinario para mí —dijo el doctor sonriendo.

—Pues bien, doctor, me muero de amor.

II

«Me encontraba en Florencia hacia el final del verano, en 184..., la más bella estación para ver Florencia. Tenía tiempo, dinero, buenas cartas de recomendación, y entonces era un joven de buen humor que no pedía otra cosa que divertirse. Me instalé en el Lungarno, alquilé una calesa y me dejé llevar por la agradable vida florentina, que posee tantos encantos para el extranjero. Por la mañana, iba a visitar alguna iglesia, algún palacio o alguna galería con calma, sin prisa, pues no quería darme un atracón de obras maestras, lo que en Italia acaba por producir náuseas a los turistas demasiado ávidos de arte. Unas veces contemplaba las puertas de bronce del Baptisterio, otras el Perseo de Benvenuto, en la *loggia* dei Lanzi, el retrato de la Fornarina en la Uffizi, o incluso la Venus de Canova en el palacio Pitti, pero nunca más de un objeto a la vez. Luego desayunaba en el café Doney una taza de café

helado, fumaba varios cigarros, hojeaba los periódicos y, con el ojal florido por gusto o a la fuerza por las bellas floristas tocadas de grandes sombreros de paja, que siempre hay delante del café, volvía a mi casa a echar la siesta; a las tres, la calesa venía a recogerme y me llevaba a los *Cascines*. Los *Cascines* son en Florencia lo que el Bois de Boulogne en París, con la diferencia de que allí todo el mundo se conoce, y que la glorieta forma un salón al aire libre, donde las butacas han sido sustituidas por carruajes, parados y alineados en semicírculo. Las mujeres, con trajes de gala, medio tumbadas sobre los almohadones, reciben la visita de sus amantes y pretendientes, de los caballeros y los diplomáticos, que se mantienen de pie en el estribo y con el sombrero en la mano. Pero usted sabe todo esto tan bien como yo. Allí se hacen los planes para la noche, se fijan las citas, se dan las respuestas, se aceptan las invitaciones; es como una Bolsa del placer que funciona de tres a cinco, a la sombra de magníficos árboles, bajo el cielo más suave del mundo. Es obligatorio, si uno quiere estar bien situado, hacer acto de presencia todos los días en los *Cascines*. Yo procuraba no faltar y por la noche, después de cenar, iba a algún salón, o a la Pérgola, cuando la cantante valía la pena.

»Así pasé uno de los meses más felices de mi vida; pero aquella dicha no iba a durar. Una magnífica calesa hizo un día su aparición en los *Cascines*. Aquel maravilloso producto de la carrocería de Viena, obra maestra de Laurenzi, barnizado con un brillo resplandeciente, adornado de un blasón casi real, estaba enganchado al más hermoso par de caballos que jamás haya relinchado en Hyde Park o en Saint James en el Drawing Room de la reina Victoria, y conducido a la Daumont de la forma más correcta por un jovencísimo cochero con pantalones de piel blanca y casaca verde; las aplicaciones de cobre de los arreos, los cubos de las ruedas, los picaportes de las portezuelas brillaban como el oro y lanzaban destellos al sol; todas las miradas siguieron al espléndido carruaje que, después de haber descrito en la arena una curva tan regular como si hubiera sido trazada con un compás, fue a colocarse junto a los demás coches. La calesa no estaba vacía, como habrá usted imaginado; pero en la rapidez de sus movimientos sólo se había podido distinguir la punta de un botín apoyado en el almohadón de delante, un ancho chal y el disco de una sombrilla de seda blanca. La sombrilla se cerró y se vio resplandecer a una mujer de incomparable belleza. Yo iba a caballo y pude acercarme bastante para no perder ningún detalle de aquella obra de arte humana. La extranjera llevaba un vestido de ese verde plateado del agua helada que hace que parezca negra como el carbón toda mujer cuya tez no sea perfecta —cualquier insolente rubia segura de sí misma—. Un enorme echarpe blanco de China, con bordados del mismo color, la envolvía con su tejido suave y lleno de pliegues, como una túnica de Fidias. El rostro estaba coronado por un sombrero de la paja más fina de Florencia, embellecido con miosotis y delicadas plantas acuáticas de estrechas hojas glaucas; su única joya, un lagarto de oro constelado de turquesas, rodeaba el brazo que sostenía el mango de marfil de la sombrilla.

»Perdone, querido doctor, esta descripción de revista de modas a un enamorado para quien estos pequeños recuerdos tienen una enorme importancia. Abundantes cabellos rubios y rizados, cuyos bucles formaban como olas de luz, descendían en opulentas capas a ambos lados de su frente más blanca y más pura que la nieve virgen caída durante la noche en la cima más alta de los Alpes; unas pestañas largas y finas, como esos hilos de oro que los miniaturistas de la Edad Media hacen resplandecer alrededor de las cabezas de sus ángeles, ocultaban a medias sus pupilas de un azul verdoso semejante a los destellos que atraviesan los glaciares bajo el sol; su boca, divinamente dibujada, ostentaba los tonos purpúreos que dan color a las valvas de las conchas de Venus, y sus mejillas parecían tímidas rosas blancas capaces de deslucir el canto del ruiseñor o el vuelo de la mariposa. Ningún pincel humano hubiera conseguido pintar su tez, de una suavidad, de una lozanía y de una transparencia inmateriales, cuyos colores no parecían debidos a la sangre vulgar que colorea nuestras fibras; las primeras claridades rojizas de la aurora en la cima de las Sierras Nevadas, el tono rosado de algunas camelias blancas, en la base de sus pétalos, el mármol de Paros, entrevisto a través de un velo de gasa rosa, son lo único que puede dar una idea lejana de ella. Lo que se veía del cuello entre las cintas del sombrero y la parte superior del chal resplandecía con una blancura irisada, como los vagos reflejos del ópalo. La deslumbrante cabeza no impresionaba al principio por su contorno, sino más bien por su colorido, como las bellas producciones de la escuela veneciana, aunque sus rasgos fueran tan puros y tan delicados como los de los perfiles antiguos recortados en la ágata de los camafeos.

»Del mismo modo que Romeo olvida a Rosalinda al ver a Julieta, ante la aparición de aquella belleza suprema olvidé yo mis amores de antaño. Las páginas de mi corazón se quedaron totalmente en blanco: todo nombre, todo recuerdo desaparecieron. No comprendía cómo había podido encontrar algún atractivo en esas relaciones vulgares que pocos jóvenes evitan, y me las reproché a mí mismo como si de culpables infidelidades se tratara. Una vida nueva empezó para mí en aquel fatídico encuentro.

»La calesa abandonó los Cascines y emprendió el camino de la ciudad, llevándose la deslumbrante visión. Situé mi caballo junto al de un joven ruso muy amable, muy bien relacionado, cuyos contactos se extendían por todos los salones cosmopolitas de Europa y que conocía a fondo al personal viajero de la alta sociedad; llevé la conversación a la extranjera y me enteré de que era la condesa Prascovia Labinska, una lituana de ilustre linaje y gran fortuna, cuyo marido estaba combatiendo desde hacía dos años en la guerra del Cáucaso.

»Es inútil que le diga cuánta diplomacia tuve que emplear para ser recibido en casa de la condesa, a quien la ausencia del conde hacía muy reservada respecto a las presentaciones; por fin fui admitido. Dos princesas viudas y cuatro baronesas de edad avanzada respondieron de mí con su virtud a la antigua.

»La condesa Labinska había alquilado una villa magnífica, que antaño había

pertenecido a los Salviati, a media legua de Florencia, y en pocos días había sabido rodearse de todo el confort moderno en la antigua mansión, sin alterar en nada su belleza severa y su seria elegancia. Grandes cortinas blasonadas colgaban majestuosamente de los arcos ojivales; butacas y muebles de forma antigua armonizaban con las paredes cubiertas de madera oscura o de frescos de un tono apagado y descolorido como el de los viejos tapices; ningún color demasiado nuevo, ningún oro demasiado brillante, hacía daño a la vista, y el presente no desentonaba en medio del pasado. La condesa tenía un aspecto tan propio de la señora de un castillo, que el viejo palacio parecía construido expresamente para ella.

»Si había sido seducido por la radiante belleza de la condesa, lo fui mucho más todavía al cabo de varias visitas por su inteligencia tan rara, tan delicada, tan vasta; cuando hablaba sobre algún tema interesante, le salía el alma a flor de piel, por así decirlo, y se hacía visible. Su blancura se iluminaba, como el alabastro de una lámpara, con un resplandor interior: había en su tez esos destellos fosforescentes, esos temblores luminosos de que habla Dante cuando describe los esplendores del paraíso; era como un ángel sobresaliendo nítidamente delante del sol. Yo me quedaba extasiado, paralizado y embobado. Sumido en la contemplación de su belleza, maravillado de los sonidos de su voz celestial que hacía de cada idioma una música inefable, cuando no tenía más remedio que responder, balbucía palabras incoherentes que debían darle una idea pobrísima de mi inteligencia; a veces, una imperceptible sonrisa de amistosa ironía pasaba como un rayo rosa por sus maravillosos labios ante ciertas frases, que denotaban, por mi parte, una profunda turbación o una incurable estupidez.

»Todavía no le había dicho nada de mi amor; ante ella me quedaba sin pensamiento, sin fuerza, sin valor; mi corazón latía como si quisiera salirse de mi pecho y lanzarse a las rodillas de su soberana. Veinte veces decidí expresarme, pero una insuperable timidez me contenía; el menor gesto frío o reservado de la condesa me producía congojas mortales, comparables a las del condenado que, con la cabeza en el tajo, espera que el rayo del hacha le atraviese el cuello. Contracciones nerviosas me estrangulaban, sudores helados bañaban mi cuerpo. Me ruborizaba, palidecía y salía sin haber dicho nada; me costaba encontrar la puerta y me tambaleaba como un hombre borracho por los peldaños de la escalinata.

»Cuando estaba fuera, recuperaba mis facultades y lanzaba al viento los ditirambos más entusiastas. Dirigía al ídolo ausente mil declaraciones de irresistible elocuencia. Igualaba en aquellos apostrofes mudos a los grandes poetas del amor. El Cantar de los Cantares de Salomón con su vertiginoso perfume oriental y su lirismo alucinado de hachís, los sonetos de Petrarca con sus sutilezas platónicas y sus delicadezas etéreas, el *Intermezzo* de Henri Heine con su sensibilidad turbada y delirante no se aproximaban a las efusiones inagotables del alma en que se consumía mi vida. Al final de cada uno de aquellos monólogos, me parecía que la condesa vencida descendía del cielo a mi corazón, y más de una vez crucé los brazos sobre mi

pecho, pensando que la abrazaba a ella.

»Estaba tan completamente poseído que pasaba horas enteras murmurando a manera de letanías de amor estas dos palabras: Prascovia Labinska, y encontraba un indefinible encanto en las sílabas unas veces desgranadas lentamente como perlas, recitadas otras con la locuacidad febril del devoto al que su propia plegaria exalta. En muchas ocasiones, trazaba el nombre adorado en bellas hojas de papel pergamino, añadiéndole rarezas caligráficas de manuscritos de la Edad Media, resaltos de oro, adornos azulados, ornamentos de sinople. Dedicaba a esta tarea de apasionada minuciosidad y de perfección pueril las largas horas que separaban mis visitas a la condesa. No podía leer ni ocuparme en cualquier otra cosa. Nada me interesaba aparte de Prascovia, y ni siquiera abría las cartas que me llegaban de Francia. Repetidas veces hice esfuerzos por salir de aquel estado; intenté recordar los principios de seducción aceptados por los jóvenes, las estratagemas que emplean los Valmont del café de París y los don Juan del Jockey-Club; pero cuando llegaba el momento de su ejecución el corazón me fallaba, y lamentaba no tener, como el Julien Sorel de Stendhal, un montón de cartas que copiar para enviarlas a la condesa. Me conformaba con amar, entregándome totalmente sin pedir nada a cambio, sin esperanza ni siquiera lejana, porque mis sueños más audaces apenas se atrevían a rozar con sus labios la punta de los rosados dedos de Prascovia. En el siglo xv, el joven novicio ante las gradas del altar y el caballero arrodillado en su rígida armadura, no debían tener por la Virgen una adoración más prosternada».

Balthazar Cherbouneau había escuchado a Octave con profunda atención, porque para él el relato del joven no era solamente una historia romántica, y dijo como para sí, durante una pausa del narrador:

Sí, tiene usted todos los síntomas del amor-pasión, una curiosa enfermedad que sólo he encontrado una vez, en Chandernagor, en una joven paria enamorada de un brahmán; la pobre muchacha murió, pero era una salvaje; usted, Octave, es un hombre civilizado y le curaremos.

Cerrado el paréntesis, hizo un gesto con la mano al señor de Saville para que continuara; y, cruzando la pierna sobre el muslo como la pata articulada de un saltamontes, de modo que la barbilla pudiera apoyarse en la rodilla, se quedó en aquella postura imposible para cualquier otro, pero que parecía especialmente cómoda para él.

«No quiero aburrirle con los detalles de mi secreto martirio —continuó Octave—; voy directamente a una escena decisiva. Un día, como no podía moderar mi imperioso deseo de ver a la condesa, adelanté la hora de mi visita acostumbrada; hacía un tiempo tormentoso y el ambiente estaba muy cargado. No encontré a la señora Labinska en el salón. Se había instalado bajo un pórtico de esbeltas columnas, que se abría sobre una terraza por la que se bajaba al jardín; había mandado que llevaran ahí el piano, un sofá y sillas de mimbre; multitud de jardineras, llenas de flores espléndidas —en ninguna parte son tan frescas y tan perfumadas como en

Florenia—, ocupaban los entrepaños, e impregnaban con su aroma las escasas bocanadas de brisa que venían de los Apeninos. Delante, por la abertura de los arcos, se veían los tejos y los setos podados del jardín, en donde se alzaban varios cipreses centenarios y proliferaban mármoles mitológicos según el gusto atormentado de Baccio Bandinelli o de Ammanati. Al fondo, sobre la silueta de Florenia, aparecía la cúpula de Santa María del Fiore y surgía el campanario cuadrado del Palazzo Vecchio.

»La condesa estaba sola, medio recostada en el canapé de mimbre; nunca me había parecido tan bella; su cuerpo, relajado a causa del calor, estaba bañado como el de una ninfa marina en la blanca espuma de una amplia bata de muselina de la India, ribeteada de arriba abajo por adornos plisados como la franja de plata de una ola; un broche de acero incrustado del Khorassan cerraba en el pecho aquella prenda tan ligera como la túnica que revolotea alrededor de la Victoria y se sujeta a su sandalia. De las mangas abiertas a partir del codo, como los pistilos del cáliz de una flor, salían sus brazos, de un tono más puro que el del alabastro con que los escultores florentinos tallan copias de estatuas antiguas; un ancho lazo negro atado a la cintura, cuyos extremos quedaban sueltos, partía vigorosamente toda aquella blancura. Lo que aquel contraste de matices atribuidos al duelo hubiera podido tener de triste, lo animaba el pico de una diminuta pantufla circasiana de tafilete azul sin tacón, estampada de arabescos amarillos, que apuntaba bajo el último pliegue de la muselina.

»Los rubios cabellos de la condesa, cuyos esponjosos bucles, como si hubieran sido alzados por un soplo de aire, descubrían su frente pura, y sus sienes transparentes formaban como una aureola, donde la luz brillaba con chispas de oro.

»Junto a ella, en una silla, se agitaba al viento un gran sombrero de paja, adornado con largas cintas negras semejantes a la del vestido, y yacía un par de guantes de piel de Suecia que no se había puesto. Al verme, Prascovia cerró el libro que estaba leyendo las poesías de Mickiewicz— y me hizo un saludo de bienvenida con la cabeza; estaba sola, circunstancia favorable y rara. Me senté frente a ella en el asiento que me designó. Uno de esos silencios penosos cuando se prolongan reinó durante unos minutos entre nosotros. No encontré, para salir del paso, ninguna de las banalidades propias de la conversación; tenía la cabeza confusa, olas de fuego me subían del corazón a los ojos, y mi amor me gritaba: “No pierdas esta ocasión suprema”.

»Ignoro lo que hubiera hecho si la condesa, adivinando la causa de mi turbación, no se hubiera incorporado a medias tendiendo hacia mí su bella mano, como para cerrarme la boca.

»—No diga una palabra, Octave; usted me ama, lo sé, lo siento, lo creo; no le censuro en absoluto, porque el amor es involuntario. Otras mujeres más severas se mostrarían ofendidas; yo le compadezco porque no puedo amarle, y es muy triste para mí ser la causa de su desdicha. Siento que me haya usted conocido, y maldigo el

capricho que me hizo abandonar Venecia para venir a Florencia. Al principio esperaba que mi persistente frialdad le cansaría y le alejaría; pero el verdadero amor, cuyos signos veo en sus ojos, no se desalienta ante nada. Que mi dulzura no haga crecer en usted ninguna ilusión, ningún sueño, y no tome mi piedad por esperanza. Un ángel con escudo de diamante y flameante espada me guarda contra todo tipo de seducción, mejor que la religión, mejor que el deber, mejor que la virtud; y ese ángel es mi amor: adoro al conde Labinski. Tengo la dicha de haber encontrado la pasión en el matrimonio.

»Un torrente de lágrimas brotó de mis ojos ante aquella confesión tan leal y tan noblemente púdica, y sentí que se rompía dentro de mí el resorte de mi vida.

»Prascovia, conmovida, se levantó y, con un gracioso gesto de piedad femenina, me pasó su pañuelo de batista por los ojos:

»—Vamos, no llore —me dijo—, se lo prohíbo. Intente pensar en otra cosa, imagine que me he ido para siempre, que estoy muerta; olvídeme. Viaje, trabaje, haga el bien, mézclese activamente en la vida humana; consuéllese con el arte o con el amor...

»Hice un gesto de negación.

»—¿Usted cree que sufrirá menos si sigue viéndome? —repuso la condesa—; venga si quiere, siempre le recibiré. Dios dice que hay que perdonar a los enemigos; ¿por qué habríamos de tratar peor a los que nos aman? Sin embargo la ausencia me parece un remedio más seguro. Dentro de dos años podremos estrecharnos la mano sin peligro... para usted —añadió intentando sonreír.

»Al día siguiente abandoné Florencia; pero ni el estudio, ni los viajes, ni el tiempo han disminuido mi sufrimiento, y me siento morir: ¡no me lo impida, doctor!«.

—¿Ha vuelto a ver a la condesa Prascovia Labinska? —dijo el doctor, cuyos ojos azules brillaban extrañamente.

—No —respondió Octave—, pero está en París.

Y tendió a Balthazar Cherbonneau una tarjeta en la que se leía:

«La condesa Prascovia Labinska recibe en su casa los jueves».

III

Entre los paseantes, bastante escasos entonces, que en los Campos Elíseos

seguían la avenida Gabriel, a partir de la embajada otomana hasta el Elíseo Bourbon, prefiriendo al torbellino polvoriento y al elegante estruendo de la gran calzada el aislamiento, el silencio y el sereno frescor de aquella calle rodeada de árboles por un lado y de jardines por el otro, muy pocos no se hubieran parado, soñadores y con un sentimiento de admiración y de envidia, ante un poético y misterioso rincón donde, cosa rara, la riqueza parecía albergar felicidad.

¿A quién no le ha ocurrido suspender su marcha ante la verja de un parque, contemplar durante mucho rato la blanca mansión a través de los macizos de plantas, y alejarse con el corazón oprimido, como si el sueño de su vida estuviera escondido detrás de esos muros? Por el contrario, otras viviendas, así vistas desde fuera, inspiran una indefinible tristeza; el tedio, el abandono, la desesperanza velan la fachada con sus tonos grises y pintan de amarillo las copas medio desnudas de los árboles; las estatuas cubiertas de musgo parece como si padecieran lepra, las flores se marchitan, el agua de los estanques verdea, las malas hierbas invaden los senderos a pesar del rastrillo; los pájaros, si los hay, permanecen mudos.

Los jardines de la parte de abajo de la avenida estaban separados por un foso y se prolongaban en franjas más o menos anchas hasta las mansiones cuya fachada daba a la calle del Faubourg-Saint-Honoré. Aquel del que hablamos concluía en un terraplén que sostenía un muro de gruesas rocas elegidas por la irregularidad curiosa de sus formas, y que, elevándose a cada lado a modo de correderas, enmarcaban con sus rugosas asperezas y sus masas sombrías el fresco y verde paisaje encerrado entre ellas.

En las cavidades de las rocas, el cactus, la asclepia encarnada, el corazoncillo, la saxífraga, la cimbalaria, la jusbarba, el licnis de los Alpes, la hiedra de Irlanda encontraban bastante tierra vegetal para alimentar sus raíces y recortaban sus variadas plantas sobre el fondo vigoroso de la piedra; un pintor no hubiera dispuesto, en el primer plano de su cuadro, un conjunto mejor.

Los muros laterales que cerraban aquel paraíso terrestre desaparecían bajo una cortina de plantas trepadoras, aristoloquias, pasionarias azules, campánulas, madreselvas, gipsófilas, glicinas de China, cornicabras de Grecia, cuyos zarcillos, raíces y tallos se enlazaban en un enrejado verde, porque la dicha no quiere estar prisionera; y gracias a aquella disposición, el jardín se parecía más al claro de un bosque que a un estrecho parterre circunscrito por los cercados de la civilización.

Un poco más atrás de las masas de piedra, se agrupaban multitud de árboles de porte elegante, vigorosa frondosidad, cuyo follaje contrastaba de forma pintoresca: barnices del Japón, tuyas del Canadá, sicómoros de Virginia, fresnos verdes, sauces blancos, almeces de Provenza, que dominaban dos o tres alerces. Más allá de los árboles se extendía un césped muy suave, en el que ni la punta de una sola hierba sobresalía sobre otra, un césped más fino, más sedoso que el terciopelo del manto de una reina, de ese maravilloso verde esmeralda que sólo se encuentra en Inglaterra ante la escalinata de las moradas feudales, mullidas alfombras naturales que a la

mirada gusta acariciar y que los pies temen pisar, moqueta natural donde, durante el día, sólo puede correr al sol la gacela familiar con el joven *baby* ducal vestido de encajes, y durante la noche, sólo puede deslizarse al claro de luna alguna Titania del West-End de la mano de un Oberon sacado del libro de un lord o de un baronet.

Una avenida de arena tamizada, por miedo a que la valva de una concha o la arista de un guijarro hiriera los aristocráticos pies que dejaban allí su delicada huella, circulaba como una cinta amarilla alrededor del verde mantel, corto y tupido, que el rodillo igualaba, cuyo húmedo frescor mantenía la lluvia artificial de la regadera, incluso en los días más calurosos y secos del verano.

Al final de la zona de césped estallaba, en la época en que pasa esta historia, un verdadero fuego de artificio lanzado por un macizo de geranios, cuyas estrellas escarlatas llameaban sobre el fondo oscuro de un brezal.

La elegante fachada de la mansión ponía fin a la perspectiva; esbeltas columnas de orden jónico, que sostenían el ático en cada una de cuyas esquinas se alzaba un gracioso grupo de mármol, le daban la apariencia de un templo griego transportado allí por el capricho de un millonario, y corregían, despertando una idea de poesía y de arte, lo que el lujo hubiera podido tener de demasiado fastuoso; en los entrepaños, cortinas de anchas rayas rosas y casi siempre bajadas protegían y dibujaban las ventanas, que se abrían a la misma altura bajo el pórtico, como puertas de cristal.

Cuando el caprichoso cielo de París se dignaba extender una capa azul detrás del palacete, sus líneas se dibujaban tan magistralmente entre las matas de verdor, que se las podía tomar por la residencia de la Reina de las hadas, o por un cuadro ampliado de Barón.

A ambos lados de la mansión, avanzaban hacia el jardín dos invernaderos que formaban como las alas del edificio, cuyas paredes de cristal resplandecían al sol entre sus molduras doradas, y proporcionaban a una multitud de plantas exóticas, muy raras y muy preciadas, la ilusión de su clima natal.

Si algún poeta madrugador hubiera pasado por la avenida Gabriel con las primeras claridades del amanecer, hubiera oído al ruiseñor concluir los últimos trinos de su nocturno, y visto pasear al mirlo en pantuflas amarillas por el sendero del jardín, como el pájaro que está en su propia casa; pero por la noche, cuando el ruido de los carruajes que vuelven de la Opera se ha apagado en medio del silencio de la vida dormida, el mismo poeta hubiera distinguido vagamente una sombra blanca del brazo de un apuesto joven, y habría vuelto a su solitaria buhardilla, con el alma mortalmente triste.

Allí vivían desde hacía algún tiempo —sin duda el lector lo ha adivinado ya— la condesa Prascovia Labinska y su marido, el conde Olaf Labinski, que había vuelto de la guerra del Cáucaso tras una gloriosa campaña, donde, aunque no había luchado cuerpo a cuerpo con el místico e inaprehensible Chamyl, sin duda había tenido que vérselas con los muridas más fanáticamente adictos del ilustre *cheikh*. Había evitado las balas como las evitan los valientes, precipitándose a su encuentro, y los sables

curvados de los salvajes guerreros se habían roto contra su pecho sin herirle. El conde Labinski poseía ese loco valor de las razas eslavas, que aman el peligro por el peligro, y a los que se puede aplicar todavía el estribillo de una antigua canción escandinava: «¡Matan, mueren y ríen!».

¡Con qué emoción se encontraron los dos esposos, para quienes el matrimonio no era sino la pasión permitida por Dios y por los hombres! ¡Sólo Thomas Moore podría describirlo en el estilo de *Los Amores de los Angeles*! Sería preciso que cada gota de tinta se transformara en nuestra pluma en una gota de luz, y que cada palabra se evaporara en el papel lanzando una llama y un perfume como un grano de incienso. ¿Cómo pintar a aquellas dos almas fundidas en una sola y semejantes a dos lágrimas de rocío que, deslizándose sobre un pétalo de azucena, se encuentran, se mezclan, se absorben una a otra y ya no forman sino una perla única? La dicha es una cosa tan rara en este mundo, que el hombre no ha pensado en inventar palabras para expresarla, mientras el vocabulario de los sufrimientos morales y físicos llena innumerables columnas en los diccionarios de todas las lenguas.

Olaf y Prascovia se habían amado desde niños; su corazón sólo había latido por un único nombre; sabían casi desde la cuna que se pertenecerían, y el resto del mundo no existía para ellos; era como si las dos mitades del andrógino de Platón, que en vano se buscan desde la separación primitiva, se hubieran encontrado y reunido en ellos. Formaban esa dualidad en la unidad, que es la armonía completa y, uno al lado del otro, caminaban, o más bien volaban a través de la vida con un impulso idéntico, sostenido, planeando como dos palomas que el mismo deseo llama, para servirnos de una bella expresión de Dante.

Para que nada turbara aquella felicidad, una fortuna inmensa la rodeaba como de una atmósfera de oro. Cuando la radiante pareja aparecía, la miseria encontraba consuelo y abandonaba sus harapos, las lágrimas se secaban; porque Olaf y Prascovia poseían el noble egoísmo de la dicha, y no podían soportar dolor en su resplandor.

Desde que el politeísmo se ha llevado consigo a esos jóvenes dioses, esos genios sonrientes, esos efebos celestes de formas de absoluta perfección de ritmo tan armonioso, de un ideal tan puro, y desde que la Grecia antigua ya no canta el himno a la belleza en estrofas de Paros, el hombre ha abusado cruelmente del permiso que se le ha concedido de ser feo y, aunque hecho a imagen de Dios, le representa bastante mal. Pero el conde Labinski no gozaba de esa licencia; el óvalo un poco alargado de su cara, su nariz delicada, de corte audaz y fino, sus labios firmemente dibujados, que acentuaban unos bigotes rubios terminados en punta, su barbilla prominente con un hoyuelo, sus ojos negros, singularidad graciosa, rareza curiosa, le daban el aspecto de uno de esos ángeles guerreros, san Miguel o san Rafael, que combaten al demonio, vestidos con armaduras de oro. Hubiera sido demasiado guapo sin el brillo varonil de sus oscuras pupilas y el tono bronceado que el sol de Asia había dejado en sus rasgos.

El conde era de estatura mediana, delgado, esbelto, fuerte, y ocultaba unos músculos de acero bajo una aparente delicadeza; y cuando en algún baile de

embajada, vestía su traje de gala, engalanado de oro, constelado de diamantes y perlas, pasaba entre los grupos de personas como una aparición deslumbrante, excitando los celos de los hombres y el amor de las mujeres, que ante Prascovia desaparecían completamente. No es preciso que añadamos que el conde poseía los dones del espíritu del mismo modo que los del cuerpo; las hadas buenas le habían dotado en la cuna, y la perversa bruja que todo lo estropea se había mostrado aquel día de buen humor.

Comprenderéis que con semejante rival, Octave de Saville no tenía nada que hacer, y que lo mejor era dejarse tranquilamente morir sobre los almohadones de su sofá, a pesar de la esperanza que intentaba devolver a su corazón el fantástico doctor Balthazar Cherbonneau. Olvidar a Prascovia hubiera sido el único modo, pero era imposible; volver a verla, ¿para qué? Octave sabía que la resolución de la joven no se debilitaría jamás en su dulce implacabilidad, en su frialdad compasiva. Tenía miedo de que sus heridas no cicatrizadas volvieran a abrirse y sangraran ante la que le había matado inocentemente, y no quería acusarla, ¡dulce amada enemiga...!

IV

Dos años habían transcurrido desde el día en que la condesa Labinska había interrumpido en los labios de Octave la declaración de amor que no debía escuchar; Octave, caído desde lo alto de su sueño, se había alejado, con la negra tristeza clavada en el corazón, y no había vuelto a dar noticias suyas a Prascovia. La única palabra que hubiera podido escribirle era la que estaba prohibida. Pero más de una vez la condesa, alarmada por aquel silencio, había pensado con melancolía en su pobre adorador: ¿la había olvidado? En su divina ausencia de coquetería, lo deseaba sin creerlo, porque la inextinguible llama de la pasión iluminaba los ojos de Octave, y la condesa no había podido equivocarse. El amor y los dioses se reconocen con la mirada: aquella idea formaba como una nubecita en el límpido cielo azul de su felicidad, y le inspiraba la suave tristeza de los ángeles que, en el paraíso, se acuerdan de la tierra; su alma maravillosa sufría al saber que alguien, allá abajo, era desdichado por su causa; pero ¿qué puede hacer la estrella de oro resplandeciente en lo alto del firmamento por el oscuro pastor que eleva hacia ella sus brazos? En los tiempos mitológicos, Febe bajó de los cielos convertida en rayos de plata sobre el sueño de Endimión; pero ella no estaba casada con un conde polaco.

Cuando llegó a París, la condesa Labinska había enviado a Octave aquella invitación banal que el doctor Balthazar Cherbonneau daba vueltas distraídamente entre sus dedos, y como no le vio aparecer, aunque le hubiera gustado, se dijo con un gesto de alegría involuntaria: «¡Me sigue amando!». Sin embargo, era una mujer de angelical pureza y casta como la nieve de la cima más alta del Himalaya.

Pero hasta el mismo Dios, en el fondo de su infinitud, no tiene para distraerse del hastío de la eternidad sino el placer de oír cómo late por él el corazón de una pobre criatura perecedera sobre un endeble globo, perdido en la inmensidad.

Prascovia no era más severa que Dios, y el conde Olaf no hubiera podido censurar aquella delicada voluptuosidad de su alma.

—Su relato, que he escuchado atentamente —dijo el doctor a Octave—, me demuestra que cualquier esperanza por su parte sería quimérica. Jamás la condesa compartirá su amor.

—Ya ve usted, señor Cherbonneau, que tenía razones para no hacer nada por retener mi vida, que se va.

—He dicho que no había esperanza por los medios normales —continuó el doctor—; pero existen poderes ocultos que desconoce la ciencia moderna, y cuya tradición se ha conservado en los países extranjeros, llamados bárbaros por una civilización ignorante. Allí, en los primeros días del mundo, el género humano, en contacto inmediato con las fuerzas vivas de la naturaleza, sabía secretos que se creen perdidos, y que no llevaron en sus migraciones las tribus que, más tarde, dieron origen a los pueblos. Esos secretos al principio fueron transmitidos de iniciado a iniciado, en las profundidades misteriosas de los templos, escritos después en idiomas sagrados incomprensibles para el vulgo, esculpidos en paneles de jeroglíficos a lo largo de las paredes crípticas de Elora; también se pueden encontrar en las cimas del monte Merou, donde nace el Ganges, en la parte inferior de la escalera de mármol blanco de Benarés, la ciudad santa, al fondo de las pagodas en ruinas de Ceylán, brahmanes centenarios deletreando manuscritos desconocidos, yoguis dedicados a redactar el inefable monosílabo *om* sin darse cuenta de que los pájaros del cielo anidan en sus cabellos; y fakires cuyos hombros llevan las cicatrices de los ganchos de hierro de Jaggernat, que poseen los misterios perdidos y obtienen resultados maravillosos cuando se dignan servirse de ellos. Nuestra Europa, absorbida por los intereses materiales, no sospecha el grado de espiritualismo a que han llegado los penitentes de la India: ayuno absoluto, contemplación de escalofriante inmovilidad, posturas imposibles observadas durante años enteros, adelgazan tanto sus cuerpos que usted pensaría, viéndoles acurrucados bajo un sol de plomo, entre brasas ardientes, dejando que sus largas uñas les horaden la palma de las manos, que son momias egipcias sacadas de su sarcófago y plegadas en actitudes simiescas; su envoltura humana ya no es sino una crisálida que el alma, mariposa inmortal, puede abandonar o recobrar a voluntad. Mientras sus escuálidos despojos permanecen ahí, inertes, horribles de ver, como una larva nocturna sorprendida por el día, su espíritu, libre de cualquier lazo,

palpita, en las alas de la alucinación, a alturas incalculables, en mundos sobrenaturales. Tienen visiones y sueños extraños; siguen de éxtasis en éxtasis las ondulaciones que hace el tiempo desaparecido en el océano de la eternidad; recorren el infinito en todos sentidos, asisten a la creación de los universos, al origen de los dioses y a sus metamorfosis; recuerdan las ciencias engullidas por los cataclismos plutonianos y diluvianos, relaciones olvidadas del hombre y los elementos. En este extraño estado, musitan palabras que pertenecen a lenguas que ningún pueblo habla ya desde hace millares de años en la superficie del globo, recuperan el verbo primordial, el verbo que ha hecho brotar la luz de las antiguas tinieblas: se les toma por locos, pero ¡son casi dioses!

Este singular preámbulo excitó extremadamente la atención de Octave, que, sin saber a dónde Balthazar Cheronneau quería ir a parar, fijó en él unos ojos asombrados y centelleantes de interrogaciones: no adivinaba qué relación podía existir entre los penitentes de la India y su amor por la condesa Prascovia Labinska.

El doctor, adivinando el pensamiento de Octave, le hizo una seña con la mano como para anticiparse a sus preguntas, y le dijo:

—Paciencia, mi querido paciente; va usted a comprender inmediatamente que no me entrego a una digresión inútil. Cansado de interrogar con el escalpelo, sobre el mármol de los anfiteatros, a cadáveres que no me respondían y sólo me dejaban ver la muerte cuando buscaba la vida, me propuse el proyecto —un proyecto tan audaz como el de Prometeo cuando escaló al cielo para robar el fuego— de alcanzar y descubrir el alma, analizarla y disecarla por decirlo así; abandoné el efecto por la causa, y desprecié profundamente la ciencia materialista cuya nulidad me había sido probada. Actuar sobre esas formas vagas, sobre esos conjuntos fortuitos de moléculas inmediatamente disueltos, me parecía la función de un empirismo vulgar. Intenté mediante el magnetismo soltar los lazos que encadenan el espíritu a su envoltura; pronto hube superado a Mesmer, Desion, Maxwel, Puységur, Deleuze y a los más hábiles en experiencias realmente prodigiosas pero que todavía no me satisfacían del todo: catalepsia, sonambulismo, visión a distancia, lucidez extática, produje a mi antojo esos efectos que son inexplicables para la gente, pero sencillos y comprensibles para mí. Subí más alto: de los raptos de Cardan y de santo Tomás de Aquino pasé a las crisis nerviosas de los Pitias; descubrí los arcanos de los eoptas griegos y de los *nebiim* hebreos; me inicié retrospectivamente en los misterios de Troponio y Esculapio, y siempre reconocí en las maravillas que se cuentan de ellos una concentración o una expansión del alma provocada o por el gesto, o por la mirada, o por la palabra, o por la voluntad o por cualquier otro agente desconocido. Rehíce uno a uno todos los milagros de Apolonio de Tiana. Sin embargo mi sueño científico no se había realizado; el alma siempre se me escapaba; la presentía, la oía, actuaba sobre ella; dormecía o excitaba sus facultades; pero entre ella y yo había un velo de carne que yo no podía apartar sin que emprendiera el vuelo; era como el cazador que tiene un pájaro bajo una red que no se atreve a levantar, por temor a ver

que su presa alada se pierde en el cielo.

»Me fui a la India, esperando encontrar la clave del enigma en el país de la antigua sabiduría. Aprendí el sánscrito y el pácrito, los idiomas cultos y los vulgares: pude conversar con los pandits y los brahmanes. Atravesé las junglas donde ruge el tigre echado sobre sus patas; pasé junto a los estanques sagrados, en cuya superficie flotan los lomos escamosos de los cocodrilos; crucé selvas impenetrables llenas de lianas, provocando bandadas de murciélagos y de monos, encontrándome frente a frente con el elefante en el recodo del sendero abierto por los animales salvajes para llegar a la cabaña de algún yogui célebre en comunicación con los Munis, y me senté durante días enteros junto a él, compartiendo su piel de gacela, para tomar nota de las vagas palabras mágicas que murmuraba el éxtasis en sus labios negros y agrietados. De este modo escuché palabras todopoderosas, fórmulas evocadoras, sílabas del Verbo creador.

»Estudié las esculturas simbólicas en los aposentos interiores de las pagodas que no ha visto ningún ojo profano y donde una túnica de brahmán me permitía penetrar; leí los misterios cosmogónicos, leyendas de civilizaciones desaparecidas; descubrí el sentido de los emblemas que llevan en sus múltiples manos los dioses híbridos y frondosos como la naturaleza de la India; medité sobre el círculo de Brahma, el loto de Visnú, la cobra de Shiva, el dios azul. Ganesa, extendiendo su trompa de paquidermo y guiñando los ojos de largas pestañas, parecía sonreír ante mis esfuerzos y alentarme en mis investigaciones. Todas aquellas figuras monstruosas me decían en su lengua de piedra: “No somos sino formas, es la mente la que bate la masa”.

»Un sacerdote del templo de Tirunamalay, a quien confié la idea que me preocupaba, me indicó a un penitente que había alcanzado el grado más alto de sublimidad y que vivía en una de las grutas de la isla Elefanta. Le encontré, apoyado contra la pared de la cueva, envuelto en un manto hecho de fibra vegetal, con las rodillas en la barbilla, las manos cruzadas sobre las piernas, en un estado de inmovilidad absoluta; sus pupilas extraviadas sólo dejaban ver lo blanco de los ojos, sus labios se apretaban sobre sus dientes descarnados; su piel, curtida por una increíble delgadez, se adhería a sus pómulos; sus cabellos, que tenía echados hacia atrás, colgaban en lacios mechones como filamentos de plantas en la parte superior de una roca; su barba estaba dividida como en dos cascadas que casi tocaban el suelo, y las uñas eran largas y curvas como las garras del águila.

»El sol le había resecado y ennegrecido de forma que daba a su piel de indio, morena por naturaleza, la apariencia del basalto; tal como estaba colocado, parecía por la forma y el color un jarrón canópico. A primera vista, le creí muerto. Le sacudí los brazos, que tenía como anquilosados por una rigidez cataléptica, le grité al oído con fuerte voz las palabras sacramentales que debían revelarme a él como iniciado; no se inmutó, sus párpados permanecieron inmóviles. Iba a marcharme, pues no esperaba sacar nada de él, cuando oí un extraño chisporroteo; una chispa azulada pasó ante mis ojos con la fulgurante rapidez de una descarga eléctrica, revoloteó un

segundo en los labios entreabiertos del penitente, y desapareció.

»Brahma-Logum (era el nombre del santo personaje) pareció despertar de su letargo: sus pupilas volvieron a su posición normal; me miró con una mirada humana y respondió a mis preguntas.

»—Ya ves, se han cumplido tus deseos: has visto un alma. He conseguido que la mía abandone mi cuerpo cuando me plazca; entra y sale como una abeja luminosa, sólo perceptible a los ojos de los adeptos. He ayunado tanto, rezado tanto, meditado tanto, me he mortificado tan rigurosamente, que he podido desatar los lazos terrestres que la encadenan, y Visnú, el dios de las diez encarnaciones, me ha revelado la palabra misteriosa que la guía en sus avatares a través de las formas diversas. Si, después de haber hecho los gestos consagrados, pronunciara esa palabra, tu alma emprendería el vuelo para dar vida al hombre o al animal que yo le designara. Te lego el secreto, que sólo yo poseo ahora en el mundo. Me alegro de que hayas venido, porque espero con impaciencia fundirme en el seno de lo no creado, como una gota de agua en el mar.

»Y el penitente me susurró, con voz tan débil como el último estertor de un moribundo, y sin embargo con claridad, algunas sílabas que me produjeron ese pequeño escalofrío de que habla Job.

—¿Qué quiere usted decir, doctor? —exclamó Octave—; no me atrevo a sondear la terrorífica profundidad de su pensamiento.

—Quiero decir —respondió tranquilamente Balthazar Cherbonneau— que no he olvidado la fórmula mágica de mi amigo Brahma-Logum, y que la condesa Prascovia sería un lince si reconociera el alma de Octave de Saville en el cuerpo de Olaf Labinski.

V

La fama del doctor Balthazar Cherbonneau como médico y como taumaturgo empezaba a extenderse por París; sus extravagancias, fingidas o reales, le habían puesto de moda. Pero, lejos de intentar hacerse, como suele decirse, una clientela, hacía lo posible por ahuyentar a los enfermos cerrándoles su puerta o prescribiéndoles cosas extrañas, regímenes imposibles. No aceptaba sino casos desesperados, remitiendo a sus colegas con supremo desprecio las pleuresías vulgares, las banales enteritis, las burguesas fiebres tifoideas, y sólo en algunas

ocasiones extremas obtenía curaciones realmente inconcebibles. De pie junto a la cama, hacía gestos mágicos sobre una taza de agua, y cuerpos ya rígidos y fríos, preparados para el ataúd, después de haber tragado unas gotas de aquel brebaje abriendo con dificultad las mandíbulas crispadas por la agonía, recobraban la agilidad de la vida, los colores de la salud, y se incorporaban, paseando a su alrededor una mirada acostumbrada ya a las sombras de la tumba. Por ello le llamaban el médico de los muertos o el «resurrector». Pero no siempre consentía en realizar las curaciones, y a menudo rechazaba enormes sumas de parte de ricos moribundos. Para que se decidiera a luchar contra la destrucción, era preciso que le conmoviera el dolor de una madre que imploraba la salud de su único hijo, la desesperación de un amante que pedía la recuperación de su adorada, o que considerara que la vida amenazada era útil a la poesía, a la ciencia y al progreso del género humano. Así salvó a un encantador bebé al que la disnea apretaba la garganta con sus dedos de hierro, a una deliciosa muchacha tísica que estaba en las últimas, a un poeta presa del *delirium tremens*, a un inventor atacado de una congestión cerebral que iba a sepultar el secreto de su descubrimiento bajo un montón de paletadas de tierra. Por otra parte, decía que no se debía contrariar a la naturaleza, que algunos muertos tenían su razón de ser y que se corría el riesgo, si no se les dejaba morir, de producir alteraciones en el orden universal. Como podéis ver, Balthazar Cherbonneau era el doctor más paradójico del mundo y había traído de la India una completa excentricidad; pero su fama de magnetizador superaba a su gloria como médico; había dado ante un pequeño número de elegidos varias sesiones, de las que se contaban maravillas, que alteraban todas las nociones de lo posible o lo imposible, y que superaban los prodigios de Cagliostro.

El doctor vivía en la planta baja de una vieja mansión de la calle de Regard, un apartamento en hilera como los que se hacían antes, y cuyas altas ventanas se abrían a un jardín plantado de altos árboles de tronco negro y escaso follaje verde. Aunque fuera verano, potentes estufas despedían de sus bocas de rejilla de latón trombas de aire abrasador en las vastas salas, y mantenían en ellas la temperatura a treinta y cinco o cuarenta grados de calor, porque Balthazar Cherbonneau, acostumbrado al clima incendiario de la India tiritaba de frío con nuestros pálidos soles, como aquel viajero que, al volver de las fuentes del Nilo Azul, en África central, temblaba de frío en El Cairo, y no salía jamás sino en coche cerrado, completamente envuelto en una pelliza de zorro azul de Siberia, y con los pies apoyados en una cajita de hojalata llena de agua hirviendo.

No había otros muebles en las salas más que divanes bajos de telas multicolores en las que se veían elefantes quiméricos y pájaros fabulosos, estanterías coloreadas y doradas con una ingenuidad sin cultivar por los nativos de Ceylán, jarrones del Japón llenos de flores exóticas; y en el suelo se extendía, de un extremo a otro del apartamento, una de esas alfombras fúnebres con dibujos de ramas negras y blancas que tejen como castigo los *thuggs* prisioneros, y cuya trama parece hecha con el cáñamo de sus cuerdas de estranguladores; algunos ídolos hindúes, de mármol o de

bronce, de ojos almendrados, nariz con anillos, labios gruesos y sonrientes, collares de perlas que les llegaban al ombligo, atributos singulares y misteriosos, cruzaban sus piernas sobre repisas en los rincones; a lo largo de las paredes estaban colgadas miniaturas pintadas a la acuarela, obra de algún pintor de Calcuta o de Lucknow, que representaban las nueve metamorfosis ya consumadas de Visnú, como pez, como tortuga, como cerdo, como león con cabeza humana, como enano brahmín, como Rama, como héroe que combate al gigante de los mil brazos Cartasuciriargunen, como Krishna, el niño milagroso en el que los soñadores ven un Cristo indio; como Buda, adorador del gran dios Mahadevi; y, por fin, le mostraban dormido, en medio del mar lácteo, sobre la culebra de cinco cabezas en forma de bóveda, esperando la hora de tomar, como última encarnación, la forma del caballo blanco alado que, al dejar caer su casco sobre el universo, debe provocar el fin del mundo.

En la sala del fondo, mucho más caliente todavía que las demás, estaba Balthazar Cherbonneau, rodeado de libros sánscritos escritos con buril sobre delgadas láminas de madera horadadas y unidas por un cordel, de modo que más bien parecían persianas que volúmenes como los entiende la librería europea. Una máquina eléctrica, con sus botellas llenas de hojas de oro y sus discos de cristal movidos por medio de manivelas, elevaba su silueta inquietante y complicada en el centro de la habitación, al lado de una cubeta mesmérica, donde estaba sumergida una lanza de metal y brillaban numerosas barras de hierro. Cherbonneau no era un charlatán en absoluto y no le gustaban los montajes, pero no obstante, era difícil penetrar en su extraño refugio sin experimentar ligeramente la impresión que debían causar antaño los laboratorios de alquimia.

El conde Olaf Labinski había oído hablar de los milagros realizados por el doctor, y su curiosidad, crédula a medias, se había despertado. Las razas eslavas tienen una inclinación natural a lo maravilloso, que no siempre corrige la más cuidada educación, y, además, testigos dignos de crédito, que habían asistido a las sesiones del doctor, decían de ellas cosas que no se pueden creer sin haberlas visto, por mucha confianza que se tenga en el narrador. Así pues, fue a visitar al taumaturgo.

Cuando el conde Labinski entró en casa del doctor Balthazar Cherbonneau, se sintió como rodeado de una vaga llama; la sangre le afluyó a la cabeza, las venas de las sienes le silbaron; el terrible calor que reinaba en el apartamento le sofocaba; las lámparas donde ardían aceites aromáticos, las grandes flores de Java que balanceaban sus enormes cálices como incensarios, le embriagaban con sus emanaciones vertiginosas y sus asfixiantes perfumes. Dio unos pasos tambaleándose hacia Cherbonneau, que estaba acurrucado en su diván, en una de esas extrañas posturas de fakir o de sannyasi, con las que el príncipe Soltikoff ilustró tan pintorescamente su viaje a la India. Parecía, al ver cómo se dibujaban los ángulos de sus articulaciones bajo los pliegues de su ropa, una araña humana hecha un ovillo en medio de su tela y que se mantenía inmóvil ante su presa. Cuando apareció el conde, sus pupilas de turquesa se iluminaron con destellos fosforescentes en el centro de su órbita dorada

del color de la hepatitis, y se apagaron inmediatamente como cubiertos por una niebla voluntaria. El doctor tendió la mano a Olaf, cuyo malestar comprendió y en un dos por tres le rodeó de una atmósfera de primavera, creándole un fresco paraíso en aquel infierno de calor.

—¿Se encuentra mejor ahora? Sus pulmones, acostumbrados a las brisas del Báltico, que llegan muy frías por haber pasado sobre las nieves centenarias del polo, debían jadear como fuelles de fragua en este aire ardiente, donde sin embargo yo tiritó, cocido, recocado y como calcinado en los hornos del sol.

El conde Labinski hizo un gesto que significaba que ya no sufría por la alta temperatura del apartamento.

—Muy bien —dijo el doctor sencillamente—, sin duda ha oído usted hablar de mis juegos malabares, y quiere una prueba de lo que sé hacer; ¡oh! soy más fuerte que Comus, Comte o Bosco.

—Mi curiosidad no es tan frívola —respondió el conde—, y respeto profundamente a uno de los príncipes de la ciencia.

—Yo no soy un sabio en la acepción que se da a esa palabra; por el contrario, al estudiar ciertas cosas que la ciencia desprecia, me he convertido en maestro de fuerzas ocultas que aún no han sido utilizadas, y produzco efectos que parecen maravillosos, aunque son naturales. A fuerza de acecharla, a veces he sorprendido el alma y me ha hecho confidencias que he aprovechado y dicho palabras que he retenido. El espíritu lo es todo, la materia no existe sino en apariencia; el universo seguramente no es sino un sueño de Dios o una irradiación del Verbo en la inmensidad. Suprimo a mi voluntad las miserias del cuerpo, detengo o precipito la vida, desplazo los sentidos, difumino el espacio, aniquilo el dolor sin necesidad de recurrir al cloroformo, al éter, o a cualquier otra droga anestésica. Armado sólo de la voluntad, esa electricidad intelectual, vivifico o fulmino. No hay nada opaco para mis ojos; mi mirada lo atraviesa todo; veo claramente los destellos del pensamiento, y del mismo modo que se proyectan los espectros solares sobre una pantalla, así puedo hacerlos pasar por mi prisma invisible y obligarlos a reflejarse en la tela blanca de mi cerebro. Pero todo eso es muy poco al lado de los prodigios que realizan ciertos yoguis de la India, que han alcanzado el más sublime grado de ascetismo. Nosotros los europeos somos demasiado superficiales, demasiado distraídos, demasiado fútiles, estamos demasiado enamorados de nuestra prisión de arcilla para abrir de par en par las ventanas a la eternidad y al infinito. Sin embargo he obtenido algunos resultados bastante extraños, y usted los puede juzgar —dijo el doctor Balthazar Cherbonneau mientras hacía girar sobre sus goznes los clavos de una pesada portezuela que ocultaba una especie de alcoba practicada en el fondo de la sala.

A la claridad de una llama de alcohol etílico que oscilaba sobre un trípode de bronce, el conde Olaf Labinski contempló un terrorífico espectáculo que le estremeció a pesar de su valentía. Una mesa de mármol negro soportaba el cuerpo de un joven desnudo hasta la cintura y que tenía una inmovilidad cadavérica; de su torso,

erizado de flechas, como el de san Sebastián, no manaba una gota de sangre; era como una imagen de mártir policromada, en que se hubieran olvidado de pintar de cinabrio los labios de las heridas.

«Este extraño médico», se dijo Olaf, «seguramente es un adorador de Shiva, y habrá sacrificado esta víctima a su ídolo».

—¡Oh! no sufre en absoluto; pínchele sin temor, no moverá ni un músculo de la cara —y el doctor le quitó las flechas del cuerpo, como se retiran los alfileres de un acerico.

Varios movimientos rápidos de manos liberaron al paciente de la red de efluvios que le aprisionaba, y se despertó con la sonrisa del éxtasis en los labios, como si saliera de un sueño bienaventurado. Balthazar Cherbonneau le despidió con un gesto y él se retiró por una puertecita practicada en el entablado con que la alcoba estaba revestida.

—Hubiera podido cortarle una pierna o un brazo sin que se diera cuenta —dijo el doctor plegando sus arrugas hasta formar una sonrisa—; no lo he hecho porque todavía no puedo crear, y porque el hombre, inferior, al lagarto en eso, no tiene una savia bastante poderosa como para rehacer los miembros que se le amputan. Pero, aunque no pueda crear, en cambio rejuvenezco.

Y levantó el velo que cubría a una mujer anciana magnéticamente dormida en una butaca, no lejos de la mesa de mármol negro; sus rasgos, que habían podido ser bellos, estaban ajados, y los estragos del tiempo se leían en los delgados contornos de sus brazos, de sus hombros y de su pecho. El doctor fijó en ella durante unos minutos, con pertinaz intensidad, la mirada de sus pupilas azules; las líneas alteradas se fortalecieron, la curva del seno recuperó su pureza virginal, una piel blanca y satinada cubrió las arrugas del cuello; las mejillas se redondearon y se suavizaron como melocotones con todo el frescor de la juventud; los ojos se abrieron, brillando en un fluido vivaz; la máscara de la vejez, levantada como por arte de magia, dejó ver a la bella joven desaparecida hacía mucho tiempo.

—¿Cree usted que la Fuente de la Juventud ha derramado en alguna parte sus aguas milagrosas? —dijo eh doctor al conde, que se había quedado estupefacto ante la transformación—. Yo lo creo, porque el hombre no inventa nada, y cada uno de sus sueños es una adivinación o un recuerdo. Pero abandonemos por un instante esta forma rehecha por mi voluntad, y consultemos a la muchacha que duerme tranquilamente en ese rincón. Interróguela, sabe mucho más que las pitonisas y las sibilas. Puede enviarla a uno de sus siete castillos de Bohemia y preguntarle lo que encierra el más secreto de sus cajones y ella se lo dirá, porque su alma no necesitará más de un segundo para hacer el viaje, cosa, después de todo, poco sorprendente, pues la electricidad recorre setenta mil leguas en el mismo espacio de tiempo, y la electricidad es al pensamiento lo que el coche de punto al tren. Déle la mano para ponerse en contacto con ella; usted no tendrá que formular su pregunta, ella la leerá en su espíritu.

La joven, con una voz átona como la de una sombra, respondió a la pregunta mental del conde:

—En el cofrecito de madera de cedro hay un montón de tierra espolvoreada de arena fina en la que se ve la huella de un piececito.

—¿Lo ha adivinado? —dijo el doctor en tono indiferente y como absolutamente seguro de la infalibilidad de su sonámbula.

Un rubor escarí, cubrió las mejillas del conde. Efectivamente, en los primeros tiempos de su amor, había obtenido en la avenida de un parque la huella de una pisada de Prascovia, y la guardaba como una reliquia en el fondo de una caja incrustada de nácar y plata, maravillosamente labrada, cuya microscópica llave llevaba colgada al cuello por una cadenita de Venecia.

Balthazar Cherbonneau, que era un hombre educado y respetuoso, al ver la turbación del conde, no insistió y le condujo a una mesa sobre la que había un agua tan clara como el diamante.

—Sin duda ha oído usted hablar del espejo mágico en que Mefistófeles muestra a Fausto la imagen de Helena; sin tener una pata de caballo en mi media de seda y dos plumas de gallo en mi sombrero, puedo obsequiarle con este inocente prodigio. Inclínese sobre esta copa, concéntrese y piense en la persona que desea ver aparecer; viva o muerta, lejana o cercana, acudirá a su llamada, desde el fin del mundo o las profundidades de la historia.

El conde se inclinó sobre la copa, cuya agua se agitó inmediatamente bajo su mirada y cobró tonalidades opalinas, como si hubieran derramado en ella una gota de esencia; un círculo irisado de los colores del prisma coronó los bordes del recipiente, enmarcando el cuadro que ya se perfilaba bajo la nube blanquecina.

La bruma se disipó. Una mujer joven ataviada con una bata de encaje, con los ojos verdes como el mar, cabellos ondulados de oro, que dejaba vagar como mariposas blancas sus bellas manos distraídas sobre el marfil del teclado, se dibujó como bajo un cristal al fondo del agua ahora transparente, con una perfección tan maravillosa que hubiera hecho morir de desesperación a todos los pintores del mundo: era Prascovia Labinska que, sin saberlo, obedecía a la evocación apasionada del conde.

—Y ahora pasemos a algo más curioso —dijo el doctor cogiendo la mano del conde y posándola en una de las barras de hierro de la cubeta mesmérica. En cuanto Olaf hubo tocado el metal cargado de un magnetismo fulgurante, cayó como fulminado.

El doctor le cogió en brazos, le levantó como una pluma, le puso en un diván, llamó y dijo al criado que apareció en el umbral de la puerta:

—Vete a buscar al señor Octave de Saville.

VI

Las ruedas de un cupé se oyeron en el patio silencioso de la mansión, y casi inmediatamente Octave se presentó ante el doctor; se quedó estupefacto cuando Cherbonneau le mostró al conde Olaf Labinski tendido en un diván y aparentemente muerto. Al principio creyó que se trataba de un asesinato y permaneció unos instantes mudo de horror; pero, después de un examen más atento, descubrió que una respiración casi imperceptible hacía bajar y subir el pecho del joven durmiente.

—Ahí tiene —dijo el doctor—, su disfraz está dispuesto; es un poco más difícil de poner que un dominó alquilado en la tienda de Babin; pero Romeo, cuando sube al balcón de Verona, no se preocupa por el peligro que corre de romperse el cuello; sabe que Julieta le espera arriba en el aposento bajo sus velos de noche; y la condesa Prascovia Labinska vale tanto como la hija de los Capuleto.

Octave, confuso por lo extraño de la situación, no contestó; miraba fijamente al conde, cuya cabeza ligeramente echada hacia atrás descansaba sobre un almohadón, y que parecía una de esas efigies de caballeros tendidos sobre sus féretros en los claustros góticos, que tienen bajo su rígida nuca una almohada de mármol esculpida. Aquella hermosa y noble figura a quien iba a desposeer de su alma le inspiraba a su pesar ciertos remordimientos.

El doctor tomó el silencio de Octave por vacilación: una vaga sonrisa de desdén vagó por sus labios y le dijo:

—Si no está decidido, puedo despertar al conde, que se irá como ha venido, maravillado de mi poder magnético; pero piénselo bien, una ocasión como ésta puede no volver a presentarse jamás. Sin embargo, a pesar del interés que concedo a su amor, a pesar de mi deseo de hacer una experiencia que nunca se ha intentado en Europa, no debo ocultarle que este intercambio de almas tiene sus peligros. Golpéese el pecho, interroque a su corazón. ¿Es capaz de arriesgar su vida a esta carta suprema? El amor es fuerte como la muerte, dice la Biblia.

—Estoy preparado —respondió simplemente Octave.

—Bien, muchacho —exclamó el doctor frotando sus manos morenas y secas con extraordinaria rapidez, como si hubiera querido encender fuego al modo de los salvajes—. Esa pasión que no retrocede ante nada me complace. Sólo hay dos cosas en el mundo: la pasión y la voluntad. Si usted no es feliz, no será por mi culpa. ¡Ah! mi viejo Brahma-Logum, vas a ver desde el fondo del cielo de Indra donde las apsaras te rodean con sus coros voluptuosos, si he olvidado la fórmula irresistible que me susurraste al oído al abandonar tu cuerpo momificado. Las palabras y los gestos, todo lo he retenido. ¡Manos a la obra! ¡manos a la obra! Vamos a hacer en el caldero una extraña mezcla, como las brujas de Macbeth, pero sin la infame brujería del norte. Colóquese delante de mí sentado en esa butaca; abandónese con toda confianza a mi poder. ¡Bien! los ojos en los ojos, las manos contra las manos. Ya actúa el

encantamiento. Las nociones de tiempo y espacio se pierden, la conciencia del yo se borra, los párpados caen; los músculos, como ya no reciben órdenes del cerebro, se relajan; el pensamiento se adormece, todos los delicados hilos que retienen el alma en el cuerpo se han desatado. Brahma, en el huevo de oro donde soñó diez mil años, no estaba más separado de las cosas exteriores; saturémosle de efluvios, bañémosle de rayos.

El doctor, mientras mascullaba estas frases entrecortadas, no interrumpía un solo instante sus pases: de sus manos extendidas surgían chorros luminosos que iban a chocar contra la frente o el corazón del paciente, alrededor del cual se formaba poco a poco una especie de atmósfera visible, fosforescente como una aureola.

—¡Muy bien! —dijo Balthazar Cherbonneau felicitándose a sí mismo de su obra—. Así es como lo quiero. Veamos, veamos, ¿qué es lo que todavía se resiste? —exclamó después de una pausa, como si leyera a través del cráneo de Octave el último esfuerzo de la personalidad a punto de ser aniquilada—. ¿Cuál es esa idea rebelde que, expulsada de las circunvoluciones del cerebro, intenta sustraerse a mi influencia haciéndose un ovillo en la mónada primitiva, en el punto central de la vida? Tendré que atraparla y someterla.

Para vencer aquella involuntaria rebelión, el doctor recargó aún más la batería magnética de su mirada y alcanzó el pensamiento rebelde entre la base del cerebelo y la inserción de la médula espinal, el santuario más escondido, el tabernáculo más misterioso del alma. Su triunfo era completo.

Entonces se preparó con majestuosa solemnidad a la experiencia inaudita que iba a intentar; se vistió como un mago con un traje de lino, se lavó las manos en agua perfumada, sacó diversas cajas de polvos con los que se hizo en las mejillas y en la frente tatuajes hieráticos; se ciñó al brazo el cordón de los brahmanes, leyó dos o tres slokas^[30] de los poemas sagrados, y no omitió ninguno de los minuciosos ritos recomendados por el sannyasi de las grutas de Elefanta.

Cuando acabaron las ceremonias, abrió de par en par las salidas de calor, y pronto la sala se llenó de una atmósfera que hubiera hecho desfallecer a los tigres en las junglas, agrietarse la capa de barro sobre la piel rugosa de los búfalos, y abrirse con una detonación la enorme flor del áloe.

—Estas dos chispas del fuego divino, que muy pronto se encontrarán desnudas y despojadas durante varios segundos de su envoltura mortal, no deben palidecer o apagarse en nuestro aire glacial —dijo el doctor mirando el termómetro, que entonces marcaba 120 grados Fahrenheit.

El doctor Balthazar Cherbonneau, entre aquellos dos cuerpos inertes, parecía, con sus blancas vestiduras, el victimario de una de esas religiones sanguinarias que arrojaban cadáveres de hombres sobre el altar de sus dioses. Recordaba a aquel sacerdote de Vitziliputzili, el feroz ídolo mejicano del que habla Henri Heine en una de sus baladas, pero sin lugar a dudas sus intenciones eran más pacíficas.

Se acercó al conde Olaf Labinski que seguía inmóvil, y pronunció la inefable

sílaba, que fue rápidamente a repetir a Octave, profundamente dormido. El aspecto normalmente extraño de Cherbonneau había cobrado en ese momento una majestad singular; la grandeza del poder de que disponía ennoblecía sus desordenados rasgos, y si alguien le hubiera visto realizando los misteriosos ritos con gravedad sacerdotal, no habría reconocido en él al doctor de cuento de Hoffmann, que estaba pidiendo, como un desafío, el lápiz de la caricatura.

Entonces pasaron cosas muy extrañas: Octave de Saville y el conde Olaf Labinski parecieron agitados simultáneamente como por una convulsión agónica, su rostro se descompuso, una ligera espuma les subió a los labios; la palidez de la muerte decoloró su piel; mientras tanto dos lucecitas azuladas y temblorosas brillaban inseguras por encima de sus cabezas.

Ante un gesto fulgurante del doctor que parecía trazarles su camino en el aire, los dos puntos fosfóricos se pusieron en movimiento y, dejando tras de sí una estela de luz, se dirigieron a su nueva morada: el alma de Octave ocupó el cuerpo del conde Labinski; el alma del conde el de Octave; el avatar se había realizado.

Un ligero tono sonrosado en los pómulos indicó que la vida acababa de volver a aquellas arcillas humanas, que se habían quedado sin alma durante unos segundos, y a las que el Angel negro hubiera convertido en su presa sin el poder del doctor.

La alegría del triunfo hacía resplandecer las pupilas azules de Cherbonneau, que decía mientras daba grandes zancadas por la habitación:

—Que los médicos más famosos hagan lo mismo, ellos, tan orgullosos de recomponer más o menos bien el reloj humano cuando se estropea: Hipócrates, Galeno, Paracelso, Van Helmont, Boerhaave, Tronchin, Hahnemann, Rasori. ¡El más humilde fakir indio, sentado en la escalera de una pagoda, sabe mil veces más que vosotros! ¡Qué importa el cadáver cuando se domina el espíritu!

Al acabar su perorata, el doctor Balthazar Cherbonneau hizo varias cabriolas de exultación, y danzó como las montañas en el Sir-Hasirim del rey Salomón; estuvo a punto de caer de narices, pues se pisó el borde de su túnica brahmánica; pequeño accidente que le hizo volver a la realidad y recuperar su sangre fría.

—Despertemos a nuestros durmientes —dijo Cherbonneau después de haberse limpiado las rayas de polvo de colores con que se había pintado la cara y despojado de su traje de brahmán. Entonces se puso ante el cuerpo del conde Labinski habitado por el alma de Octave, e hizo los pases necesarios para sacarle de su estado de sonambulismo, agitando a cada gesto sus manos cargadas del fluido que retiraba.

Al cabo de unos minutos, Octave-Labinski (a partir de ahora le llamaremos así para la claridad del relato) se incorporó, se pasó las manos por los ojos y paseó a su alrededor una mirada de asombro que la conciencia del yo todavía no iluminaba. Cuando hubo recuperado la percepción clara de los objetos, lo primero que vio fue su cuerpo colocado fuera de él sobre un diván. ¡Se estaba viendo! y no reflejado en un espejo, sino realmente. Lanzó un grito; el grito no sonó con el timbre de su voz y le causó una especie de espanto. Como el intercambio de almas había tenido lugar

durante el sueño magnético, no recordaba nada y experimentaba un extraño malestar. Su pensamiento, asistido por nuevos órganos, era como un obrero al que se le retiran sus herramientas habituales y le dan otras. La mente desorientada batía con sus alas inquietas la bóveda de aquel cráneo desconocido, y se perdía en los meandros de aquel cerebro donde todavía quedaban indicios de ideas extrañas.

—Y bien —dijo el doctor cuando hubo disfrutado suficientemente de la sorpresa de Octave-Labinski—, ¿qué le parece su nueva vivienda? ¿Su alma se encuentra bien instalada en el cuerpo de ese encantador caballero, atamán, hospodar o noble, marido de la mujer más bella del mundo? Seguro que ya no quiere dejarse morir como era su deseo la primera vez que le vi en su triste apartamento de la calle Saint-Lazare, ahora que las puertas de la mansión Labinski están abiertas de par en par y usted ya no tiene miedo de que Prascovia le ponga la mano en los labios, como en la villa Salviati, cuando quiso hablarle de amor. Ya ve usted que el viejo Balthazar Cherbonneau, con su cara de macaco que muy bien podría cambiar por otra, posee todavía en su saco de prestidigitador bastantes buenas fórmulas.

—Doctor —respondió Octave-Labinski—, tiene usted el poder de un dios, o por lo menos, de un demonio.

—¡Oh! no tenga miedo, no hay el menor maleficio en todo esto. Su salud no se verá afectada: no voy a hacerle firmar un pacto con una rúbrica roja. No hay nada más sencillo que lo que acaba de pasar. El Verbo que ha creado la luz puede perfectamente desplazar un alma. Si los hombres quisieran escuchar a Dios a través del tiempo y del infinito, estoy seguro de que harían muchas cosas.

—¿Cómo podré agradecerle, pagarle este inestimable favor?

—No me debe nada; usted me interesaba, y para un viejo barbián como yo, curtido bajo muchos soles, bronceado por todos los acontecimientos, una emoción es una cosa rara. Usted me ha revelado el amor y ya sabe que nosotros, los soñadores medio alquimistas, medio magos, medio filósofos, buscamos todos más o menos lo absoluto. Pero levántese, muévase, ande y compruebe si su nueva piel no le resulta incómoda.

Octave-Labinski obedeció al doctor y dio varias vueltas por la habitación; ya estaba menos inquieto; aunque habitado por otra alma, el cuerpo del conde conservaba el impulso de sus antiguas costumbres, y el reciente huésped se confió a esos recuerdos físicos, porque le importaba adquirir los andares, la conducta y el gesto del propietario expulsado.

—Si no hubiera realizado yo mismo hace un rato el cambio de sus almas, creería —dijo riendo el doctor Balthazar Cherbonneau— que no ha pasado nada extraordinario esta noche, y le tomaría por el verdadero, legítimo y auténtico conde lituano Olaf Labinski, cuyo ego dormita todavía allí en la crisálida que usted desdeñosamente ha abandonado. Pero pronto va a dar la medianoche; váyase para que Prascovia no le regañe y le acuse de que prefiere jugar al lansquenete o al bacarrá antes que a ella. No debe empezar su vida de esposo con una pelea, sería un mal

augurio. Mientras tanto, me ocuparé de despertar a su antigua envoltura con todas las precauciones y miramientos que merece.

Reconociendo que las observaciones del doctor eran muy acertadas, Octave-Labinski se apresuró a salir. Al final de la escalinata piafaban de impaciencia los magníficos caballos bayos del conde que, al tascar el freno, habían dejado el pavimento cubierto de espuma. Al oír el ruido de los pasos del joven, un magnífico lacayo vestido de verde, de la raza perdida de los heiducos, se precipitó hacia el estribo, que bajó con estrépito. Octave-Labinski, que se había dirigido maquinalmente hacia su modesto *brougham*, se instaló en el alto y espléndido cupé, y dijo al lacayo, que transmitió la orden al cochero:

—¡A casa!

Apenas se hubo cerrado la portezuela, los caballos partieron haciendo corvetas, y el digno sucesor de los Almanzor y los Azolán se asió a los anchos cordones de pasamanería con una agilidad que no se hubiera imaginado debido a su alta estatura.

Para semejantes caballos la carrera no es larga desde la calle de Regard al *faubourg* Saint-Honoré; el espacio fue devorado en pocos minutos, y el cochero gritó con voz estentórea:

—¡La puerta!

Las dos inmensas hojas, empujadas por el portero, dejaron paso al carruaje que dio la vuelta en un gran patio cubierto de arena y fue a detenerse con notable precisión bajo una marquesina pintada de blanco y rosa.

El patio, que Octave-Labinski estudió con esa rapidez de visión que el alma adquiere en ciertas ocasiones solemnes, era amplio, rodeado de edificios simétricos, iluminado por faroles de bronce cuyo gas despedía sus lenguas blancas en fanales de cristal semejantes a los que antiguamente adornaban el Bucentauro^[31], y parecía más un palacio que una mansión; macetas de naranjos dignas de los jardines de Versalles estaban dispuestas una junto a la otra en la acera de asfalto que enmarcaba como una orla la alfombra de arena que formaba el centro.

El pobre enamorado transformado, al poner el pie en el umbral, se vio obligado a detenerse unos segundos y ponerse la mano en el corazón para contener los latidos. Tenía el cuerpo del conde Olaf Labinski, pero no poseía sino su apariencia física; todas las nociones que contenía aquel cerebro habían huido con el alma del primer propietario. La casa que a partir de entonces iba a ser la suya le resultaba desconocida, ignoraba su disposición interior. Una escalera se presentó ante él y la siguió al azar, decidido, en caso de necesidad, a echar la culpa de su error a una distracción.

Los peldaños de piedra pulida resplandecían de blancura y hacían resaltar el rojo vivo de la ancha moqueta, sujeta por barras de cobre dorado, que dibujaba en el suelo su mullido camino; jardineras llenas de las más bellas flores exóticas ocupaban los escalones.

Una inmensa lámpara troquelada y calada, suspendida de un grueso cable de seda

púrpura adornado de borlas y nudos, producía temblores de oro en las paredes revestidas de un estuco blanco y pulido como el mármol, y proyectaba una masa de luz sobre una reproducción de mano del propio autor, de uno de los más famosos grupos de Canova, *L'Amour embrassant Psyché*.

El rellano del único piso estaba cubierto de mosaicos de un precioso trabajo, y en las paredes, cuerdas de seda suspendían cuatro cuadros de Paris Bordone, Bonifazzio, Palma el Viejo y Pablo Veronés, cuyo estilo arquitectónico y pomposo armonizaba con la magnificencia de la escalera.

En el rellano se abría una alta puerta de sarga guarnecida con clavos dorados; Octave-Labinski la empujó y se encontró en una amplia antecámara donde dormitaban varios lacayos con uniforme de gala que, al verle, se levantaron como movidos por un resorte y se alinearon a lo largo de las paredes con la impasibilidad de los esclavos orientales.

Siguió su camino. Un salón blanco y oro, donde no había nadie, seguía a la antecámara. Octave-Labinski tocó una campanilla. Apareció una doncella.

—¿La señora puede recibirme?

—La señora condesa se está cambiando de ropa, pero en seguida estará visible.

VII

Al quedarse solo con el cuerpo de Octave de Saville, habitado por el alma del conde Olaf Labinski, el doctor Balthazar Cherbonneau se dispuso a devolver aquella forma inerte a la vida normal. Después de varios pases magnéticos, Olaf-de Saville (permítasenos reunir los dos nombres para designar a un personaje doble) salió como un fantasma del limbo del sueño profundo, o más bien de la catalepsia que le encadenaba, inmóvil y rígido, en el diván; se levantó con un movimiento automático que la voluntad todavía no dirigía, tambaleándose a causa del vértigo aún no disipado. Los objetos vacilaban a su alrededor, las encarnaciones de Visnú bailaban la zarabanda a lo largo de las paredes, el doctor Cherbonneau se le aparecía bajo la figura del sannyasi de Elefanta, agitando los brazos como alones de pájaro y moviendo sus pupilas azules en medio de las morenas arrugas, semejantes a quevedos. Los extraños espectáculos a los que había asistido antes de caer en el anonadamiento magnético aparecían de nuevo en su mente, y muy despacio fue volviendo a la realidad: era como un durmiente bruscamente despertado de una

pesadilla, que todavía toma por espectros a sus ropas esparcidas sobre los muebles, de vagas formas humanas, y por ojos llameantes de cíclope las páteras de cobre de las cortinas, solamente iluminadas por el reflejo de la lamparilla de noche.

Poco a poco la fantasmagoría se fue evaporando; Balthazar Cherbonneau ya no era un penitente de la India, sino un simple doctor en medicina, que dirigía a su paciente una sonrisa bondadosa y trivial.

—¿El señor conde está satisfecho de las experiencias que he tenido el honor de hacer ante él? —dijo en tono de obsequiosa humildad, en el que se hubiera podido apreciar un ligero matiz de ironía—; me atrevo a esperar que no lamentará demasiado la velada que ha pasado y que se marchará convencido de que todo lo que se cuenta sobre el magnetismo no son fábulas y farsas como pretende la ciencia oficial.

Olaf-de Saville respondió con un movimiento de cabeza a modo de asentimiento, y salió del apartamento, acompañado del doctor Cherbonneau, que le hacía profundas reverencias en cada puerta.

El brougham se adelantó hasta rozar los escalones, y el alma del marido de la condesa Labinska subió a él con el cuerpo de Octave de Saville sin darse demasiada cuenta de que aquella no era su servidumbre ni aquel su coche.

El cochero le preguntó a dónde iba.

—A casa —respondió Olaf-de Saville, confuso y sorprendido de no reconocer la voz del lacayo del traje verde que, normalmente, le hacía esta pregunta con un acento húngaro muy pronunciado. El brougham donde se encontraba estaba tapizado de damasco azul oscuro; un raso dorado acolchaba su cupé, y al conde le asombró la diferencia aunque la aceptó como se hace en sueños donde los objetos habituales se presentan bajo aspectos muy distintos sin por eso dejar de ser reconocibles; también se sentía más pequeño que de costumbre; además le parecía haber ido con traje a casa del doctor y, sin recordar haber cambiado de ropa, se veía vestido con un gabán de verano de tejido ligero que jamás había formado parte de su guardarropa; su mente experimentaba un malestar desconocido, y sus pensamientos, tan lúcidos por la mañana, estaban penosamente embrollados.

Atribuyendo ese estado singular a las extrañas escenas de la velada, dejó de preocuparse, apoyó la cabeza en un rincón del carruaje y se dejó llevar por una flotante ensoñación, por una vaga somnolencia que no era ni la vigilia ni el sueño.

La brusca detención del caballo y la voz del cochero gritando «¡La puerta!» le volvieron a la realidad; bajó el cristal, sacó la cabeza y vio a la claridad del farol una calle desconocida y una casa que no era la suya.

—¿Dónde diablos me llevas, animal? —exclamó—. ¿Acaso estamos en el faubourg Saint-Honoré, en la mansión Labinski?

—Perdón señor; no le había entendido —farfulló el cochero haciendo que el caballo tomara la dirección indicada.

Durante el trayecto, el conde transfigurado se hizo varias preguntas a las que no podía contestar. ¿Cómo su coche se había ido sin él, si había dado orden de que le

esperara? ¿Cómo es que se encontraba en el coche de otro? Supuso que una ligera subida de fiebre alteraba la claridad de sus percepciones, o que quizá el doctor taumaturgo, para impresionar más vivamente su credulidad, le había hecho aspirar durante su sueño algún frasco de hachís o de cualquier otra droga alucinógena, cuyas ilusiones disiparía una noche de descanso.

El carruaje llegó a la mansión Labinski; llamaron al portero, pero éste se negó a abrir la puerta, diciendo que esa noche no había recepción, que el señor había vuelto hacía más de una hora y la señora se había retirado a sus habitaciones.

—Imbécil, ¿estás borracho o loco? —dijo Olaf-de Saville empujando al coloso que se alzaba como un gigante en el umbral de la puerta entreabierta, como una de esas estatuas de bronce que, en los cuentos árabes, prohíben a los caballeros errantes el acceso a los castillos encantados.

—Borracho o loco debe estar usted, señor —replicó el portero que, sonrosado por naturaleza, empezó a ponerse azul de ira.

—¡Miserable! —rugió Olaf-de Saville—, si no fuera por mi benevolencia...

—Cállese o le haré pedazos que luego tiraré a la calle —replicó el gigante abriendo una mano más ancha y más grande que la colosal mano de escayola expuesta en la tienda de guantes de la calle Richelieu—; no tiene por qué mostrarse duro conmigo, jovencito, sólo por haber bebido una o dos botellas de champán de más.

Olaf-de Saville, exasperado, empujó al portero tan rudamente, que penetró en el porche. Varios criados que todavía no se habían acostado acudieron al oír el ruido del altercado.

—¡Estás despedido, bestia bruta, canalla, bandido! No quiero que ni siquiera pases la noche en mi casa; lárgate o te mato como a un perro rabioso. No me hagas derramar la infame sangre de un lacayo.

Y el conde, desposeído de su cuerpo, se lanzó con los ojos rojos de cólera, los labios henos de espuma, los puños crispados, hacia el enorme portero que, cogiendo las dos manos de su agresor en una de las suyas, las mantuvo apretadas por las tenazas de sus gruesos dedos, cortos, carnosos y fuertes como los de un verdugo de la Edad Media.

—Vamos, calma —dijo el gigante, bastante buenazo en el fondo, que no temía en absoluto a su adversario y le tenía inmovilizado para que se fuera tranquilizando—. ¿Es de sentido común ponerse en semejante estado cuando se es un hombre educado, e ir después a perturbar y organizar escándalos nocturnos a las casas respetables? La culpa la debe tener el vino, y menudo elemento será el que le ha embriagado de este modo... Por eso no voy a pegarle y me contentaré con ponerle delicadamente en la calle, donde la patrulla le recogerá, si continúa armando tanto alboroto; un tiempo en chirona le refrescará las ideas.

—Infames —exclamó Olaf-de Saville dirigiéndose a los lacayos—, dejáis que este abyecto canalla insulte a vuestro amo, ¡el noble conde Labinski!

Al oír ese nombre, los criados respondieron al unísono con una inmensa risotada; una carcajada sonora, homérica, convulsa, agitó sus pechos llenos de galones.

—¡Este señor se cree el conde Labinski! ¡ja! ¡ja! ¡ja! ¡qué gracioso!

Un sudor helado empapó las sienes de Olaf-de Saville. Una idea penetrante le atravesó el cerebro como una hoja de acero, y sintió que se le congelaba la médula de los huesos. ¿Smarra le había puesto la rodilla en el pecho o vivía en la vida real^[32]? ¿Su razón se había hundido en el océano sin fondo del magnetismo, o era el juguete de alguna maquinación diabólica?

Ninguno de sus lacayos tan temerosos, tan sumisos, tan prosternados ante él, le reconocía. ¿Le habían cambiado su cuerpo del mismo modo que su ropa y su coche?

—Para que no tenga ninguna duda de que usted no es el conde Labinski —dijo uno de los más insolentes del grupo—, mire, allí le tiene bajando la escalinata, atraído por el jaleo que usted ha armado.

El prisionero del portero volvió los ojos hacia el fondo del patio y vio de pie bajo el tejadillo de la marquesina a un joven de estatura elegante y esbelta, cara ovalada, ojos negros, nariz aguileña, finos bigotes, que no era otro que él mismo, o su espectro modelado por el diablo, de un parecido realmente asombroso.

El portero soltó las manos que tenía prisioneras. Los criados se pusieron respetuosamente en fila contra la pared, con los ojos bajos, las manos colgando, en una inmovilidad absoluta, como los icoglans ante la presencia del sultán; rendían a aquel fantasma los honores que negaban al conde verdadero.

El esposo de Prascovia, aunque valiente como un esclavo, con eso está dicho todo, sintió un terror indecible ante la proximidad de aquel Ménechme que, más terrible que el del teatro, se mezclaba en la vida positiva y hacía a su gemelo irreconocible.

Una antigua leyenda de familia le vino a la memoria y aumentó aún más su espanto. Cada vez que un Labinski iba a morir, era advertido por la aparición de un fantasma absolutamente igual a él. Entre las naciones del norte, ver al propio doble, incluso en sueños, siempre se ha considerado un presagio fatídico, y el intrépido guerrero del Cáucaso, ante aquella visión exterior de su yo, fue presa de un insuperable pánico supersticioso; él que hubiera metido su brazo en la boca de un cañón a punto de disparar, retrocedió ante sí mismo.

Octave-Labinski avanzó hacia su antigua forma, en la que se debatía, se indignaba y se estremecía el alma del conde, y le dijo en un tono de cortesía altivo y glacial:

—Señor, deje de pelearse con estos criados. Al señor conde Labinski, si quiere usted hablar con él, se le puede visitar desde mediodía hasta las dos. La señora condesa recibe los jueves a las personas que han tenido el honor de serle presentadas.

Una vez hubo dicho esta frase, muy lentamente y acentuando cada sílaba, el falso conde se retiró con paso tranquilo y las puertas se cerraron tras él.

Llevaron al coche a Olaf-de Saville desvanecido. Cuando volvió en sí, estaba acostado en una cama que no tenía la forma de la suya, en una habitación donde no

recordaba haber entrado jamás; junto a él había un criado desconocido que le levantaba la cabeza y le hacía respirar un frasco de éter.

—¿Se siente mejor el señor? —preguntó Jean al conde, al que tomaba por su amo.

—Sí —respondió Olaf-de Saville—; sólo ha sido un desmayo pasajero.

—¿Puedo retirarme o quiere que me quede velándole, señor?

—No, déjame solo; pero antes de retirarte, enciende los candelabros que están junto al espejo.

—¿El señor no tiene miedo de que tanta claridad le impida dormir?

—En absoluto; además todavía no tengo sueño.

—No me acostaré, y si el señor necesita algo, acudiré en cuanto toque la campanilla —dijo Jean, interiormente alarmado por la palidez y los rasgos descompuestos del conde.

Cuando Jean se hubo retirado tras haber encendido las velas, el conde se abalanzó hacia el espejo y, en el cristal profundo y puro donde temblaba el centelleo de las luces, vio una cabeza joven, dulce y triste, de abundantes cabellos negros, pupilas de un azul oscuro, pálidas mejillas cubiertas de una barba sedosa y morena, una cabeza que no era la suya, y que desde el fondo del espejo le miraba con gesto de sorpresa. Al principio se esforzó por creer que un perverso bromista inscribía su rostro en el marco con incrustaciones de cobre y nácar del espejo veneciano. Pasó la mano por detrás; sólo notó las planchas de la madera; no había nadie.

Sus manos, que se tocó inmediatamente, eran más delgadas, más largas, más venosas; en el dedo anular sobresalía como un montículo una gruesa sortija de oro con un engaste de venturina en la que había grabado un blasón, un escudo con bandas de gules y argén, y por timbre un tortillo de barón. Aquel anillo jamás había pertenecido al conde, cuyo blasón también de oro consistía en un águila negra que parece emprender el vuelo, todo ello dominado por la corona de perlas. Buscó en los bolsillos y encontró una pequeña cartera que contenía tarjetas de visita con este nombre: «Octave de Saville».

La risa de los lacayos en la mansión Labinski, la aparición de su doble, la fisonomía desconocida que constituía su imagen en el espejo podían ser, quizá, ilusiones de un cerebro enfermo; pero la ropa diferente, aquel anillo que se había quitado del dedo, eran pruebas materiales, palpables, testimonios imposibles de rechazar. Una metamorfosis completa se había operado en él sin que se diera cuenta; un mago, seguramente, un demonio tal vez, le había robado su forma, su nobleza, su nombre, toda su personalidad y sólo le había dejado su alma sin posibilidad de manifestarla.

Las historias fantásticas de Pierre Schlemil y de la Noche de san Silvestre le vinieron a la memoria; pero los personajes de La Motte-Fouqué y de Hoffmann solamente habían perdido, uno su sombra y otro su imagen; y aunque aquella extraña privación de una proyección que todo el mundo posee inspiraba inquietantes

sospechas, al menos nadie les negaba que fueran ellos mismos.

En cambio, su posición era absolutamente desastrosa: no podía reclamar su título de conde Labinski con aquella figura en la que se hallaba prisionero. Pasaría a los ojos de todo el mundo por un desvergonzado impostor, o al menos por un loco. Incluso su mujer no le reconocería bajo aquella apariencia falsa. ¿Cómo probar su identidad? Realmente, había mil detalles misteriosos desconocidos por cualquier otra persona que, observados por Prascovia, le harían reconocer el alma de su marido bajo aquel disfraz; pero ¿qué valdría esa convicción aislada, en caso de que la obtuviera, contra la unanimidad de la opinión? Estaba real y totalmente desposeído de su yo. Otra ansiedad: ¿Su transformación se limitaba al cambio exterior de la estatura y los rasgos, o habitaba en realidad el cuerpo de otro? En ese caso, ¿qué habían hecho del suyo? ¿Un pozo de cal le había consumido o se había convertido en la propiedad de un audaz ladrón? El doble que había visto en la mansión Labinski podría ser un espectro, una visión, pero también un ser físico, vivo, instalado en su propia piel, que le habría robado, con infernal habilidad, aquel médico con cara de fakir.

Una idea horripilante le mordió el corazón con sus colmillos de víbora: «Pero ese conde Labinski ficticio, modelado como yo por las manos del demonio, ese vampiro que vive ahora en mi casa, a quien mis criados obedecen contra mí, quizá a esta hora ha puesto su pezuña en el umbral de la habitación donde yo no he penetrado jamás sino con el corazón emocionado como la primera noche y Prascovia le sonríe dulcemente y apoya con divino rubor su maravillosa cabeza en aquel hombro señalado por las garras del diablo, pues confunde conmigo a esa larva mentirosa, ese infame aparecido, ese horrible hijo de la noche y del infierno. Y si corriera a mi casa, la prendiera fuego y gritara, entre las llamas, a Prascovia: ¡Te están engañando, no es tu amado Olaf el que abrazas contra tu corazón! ¡Vas a cometer inocentemente un crimen espantoso del que mi alma desesperada se seguirá acordando cuando la eternidad se haya cansado las manos de cambiar de posición los relojes de arena!».

Olas inflamadas aflúan al cerebro del conde, lanzaba gritos inarticulados de rabia, se mordía los puños, daba vueltas por la habitación como un animal salvaje.

La locura parecía a punto de inundar la oscura conciencia que le quedaba de sí mismo; corrió al cuarto de baño de Octave, llenó una palangana de agua y metió en ella la cabeza, que salió humeante de aquel baño helado.

Recuperó la sangre fría. Se dijo que la época de la magia y la brujería había pasado; que sólo la muerte desligaba el alma del cuerpo; que eso no era lógico que le sucediera, en el centro de París, a un conde polaco que tenía varios millones en Rothschild, emparentado con las familias más importantes, esposo amado de una mujer de moda, condecorado con la orden de Saint-André de primera clase, y que todo aquello sin duda no era más que una broma de bastante mal gusto de Balthazar Cherbonneau, que se explicaría de la forma más natural del mundo, como los fantasmas de las novelas de Anne Radcliffe.

Como estaba muerto de cansancio, se echó en la cama de Octave y se durmió con

un sueño pesado, opaco, semejante a la muerte, que todavía duraba cuando Jean, creyendo que su amo estaba despierto, fue a dejar sobre la mesa la correspondencia y los periódicos.

VIII

El conde abrió los ojos, y paseó a su alrededor una mirada escrutadora; vio un dormitorio confortable, pero sencillo; una alfombra ocelada, que imitaba la piel del leopardo, cubría el suelo; cortinas de tapicería, que Jean acababa de entreabrir, colgaban en las ventanas y ocultaban las puertas; las paredes estaban empapeladas de un papel aterciopelado de color verde liso, que simulaba un paño. Un reloj formado por un bloque de mármol negro, con esfera de platina, coronado por la estatuilla oxidada de la Diande de Gabies, reducida por Barbedienne, y acompañada de dos copas antiguas, también de plata, decoraba la chimenea de mármol blanco con vetas azuladas; el espejo de Venecia en el que el conde había descubierto la víspera que ya no poseía su aspecto habitual, y el retrato de una mujer anciana, pintado por Flandrin, sin duda el de la madre de Octave, eran la única decoración de aquella habitación, un poco triste y severa; un diván, un sillón de respaldo alto situado junto a la chimenea, una mesa de cajones, cubierta de papeles y libros, componían un mobiliario cómodo, pero que en nada recordaba la suntuosidad de la mansión Labinski.

—¿El señor se va a levantar? —dijo Jean con aquella voz apagada que había utilizado durante la enfermedad de Octave, presentando al conde la camisa de color, los pantalones de franela y la gandura de Argelia, atuendo matinal de su amo.

Aunque al conde le repugnaba ponerse la ropa de un extraño, a menos que se quedara desnudo no tenía más remedio que aceptar lo que Jean le presentaba, y puso los pies en la piel de oso sedosa y negra que servía de alfombrilla.

Pronto acabó de arreglarse y Jean, sin, al parecer, concebir la menor duda sobre la identidad del falso Octave de Saville al que ayudaba a vestirse, le dijo:

—¿A qué hora quiere desayunar el señor?

—A la hora de siempre —respondió el conde que, para no tener impedimentos en los pasos que pensaba dar para recobrar su personalidad, había decidido aceptar exteriormente su incomprensible transformación.

Jean se retiró y Olaf-de Saville abrió las dos cartas que le habían traído con los periódicos, esperando encontrar en ellas alguna pista; la primera contenía reproches

amistosos y se quejaba de buenas relaciones de compañerismo interrumpidas sin motivo; la firmaba un nombre desconocido para él. La segunda era del notario de Octave, y le instaba a que fuera a recoger un trimestre de renta vencido hacía mucho tiempo, o por lo menos que asignara un empleo a su capital, ahora improductivo.

«Parece ser», se dijo el conde, «que el tal Octave de Saville cuya piel ocupo contra mi voluntad existe realmente; no es en absoluto un ser fantástico, un personaje de Achim, Arnim o de Clément Brentano; tiene un apartamento, amigos, un notario, rentas que cobrar, todo lo que constituye el estado civil de un caballero. A pesar de todo, yo soy el conde Olaf Labinski».

Una ojeada al espejo le convenció de que aquella opinión no sería compartida por nadie; a la pura claridad del día, con la débil iluminación de las velas, la imagen era idéntica.

Continuando la visita domiciliaria, abrió los cajones de la mesa: en uno encontró títulos de propiedad, dos billetes de mil francos y cincuenta luises, que se apropió sin escrúpulos para los gastos de la campaña que se disponía a empezar, y en otro una cartera de cuero de Rusia cerrada con una cerradura secreta.

Jean entró y anunció al señor Alfred Humbert, quien se abalanzó a la habitación con la familiaridad de un antiguo amigo, sin esperar que el criado fuera a darle la respuesta del amo.

—Buenos días, Octave —dijo el recién llegado, un apuesto joven de aspecto franco y cordial—; ¿qué haces, qué es de tu vida, estás vivo o muerto? No se te ve en ninguna parte; te escribimos y no contestas. Debía estar enfadado contigo, pero, ya ves, tengo un amor propio lleno de afecto, y vengo a estrecharte la mano. ¡Qué diablos! no se puede dejar que muera de melancolía un compañero de colegio en las profundidades de este apartamento tan lúgubre como la celda de Carlos V en el monasterio de Yuste. Imaginas que estás enfermo, y lo que te pasa es que te aburres; pero te obligaré a distraerte, y voy a llevarte, aunque sea a la fuerza, a una divertida comida en la que Gustave Raimbaud entierra su libertad de soltero.

Mientras decía su perorata en tono medio enfadado, medio cómico, sacudía vigorosamente, al modo inglés, la mano del conde, que tenía asida.

—No —respondió el marido de Prascovia, metiéndose en el espíritu de su personaje—, hoy estoy peor que otros días; no me siento nada bien; sólo os entristecería y molestaría.

—Realmente, estás muy pálido y pareces cansado. ¡Hasta mejor ocasión! Me voy, porque llevo un retraso de tres docenas de ostras y una botella de vino de Sauterne —dijo Alfred dirigiéndose hacia la puerta—; Raimbaud se enfadará contigo por no haber ido.

Aquella visita aumentó la tristeza del conde.

Jean le tomaba por su amo. Alfred por su amigo. Le faltaba una última prueba. La puerta se abrió; una dama cuyos cabellos estaban adornados con hilos de plata, y que se parecía de forma sorprendente al retrato colgado en la pared, entró en la

habitación, se sentó en el diván y dijo al conde:

—¿Cómo te encuentras, mi pobre Octave? Jean me ha dicho que ayer volviste tarde, y en un estado de debilidad alarmante; cuídate mucho, mi querido hijo, porque ya sabes cuánto te quiero, a pesar de la angustia que me causa tu inexplicable tristeza, de la que jamás has querido confiarme el motivo.

—No te preocupes, madre, no es nada grave —respondió Olaf-de Saville—; hoy estoy mucho mejor.

La señora de Saville, tranquilizada, se levantó y salió. No quería molestar a su hijo, pues sabía que no le gustaba que turbaran mucho rato su soledad.

«Definitivamente ya soy Octave de Saville», exclamó el conde cuando la anciana dama se hubo ido; «su madre me reconoce y no adivina un alma extraña bajo la epidermis de su hijo. Seguramente estoy encerrado para siempre en esta envoltura; ¡qué extraña prisión para un espíritu el cuerpo de otro! Sin embargo es muy duro renunciar a ser el conde Olaf Labinski, perder sus blasones, su mujer, su fortuna, y verse reducido a una pobre existencia burguesa. ¡Oh! desgarraré, hasta salir de ella, esta piel de Nessus que se pega a mí, y no se la devolveré sino en trozos a su primer poseedor. ¿Y si volviera a casa? ¡No! Organizaría un escándalo inútil, y el portero me echaría, porque ya no me quedan fuerzas y menos vestido con esta bata de enfermo; pensemos, investiguemos, porque es preciso que sepa un poco de la vida de este Octave de Saville que soy yo ahora».

E intentó abrir la cartera. El resorte pulsado al azar cedió, y el conde sacó, de los departamentos de cuero, entre varios papeles, escritos con una letra apretada y fina, un pliego de pergamino; en el pliego de pergamino una mano poco hábil, pero fiel, había dibujado, con la memoria del corazón y el parecido que no siempre consiguen los grandes artistas, un retrato a lápiz de la condesa Prascovia Labinska, que era imposible no reconocer a primera vista.

El conde se quedó estupefacto por aquel descubrimiento. A la sorpresa sucedió un furioso acceso de celos; ¿cómo se encontraba el retrato de la condesa en la cartera secreta de aquel joven desconocido, de dónde lo había sacado, quién lo había hecho, quién se lo había dado? ¿Aquella Prascovia tan religiosamente adorada habría descendido de su cielo de amor a una vulgar intriga? ¿Qué burla infernal le encarnaba a él, el marido, en el cuerpo del amante de aquella mujer, hasta entonces considerada tan pura? Después de haber sido el esposo, ¡iba a ser el pretendiente! ¡Sarcástica metamorfosis, cambio de posición como para volverse loco, pues podría engañarse a sí mismo y ser a la vez Clitandro y George Dandin!

Todas estas ideas se arremolinaban tumultuosamente en su cráneo; sentía que su razón estaba a punto de escapársele, e hizo, para recobrar un poco la calma, un esfuerzo supremo de voluntad. Sin escuchar ajean que le anunciaba que el desayuno estaba servido, continuó con gran agitación nerviosa el examen de la misteriosa cartera.

Las hojas componían una especie de diario psicológico, abandonado y reanudado

en distintas épocas; estos son algunos fragmentos, devorados por el conde con una curiosidad ansiosa:

«¡Ella jamás me amará, jamás, jamás! He leído en sus ojos dulcísimos esa frase tan cruel como la que puso Dante sobre las puertas de bronce de la *Città Dolente*: “Perded toda esperanza”. ¿Qué le he hecho a Dios para ser condenado vivo? ¡Mañana, pasado mañana, siempre será igual! Los astros pueden entrecruzar sus órbitas, las estrellas en conjunción formar intersecciones, en nada cambiará mi suerte. Con una palabra, ella ha disipado mi sueño; con un gesto, ha roto el ala a la quimera. Las combinaciones fabulosas de las imposibilidades no me ofrecen ninguna oportunidad; las cifras, aún echadas un millar de veces a la rueda de la fortuna, no saldrían nunca; ¡no existe número ganador para mí!».

«¡Qué desdichado soy! Sé que el paraíso está cerrado y permanezco estúpidamente sentado en el umbral, con la espalda apoyada en la puerta que no va a abrirse, y lloro en silencio, sin sollozos, sin esfuerzos, como si mis ojos fueran manantiales de agua viva. No tengo valor para levantarme y sumergirme en el desierto inmenso o en la Babel tumultuosa de los hombres».

«A veces, cuando por la noche no puedo dormir, pienso en Prascovia. Y si duermo, sueño con ella. ¡Oh! ¡Qué bella estaba aquel día, en el jardín de la villa Salviati, en Florencia! ¡Aquel vestido blanco y aquellas cintas negras! ¡Era maravilloso y fúnebre! ¡El blanco para ella, el negro para mí! A veces las cintas, movidas por la brisa, formaban una cruz sobre aquel fondo de resplandeciente blancura; un espíritu invisible decía en voz baja la misa de difuntos por mi corazón».

«Si alguna catástrofe inaudita pusiera en mi frente la corona de los emperadores y los califas, si la tierra desangrara para mí sus venas de oro, si las minas de diamantes de Golconda y Visapour me dejaran escudriñar en sus brillantes gangas, si la lira de Byron sonara entre mis dedos, si las más perfectas obras maestras del arte antiguo y moderno me prestaran sus bellezas, si descubriera un mundo, pues bien, ¡nada de eso me ayudaría en absoluto!».

«¡Qué malas pasadas juega el destino! Quería ir a Constantinopla y no la hubiera conocido; me quedo en Florencia, la veo y muero».

«Me mataría, pero ella respira en este aire en que vivimos, y quizá mis ávidos labios puedan aspirar —¡oh, dicha inefable!— un efluvio lejano de su perfumado aliento; y además asignarían a mi alma culpable un planeta desterrado, y no tendría la suerte de lograr que me amara en la otra vida. Estar separados también allí, ella en el paraíso y yo en el infierno: ¡Pensamiento abrumador!».

«¿Por qué tengo que amar precisamente a la única mujer que no puede amarme? Otras consideradas muy bellas, y que eran libres, me sonreían con su más tierna sonrisa y parecían pedir una declaración que jamás llegó. ¡Oh! ¡Qué dichoso es él! ¿Qué sublime vida anterior Dios le recompensa mediante el don magnífico de este amor?».

... Era inútil leer más. La sospecha que el conde había podido concebir al ver el

retrato de Prascovia se había desvanecido en las primeras líneas de aquellas tristes confidencias. Comprendió que la imagen querida, mil veces repetida, había sido acariciada, ausente el modelo, con la paciencia infatigable del amor desdichado, que era como la virgen de una capilla mística, ante la que se arrodillaba la adoración sin esperanza.

«Pero, ¿y si ese Octave había hecho un pacto con el diablo para robarme el cuerpo y lograr bajo mi forma el amor de Prascovia...?».

La inverosimilitud, en el siglo XIX, de semejante suposición, hizo que el conde la abandonara inmediatamente, aunque le había turbado extrañamente.

Riéndose de su credulidad, comió, ya frío, el almuerzo servido por Jean, se vistió y pidió el coche. Cuando estuvo enganchado, mandó que le condujeran a casa del doctor Balthazar Cherbonneau; atravesó aquellas salas en las que la víspera había entrado llamándose todavía el conde Olaf Labinski, y, de donde había salido saludado por todo el mundo con el nombre de Octave de Saville. El doctor estaba sentado, como de costumbre, en el diván de la habitación del fondo, sujetando el pie con la mano, y parecía sumido en profunda meditación.

Al oír el ruido de los pasos del conde, el doctor levantó la cabeza.

—¡Ah! es usted, mi querido Octave; iba a pasar por su casa; pero es buena señal cuando el enfermo viene a ver al médico.

—¡Otra vez Octave! —dijo el conde—. ¡Creo que me volveré loco de rabia!

Luego, cruzándose de brazos, se colocó ante el doctor y, mirándole con una fijeza terrible:

—Usted sabe perfectamente, señor Balthazar Cherbonneau, que no soy Octave, sino el conde Olaf Labinski, porque ayer por la noche, aquí mismo, usted me robó mi piel por medio de sus exóticos hechizos.

Al oír estas palabras, el doctor soltó una enorme carcajada, se echó sobre los almohadones y apretó los puños contra los costados para contener las convulsiones de la risa.

—Modere, doctor, esa alegría intempestiva de la que podría arrepentirse. Hablo en serio.

—¡Peor para usted! eso prueba que la languidez y la hipocondría que le estaba tratando se convierte en demencia. Habrá que cambiar el tratamiento, nada más.

—No sé qué me impide, doctor del diablo, estrangularle con mis manos —gritó el conde avanzando hacia Cherbonneau.

El doctor sonrió ante la amenaza del conde, al que tocó con la punta de una barrita de acero. Olaf-de Saville recibió una terrible conmoción y creyó que tenía el brazo roto.

—¡Oh! Tenemos medios para reducir a los enfermos cuando se rebelan —dijo dejando caer sobre él esa mirada fría como una ducha, que amansa a los locos y domestica a los leones más fieros—. Vuelva a su casa, tome un baño, la sobreexcitación se calmará.

Olaf-de Saville, aturdido por la sacudida eléctrica, salió de casa del doctor Cherbonneau más inseguro y más inquieto que nunca. Mandó que le condujeran a Passy a casa del doctor B***[33], para consultarle.

—Soy víctima —dijo al famoso doctor— de una extraña alucinación; cuando me miro en un espejo, mi cara no se me aparece con sus rasgos habituales; la forma de los objetos que me rodean ha cambiado; no reconozco ni las paredes ni los muebles de mi habitación; me parece que soy otra persona.

—¿Bajo qué aspecto se ve usted? —preguntó el médico—; el error puede venir de los ojos o del cerebro.

—Me veo con el pelo negro, los ojos azul oscuro, una cara pálida y con barba.

—La descripción de un pasaporte no sería más exacta: en usted no hay ni alucinación intelectual ni perversión de la vista. Es usted, efectivamente, tal como dice.

—¡Oh, no! En realidad tengo el pelo rubio, los ojos negros, la tez morena y un bigote fino a la húngara.

—Aquí —respondió el médico—, comienza una ligera alteración de sus facultades mentales.

—Sin embargo, doctor, no estoy loco en absoluto.

—Sin duda. Sólo los cuerdos vienen a verme sin que nadie les acompañe. Un poco de cansancio, algún exceso en el estudio o en el placer habrá causado su turbación. Usted se equivoca; la visión es real, la idea quimérica: en lugar de ser un rubio que se ve moreno, es usted un moreno que se cree rubio.

—Sin embargo estoy seguro de ser el conde Olaf Labinski, y todo el mundo desde ayer me llama Octave de Saville.

—Eso es precisamente lo que yo decía —contestó el doctor—. Usted es el señor de Saville e imagina que es el conde Labinski, al que recuerdo haber visto y que, en efecto, es rubio. Eso explica perfectamente cómo encuentra usted otro rostro en el espejo; esa cara, que es la suya, no responde en absoluto a su idea interior y le sorprende. Reflexione sobre esto: todo el mundo le llama señor de Saville y en consecuencia no comparte su creencia. Venga a pasar quince días aquí: los baños, el reposo, los paseos bajo los árboles centenarios disiparán esa desagradable influencia.

El conde bajó la cabeza y prometió volver. Ya no sabía qué creer. Regresó al apartamento de la calle Saint-Lazare y vio por casualidad sobre la mesa la tarjeta de invitación de la condesa Labinska, que Octave había mostrado a Cherbonneau.

«¡Con este talismán —se dijo— esta tarde podré verla!».

IX

Cuando los criados hubieron llevado a su coche al verdadero conde Labinski expulsado de su paraíso terrestre por el falso ángel guardián de pie en el umbral, el Octave transfigurado volvió al saloncito blanco y oro para esperar el momento de ver a la condesa.

Apoyado contra el mármol blanco de la chimenea, cuyo centro estaba lleno de flores, se vio repetido al fondo del espejo simétricamente colocado sobre la consola de patas torneadas y doradas. Aunque estuviera en el secreto de su metamorfosis o, para hablar más exactamente, de su usurpación, le costaba convencerse de que aquella imagen tan diferente de la suya fuera el doble de su propia figura, y no podía apartar los ojos de aquel extraño fantasma en el que sin embargo se había convertido. Se miraba y veía a otro. Involuntariamente miró para ver si el conde Olaf estaba apoyado a su lado contra la repisa de la chimenea, proyectando su imagen en el espejo; pero estaba completamente solo; el doctor Cherbonneau había hecho las cosas a conciencia.

Al cabo de unos minutos, Octave-Labinski dejó de pensar en el maravilloso avatar que había hecho que su alma pasara al cuerpo del esposo de Prascovia; sus pensamientos tomaron un curso más conforme a su situación. Aquel increíble acontecimiento, más allá de todas las posibilidades, y que la esperanza más quimérica no se hubiera atrevido a soñar en su delirio, ¡había ocurrido! Iba a encontrarse en presencia de la bella criatura adorada, ¡y no le rechazaría! La única combinación que podía conciliar su dicha con la inmaculada virtud de la condesa ¡se había realizado!

Cerca del momento supremo, su alma experimentaba zozobras y ansiedades terribles: la timidez del verdadero amor la hacía desfallecer como si todavía habitara en la forma despreciada de Octave de Saville.

La entrada de la doncella puso fin a aquel tumulto de pensamientos que luchaban entre sí. Ante ella no pudo evitar un sobresalto nervioso, y toda su sangre afluyó a su corazón cuando le dijo:

—La señora condesa puede ya recibir al señor.

Octave-Labinski siguió a la doncella, porque no conocía la disposición de la mansión, y no quería traicionar su ignorancia con la inseguridad de sus pasos.

La doncella le introdujo en una estancia bastante amplia, un tocador decorado con el refinamiento del lujo más delicado. Una serie de armarios de madera preciosa, esculpidos por Knecht y Lienhart, cuyas puertas estaban separadas por columnas salomónicas en torno a las cuales se enrollaban en espirales leves ramitas de convólvulo de hojas con forma de corazón y flores como campanillas cinceladas con un arte infinito, formaba una especie de entablado arquitectónico, un pórtico de orden caprichoso de rara elegancia y acabada ejecución; en estos armarios estaban guardados los vestidos de terciopelo y de muaré, las cachemiras, las esclavinas, los

encajes, las pellizas de martas cibelinas, de zorro azul, los sombreros de mil formas, todos los accesorios de la bella dama.

Enfrente se repetía el mismo motivo, con la diferencia de que había sido sustituido por espejos que giraban sobre sus bisagras como las hojas de un biombo, para que uno se pudiera ver en ellos de frente, de perfil, por detrás, y juzgar el efecto de una blusa o de un tocado. En la tercera pared reinaba un largo lavabo chapado de alabastro-ónice, donde grifos de plata vertían el agua caliente y fría en inmensos cuencos del Japón engastados en recipientes circulares del mismo metal; frascos de cristal de Bohemia que, a la luz de las velas, brillaban como diamantes y rubíes, contenían las esencias y los perfumes.

Las paredes y el techo estaban acolchados de raso verde, como el interior de un cofre. Una espesa alfombra de Esmirna, de tonos delicadamente combinados, cubría el suelo.

En el centro de la habitación, sobre un pedestal de terciopelo verde, había un gran cofre de forma extraña, cincelado en acero de Khorassan, grabado con arabescos tan complicados que a su lado parecerían sencillos los ornamentos de la Sala de los Embajadores de la Alhambra. El arte oriental parecía haber dicho su última palabra en aquel maravilloso trabajo, en el que los dedos de hada de los Peris debieron tomar parte. Era en ese cofre donde la condesa Prascovia Labinska guardaba sus aderezos, joyas dignas de una reina, y que sólo se ponía en muy raras ocasiones, pues consideraba con razón que no merecían el lugar que ocupaban. Ella era demasiado bella para tener necesidad de ser rica: su instinto de mujer se lo decía. Sólo les dejaba ver la luz en las ocasiones solemnes en que el fasto hereditario de la antigua casa Labinski debía aparecer en todo su esplendor. Nunca unos diamantes se lucieron menos.

Junto a la ventana, cuyas amplias cortinas caían en enormes pliegues, delante de su tocador, frente a un espejo a cuyos lados había dos ángeles esculpidos por la señorita Fauveau con esa elegancia fluida y delicada que caracteriza su talento, iluminada por la blanca luz de dos candelabros de seis velas, estaba sentada la condesa Prascovia Labinska, radiante de lozanía y de belleza. Una bata de Túnez de increíble finura, de rayas azules y blancas alternativamente opacas y transparentes, la envolvía como una suave nube; la ligera prenda se había deslizado sobre el tejido satinado de los hombros y dejaba ver el nacimiento y los músculos de un cuello ante el cual el cuello de nieve del cisne hubiera parecido de color gris.

Por el intersticio de los pliegues asomaban los encajes de un camisón de batista, atuendo nocturno que no sujetaba cinturón alguno; los cabellos de la condesa estaban sueltos y le caían por detrás en abundantes capas como el manto de una emperatriz. Realmente, los hilos de oro líquido en que Venus Afrodita ensartaba las perlas, arrodillada en su concha de nácar, cuando salió como una flor del mar jónico, eran menos rubios, menos espesos, menos pesados... Mezclad el ámbar de Tiziano y el plata de Pablo Veronés con el barniz de oro de Rembrandt; haced pasar el sol a través

del topacio, y todavía no obtendréis el tono maravilloso de aquella opulenta melena, que parecía despedir la luz en lugar de recibirla, y que hubiera merecido, más que la de Berenice, resplandecer, como una nueva constelación, entre los antiguos astros. Dos mujeres la peinaban, la cepillaban, la rizaban y le recogían los bucles cuidadosamente para que el contacto de la almohada no la molestara.

Durante esta delicada operación, la condesa agitaba con la punta del pie una babucha de terciopelo blanco bordada con hilos de oro, tan pequeña que hubiera provocado los celos de las esclavas y las odaliscas del Sultán. A veces, apartando los pliegues sedosos de la bata, descubría su blanco brazo, y rechazaba con la mano algunos cabellos sueltos, con un gesto lleno de gracia.

Abandonada así en su lánguida postura, recordaba a esas esbeltas figuras griegas que adornan las vasijas antiguas y cuyos puros y suaves contornos, belleza joven y ligera ningún artista ha podido volver a encontrar; estaba mil veces más seductora que en el jardín de la villa Salviati en Florencia; y si Octave no hubiera estado ya loco de amor, se habría vuelto entonces, infaliblemente; pero, afortunadamente, no se puede añadir nada al infinito.

Octave-Labinski notó ante aquella presencia, como si hubiera visto el espectáculo más terrible, que las rodillas le temblaban y le flaqueaban. Se le secó la boca, y la angustia le apretó la garganta como la mano de un thugg; llamas rojas se arremolinaron alrededor de sus ojos. Aquella belleza le paralizaba.

Hizo un esfuerzo para recuperar el valor, pues se dijo que esa actitud asustada y estúpida, válida para un amante rechazado, era perfectamente ridícula de parte de un marido, por muy enamorado que pudiera estar todavía de su mujer, y avanzó con resolución hacia la condesa.

—¡Ah! ¡Eres tú, Olaf! ¡Qué tarde vienes esta noche! —dijo la condesa sin volverse, porque tenía la cabeza inmovilizada por las largas trenzas que le estaban haciendo sus doncellas, y, sacándola de entre los pliegues de la bata, le tendió una de sus bellas manos.

Octave-Labinski cogió aquella mano más suave y más fresca que una flor, se la llevó a los labios y le dio un largo, un ardiente beso. Toda su alma se concentró en ese punto.

No sabemos qué delicadeza sensitiva, qué instinto de divino pudor, qué intuición irracional del corazón advirtió la condesa: pero una nube rosada le cubrió súbitamente la cara, el cuello y los brazos, que tomaron ese tono con que se colorea en las altas montañas la nieve virgen sorprendida por el primer beso del sol. Se estremeció y apartó lentamente la mano, medio enfadada, medio avergonzada; los labios de Octave-Labinski le habían producido como una impresión de hierro al rojo. Sin embargo se repuso inmediatamente y sonrió de su chiquillada.

—No me contestas, querido Olaf. ¿Sabes que hace más de seis horas que no te veo? No me haces caso —dijo en tono de reproche—. Antes no me hubieras abandonado así durante toda una larga velada. ¿Has pensado en mí por lo menos?

—Siempre —respondió Octave-Labinski.

—¡Oh! no, no siempre; noto cuando piensas en mí, aunque sea a distancia. Esta noche, por ejemplo, estaba sola, sentada al piano, tocando un fragmento de Weber y arrullando el tedio con la música; tu alma ha revoloteado unos minutos a mi alrededor en el torbellino sonoro de las notas; luego ha emprendido el vuelo no sé a dónde en el último acorde, y no volvió. No mientas, estoy segura de lo que digo.

Realmente Prascovia no se equivocaba; fue el momento en que, en casa del doctor Balthazar Cherbonneau, el conde Olaf Labinski se inclinó sobre el recipiente de agua mágica, evocando una imagen adorada con toda la fuerza de un pensamiento fijo. A partir de entonces, el conde, sumergido en el océano sin fondo del sueño magnético, había dejado de tener ideas, sentimientos, voluntad.

Las doncellas, cuando hubieron acabado la *toilette* nocturna de la condesa, se retiraron; Octave-Labinski seguía de pie, contemplando a Prascovia con ardiente mirada. Incómoda y abrumada por aquella mirada, la condesa se envolvió en su bata completamente. Sólo su cabeza aparecía por encima de los pliegues blancos y azules, inquieta, pero encantadora.

Aunque ninguna penetración humana hubiera podido adivinar el misterioso desplazamiento de almas operado por el doctor Cherbonneau mediante la fórmula del sannyasi Brahma-Logum, Prascovia no reconocía, en los ojos de Octave-Labinski, la expresión habitual de los ojos de Olaf, la de un amor puro, sereno, igual, eterno como el amor de los ángeles; una pasión terrestre incendiaba aquella mirada, que la turbaba y la hacía ruborizarse. Ella ignoraba lo que había pasado, pero había pasado algo. Mil suposiciones extrañas le atravesaron el pensamiento: ¿Acaso ya no era para Olaf sino una mujer vulgar, deseada por su belleza como una cortesana? ¿La relación sublime de sus almas se había roto por alguna disonancia que ella ignoraba? ¿Amaba Olaf a otra? ¿La corrupción de París había manchado su casto corazón? Se hizo rápidamente estas preguntas sin poder responderlas de forma satisfactoria, y se dijo que estaba loca; pero en el fondo, sentía que tenía razón. Un secreto terror la invadía como si hubiera estado en presencia de un peligro desconocido, pero adivinado por esa segunda visión del alma, a la que no se debe desobedecer.

Se levantó agitada y nerviosa y se dirigió hacia la puerta de su dormitorio. El falso conde la acompañó rodeándole la cintura con el brazo, como Otelo conduce a Desdémona en cada salida en la obra de Shakespeare; pero cuando llegó al umbral se volvió, se detuvo un instante, blanca y fría como una estatua, dirigió una mirada aterrorizada al joven, entró, cerró la puerta impulsivamente y echó el cerrojo.

«¡La mirada de Octave!», exclamó cayendo desvanecida en un diván. Cuando volvió en sí, se dijo: «¿Pero cómo es posible que esa mirada, cuya expresión no he podido olvidar, brille esta noche en los ojos de Olaf? ¿Cómo he visto resplandecer la llama sombría y desesperada a través de las pupilas de mi marido? ¿Octave ha muerto? ¿Ha sido su alma la que ha brillado un instante ante mí como para decirme adiós antes de abandonar la tierra? ¡Olaf! ¡Olaf! si me he equivocado, si he cedido

locamente a vanos terrores, sabrás perdonarme; pero si te hubiera recibido esta noche, hubiera creído que me entregaba a otro».

La condesa se aseguró de que el cerrojo estaba bien echado, encendió la lámpara que colgaba del techo, se acurrucó en la cama como un niño miedoso con un sentimiento de angustia indefinible y no se durmió hasta el amanecer; pesadillas incoherentes y extrañas atormentaron su agitado sueño. Unos ojos ardientes —los ojos de Octave— estaban fijos en ella desde las profundidades de una espesa niebla y le lanzaban chorros de fuego, mientras que al pie de su cama una figura negra y arrugada estaba hecha un ovillo, susurrando sílabas en una lengua desconocida; el conde Olaf apareció también en aquel sueño absurdo, pero vestido de una forma que no era la suya.

No intentaremos describir la decepción de Octave cuando se encontró frente a la puerta cerrada y oyó el chirrido interior del cerrojo. Su suprema esperanza se venía abajo. Había recurrido a medios terribles, extraños, se había puesto en manos de un mago, quizá de un demonio, arriesgando su vida en este mundo y su alma en el otro para conquistar a una mujer que se le escapaba, aunque entregada a él indefensa por las hechicerías de la India. Rechazado como amante, también lo era como marido; la invencible pureza de Prascovia desbarataba las maquinaciones más infernales. En el umbral del dormitorio se le había aparecido como un ángel blanco de Swedenborg fulminando al espíritu malvado.

No podía quedarse toda la noche en aquella ridícula posición; buscó los aposentos del conde, y después de una larga hilera de habitaciones vio una en la que se alzaba una cama con columnas de ébano, cortinas de tapicería, en cada una de las cuales había un blasón bordado entre rameados y arabescos. Panoplias de armas orientales, corazas y cascos de caballeros, alcanzados por el reflejo de una lámpara, proyectaban vagos resplandores en la sombra; una piel de Bohemia estampada en oro relucía en las paredes. Tres o cuatro grandes butacas esculpidas, un arcón completamente historiado con figurillas completaban el mobiliario de gusto feudal, que no hubiera estado fuera de lugar en el gran salón de una mansión gótica; por parte del conde no era una frívola imitación de la moda, sino un piadoso recuerdo. Aquella habitación reproducía, exactamente, la que ocupaba en casa de su madre, y aunque con frecuencia se habían burlado de él —por aquella decoración fuera de lugar—, siempre se había negado a cambiar su estilo.

Octave-Labinski, agotado de fatigas y emociones, se tumbó en la cama y se durmió maldiciendo al doctor Balthazar Cherbonneau. Afortunadamente, el día le trajo ideas más alegres; se prometió conducirse de forma más moderada en adelante, dulcificar su mirada y adoptar los ademanes de un marido. Ayudado por el criado del conde, se arregló con mucha seriedad y se dirigió con paso tranquilo al comedor, donde la condesa le esperaba para desayunar.

X

Octave-Labinski bajó tras el criado, porque ignoraba dónde se encontraba el comedor en aquella casa en la que parecía el amo. El comedor era una amplia estancia en la planta baja, que daba al patio, de estilo noble y severo, que tenía a la vez algo de una casa solariega y de una abadía: revestimientos de roble oscuro de un tono cálido y rico, divididos en paneles y en departamentos simétricos, subían hasta el techo, donde algunas vigas en relieve y esculpidas formaban artesones hexagonales pintados de azul y adornados de leves arabescos de oro; en los largos paneles del revestimiento Philippe Rousseau había pintado las cuatro estaciones simbolizadas, no por figuras mitológicas, sino por elementos de naturaleza muerta consistentes en productos que se referían a cada época del año; las cacerías de Jadin hacían juego con las naturalezas muertas de Philippe Rousseau, y encima de cada pintura resplandecía, como el disco de un escudo, un inmenso plato de Bernard Palissy o de Léonard de Limoges, de porcelana del Japón, de mayólica o de alfarería árabe, barnizado con todos los colores del prisma; matanzas de ciervos, cuernos de uros alternaban con la cerámica y, en los dos extremos de la sala, grandes aparadores, altos como retablos de iglesias españolas, elevaban su arquitectura labrada y esculpida con ornamentos que rivalizarían con las más bellas obras de Berruguete, Cornejo Duque y Verbruggen; en sus estanterías brillaban confundidos la antigua vajilla de plata de la familia Labinski, aguamaniles de asas quiméricas, saleros a la vieja moda, copas medievales, tazas, centros de mesa contorneados por la singular fantasía alemana, y dignos de ocupar su lugar en el tesoro de la Bóveda Verde de Dresde. Frente a la plata antigua resplandecían los maravillosos productos de la orfebrería moderna, las obras maestras de Wagner, Duponchel, Rudolphi, Froment-Meurice; teteras doradas con figurillas de Feuchère y de Vechte, fuentes nieladas de vino de Champagne de asas de pámpano, bacanales en bajorrelieve; hornillos elegantes como trébedes de Pompeya: sin hablar de la cristalería de Bohemia y de Venecia, servicios antiguos de Sajonia y de Sévres.

Sillas de roble tapizadas de tafilete verde se alineaban a lo largo de las paredes, y sobre la mesa de patas esculpidas en forma de garras de águila caía del techo una luz uniforme y pura tamizada por los blancos cristales esmerilados que adornaban el artesón central, que quedaba vacío. Una transparente guirnalda de viña enmarcaba el lechoso panel con su verde follaje.

Sobre la mesa, servida a la rusa, las frutas rodeadas de un cordón de violetas, estaban ya dispuestas, y los alimentos esperaban el cuchillo de los comensales bajo sus tapas de metal pulido, relucientes como los cascos de los emires; un samovar de Moscú lanzaba silbando su chorro de vapor; dos criados, con calzón corto y corbata blanca, se mantenían inmóviles y silenciosos detrás de dos butacas, situadas una frente a otra, semejantes a dos estatuas de la servidumbre.

Octave-Labinski asimiló todos aquellos detalles con una ojeada rápida para no

estar involuntariamente preocupado por la novedad de unos objetos que hubieran debido serle familiares.

Unos pasos ligeros, un frufrú de tafetán le hizo volver la cabeza. Era la condesa Prascovia Labinska que se acercaba y que se sentó después de dirigirle un saludo amistoso.

Llevaba un vestido de seda de cuadros verdes y blancos, adornado con un lazo de la misma tela y muchos encajes; sus cabellos reunidos en abundantes bucles en las sienes, y recogidos en el nacimiento de la nuca en un moño de oro semejante a la voluta de un capitel jónico, componían un peinado tan sencillo como elegante, al que un escultor griego no hubiera cambiado ni añadido nada; su tez de rosa roja estaba un poco pálida por la emoción de la víspera y el sueño agitado de la noche; una imperceptible aureola nacarada rodeaba sus ojos habitualmente serenos y puros; tenía un aspecto cansado y lánguido, pero, de esa manera, su belleza era más penetrante y se humanizaba; la diosa se hacía mujer; el ángel, replegando sus alas, dejaba de volar.

Más prudente esta vez, Octave veló la llama de sus ojos y disfrazó su mudo éxtasis con una actitud indiferente.

La condesa alargó su piececito calzado con una pantufla de piel dorada, hacia la lana sedosa de la suave alfombra que había bajo la mesa para neutralizar el frío contacto del mosaico de mármol blanco y de brocatel de Verona que cubría el suelo del comedor, se encogió ligeramente de hombros como helada por un último escalofrío febril y, fijando sus bellos ojos de un azul polar en el comensal que tomaba por su marido, porque el día había desvanecido los presentimientos, los terrores y los fantasmas nocturnos, le dijo con una voz armoniosa y tierna, llena de castos mimos, ¡una frase en polaco! Con el conde utilizaba con frecuencia la querida lengua materna en los momentos de dulzura y de intimidad, sobre todo en presencia de los criados franceses, para los que aquel idioma era desconocido.

El parisino Octave sabía latín, italiano, español, algunas palabras de inglés; pero, como todos los galorromanos, ignoraba totalmente las lenguas eslavas. El atrincheramiento de las consonantes que defienden las escasas vocales del polaco le hubieran prohibido acercarse, aunque lo hubiera intentado. En Florencia, la condesa siempre le había hablado en francés o en italiano, y el pensamiento de aprender el idioma en el que Mickiewicz casi igualó a Byron no le pasó por la cabeza. Nunca se piensa en todo.

Al oír aquella frase pasó por el cerebro del conde, habitado por el yo de Octave, un singularísimo fenómeno: los sonidos extraños al parisino, siguiendo los recovecos de un oído eslavo, llegaron al lugar habitual donde el alma de Olaf los recibía para traducirlos en pensamientos, y allí evocaron una especie de memoria física; su sentido se le apareció confusamente a Octave; palabras escondidas en las circunvoluciones cerebrales, en lo más profundo de los cajones secretos del recuerdo, se presentaron como en un murmullo, dispuestas a la réplica; pero aquellas vagas reminiscencias, al no estar en comunicación con la mente, pronto se disiparon y todo

volvió a ser opaco. La confusión del pobre enamorado era espantosa; no había pensado en esas complicaciones al introducirse en la piel del conde Olaf Labinski, y comprendió que si se robaba el cuerpo de otro, uno se exponía a terribles contrariedades.

Prascovia, sorprendida del silencio de Octave-Labinski y creyendo que, distraído por algún pensamiento, no le había oído, repitió la frase lentamente y en voz más alta.

Aunque oyó mejor el sonido de las palabras, no por eso el falso conde comprendió mejor su significado; hizo esfuerzos desesperados por adivinar de qué podía tratarse; pero para quien no las conoce, las compactas lenguas del norte no tienen transparencia alguna, y si un francés puede sospechar lo que dice una italiana, será como si estuviera sordo si oye hablar a una polaca. Sin poder evitarlo, un rubor ardiente cubrió sus mejillas; se mordió los labios y, para disimular, se puso a cortar rabiosamente la tajada que tenía en el plato.

—Realmente parece, mi querido Olaf —dijo la condesa, esta vez en francés—, que no me oyes, o que no me entiendes...

—Es verdad —balbució Octave-Labinski, sin saber muy bien lo que decía—... ¡esa endiablada lengua es tan difícil!

—¡Difícil! Quizá para los extranjeros sí, pero para quien la ha hablado en las rodillas de su madre, sale de los labios como el hálito de la vida, como el efluvio del pensamiento.

—Sí, sin duda, pero hay momentos en que me parece que ya no la sé.

—¿Qué dices, Olaf? ¡Cómo vas a olvidar la lengua de tus antepasados, la lengua de la santa patria, la lengua que te hace reconocer a tus hermanos entre los hombres —y añadió más bajo—, la lengua en la que me dijiste la primera vez que me amabas!

—La costumbre de servirme de otro idioma... —se aventuró a decir Octave-Labinski, que se había quedado sin argumentos.

—Olaf —repuso la condesa en tono de reproche—, veo que París te ha perjudicado; tenía razón en no querer venir. ¿Quién me iba a decir que cuando el noble conde Labinski volviera a sus tierras, ya no sabría responder a los agasajos de sus vasallos?

El encantador rostro de Prascovia adquirió una dolorosa expresión; por primera vez la tristeza proyectó su sombra en aquella frente pura como la de un ángel; aquel extraño olvido la hería en lo más profundo del alma, y le parecía casi una traición.

El resto del almuerzo transcurrió en silencio: Prascovia evitaba la mirada de aquel al que tomaba por el conde. Octave estaba atormentado, porque temía otras preguntas que se hubiera visto obligado a dejar sin respuesta.

La condesa se levantó y volvió a sus habitaciones.

Al quedarse solo, Octave-Labinski se puso a jugar con el mango de un cuchillo que deseaba clavarse en el corazón, porque su posición era intolerable: había contado con una sorpresa, y ahora se encontraba metido en los artificios sin salida para él de una existencia que no conocía. Al quitarle el cuerpo al conde Olaf Labinski, tenía que

haberle robado también sus nociones anteriores, las lenguas que poseía, sus recuerdos de infancia, los mil detalles íntimos que componen el yo de un hombre, las relaciones que ligan su existencia a las demás existencias: y para ello toda la sabiduría del doctor Balthazar Cherbonneau no hubiera bastado. ¡Qué rabia! Estar en aquel paraíso cuyo umbral apenas se atrevía a mirar de lejos; vivir bajo el mismo techo que Prascovia, verla, hablarla, besar su bella mano con los labios de su marido, y no poder engañar a su celestial pudor, y traicionarse a cada instante por alguna inexplicable estupidez...

«¡Allá arriba estaba escrito que Prascovia no me amaría jamás! Sin embargo he hecho el mayor sacrificio al que puede descender el orgullo humano: he renunciado a mi yo y consentido en gozar bajo un cuerpo extraño las caricias destinadas a otro...».

Estaba en ese punto de su monólogo cuando un lacayo se inclinó ante él con el más profundo respeto y le preguntó qué caballo montaría hoy...

Al ver que no respondía, el lacayo se atrevió a murmurar, avergonzado de su osadía:

—¿Vultur o Rustem? No han salido desde hace ocho días.

—Rustem —contestó Octave-Labinski, como hubiera podido decir Vultur, pero retuvo este último nombre en su mente distraída.

Se vistió de jinete y se fue al Bois de Boulogne, para que su exaltación nerviosa tomara un poco de aire fresco.

Rustem, magnífico animal de la raza Nedji, que llevaba en el pecho, en un saquito oriental de terciopelo bordado de oro, sus títulos de nobleza, que se remontaban a los primeros años de la hégira, no necesitaba que le excitaran. Parecía comprender el pensamiento del que lo montaba, y cuando hubo dejado atrás el pavimento y tomado contacto con la tierra, partió como una flecha sin que Octave le hiciera sentir las espuelas. Después de dos horas de furiosa carrera, el jinete y el animal volvieron a la mansión, uno calmado y el otro echando humo y con los ollares rojos.

El supuesto conde entró en las habitaciones de la condesa, a la que encontró en su salón, ataviada con un vestido de tafetán blanco de volantes superpuestos hasta la cintura, y un moño detrás de las orejas, porque era precisamente jueves, el día en que se quedaba en casa y recibía a sus visitas.

—Y bien —le dijo con encantadora sonrisa, porque el gesto de disgusto no podía permanecer mucho tiempo en sus bellos labios—, ¿has recuperado la memoria galopando por las avenidas del Bois?

—Dios mío, no, querida —contestó Octave-Labinski—, pero es preciso que te haga una confidencia.

—¿Acaso no conozco de antemano todos tus pensamientos? ¿Ya no somos transparentes el uno para el otro?

—Ayer fui a casa de ese médico del que se habla tanto.

—Sí, el doctor Balthazar Cherbonneau, que ha pasado mucho tiempo en la India y dicen que ha aprendido de los brahmanes multitud de secretos a cual más

maravilloso. Quisiste llevarme a mí, pero no soy curiosa, porque sé que me amas y esa ciencia me basta.

—Hizo ante mí experiencias tan extrañas, operó tales prodigios, que todavía estoy alterado. Ese hombre extraño, que dispone de un poder irresistible, me sumió en un sueño magnético tan profundo, que cuando desperté me di cuenta de que ya no tenía las mismas facultades; había perdido la memoria de muchas cosas; el pasado flotaba en una bruma confusa: solamente mi amor por ti había permanecido intacto.

—No debiste, Olaf, someterte a la influencia de ese doctor. Dios, que ha creado el alma, tiene derecho a intervenir en ella; pero el hombre, cuando lo intenta, comete una acción impía —dijo en tono grave la condesa Prascovia Labinska—. Espero que no vuelvas más allí, y que, cuando te diga algo amable —en polaco—, me entiendas como antes.

Octave, durante su paseo a caballo, había imaginado la excusa del magnetismo para paliar las meteduras de pata que no podía evitar se acumularan en su nueva existencia; pero sus penas no habían acabado. Un criado abrió la puerta y anunció a un visitante.

—El señor Octave de Saville.

Aunque esperaba que un día u otro se produciría ese encuentro, el verdadero Octave palideció al oír aquellas simples palabras como si la trompeta del juicio final le hubiera retumbado bruscamente en el oído. Necesitó hacer acopio de su valor y decirse que tenía todas las ventajas en aquella situación para no desplomarse. Instintivamente puso las manos en el respaldo de una butaca, y así consiguió mantenerse de pie en una actitud firme y tranquila.

El conde Olaf, con la apariencia de Octave, avanzó hacia la condesa a la que hizo una profunda reverencia.

—El señor conde Labinski... El señor Octave de Saville... —dijo la condesa Labinska presentando uno a otro a ambos caballeros.

Los dos hombres se saludaron fríamente dirigiéndose feroces miradas a través de la máscara de mármol de la cortesía mundana, que oculta a veces atroces pasiones.

—Usted me guarda rencor desde Florencia, Octave —dijo la condesa con voz amistosa y familiar—, y tenía miedo de abandonar París sin verle. Era usted un asiduo a la villa Salviati, y entonces se contaba entre mis más fieles amigos.

—Señora —respondió en tono lánguido el falso Octave—, he viajado, he sufrido, he estado enfermo incluso y, cuando recibí su encantadora invitación, me pregunté si debía aceptarla, porque no hay que ser egoísta y abusar de la indulgencia que se concede a un hombre enojado.

—Enojado, quizá; enojoso, no —replicó la condesa—. Usted siempre ha sido melancólico, pero uno de sus poetas dice de la melancolía:

Después del ocio, es el mejor de los males.

—Es un rumor que dejan correr las personas dichosas para librarse de compadecer a los que sufren —dijo Olaf-de Saville.

La condesa dirigió una mirada de inefable dulzura al conde, encerrado en el cuerpo de Octave, como para pedirle perdón por el amor que, involuntariamente, le había inspirado.

—Usted me considera más frívola de lo que soy; todo verdadero dolor tiene mi compasión y, si no puedo aliviarlo, sí sé compartirlo. Hubiera querido que fuera usted feliz, Octave; pero ¿por qué se ha enclaustrado en su tristeza, rechazando obstinadamente la vida que acudía a usted con sus alegrías, sus encantos y sus deberes? ¿Por qué ha rechazado la amistad que yo le ofrecía?

Aquellas frases tan sencillas y tan sinceras impresionaron de forma muy distinta a los dos oyentes. Octave oyó en ellas la confirmación de la sentencia pronunciada en el jardín Salviati, por aquella hermosa boca a la que jamás manchó la mentira; Olaf sacó de ellas una prueba más de la inalterable virtud de su mujer, que sólo podía sucumbir mediante un artificio diabólico. Entonces una rabia súbita se apoderó de él al ver su espectro, animado por otra alma, instalado en su propia casa, y se abalanzó al cuello del falso conde.

—¡Ladrón, bandido, criminal, devuélveme mi piel!

Ante esta reacción tan extraordinaria, la condesa tocó la campanilla y unos lacayos se llevaron al conde.

—¡El pobre Octave se ha vuelto loco! —dijo Prascovia mientras se llevaban a Olaf, que se debatía inútilmente.

—Sí —respondió el verdadero Octave—, ¡loco de amor! Condesa, decididamente eres demasiado bella.

XI

Dos horas después de esta escena, el falso conde recibió del verdadero una carta cerrada con el sello de Octave de Saville, pues el desdichado desposeído no tenía otro a su disposición. Al usurpador de la identidad de Olaf Labinski le produjo un efecto extraño abrir una misiva sellada con sus armas, pero todo tenía que ser extraño en aquella situación anormal.

La carta contenía las líneas siguientes, trazadas con mano firme y con una letra que parecía falsificada, porque Olaf no tenía costumbre de escribir con los dedos de

Octave:

«Leída por cualquier otro que no sea usted, esta carta parecería fechada en un manicomio, pero usted me comprenderá. Una serie inexplicable de circunstancias fatídicas, que seguramente jamás se han producido desde que la tierra gira alrededor del sol, me obliga a una acción que ningún hombre ha realizado. Me escribo a mí mismo y pongo en la dirección un nombre que es el mío, un nombre que usted me ha robado con mi persona. De qué tenebrosas maquinaciones soy víctima, en qué círculo de ilusiones infernales he puesto el pie, lo ignoro; usted lo sabe, sin duda. Ese secreto, si no es usted un cobarde, el cañón de mi pistola o la punta de mi espada se lo preguntará en un terreno en el que todo hombre honorable o infame responde a las cuestiones que se le plantean; es preciso que mañana uno de nosotros haya dejado de ver la luz del cielo. El vasto universo es ahora demasiado estrecho para nosotros dos: mataré mi cuerpo habitado por su espíritu impostor o usted matará el suyo donde mi alma se indigna de estar prisionera. No intente hacerme pasar por loco, tendré el valor de ser racional y, en todas partes donde le encuentre, le insultaré con la cortesía de un gentilhombre, con la sangre fría de un diplomático. Los bigotes del conde Olaf Labinski pueden desagradar a Octave de Saville, y todos los días puedo tratarle sin miramientos a la salida de la Opera; pero espero que mis frases, aunque oscuras, no serán en absoluto ambiguas para usted, y que mis testigos se entenderán perfectamente con los suyos en la hora, el lugar y las condiciones del combate».

La carta sumió a Octave en una gran perplejidad. No podía rechazar la proposición del conde, y sin embargo le repugnaba batirse consigo mismo, porque conservaba hacia su antigua envoltura cierta ternura. La idea de verse obligado a aquel combate a causa de un ultraje manifiesto le hizo tomar la decisión de aceptar aunque, realmente, hubiera podido poner a su adversario la camisa de fuerza de la locura y de este modo detener su brazo. Pero ese medio violento repugnaba a su delicadeza. Aunque, arrastrado por una pasión ineluctable, había cometido un acto censurable y ocultado al amante bajo la máscara del esposo para triunfar sobre una virtud que estaba por encima de toda clase de seducción, no era sin embargo un hombre sin honor y cobarde; no había tomado aquella determinación extrema sino después de tres años de lucha y sufrimiento, en el momento en que su vida, consumida por el amor, iba a escapársele. No conocía al conde; no era su amigo; no le debía nada, y había aprovechado la arriesgada solución que le ofrecía el doctor Balthazar Cherbonneau.

¿De dónde sacar los testigos? Sin duda entre los amigos del conde. Pero Octave hacía un día que vivía en la mansión y no había podido ponerse en contacto con ellos.

Sobre la chimenea había dos ánforas de color verde claro, cuyas asas estaban

formadas por dragones de oro. Una contenía sortijas, alfileres, sellos y otras pequeñas joyas; la otra tarjetas de visita donde, bajo las coronas de duque, marqués y conde, en letra gótica, redondilla, inglesa, estaban inscritos por hábiles grabadores multitud de nombres polacos, rusos, húngaros, alemanes, italianos, españoles, que daban testimonio de la existencia viajera del conde, que tenía amigos en todos los países.

Octave cogió dos al azar: el conde Zamoieczki y el marqués de Sepúlveda. Ordenó que engancharan los caballos y mandó que le condujeran a sus casas. Encontró a los dos. No parecieron sorprendidos de la solicitud del que tomaban por el conde Olaf Labinski. Totalmente desprovistos de la sensibilidad de los testigos burgueses, no preguntaron si el asunto podía arreglarse y guardaron un silencio de buen gusto sobre el motivo de la querella, como perfectos caballeros que eran.

Por su lado, el verdadero conde, o si ustedes lo prefieren, el falso Octave, era presa de una confusión parecida: se acordó de Alfred Humbert y de Gustave Raimbaud, a cuya comida se había negado a asistir, y les pidió que le ayudaran en aquel trance. Los dos jóvenes mostraron cierto asombro al ver comprometido en un duelo a su amigo, que desde hacía casi un año no había abandonado su habitación, y al que atribuían un carácter más pacífico que combativo. Pero cuando les hubo dicho que se trataba de una lucha a muerte por un motivo que no debía ser revelado, no hicieron más objeciones y se dirigieron a la mansión Labinski.

Las condiciones quedaron inmediatamente establecidas. Una moneda de oro lanzada al aire decidió el arma, pues los adversarios habían declarado que la espada o la pistola les convenía igualmente. Debían ir al Bois de Boulogne a las seis de la mañana, exactamente a la avenida de los Poteaux, cerca del tejado de caña sujeto por pilares rústicos, en aquel lugar sin árboles donde la arena amontonada presenta un espacio adecuado para esa clase de enfrentamientos.

Cuando todo quedó convenido, era casi medianoche y Octave se dirigió a la puerta del dormitorio de Prascovia. El cerrojo estaba corrido como la víspera, y la voz burlona de la condesa le dijo en broma a través de la puerta:

—Vuelve cuando sepas polaco. Soy demasiado patriota para recibir a un extranjero en mi habitación.

Por la mañana, el doctor Cherbonneau, al que Octave había avisado, llegó con un maletín de instrumentos de cirugía y un paquete de vendas. Subieron juntos al coche. Los señores Zamoieczki y Sepúlveda iban detrás en su cupé.

—¿Así que, mi querido Octave —dijo el doctor—, la aventura ha tomado ya un cariz trágico? Debí dejar dormir al conde en su cuerpo durante ocho días tumbado en el diván de mi casa. He prolongado más allá de ese límite los sueños magnéticos. Pero por mucho que se estudie la sabiduría de los brahmanes, los pandits y los sannyasis de la India, siempre se olvida algo y aparecen imperfecciones en el plan mejor elaborado. Y la condesa Prascovia, ¿cómo ha recibido a su enamorado de Florencia disfrazado así?

—Creo —respondió Octave— que me ha reconocido a pesar de mi metamorfosis,

o bien su ángel de la guarda le ha dicho al oído que desconfiara de mí; la he encontrado tan casta, tan fría y tan pura como la nieve del polo. Bajo una forma amada, sin duda su alma exquisita intuía un alma extraña. Ya le dije que no podía hacer nada por mí; soy más desdichado todavía que cuando me hizo usted su primera visita.

—¿Quién podría asignar un límite a las facultades del alma —dijo el doctor Balthazar Cherbonneau con gesto pensativo—, sobre todo cuando no ha sido alterada por ningún pensamiento terrestre, manchada por ningún lodo humano, y se mantiene tal como ha salido de manos del Creador a la luz, la contemplación del amor? Sí, tiene usted razón, ella le ha reconocido; su angelical pudor se ha estremecido ante la mirada del deseo y, por instinto, se ha tapado con sus blancas alas. ¡Le compadezco, mi pobre Octave! Su mal es realmente irremediable. Si estuviéramos en la Edad Media, le diría: ¡Entre en un convento!

—A veces lo he pensado.

Habían llegado. El cupé del falso Octave se detenía ya en el lugar designado.

El Bois presentaba a esa hora de la mañana un aspecto verdaderamente pintoresco que la presencia de gente elegante le hacía perder durante el día. Era ese punto del verano en que el sol todavía no ha tenido tiempo de ensombrecer el verde del follaje; tonalidades frescas, transparentes, lavadas por el rocío de la noche, matizaban los arbustos y se desprendía del parque un perfume a joven vegetación. Los árboles, en ese lugar, son especialmente hermosos, ya sea por haber encontrado un terreno más favorable, o porque son los únicos que sobreviven de una plantación antigua; sus troncos vigorosos, cubiertos de musgo o lustrosos a causa de su corteza de plata, se agarran al suelo mediante nudosas raíces, proyectan ramas de extrañas formas, y podrían servir de modelo en los estudios de pintores y decoradores que van muy lejos a buscar otros muchos menos magníficos. Algunos pájaros que los ruidos diurnos hacen callar piaban alegremente bajo la enramada; un conejo furtivo cruzó de tres saltos la arena de la avenida y corrió a esconderse entre la hierba, asustado del ruido de las ruedas.

Aquella poesía de la naturaleza sorprendida en el momento de despertar atraía muy poco la atención, como podéis imaginar, de los dos contrincantes y sus testigos.

La presencia del doctor Cherbonneau produjo una impresión desagradable en el conde Olaf Labinski; pero se repuso inmediatamente.

Midieron las espadas, asignaron sus puestos a los combatientes que, después de haberse quitado las chaquetas, se pusieron en guardia, la punta de una espada contra la punta de la otra.

Los testigos gritaron:

—¡Ya!

En todo duelo, sea cual fuere el ensañamiento de los adversarios, hay un momento de inmovilidad solemne; cada combatiente estudia a su enemigo en silencio y se hace un plan, meditando el ataque y preparándose para la respuesta; luego las

espadas se buscan, se provocan, se tantean por decirlo así sin separarse: esto dura unos segundos, que parecen minutos, horas, a la ansiedad de los asistentes.

Aquí, las condiciones del duelo, en apariencia normales para los espectadores, eran tan extrañas para los combatientes, que permanecieron en guardia más tiempo que de costumbre. En realidad, cada uno tenía ante sí su propio cuerpo y debía hundir el acero en una carne que todavía la víspera le pertenecía. El combate se complicaba en una especie de suicidio no previsto y, aunque los dos eran valientes, Octave y el conde experimentaban un horror instintivo a encontrarse con la espada en la mano frente a sus fantasmas y preparados para abalanzarse sobre sí mismos.

Los testigos, impacientes, iban a gritar otra vez: «¡Señores, empiecen!» cuando los hierros por fin chocaron entre sí.

Algunos ataques fueron esquivados con presteza por una y otra parte. El conde, por su educación militar, era un hábil espadachín; había embotonado el peto de los maestros más famosos; pero, aunque seguía conservando la teoría, ya no tenía para la ejecución su brazo musculoso acostumbrado a obstaculizar el paso a los soldados de Schamyl; era el débil puño de Octave el que sostenía su espada.

Por el contrario Octave, en el cuerpo del conde, encontró una fuerza desconocida y, aunque menos experto, apartaba siempre de su pecho el hierro que lo buscaba.

En vano Olaf se esforzaba por alcanzar a su adversario y asestaba arriesgadas estocadas. Octave, más frío y más firme, las esquivaba todas.

La ira se iba apoderando del conde, cuya actuación empezaba a ser nerviosa y desordenada. Aunque se arriesgaba a permanecer como Octave de Saville, quería matar a aquel cuerpo impostor que podía engañar a Prascovia, pensamiento que le producía una rabia infinita.

Aunque podía ser traspasado por la espada, intentó un golpe directo para llegar, a través de su propio cuerpo, al alma y a la vida de su rival; pero la espada de Octave chocó con la suya con un movimiento tan rápido, tan seco, tan irresistible, que el hierro, arrancado de su puño, saltó por los aires y fue a caer unos pasos más lejos. La vida de Olaf dependía totalmente de Octave; sólo tenía que tirarse a fondo para atravesarle de parte a parte. El rostro del conde se crispó, no porque tuviera miedo a la muerte sino porque pensó que iba a dejar a su mujer en manos de aquel ladrón de cuerpos, al que nadie podría desenmascarar jamás.

Octave, lejos de aprovechar su ventaja, tiró la espada y, haciendo una seña a los testigos para que no intervinieran, avanzó hacia el conde, que se había quedado estupefacto, le cogió del brazo y le llevó a la espesura del bosque.

—¿Qué quiere usted de mí? —dijo el conde—. ¿Por qué no me ha matado cuando podía hacerlo? ¿Por qué no continuar el combate, después de haberme dejado recuperar mi espada, si le repugnaba atacar a un hombre desarmado? Usted sabe perfectamente que el sol no debe proyectar juntas nuestras dos sombras en la arena, y que es preciso que la tierra absorba a uno de nosotros.

—Escúcheme pacientemente —respondió Octave—. Su felicidad está en mis

manos. Yo puedo seguir conservando este cuerpo en el que vivo ahora y que le pertenece como legítima propiedad: me complace reconocerlo ahora que no hay testigos cerca de nosotros y que sólo los pájaros, que no van a contarlos, pueden oírlos; si continuamos el duelo, le mataré. El conde Olaf Labinski, al que represento lo mejor que puedo, es más diestro en el arte de la esgrima que Octave de Saville, cuyo rostro tiene usted ahora, y me verá obligado, mal que me pese, a suprimirle; y su muerte, aunque no sea real pues mi alma sobreviviría a ella, destrozaría a mi madre.

El conde, reconociendo la veracidad de aquellas observaciones, guardó un silencio que parecía una especie de conformidad.

—Jamás conseguirá —continuó Octave—, si yo me opongo, reintegrarse a su individualidad; ya ha visto en qué han desembocado sus dos intentos. Otras tentativas harían que le tomaran por un monomaniaco. Nadie creerá una palabra de sus alegaciones y, cuando pretenda ser el conde Olaf Labinski, todo el mundo soltará una carcajada, como ya ha podido comprobar. Le encerrarán, y pasará el resto de su vida protestando y gritando que es usted realmente el esposo de la bella condesa Prascovia Labinska. Las almas compasivas dirán al oírle: «¡Pobre Octave!». Será usted ignorado como el Chabert de Balzac, que quería demostrar que no estaba muerto.

Todo aquello era tan matemáticamente cierto, que el conde, muy abatido, dejó caer la cabeza sobre el pecho.

—Como usted en este momento es Octave de Saville, sin duda habrá mirado en sus cajones y hojeado sus papeles; y no ignora que desde hace tres años alimenta por la condesa Prascovia Labinska un amor loco, sin esperanza, que en vano ha intentado arrancarse del corazón y que sólo desaparecerá con su vida, si no le sigue también a la tumba.

—Sí, lo sé —dijo el conde mordiéndose los labios.

—Pues bien, para llegar a ella he empleado un medio horrible, espantoso, y que sólo una pasión delirante podía llevar a cabo. El doctor Cherbonneau ha intentado conmigo una operación que hace retroceder a los taumaturgos de todos los países y de todos los siglos. Después de habernos sumido a los dos en el sueño, ha hecho que magnéticamente nuestras almas cambiaran de envoltura. ¡Milagro inútil! Le voy a devolver su cuerpo: ¡Prascovia no me ama! En la forma del esposo ha reconocido el alma del enamorado; su mirada se ha helado en el umbral de la habitación conyugal como en el jardín de la villa Salviati.

Una tristeza tan profunda se descubría en las palabras de Octave, que el conde le creyó.

—Soy un enamorado —añadió Octave sonriendo—, y no un ladrón; y, ya que el único bien que he deseado en este mundo no puede pertenecerme, no veo por qué voy a conservar sus títulos, sus palacios, sus tierras, su dinero, sus caballos, sus armas. Vamos, déme el brazo, reconciliémonos, demos las gracias a los testigos, llevemos con nosotros al doctor Cherbonneau y volvamos al laboratorio mágico del que salimos transfigurados; el viejo brahmán sabrá deshacer lo que ha hecho.

—Señores —dijo Octave asumiendo unos minutos más el papel del conde Olaf Labinski—, hemos intercambiado, mi adversario y yo, explicaciones confidenciales que hacen inútil la continuación del duelo. Nada aclara tanto las ideas entre personas honradas como hacer un poco de ejercicio de esgrima.

Los señores Zamoieczki y Sepúlveda subieron a su coche. Alfred Humbert y Gustave Raimbaud se dirigieron a su cupé. El conde Olaf Labinski, Octave de Saville y el doctor Balthazar se dirigieron directamente a la calle Regard.

XII

Durante el trayecto del Bois de Boulogne a la calle Regard, Octave de Saville dijo al doctor Cherbonneau: —Mi querido doctor, voy a poner a prueba su ciencia una vez más: tiene que devolver nuestras almas a su domicilio habitual. Eso no debe resultarle difícil; espero que el conde Labinski no le guarde rencor por haberle hecho cambiar un palacio por una choza y hospedar durante unas horas su brillante personalidad en mi pobre persona. Además usted posee tal poder que no hay que temer venganza alguna.

Después de haber hecho un gesto de asentimiento, el doctor Balthazar Cherbonneau, dijo:

—La operación será mucho más sencilla esta vez que la otra; los imperceptibles hilos que retienen el alma en el cuerpo se han roto recientemente en ustedes y no han tenido tiempo de atarse de nuevo, y sus voluntades no pondrán ese obstáculo que supone para el magnetizador la resistencia instintiva del magnetizado. El señor conde sin duda perdonará a un viejo sabio como yo el hecho de no haber podido resistirse al placer de practicar una experiencia para la que no se encuentran muchos sujetos, pues este intento no ha servido, por otra parte, sino para confirmar rotundamente una virtud que lleva la delicadeza hasta la adivinación, y triunfa allí donde cualquier otra hubiera sucumbido. Verá, si quiere, como un extraño sueño esta transformación pasajera, y quizá más tarde deje de estar enfadado por haber experimentado esta extraña sensación que muy pocos hombres han conocido, la de haber vivido en dos cuerpos. La metempsicosis no es una doctrina nueva; pero, antes de transmigrar a otra existencia, las almas beben la copa del olvido, y no todo el mundo puede, como Pitágoras, acordarse de haber asistido a la guerra de Troya.

—El hecho de volver a instalarme en mi individualidad —respondió cortésmente

el conde—, compensa el disgusto de haber sido expropiado de ella, dicho sea sin ninguna mala intención hacia Octave de Saville que todavía soy y que voy a dejar de ser.

Octave sonrió con los labios del conde Labinski al oír esta frase, que no le llegaba sino a través de una envoltura ajena, y el silencio se estableció entre aquellos tres personajes, para quienes su anormal situación hacía muy difícil cualquier conversación.

El pobre Octave pensaba en su esperanza desvanecida y sus pensamientos no eran, hay que confesarlo, precisamente color de rosa. Como todos los enamorados rechazados, todavía se preguntaba por qué no era amado, ¡como si el amor tuviera un porqué! La única razón que se puede dar es *porque sí*, respuesta lógica en su obstinado laconismo, que las mujeres oponen a todas las preguntas embarazosas. Sin embargo se reconocía vencido y sentía que el resorte de la vida, tensado en él de nuevo durante un instante por el doctor Cherbonneau, estaba otra vez roto y zumbaba en su corazón como el de un reloj que se ha dejado caer al suelo. Octave no quería causar a su madre el dolor de su suicidio, y buscaba un medio de extinguir silenciosamente su tristeza desconocida bajo el nombre científico de una enfermedad plausible. Si hubiera sido pintor, poeta o músico, habría cristalizado su pena en obras maestras, y Prascovia vestida de blanco, coronada de estrellas, semejante a la Beatrice de Dante, hubiera volado en su inspiración como un ángel luminoso. Pero, ya lo dijimos al comienzo de esta historia, aunque instruido y distinguido, Octave no era una de esas mentes privilegiadas que dejan en este mundo la huella de su paso. Alma oscuramente sublime, no sabía sino amar y morir.

El carruaje entró en la vieja casa de la calle Regard, patio cubierto de hierba verde donde las pisadas de los visitantes habían abierto un camino y al que las altas paredes grises de las construcciones inundaban de sombras frías como las que caen de los arcos de un claustro: el Silencio y la Inmovilidad hacían guardia en el umbral como dos estatuas invisibles para proteger la meditación del sabio.

Octave y el conde descendieron, y el doctor saltó del estribo con una agilidad que no era normal para su edad y sin apoyarse en el brazo que el lacayo le presentaba con esa cortesía que los criados de las grandes mansiones demuestran por las personas débiles o ancianas.

Cuando las dobles puertas se hubieron cerrado tras ellos, Olaf y Octave se sintieron envueltos por esa ardiente atmósfera que al doctor le recordaba la de la India y donde solamente él podía respirar a gusto, pero que casi asfixiaba a las personas que no se habían tostado como él, durante treinta años, bajo los soles tropicales. Las encarnaciones de Wishnú seguían gesticulando en sus marcos, más extrañas a la luz del día que a la de las velas; Shiva, el dios azul, se reía en su pedestal, y Durga, mordiéndose el labio calloso con sus dientes de jabalí, parecía agitar su rosario de cráneos. La vivienda conservaba su impresión misteriosa y mágica.

El doctor Balthazar Cherbonneau condujo a sus dos pacientes a la estancia donde se había operado la primera transformación; hizo girar el disco de cristal de la máquina eléctrica, agitó las varas de hierro de la cubeta mesmeriana, abrió las bocas de calor para que subiera rápidamente la temperatura, leyó dos o tres líneas en unos pergaminos que parecían viejas cortezas a punto de pulverizarse y cuando hubieron transcurrido unos minutos, dijo a Octave y al conde:

—Señores, soy todo suyo. ¿Quieren que empecemos?

Mientras el doctor hacía los preparativos, inquietantes reflexiones pasaron por la cabeza del conde.

«Cuando esté dormido, ¿qué va a hacer con mi alma ese viejo mago con cara de macaco que muy bien podría ser el diablo en persona? ¿La restituirá a mi cuerpo o se la llevará al infierno con él? ¿Este intercambio que debe devolverme mi bien no será una nueva trampa, una combinación maquiavélica para algún sortilegio cuya finalidad se me escapa? Sin embargo, mi posición no puede ser ya peor. Octave posee mi cuerpo y, como muy bien decía esta mañana, si yo lo reclamara con mi aspecto actual me encerrarían como si estuviera loco. Si hubiera querido desembarazarse definitivamente de mí, no tenía más que presionar la punta de su espada; yo estaba desarmado, a su merced; la justicia de los hombres no tenía nada que ver; las reglas del duelo estaban perfectamente claras y todo transcurrió según la costumbre. ¡Vamos! ¡Pensemos en Prascovia y nada de terrores infantiles! ¡Intentemos el único medio que me queda de reconquistarla!».

Y cogió como Octave la vara de hierro que el doctor Balthazar Cherbonneau le presentaba.

Fulgurados por los conductores de metal cargados excesivamente de fluido magnético, los dos jóvenes cayeron inmediatamente en un sueño tan profundo que hubiera parecido que estaban muertos a cualquier persona ajena: el doctor hizo los pases adecuados, celebró los ritos, pronunció las sílabas como la primera vez, y pronto dos chispitas aparecieron sobre Octave y el conde con un temblor luminoso; el doctor condujo a su morada primitiva el alma del conde Olaf Labinski, que siguió con rápido vuelo el gesto del magnetizador.

Mientras tanto, el alma de Octave se alejaba lentamente del cuerpo de Olaf y, en lugar de volver al suyo, se empezó a elevar, a elevar como si se sintiera feliz de ser libre, y no parecía dispuesta a volver a su prisión. El doctor se compadeció de aquel espíritu que agitaba sus alas, y se preguntó si haría bien en devolverla a este valle de miserias. Durante aquel minuto de vacilación, el alma siguió subiendo. Acordándose de su cometido, Cherbonneau repitió con imperioso acento el irresistible monosílabo e hizo un pase fulgurante de voluntad; la lucecita temblorosa estaba ya fuera del círculo de atracción y, atravesando el cristal superior de la ventana, desapareció.

El doctor cesó en sus esfuerzos que sabía superfluos y despertó al conde que, al verse en un espejo con sus rasgos habituales, lanzó un grito de alegría, echó una ojeada al cuerpo, que seguía inmóvil, de Octave como para convencerse de que

definitivamente se había librado de aquella envoltura, y salió al exterior, después de haber estrechado la mano de Balthazar Cherbonneau.

Unos instantes después, se dejó oír el ruido sordo de las ruedas de un coche en la calle, y el doctor Balthazar Cherbonneau se quedó solo frente al cadáver de Octave de Saville.

«¡Por la trompa de Ganesa!», exclamó el discípulo del brahmán de Elefanta cuando el conde hubo partido, «es un asunto desagradable. He abierto la puerta de la jaula, el pájaro ha emprendido el vuelo y ahí está fuera de la esfera de este mundo, tan lejos que ni siquiera el sannyasi Brahma-Logum conseguiría atraparle; y yo me quedo con un cuerpo en los brazos. Podría disolverle en un baño corrosivo tan enérgico que no quedaría de él ni un átomo, o convertirle en unas horas en una momia de Faraón semejante a las que encierran esos ataúdes abigarrados de jeroglíficos, pero empezarían las investigaciones, registrarían mi casa, abrirían mis cajas, me harían toda clase de interrogatorios fastidiosos...».

En este punto, una idea luminosa cruzó por la mente del doctor; cogió una pluma y trazó rápidamente unas líneas en una hoja de papel que guardó en el cajón de su mesa.

El papel contenía estas palabras:

«No teniendo ni parientes, ni heredero alguno, lego todos mis bienes a Octave de Saville, por quien siento un afecto especial, después de pagar un legado de cien mil francos al hospital brahmántico de Ceylán, para los animales viejos, cansados o enfermos, de entregar doscientos francos de renta vitalicia a mi criado indio y a mi criado inglés, y de entregar a la biblioteca Mazarino el manuscrito de las leyes de Manú».

Aquel testamento hecho a un muerto por un vivo no es una de las cosas menos extraordinarias de este cuento inverosímil y sin embargo real; pero esa singularidad se va a explicar inmediatamente.

El doctor tocó el cuerpo de Octave de Saville, que el calor de la vida todavía no había abandonado, miró en el espejo su rostro arrugado, bronceado y áspero como una piel de zapa, de expresión singularmente desdeñosa, y haciendo sobre él el gesto con el que se tira un traje viejo cuando el sastre nos trae uno nuevo, murmuró la fórmula del sannyasi Brahma-Logum.

Inmediatamente el cuerpo del doctor Balthazar Cherbonneau cayó como fulminado sobre la alfombra, y el de Octave de Saville se incorporó fuerte, activo y vivaz.

Octave-Cherbonneau se quedó de pie unos minutos ante aquel desecho delgado, huesudo y lívido que, como ya no lo sostenía el alma poderosa que lo vivificaba hacía un momento, ofreció casi inmediatamente los signos de la senilidad más extrema, y cobró rápidamente una apariencia cadavérica.

—¡Adiós, pobre despojo humano, miserable guiñapo con agujeros en los codos, raído en todas las costuras, que he llevado durante setenta años a las cinco partes del mundo! Me has prestado un buen servicio, y te abandono no sin cierto pesar. Estábamos tan acostumbrados a vivir siempre juntos... Pero con esta joven envoltura, que mi ciencia pronto habrá fortalecido, podré estudiar, trabajar, seguir leyendo las palabras del gran libro, sin que la muerte lo cierre en el párrafo más interesante diciendo: «¡Basta!».

Una vez dicha esta oración fúnebre dirigida a sí mismo, Octave-Cherbonneau salió con paso tranquilo para ir a tomar posesión de su nueva existencia.

El conde Olaf Labinski había vuelto a su mansión y había preguntado inmediatamente si la condesa podía recibirle.

La encontró sentada en un banco de musgo, en el invernadero, cuyos paneles de cristal levantados a medias dejaban pasar una brisa tibia y luminosa, en medio de una verdadera selva virgen de plantas exóticas y tropicales; estaba leyendo a Novalis, uno de los autores más sutiles, más sabios, más inmatrimiales que ha producido el espiritismo alemán; a la condesa no le gustaban los libros que pintan la vida con colores reales y fuertes, y la vida le parecía un poco vulgar porque había vivido en un mundo de elegancia, de amor y de poesía.

Dejó el libro y levantó lentamente los ojos hacia el conde. Temía encontrar otra vez en las negras pupilas de su marido aquella mirada ardiente, tempestuosa, cargada de pensamientos misteriosos, que la había perturbado tan penosamente y que le parecía —loca aprensión, extravagante idea— ¡la mirada de otro!

En los ojos de Olaf brilló una dicha serena, ardió con apacible fuego un amor casto y puro; el alma extraña, que había cambiado la expresión de sus rasgos, se había evaporado para siempre: Prascovia reconoció inmediatamente a su Olaf adorado, y un rápido rubor de felicidad matizó sus transparentes mejillas. Aunque ella ignoraba las transformaciones operadas por el doctor Cherbonneau, su delicadeza de persona sensible había sentido todos aquellos cambios sin ni siquiera darse cuenta.

—¿Qué estabas leyendo, querida Prascovia? —dijo Olaf recogiendo el libro encuadernado de tafite que estaba sobre el musgo—. ¡Ah! ¡la historia de Henri de Ofterdingen! es el mismo volumen que fui a buscarte a todo galope a Mohilev, un día que manifestaste en la mesa el deseo de tenerlo. A medianoche estaba en tu velador, al lado de la lámpara; ¡pero Ralph por poco se ahoga!

—Y yo te digo que nunca más manifestaré el menor capricho ante ti. Tienes el carácter de aquel grande de España que pedía a su amante que no mirara las estrellas, porque no podía dárselas.

—Si tú miraras una —respondió el conde—, intentaría subir al cielo e iría a pedírsela a Dios.

Mientras escuchaba a su marido, la condesa echó hacia atrás un mechón rebelde de sus cabellos que resplandecía como una llama en un rayo de oro. Aquel movimiento hizo que la manga se le deslizara y dejara al desnudo su bello brazo

ceñido en la muñeca por el lagarto constelado de turquesas que llevaba el día de su aparición en los Cascines, tan fatídico para Octave.

—Qué miedo —dijo el conde— te causó antaño este pobre lagarto que maté de un palo cuando, por primera vez, bajaste al jardín ante mis angustiosas súplicas... Mandé que lo bañaran en oro y lo adornaran de piedras preciosas; pero, incluso como joya, te seguía pareciendo temible, y hasta después de cierto tiempo no te decidiste a llevarlo.

—¡Oh! Ahora estoy acostumbrada y de todas mis joyas es mi preferida, porque me trae un grátísimo recuerdo.

—Sí —repuso el conde—; aquel día decidimos que, al siguiente, le pediría oficialmente tu mano a tu tía.

La condesa, que recuperaba la mirada y el acento del verdadero Olaf, se levantó, tranquilizada por aquellos detalles íntimos, le sonrió, le cogió del brazo y dio con él un paseo por el invernadero, arrancando al pasar, con la mano que le quedaba libre, algunas flores cuyos pétalos mordía con sus dulces labios, como aquella Venus de Schiavone que come rosas.

—Como hoy tienes tan buena memoria —dijo ella tirando la flor que estaba cortando con sus dientes de perla—, debes haber recobrado el uso de tu lengua materna... que ayer habías olvidado.

—¡Oh! —respondió el conde en polaco—, es la que mi alma hablará en el cielo para decirte que te amo, si es que las almas conservan en el paraíso un lenguaje humano.

Prascovia, mientras andaba, inclinó dulcemente la cabeza en el hombro de Olaf.

—Corazón mío —murmuró—, ahora eres tal como yo te amo. Ayer me dabas miedo y huí de ti como si fueras un extraño.

Al día siguiente, Octave de Saville, animado por el espíritu del viejo doctor, recibió una carta ribeteada de negro, en la que se le rogaba que asistiera al funeral, cortejo fúnebre y entierro de Balthazar Cherbonneau.

El doctor, dentro de su nueva apariencia, siguió a sus viejos despojos al cementerio, vio cómo le enterraban, escuchó con gesto compungido muy bien interpretado los discursos que se pronunciaron sobre la fosa, y en los que se lamentaba la pérdida irreparable que acababa de sufrir la ciencia. Luego volvió a la calle Saint-Lazare y esperó la apertura del testamento que había escrito en su favor.

Aquel día todo el mundo leyó en los sucesos de los periódicos de la tarde:

«El doctor Balthazar Cherbonneau, conocido por su larga permanencia en la India, sus conocimientos filológicos y sus curaciones maravillosas, fue encontrado muerto, ayer, en su laboratorio. El examen minucioso del cuerpo descarta totalmente la idea del crimen. Sin duda Cherbonneau sucumbió a fatigas intelectuales excesivas o pereció en alguna experiencia arriesgada. Dicen que un testamento ológrafo descubierto en el escritorio del doctor lega

a la biblioteca Mazarino manuscritos enormemente valiosos, y nombra como su heredero a un joven que pertenece a una familia distinguida, O. de S.»

I

EL *Leopoldo*, magnífico barco de vapor toscano que hace el trayecto de Marsella a Nápoles, acababa de doblar la punta de Procida. Todos los pasajeros estaban en el puente, curados del mal de mar ante la vista de la tierra, remedio más eficaz que los dulces de Malta y otras recetas utilizadas en tales casos.

En cubierta, en el recinto reservado a primera clase, había un grupo de ingleses que trataban de distanciarse unos de otros y de trazar a su alrededor un círculo de separación infranqueable; sus caras mustias estaban cuidadosamente afeitadas, sus corbatas no tenían una sola arruga, los cuellos duros y blancos de sus camisas parecían recortes de papel Bristol; guantes de piel de Suecia, completamente nuevos, cubrían sus manos, y el charol de lord Elliot resplandecía en sus flamantes zapatos. Era como si salieran de alguno de los compartimentos de su neceser; en su correcto atuendo, ninguno de los pequeños desarreglos que son la consecuencia normal de los viajes. Había lores, miembros de la Cámara de los Comunes, comerciantes de la City, sastres de Regent's Street y cuchilleros de Sheffield's respetables, graves, inmóviles, aburridos. Tampoco faltaban las mujeres, porque las inglesas no son sedentarias como las mujeres de otros países y aprovechan el menor pretexto para abandonar su isla. Al lado de *ladies* y *mistresses*, bellezas otoñales, con vestidos de color rosáceo, resplandecían, bajo un velo de gasa azul, jóvenes misses de tez llena de crema y colorete, de brillantes tirabuzones rubios, dientes largos y blancos, que recordaban a los personajes aficionados a los *keep-sakes*^[35] y absolvían a los grabados de más allá de la Mancha de la acusación de mentirosos que con frecuencia se les atribuye. Estas encantadoras personas modulaban, cada una por su lado, con el más delicioso acento británico, la frase sacramental: «*Vedi Napoli e poi mori*», consultaban la guía de viaje o tomaban nota de sus impresiones en su diario, sin prestar la menor atención a las miradas donjuanescas de algunos presumidos parisinos que rondaban alrededor de ellas, mientras las mamás irritadas murmuraban a media voz contra la mala educación francesa.

En el límite de la zona aristocrática paseaban, fumando sendos cigarros, tres o

cuatro jóvenes que por su sombrero de paja o de fieltro gris, por sus paletos constelados de anchos botones de hueso, por sus amplios pantalones de dril, era fácil reconocer como artistas, indicio que confirmaban además sus bigotes a lo Van Dyck, su pelo rizado a lo Rubens o cortado al cepillo a lo Pablo Veronés; procuraban, pero con otro propósito muy distinto que los *dandys*, captar los perfiles de aquellas bellezas a las que su escasa fortuna les impedía aproximarse, y esta preocupación les distraía un poco del magnífico panorama que se ofrecía a sus ojos.

En el puente del navío, apoyados en la borda o sentados en bultos atados con cuerdas, se agrupaban los pobres de tercera clase, acabando las provisiones que habían dejado intactas a causa de las náuseas, y no tenían ni siquiera una mirada para el más admirable espectáculo del mundo, porque el sentimiento de la naturaleza es privilegio de los espíritus cultivados, a los que las necesidades materiales de la vida no absorben por completo.

Hacía bueno; las olas azules desplegaban enormes ondulaciones, y apenas tenían fuerza para borrar el surco del barco; el humo de la chimenea, que formaba las nubes de aquel cielo espléndido, se alejaba lentamente en suaves copos de algodón, y las palas de las ruedas, al agitarse en un polvo diamantino en que el sol suspendía sus iris, batían el agua con gozosa actividad, como si tuvieran conciencia de la proximidad del puerto.

La larga línea de colinas que, desde Pausilipo al Vesubio, dibuja el maravilloso golfo al fondo del cual Nápoles reposa como una ninfa marina secándose en la orilla después del baño, empezaba a apuntar sus ondulaciones violetas, y se destacaba en trazos más firmes del azul resplandeciente del cielo; algunos puntos blancos, que salpicaban el fondo más sombrío de aquellas tierras, descubrían la presencia de villas esparcidas por el campo. Velas de barcos pesqueros que volvían al puerto se deslizaban sobre la superficie azul como plumas de cisne movidas por la brisa, único signo de actividad humana en la majestuosa soledad del mar.

Después de avanzar un poco más, el castillo de Santelmo y el convento de San Martino se perfilaron nítidamente en la cima de la montaña a la que Nápoles se adosa, sobre las cúpulas de las iglesias, las terrazas de los hoteles, los tejados de las casas, las fachadas de los palacios y el verdor de los jardines todavía vagamente difuminados en un vapor luminoso. Pronto el castillo del Uovo, alzado sobre una roca bañada por la espuma, pareció adelantarse hacia el barco de vapor, y la mole con su faro se alargó como un brazo que sostuviera una antorcha.

Al fondo de la bahía el Vesubio, más próximo, cambió los matices azulados con que lo envolvía la distancia por tonos más vigorosos y más sólidos; torrentes y coladas de lava fría surcaban sus laderas y de su cono truncado como los orificios de un pebetero, salieron visiblemente pequeñas bocanadas de humo que un soplo de viento lograba extinguir.

Se veía claramente Chiatamone, Pizzo Falcone, el muelle de Santa Lucia, rodeado de hoteles, el Palazzo Reale y sus hileras de balcones, el Palazzo Nuovo flanqueado

de torres y celosías, el Arsenal, y los barcos de todas las naciones, que entretejían sus mástiles y sus vergas como los árboles de un bosque despojado de hojas, cuando salió de su camarote un pasajero que no se había dejado ver en toda la travesía, ya porque el mal de mar le hubiera retenido en su litera o porque por hosquedad no hubiera querido mezclarse con el resto de los pasajeros, o, finalmente, porque el espectáculo, nuevo para casi todos los demás, le resultara familiar desde hacía mucho tiempo y no le ofreciera interés alguno.

Era un joven de veintiséis a veintiocho años, o por lo menos esa edad se le atribuía a primera vista, porque cuando se le miraba con atención parecía más joven o más viejo, de tal manera su enigmática fisonomía expresaba al mismo tiempo lozanía y fatiga. Sus cabellos, de un rubio oscuro, tomaban esa tonalidad que los ingleses llaman *auburn*, y sus reflejos cobrizos y metálicos se encendían al sol, mientras en la sombra parecían casi negros. Su perfil ofrecía acusados rasgos de gran pureza, una frente cuya protuberancia hubiera admirado un frenólogo, la nariz de una noble curva aguileña, labios perfectamente perfilados, y una barbilla cuya poderosa elegancia recordaba a las medallas antiguas; y sin embargo todos estos rasgos, bellos por sí solos, no componían en absoluto un conjunto agradable. Les faltaba esa misteriosa armonía que dulcifica los contornos y funde los unos en los otros. La leyenda habla de un pintor italiano que, cuando quiso representar al ángel rebelde, le dibujó un rostro de perfecciones dispares, y consiguió de ese modo un efecto de terror mucho mayor que el que lograban los cuernos, las cejas arqueadas y el rictus de la boca. La cara del extranjero producía una impresión semejante. Sobre todo sus ojos eran extraordinarios; las negras pestañas que los bordeaban contrastaban con el color gris pálido de las pupilas y el tono castaño claro del pelo. El escaso grosor de los huesos de la nariz les hacía parecer más próximos de lo que las proporciones establecidas por el arte permiten, y su expresión era verdaderamente indefinible. Cuando no se fijaban en nada, una vaga melancolía, una tendencia languideciente se perfilaban en un resplandor húmedo; si se quedaban mirando a una persona o a un objeto, las cejas se acercaban una a otra, se crispaban y dibujaban una arruga perpendicular en la piel de la frente: las pupilas, de grises pasaban a ser verdes, se llenaban de puntos negros como de tigre, se estriaban de fibrillas amarillas; la mirada surgía penetrante, casi hiriente; luego todo volvía a su placidez primitiva, y el personaje mefistofélico volvía a ser de nuevo un joven de mundo —incluso miembro del Jockey-Club— que iba a pasar una temporada a Nápoles, deseoso de poner el pie en un suelo de lava menos móvil que el puente del *Leopoldo*.

Su atuendo era elegante sin ningún detalle visible que llamara la atención: una levita azul oscuro, una corbata negra de lunares, cuyo nudo no estaba ni demasiado hecho ni tampoco descuidado, un chaleco del mismo dibujo que la corbata, pantalones gris claro, que caían sobre unas finas botas, componían su atavío; la cadena de su reloj era de oro macizo y un cordón liso de seda sostenía sus lentes; en la mano cuidadosamente enguantada agitaba un fino bastón hecho de cepa de viña

que terminaba en un escudo de plata.

Dio unos pasos por el puente, dejando que su mirada errara vagamente hacia la orilla, cada vez más cercana, y en la que se podía observar el movimiento de los coches, el hormigueo de la población y el abigarramiento de grupos de ociosos para quienes la llegada de una diligencia o de un barco de vapor es un espectáculo siempre interesante y siempre nuevo aunque lo hayan contemplado mil veces.

Ya salía del muelle una flotilla de botes y chalupas, que se disponían al asalto del Leopoldo, llenos de una tripulación de mozos de hotel, criados, *facchini* y otros canallas por el estilo acostumbrados a considerar al extranjero como una presa; cada barco se esforzaba por llegar en primer lugar, y los marineros intercambiaban, según su costumbre, insultos e injurias capaces de horrorizar a las personas poco al tanto de las costumbres de la clase baja napolitana.

El joven de los cabellos *auburn*, para captar mejor todos los detalles que su punto de vista le permitía contemplar, se había calado sus lentes; pero su atención, apartada del espectáculo sublime de la bahía a causa del griterío que se elevaba de la flotilla, se concentró en las canoas; sin duda el ruido le molestaba, porque frunció el ceño, las arrugas de su frente se pronunciaron, y el gris de sus pupilas cobró un tono amarillo.

Una ola inesperada, que venía de alta mar deslizándose sobre la superficie, orlada de una franja de espuma, pasó bajo el barco de vapor, lo elevó y lo dejó caer pesadamente, se rompió contra el muelle en millones de gotitas, mojó a los paseantes que se quedaron sorprendidos de aquella ducha súbita y, por la violencia de su resaca, hizo chocar tan violentamente las embarcaciones, que tres o cuatro *facchini* cayeron al agua. El accidente no era grave, porque esos picaros nadan todos como peces o dioses marinos, y unos segundos después reaparecieron, con los cabellos pegados a las sienes, expulsando el agua amarga por la boca y la nariz, y tan sorprendidos, sin lugar a dudas, de aquel chapuzón, como pudo estarlo Telémaco, hijo de Ulises, cuando Minerva, bajo la figura del sabio Mentor, le arrojó desde lo alto de una roca al mar para arrancarle del amor de Eucharis.

Detrás del extraño viajero, a respetuosa distancia, permanecía de pie, junto a un montón de baúles, un criado, especie de anciano de quince años, gnomo vestido de librea, que se parecía a esos enanos que la paciencia china tiene metidos en jarrones de porcelana para impedirles crecer; su cara lisa, donde la nariz apenas sobresalía, parecía haber estado comprimida desde la infancia, y sus ojos saltones tenían esa dulzura que algunos naturalistas encuentran en los del sapo. Ninguna joroba redondeaba sus hombros ni abombaba su pecho; sin embargo daba la impresión de que era un jorobado, aunque se buscara en vano su joroba. En suma, era un lacayo muy eficaz, que hubiera podido presentarse sin adiestramiento en las casas de Ascott o en las competiciones de Chantilly; cualquier *gentleman-rider* le hubiera aceptado a pesar de su mal aspecto. Era desagradable, pero irreprochable en su género, como su amo.

Desembarcaron; los mozos de cuerda, después de intercambiar injurias más que

homéricas, se repartieron los extranjeros y los equipajes, y se dirigieron a los diferentes hoteles de los que Nápoles está abundantemente provisto.

El viajero de los lentes y su criado se dirigieron hacia el hotel de Roma, seguidos de una numerosa falange de robustos *facchini* que fingían sudar y jadear bajo el peso de una sombrerera o de una ligera caja, con la ingenua esperanza de una propina mayor, mientras cuatro o cinco de sus compañeros, poniendo de relieve unos músculos tan fuertes como los del Hércules que se admira en el museo Studii, empujaban un carretón en el que se tambaleaban dos baúles de tamaño mediano y de peso moderado.

Cuando hubieron llegado a las puertas del hotel y el *padron di casa* hubo designado al recién llegado las habitaciones que debía ocupar, los mozos de cuerda, aunque habían recibido aproximadamente el triple del precio de su trayecto, se pusieron a gesticular desenfrenadamente y a lanzar discursos en que las fórmulas suplicantes se mezclaban con las amenazas en la más cómica proporción; hablaban todos a la vez con terrible locuacidad, reclamando un aumento en la paga, y jurando por todos los dioses que no habían sido suficientemente recompensados por su esfuerzo. Paddy se quedó solo para hacerles frente, porque su amo, sin preocuparse de aquel alboroto, ya había subido la escalera. Parecía un mono rodeado por una jauría de perros. Así que intentó, para calmar aquel huracán ruidoso, una breve arenga en su lengua materna, es decir en inglés. La arenga tuvo poco éxito. Entonces, cerrando los puños y poniendo los brazos a la altura del pecho, adoptó una postura de boxeador muy correcta, ante las carcajadas de los *facchini*, y, de un golpe directo, digno de Adams o de Tom Cribbs, al estómago, tumbó al gigante de la banda que se quedó patas arriba en las losas de lava del pavimento.

Aquella hazaña hizo que el grupo se diera a la fuga; el coloso se levantó con dificultad, molido por la caída; y sin tratar de vengarse de Paddy, se fue dándose frotaciones con la mano, exageradamente, en la huella azulada que empezaba a irisar su piel, convencido de que un demonio debía estar escondido bajo el traje de aquel macaco, que sólo parecía servir para hacer equitación a lomos de un perro, y al que había creído poder derribar de un soplido.

El extranjero mandó llamar al *padron di casa* y le preguntó si había llegado al hotel de Roma una carta dirigida al señor Paul d'Aspremont; el hotelero respondió que una carta de esas características esperaba, efectivamente, desde hacía una semana, en el buzón de la correspondencia, y se apresuró a ir a buscarla.

La carta, encerrada en un grueso sobre de papel *cream-lead* azulado y cerrado con un sello de cera, estaba escrita con esa letra inclinada de trazos grandes y picudos, de caligrafía cursiva, que denota una alta educación aristocrática, y que poseen, demasiado uniformemente quizá, las jóvenes inglesas de buena familia.

Esto es lo que contenía el sobre, que el señor d'Aspremont abrió a una velocidad cuyo motivo seguramente no era simple curiosidad:

«Mi querido Paul,

»Llegamos a Nápoles hace dos meses. Durante el viaje, que hicimos por pequeñas etapas, mi tío se quejó amargamente del calor, los mosquitos, el vino, la mantequilla, las camas; juraba que hay que estar verdaderamente loco para dejar una confortable casa de campo, a unas millas de Londres, y pasear por caminos polvorientos llenos de detestables posadas, donde ni a los honorables perros ingleses les gustaría pasar una noche; pero, aunque protestando, me acompañaba, y le podía haber llevado al fin del mundo; ahora ya no se siente mal y yo estoy mejor. Nos hemos instalado al borde del mar, en una casa encalada y enterrada en una especie de selva virgen de naranjos, limoneros, mirtos, adelfas y otras vegetaciones exóticas. Desde lo alto de la terraza se goza de una vista maravillosa, y todas las tardes encontrarás una taza de té o una limonada helada, a tu elección. Mi tío, al que has fascinado sin saber cómo, estará encantado de estrecharte la mano. ¿Es necesario añadir que a mí tampoco me disgustará, aunque me lastimaras los dedos con tu sortija, cuando te dije adiós en el muelle de Folkestone?

»Alicia W.»

II

Paul d'Aspremont, después de haber mandado que le sirvieran la cena en su habitación, pidió una calesa. Siempre las hay estacionadas alrededor de los grandes hoteles, esperando exclusivamente el capricho de los viajeros; el deseo de Paul se cumplió, pues, inmediatamente. Los caballos de alquiler napolitanos son tan delgados que hacen parecer gordísimo a Rocinante; sus cabezas descarnadas, sus costillas visibles como los aros de un tonel, su espinazo en relieve siempre despellejado, parecen implorar como un favor el cuchillo del descuartizador, porque dar de comer a los animales está considerado como algo superfluo por la despreocupación meridional; los arreos, rotos la mayoría de las veces, se sustituyen por cuerdas, y cuando el cochero coge las riendas y chasquea la lengua para emprender la marcha, parece que los caballos van a desvanecerse y el coche a convertirse en humo como la carroza de Cenicienta cuándo vuelve del baile pasada la medianoche, a pesar de la recomendación del hada. Sin embargo no pasa nada; los escuálidos caballos se

mantienen firmes sobre sus patas y, después de cierto titubeo, emprenden un galope que ya no abandonan: el cochero les comunica su pasión, y la tralla de su látigo sabe hacer saltar la última chispa de vida escondida en sus osamentas. Piafan, agitan la cabeza, cobran un aspecto fogoso, abren mucho los ojos, dilatan los orificios nasales, y mantienen un paso que no igualarían los más rápidos trotadores ingleses. ¿Cómo es posible ese fenómeno, y qué fuerza hace correr a galope tendido a animales muertos?

Nosotros no lo explicaremos. Ese milagro tiene lugar diariamente en Nápoles y nadie manifiesta ante él la menor sorpresa.

La calesa de Paul d'Aspremont volaba a través de la compacta multitud, rozando las tiendas de *acquajoli* llenas de guirnaldas de limones, las cocinas de frituras o de macarrones al aire libre, los escaparates de mariscos y los montones de sandías dispuestas en la vía pública como las balas de cañón en los parques de artillería. Apenas los *lazzaroni*, tumbados a lo largo de las paredes, envueltos en sus chaquetones, se dignaban a retirar las piernas para evitar que las alcanzaran los carruajes; de vez en cuando, un *corricolo*, avanzando entre sus grandes ruedas escarlatas, pasaba cargado de una multitud de monjes, nodrizas, *facchini* y bribonzuelos, al lado de la calesa, cuyo eje rozaba en medio de una nube de polvo y ruido. Los *corricoli* ahora están prohibidos, y prohibido también construir otros nuevos; pero se puede añadir una carrocería nueva a ruedas viejas, o ruedas nuevas a una vieja carrocería: ingenioso medio que permite a esos extraños vehículos perdurar aún por mucho tiempo para gran satisfacción de los enamorados del color local.

Nuestro viajero sólo prestó una atención distraída a aquel espectáculo animado y pintoresco que sin duda, hubiera absorbido a cualquier turista que no hubiera encontrado en el hotel de Roma una carta dirigida a él y firmada por ALICIA W.

Contemplaba vagamente el mar límpido y azul, donde se veían, en medio de una luz brillante, y matizadas por la distancia de tonos de amatista y zafiro, las bellas islas esparcidas en forma de abanico a la entrada del golfo, Capri, Ischia, Nisida, Procida, cuyos armoniosos nombres suenan como dáctilos griegos, pero su alma no estaba allí; volaba a toda velocidad hacia Sorrento, hacia la casita blanca hundida en el verdor de la que hablaba la carta de Alicia. En ese momento la cara de d'Aspremont no tenía aquella expresión indefiniblemente desagradable que la caracterizaba cuando una dicha interior no armonizaba en ella sus dispares perfecciones: era realmente bella y simpática, para servirnos de una palabra que les gusta mucho a los italianos; tenía el arco de sus cejas distendido; las comisuras de su boca no se contraían desdeñosamente, y un tierno resplandor iluminaba sus ojos en calma; se hubieran comprendido perfectamente, al verle entonces, los sentimientos que parecían denotar respecto a él las frases medio tiernas y medio burlonas escritas en el papel *cream-lead*. Su originalidad, basada en una gran distinción, no debía desagradar a una joven miss, educada libremente a la inglesa por un anciano tío muy indulgente.

Al ritmo con que el cochero impulsaba a sus animales, pronto habían dejado atrás Chiaja, la Marinella, y la calesa rodó por el campo sobre el camino que hoy han

sustituido por un ferrocarril. Un polvo negro, semejante a carbón triturado, da un aspecto plutónico a toda aquella playa cubierta por un cielo resplandeciente y bañada por un mar azulísimo; es el hollín del Vesubio tamizado por el viento el que espolvorea la orilla y hace que las casas de Portici y de Torre del Greco se parezcan a las fábricas de Birmingham. Paul d'Aspremont no se ocupó en absoluto del contraste de la tierra de ébano y el cielo de zafiro, pues estaba impaciente por llegar. Los más bellos caminos se hacen largos cuando miss Alicia espera al final, tras haberle dicho adiós hace seis meses en el muelle de Folkestone: el cielo y el mar de Nápoles pierden su magia.

La calesa abandonó el camino, tomó un atajo, y se detuvo ante la entrada de un jardín que consistía en dos pilares de ladrillos blanqueados, coronados por jarrones de barro, donde unos álces abrían sus hojas parecidas a láminas de hierro y puntiagudas como puñales. Una verja pintada de verde servía de puerta. La pared había sido reemplazada por un seto de cactus, cuyos brotes formaban codos deformes y mezclaban inextricablemente sus hojas espinosas.

Por encima del seto, tres o cuatro higueras enormes extendían en masas compactas sus anchas hojas metálicas con un vigor de vegetación plenamente africana; un enorme pino real balanceaba su copa, y apenas podía la mirada, a través de los intersticios de aquella rebosante frondosidad, distinguir la fachada de la casa, cuyas blancas paredes brillaban detrás de aquella tupida cortina.

Una criada morena, de cabellos rizados, y tan espesos que un peine se hubiera roto al intentar penetrar en ellos, acudió al oír el ruido del coche, abrió la verja y, precediendo a d'Aspremont por una avenida de adelfas cuyas ramas le acariciaban la mejilla con sus flores, le condujo a la terraza donde miss Alicia Ward tomaba el té en compañía de su tío.

Por un capricho muy acorde con una joven hastiada del confort y la elegancia, y seguramente también para contrariar a su tío, de cuyos gustos burgueses ella se burlaba, miss Alicia había elegido, con preferencia a las viviendas civilizadas, aquella villa, cuyos dueños siempre estaban viajando y que había permanecido varios años sin habitar. Encontraba en aquel jardín abandonado, y que casi había vuelto a su estado natural, una poesía salvaje que le gustaba; bajo el vigoroso clima de Nápoles, todo había brotado con prodigiosa actividad. Naranjos, mirtos, granados, limoneros, habían crecido a sus anchas, y las ramas, que ya no tenían que temer las tijeras del podador, se daban la mano de un extremo a otro de la avenida, o penetraban familiarmente en las habitaciones por algún cristal roto. No había allí, como en el norte, la tristeza de una casa desierta, sino la alocada alegría y la dichosa petulancia de la naturaleza del sur entregada a sí misma; en ausencia del amo, la exuberante vegetación se entregaba al placer de una bacanal de hojas, flores, frutas y perfumes; recuperaba el lugar que el hombre le disputa.

Cuando el comodoro —así llamaba Alicia familiarmente a su tío— vio aquella maleza impenetrable, a cuyo través sólo se hubiera podido avanzar con la ayuda de

un sable, como en las selvas de América, puso el grito en el cielo y pensó que su sobrina estaba decididamente loca. Pero Alicia le prometió solemnemente que mandaría hacer de la puerta de entrada al salón y del salón a la terraza un pasillo suficiente para un tonel de malvasía, única concesión que podía hacer al positivismo de su tío. El comodoro se resignó, porque no sabía resistirse a su sobrina, y en ese momento, sentado frente a ella en la terraza, bebía a pequeños sorbos, con el pretexto del té, una gran taza de ron.

Aquella terraza, que había seducido especialmente a la joven miss, era realmente muy pintoresca, y merece una descripción particular, porque Paul d'Aspremont volvería allí con frecuencia, y se debe pintar el decorado de las escenas que se cuentan.

Se subía a la terraza, cuyos muros a pico dominaban un camino profundo, por una escalera de anchas baldosas desunidas, donde prosperaban vivaces hierbas silvestres. Cuatro columnas descascarilladas, traídas de alguna ruina antigua y cuyos perdidos capiteles habían sido reemplazados por piedras de apoyo, sostenían un enrejado de listones enlazados cubiertos de hojas de parra. De los antepechos caían en matas y guirnaldas labruscas y plantas parietarias. Al pie de las paredes, la chumbera, el áloe, el madroño crecían en un encantador desorden, y más allá de un bosquecillo en el que sobresalían una palmera y tres pinos de Italia, la vista se extendía sobre ondulaciones de terreno sembradas de blancas villas, se detenía en la silueta violácea del Vesubio, o se perdía en la azul inmensidad del mar.

Cuando Paul d'Aspremont apareció en lo alto de la escalera, Alicia se levantó, dio un gritito de alegría y avanzó a su encuentro. Paul le cogió la mano a la inglesa, pero la joven levantó su mano prisionera a la altura de los labios de su amigo con un movimiento lleno de gentileza infantil y de ingenua coquetería.

El comodoro intentó alzarse sobre sus piernas un poco gotosas, y lo consiguió después de algunos gestos de dolor que contrastaban cómicamente con el aspecto de júbilo que se dibujaba en su ancha cara; se aproximó, con paso bastante ágil para él, al encantador grupo de los dos jóvenes y atenazó la mano de Paul de modo que sus dedos crujieron unos contra otros, cosa que es la suprema expresión de la cordialidad británica.

Miss Alicia Ward pertenecía a esa variedad de inglesas morenas que constituyen un ideal cuyas condiciones parecen contradecirse entre sí: es decir, una piel de blancura tan deslumbrante que haría parecer amarillos a la leche, la nieve, la azucena, el alabastro, la cera virgen y todo lo que sirve a los poetas para sus comparaciones; los labios eran de cereza y los cabellos tan negros como la noche de las alas del cuervo. El efecto de ese contraste es irresistible y produce una belleza única, cuyo equivalente sería imposible de encontrar. Quizá algunas circasianas educadas desde la infancia en el serrallo ofrecen esa tez milagrosa, pero sobre esto tenemos que fiarnos de las exageraciones de la poesía oriental y de las acuarelas de Lewis que representan los harenes del Cairo. Alicia sin duda era el prototipo más perfecto de esta clase de

belleza.

El óvalo alargado de su cabeza, su tez de incomparable pureza, su nariz fina, delicada, transparente, sus ojos de un azul oscuro rodeados de largas pestañas que aleteaban sobre sus rosadas mejillas, como negras mariposas, cuando bajaba los párpados, sus labios coloreados de un brillante púrpura, sus cabellos que caían en bucles resplandecientes como cintas de raso a ambos lados de sus mejillas y de su cuello de cisne, daban testimonio a favor de aquellas deslumbrantes caras de mujer de Maclise que, en la Exposición universal, parecían maravillosas imposturas.

Alicia llevaba un vestido de granadina de volantes festoneados y bordados con palmetas rojas, que armonizaban muy bien con las trenzas de coral de pequeñas cuentas que componían su tocado, su collar y sus brazaletes; cinco adornos de pasamanería colgados de una perla de coral con facetas temblaban en el lóbulo de sus orejas pequeñas y delicadamente formadas.

Si censuráis este abuso del coral, pensad que estamos en Nápoles, y que los pescadores salen expresamente del mar para presentaros sus ramas que el aire enrojece.

Ahora os debemos, después del retrato de miss Alicia Ward, aunque sólo sea como contraste, por lo menos una caricatura del comodoro al modo de Hogarth.

El comodoro, de unos sesenta años de edad, presentaba la particularidad de tener la cara de un rojo uniformemente encendido, en el que destacaban unas cejas blancas y patillas del mismo color, perfectamente recortadas, lo que le hacía parecerse a un viejo Piel Roja que se hubiera tatuado con tiza. Las quemaduras de sol, inseparables de un viaje a Italia, habían añadido varias capas más a su ardiente coloración, y el comodoro recordaba involuntariamente a una enorme almendra garrapiñada envuelta en algodón. Iba vestido de pies a cabeza, chaqueta, chaleco, pantalones y polainas, de un tejido de lana color gris vinoso, y que el sastre debió afirmar, por su honor, que era el tono más de moda y que más favorecía, cosa en la que quizá no había mentido. A pesar de su cara sonrosada y de su atuendo grotesco, el comodoro no tenía en absoluto un aspecto corriente. Su impecable pulcritud, su porte irreprochable y sus elegantes ademanes denotaban al perfecto *gentleman*, aunque tuviera más de una similitud exterior con los ingleses de vodevil tal como los parodian Hoffmann o Levassor. Su ocupación consistía en adorar a su sobrina y beber mucho oporto y ron de Jamaica para mantener la necesaria humedad, según el método del cabo Trimm^[36].

—¡Observa qué bien me encuentro ahora y qué bella estoy! Mira mis colores; todavía no tengo tantos como mi tío; hay que esperar que eso no ocurra. Sin embargo aquí está el rosa, un verdadero rosa —dijo Alicia pasando por su mejilla su fino dedo terminado en una uña reluciente como el ágata—; también he engordado, y ya no se me notan mis pobres clavículas que tanto me atormentaban cuando iba a un baile. Dime, ¿no es verdad que hay que ser coqueta y privarse durante tres meses de la compañía del prometido, para que después de la ausencia te encuentre lozana y espléndida?

Y soltando esta perorata en el tono jovial y dicharachero que le era familiar, Alicia se quedó de pie delante de Paul como para provocar y desafiar su examen.

—¿No es verdad —añadió el comodoro— que ahora está robusta y espléndida como esas muchachas de Procida que llevan ánforas griegas en la cabeza?

—Sin lugar a dudas, comodoro —respondió Paul—. Miss Alicia no se ha vuelto más bella, era imposible, pero visiblemente goza de mejor salud que cuando, por coquetería, según dice, me impuso esta penosa separación.

Y su mirada se detuvo con una fijeza extraña en la joven que estaba ante él.

De repente el precioso color rosa que se vanagloriaba de haber conseguido desapareció de las mejillas de Alicia, como el tono rojo de la tarde abandona las mejillas de nieve de la montaña cuando el sol se pone en el horizonte; toda temblorosa, se llevó la mano al corazón; su boca maravillosa y pálida se contrajo.

Paul, alarmado, se levantó y también el comodoro; los vivos colores de Alicia habían vuelto a aparecer y sonreía con un poco de esfuerzo.

—Te prometí una taza de té o un sorbete; aunque soy inglesa, te recomiendo el sorbete. Es mejor el hielo que el agua caliente, en este país vecino de África donde el siroco llega sin obstáculos.

Los tres se sentaron en torno a la mesa de piedra, bajo el techo de pámpanos. El sol se había hundido en el mar, y la luz azul que en Nápoles llaman la noche sucedió a la luz amarilla. La luna sembraba de retazos de plata la terraza, por entre el follaje; el mar murmuraba en la orilla como si la besara, y se oía a lo lejos el sonido de cobre de las panderetas que acompañaban a las tarantelas...

Había que separarse. Vicè, la tosca criada de pelo rizado, llegó con un farol para acompañar a Paul a través del laberinto del jardín. Mientras servía los sorbetes y el agua helada, había dirigido al recién llegado una mirada con mezcla de curiosidad y de temor. Sin duda el resultado de su examen no había sido favorable para Paul, porque la frente de Vicè, amarilla de por sí como un cigarro, se había oscurecido más y, cuando acompañaba al forastero, dirigió contra él, de forma que no pudo advertirlo, el meñique y el índice de su mano, mientras los otros dos dedos, doblados hacia la palma, se juntaban con el pulgar como para formar un signo cabalístico.

III

El amigo de Alicia volvió al hotel de Roma por el mismo camino. La belleza de la

noche era incomparable; una luna pura y brillante derramaba en el agua de un azul diáfano un largo reguero de lentejuelas de plata, cuyo perpetuo hormigueo, originado por el chapoteo de las olas, multiplicaba su resplandor. En alta mar, los barcos pesqueros, que llevaban a proa un farol de hierro lleno de estopa ardiendo, punteaban el mar de estrellas rojas y dejaban tras ellos surcos escarlatas; el humo del Vesubio, blanco durante el día, se había transformado en columna luminosa y también proyectaba su reflejo sobre el golfo. En ese momento la bahía presentaba el aspecto, inverosímil para los ojos septentrionales, que le dan las acuarelas italianas de marco negro, tan extendidas hace años, y más fieles de lo que se piensa en su cruda exageración.

Algunos *lazzaroni* noctámbulos vagaban todavía por la orilla del mar, conmovidos, sin saberlo, ante el mágico espectáculo, y contemplaban con sus grandes ojos negros la azulada superficie. Otros, sentados en la borda de una barca encallada, cantaban el aria de Lucia^[37] o la romanza popular entonces de moda: «Ti voglio ben'assai», con una voz que hubieran envidiado muchos tenores a los que pagan cien mil francos. Nápoles se acuesta tarde, como todas las ciudades meridionales; sin embargo las ventanas se iban apagando poco a poco, y solamente los despachos de lotería, con sus guirnalda de papel de colores, sus números favoritos y su brillante iluminación, estaban todavía abiertos, dispuestos a recibir el dinero de los jugadores caprichosos que tuvieran la idea de jugar unos carlinos o unos ducados a un número soñado, al volver a sus casas.

Paul se metió en la cama, corrió las cortinas de gasa del mosquitero y no tardó en dormirse. Como suele sucederles a los viajeros después de una travesía, su lecho, aunque inmóvil, le parecía que se tambaleaba y rodaba, como si el hotel de Roma hubiera sido el *Leopoldo*. Esa impresión le hizo soñar que estaba todavía en el mar y que veía, en el muelle, a Alicia palidísima, al lado de su colorado tío, y que le hacía una seña con la mano de que no se acercara; el rostro de la joven expresaba un profundo dolor, y al rechazarle parecía obedecer contra su voluntad a una imperiosa fatalidad.

Aquel sueño, que tomaba de imágenes muy recientes su excesiva realidad, apesadumbró al durmiente hasta el punto de despertarle, y se alegró de encontrarse en su habitación, donde temblaba, con un reflejo de ópalo, una lamparita que iluminaba una torrecita de porcelana asediada por los mosquitos zumbadores. Para no caer de nuevo en las garras de aquella penosa pesadilla, Paul luchó contra el sueño y se puso a pensar en los comienzos de su relación con miss Alicia, recordando una por una todas las escenas pueriles y encantadoras del primer amor.

Volvió a ver la casa de ladrillos rosas, cubierta de escaramujos y madreselvas, que habitaba en Richmond miss Alicia con su tío, y donde le había introducido, en su primer viaje a Inglaterra, una de esas cartas de recomendación cuyo efecto se limita normalmente a una invitación a cenar. Recordó el vestido blanco de muselina de la India, adornado con un simple lazo, que Alicia, que acababa de salir del pensionado,

llevaba aquel día, y la rama de jazmín que se enrollaba en la cascada de sus cabellos como una flor de la corona de Ofelia, llevada por la corriente, y sus ojos de un azul de terciopelo, y su boca un poco entreabierta, que dejaba distinguir unos dientes de nácar, y su delicado cuello que se estiraba como el de un pájaro atento, y sus repentinos rubores cuando la mirada del joven caballero francés encontraba la suya.

La sala de visitas, de zócalos oscuros, colgaduras de paño verde, adornada de grabados que representaban la caza del zorro y de *steeple-chases* coloreados en los tonos chillones de la iluminación inglesa, se reprodujo en su cerebro como en una cámara oscura. El piano extendía su hilera de teclas que parecían los dientes de una anciana. La chimenea, festoneada de una ramita de hiedra de Irlanda, hacía brillar su parrilla de hierro recién pintado; las butacas de madera de roble, de patas torneadas, abrían sus brazos tapizados de tafilete, la alfombra extendía sus rosetones, y miss Alicia, temblando como una hoja, cantaba con la voz más adorablemente desentonada del mundo la romanza de Anna Bolena «*deh, non voler costringere*», que Paul, no menos emocionado, acompañaba a destiempo, mientras el comodoro, adormilado por una digestión laboriosa y todavía más colorado que de costumbre, dejaba caer al suelo un grueso ejemplar del *Times* con suplemento.

Luego la escena cambió: el comodoro había pedido a Paul, que ya había ganado su intimidad, que pasara unos días en su casa de campo de Lincolnshire... Un antiguo castillo feudal, de torres almenadas, ventanas góticas, medio envuelto por una inmensa hiedra, pero dispuesto por dentro con todas las comodidades modernas, se elevaba al fondo de un terreno de césped cuidadosamente regado y segado, que parecía terciopelo; una avenida de arena amarilla, que daba la vuelta al césped, servía para que miss Alicia hiciera ejercicios de equitación, montada en uno de esos caballos de Escocia de crines alborotadas que le gusta pintar a sir Edward Landseer, y a los que infunde una mirada casi humana. Paul, en un caballo bayo de color cereza que le había prestado el comodoro, acompañaba a miss Ward en su paseo circular, porque el médico, que la había encontrado el pecho un poco débil, le mandaba que hiciera ejercicio.

En otra ocasión, un ligero bote se deslizaba por el estanque, desplazando los nenúfares y obligando a emprender el vuelo al martín pescador bajo el follaje plateado de los sauces. Era Alicia la que remaba y Paul quien llevaba el timón. ¡Qué bella estaba en la aureola de oro que dibujaba alrededor de su cabeza su sombrero de paja atravesado por un rayo de sol! Se echaba hacia atrás para manejar los remos; la punta de charol de su botín gris se apoyaba en la tabla del banco; miss Ward no tenía uno de esos pies andaluces cortos y redondos como planchas que tanto admiran en España, pero su tobillo era fino, su empeine bien arqueado, y la suela de su borceguí, un poco larga quizá, no tenía dos dedos de ancho.

El comodoro se había quedado en la orilla, no a causa de su estatura, sino de su peso, que hubiera hecho zozobrar la frágil embarcación; esperó a su sobrina en el embarcadero, y le echó con cuidado maternal una esclavina sobre los hombros, por

miedo a que se resfriara. Luego ataron la barca a un poste y volvieron a almorzar al castillo. Daba gusto ver cómo Alicia, que normalmente no comía más que un pájaro, cortaba, valiéndose de sus dientes perlados, una rosada loncha de jamón de York, fina como una hoja de papel, y comisqueaba un panecillo sin dejar una miguita para los peces dorados del estanque.

¡Los días dichosos pasan tan deprisa! De semana en semana Paul retrasaba su marcha, y los bellos macizos de plantas del parque empezaban a revestirse de tonos azafranados; blancas brumas se elevaban por la mañana en el estanque. A pesar de que el jardinero rastrillaba sin cesar, las hojas muertas alfombraban la arena de la avenida; millones de perlititas heladas brillaban en el césped verde, y por la tarde se veía saltar a las urracas peleándose a través de las copas de los árboles desnudos.

Alicia palidecía ante la mirada inquieta de Paul y el único color que conservaba eran dos manchitas rosas en los pómulos. Con frecuencia tenía frío, y el fuego más vivo de carbón de leña no la calentaba. El doctor se mostró preocupado, y su última prescripción aconsejaba a miss Ward que pasara el invierno en Pisa y la primavera en Nápoles.

Asuntos familiares habían reclamado a Paul en Francia; Alicia y el comodoro debían marcharse a Italia, y la separación tuvo lugar en Folkestone. Ninguna palabra había sido pronunciada, pero miss Ward veía a Paul como su prometido, y el comodoro había estrechado la mano del joven de modo significativo: sólo se aprietan así las manos de un yerno.

Paul, citado seis meses después, que a su impaciencia le parecieron largos como seis siglos, había tenido la dicha de encontrar a Alicia curada de su languidez y rebosante de salud. Lo que todavía quedaba de niña en la muchacha había desaparecido; y pensaba con entusiasmo que el comodoro no tendría ninguna objeción que hacer cuando le pidiera a su sobrina en matrimonio.

Mecido por esas alegres imágenes, se durmió y no despertó hasta la mañana siguiente. Nápoles ya había dado comienzo a su bullicio; los vendedores de agua helada gritaban su mercancía; los dueños de establecimientos de asados ofrecían a los transeúntes carnes ensartadas en una varilla; asomadas a las ventanas, las mujeres ociosas bajaban en el extremo de un cordel las cestas de provisiones que volvían a subir cargadas de tomates, pescado y grandes trozos de calabaza. Los escribientes públicos, con traje negro raído y la pluma detrás de la oreja, se sentaban en sus tenderetes; los cambistas disponían en montones, sobre sus mesitas, los carlinos y los ducados; los cocheros hacían galopar a sus pencos buscando a los clientes matinales, y las campanas de todos los campanarios repiqueteaban alegremente el *Angelus*.

Nuestro viajero se puso la bata y se asomó al balcón; desde allí se veía Santa Lucia, el fuerte del Uovo y una inmensa extensión de mar hasta el Vesubio y hasta el promontorio azul donde blanqueaban las grandes granjas de Castellamare y donde apuntaban a lo lejos las villas de Sorrento.

El cielo estaba limpio. Solamente una ligera nube blanca avanzaba hacia la

ciudad, empujada por una lánguida brisa. Paul fijó en ella aquella extraña mirada que ya hemos advertido; frunció el ceño. Otros vapores se unieron al copo único, y pronto una espesa cortina de nubes extendió sus negras líneas por encima del castillo de Santelmo. Gruesas gotas cayeron en el pavimento de lava, y en pocos minutos se convirtieron en uno de esos diluvios que hacen de las calles de Nápoles otros tantos torrentes y arrastran a los perros e incluso a los asnos a las alcantarillas. La multitud sorprendida se dispersó, buscando un lugar donde guarecerse; se recogieron a toda prisa los puestos al aire libre, no sin perder una parte de sus mercancías, y la lluvia, dueña y señora del campo de batalla, corrió en blancas ráfagas por el muelle desierto de Santa Lucia.

El gigantesco *facchino* al que Paddy había propinado tan certero puñetazo, apoyado contra una pared bajo un balcón cuyo saliente le protegía un poco, no se había dejado llevar por el desconcierto general, y miraba con ojos profundamente meditativos la ventana donde estaba asomado Paul d'Aspremont.

Su monólogo interior se resumió en esta frase, que masculló en tono irritado:

«El capitán del *Leopoldo* hubiera hecho bien en tirar a este *forestiere* al mar»; e introduciendo la mano en su basta camisa, tocó el lío de amuletos que llevaba colgados al cuello por un cordón.

IV

El buen tiempo no tardó en restablecerse; un vivo rayo de sol secó en unos minutos las últimas lágrimas del aguacero y la muchedumbre volvió a hormiguesear alegremente en el muelle. Pero Timberio, el mozo de cuerda, no pareció cambiar de idea respecto al joven extranjero francés, y prudentemente se alejó de la vista de las ventanas del hotel: varios *lazzaroni* que le conocían le manifestaron su sorpresa de que abandonara un lugar excelente para elegir otro mucho menos favorable.

—Se lo cedo a quien lo quiera —respondió moviendo la cabeza con aire misterioso—; uno sabe lo que sabe.

Paul desayunó en su habitación, porque, ya fuera por timidez o por desprecio, no le gustaba aparecer en público; luego se vistió, y para esperar la hora adecuada de dirigirse a casa de miss Ward, visitó el museo Studii: admiró con mirada distraída la preciosa colección de vasijas de Campania, los broncecillos recogidos en las excavaciones de Pompeya, el casco griego de bronce cubierto de cardenillo que aún contenía la

cabeza del soldado que lo llevaba, el fragmento de barro endurecido que conservaba como un molde la silueta de un encantador torso de muchacha sorprendida por la erupción en la casa de campo de Arrio Diomedes^[38], el Hércules Farnesio y su prodigiosa musculatura, la Flora, la Minerva arcaica, los dos Balbus, y la magnífica estatua de Arístides, seguramente el fragmento más perfecto que la Antigüedad nos ha dejado. Pero un enamorado no es un admirador muy entusiasta de los monumentos del arte; para él el menor perfil de la cabeza adorada vale más que todos los mármoles griegos o romanos.

Después de pasar mejor o peor dos o tres horas en el museo Studii, se metió en su calesa y se dirigió hacia la casa de campo donde vivía miss Ward. El cochero, con ese conocimiento de las pasiones que caracteriza a las naturalezas meridionales, estimulaba sin tregua a sus caballos y pronto el coche se detuvo ante los pilares coronados por jardineras de fértiles plantas que ya hemos descrito. La misma sirvienta acudió a abrir la verja; seguía teniendo el pelo lleno de rizos indomables; sólo llevaba, como la primera vez, una blusa de tela burda, bordada en las mangas y el cuello con hilos de colores, y una falda de tejido basto y abigarrados dibujos dispuestos transversalmente, como las llevan las mujeres de Procida; sus piernas, debemos confesarlo, estaban desprovistas de medias, y pisaban el polvo sus pies descalzos, unos pies que cualquier escultor hubiera admirado. Solamente un cordón negro sujetaba sobre su pecho un extraño conjunto de colgantes de hueso y coral, en el que, con visible satisfacción de Vicè, Paul fijó su mirada.

Miss Alicia estaba en la terraza, su lugar preferido de la casa. Una hamaca india de algodón rojo y blanco, adornada de plumas de pájaro, atada a dos de las columnas que sostenían el techo de pámpanos, balanceaba la languidez de la joven, envuelta en una ligera bata de seda cruda de China, cuyo almidonado arrugaba despiadadamente. Sus pies, cuya punta se veía a través de las mallas de la hamaca, estaban calzados con pantuflas de fibra de áloe, y sus bellos brazos desnudos se cruzaban sobre su cabeza, en la actitud de la Cleopatra antigua, porque, aunque sólo era principios de mayo, hacía ya un calor terrible, y millares de cigarras cantaban a coro bajo los arbustos de alrededor.

El comedor, vestido como el propietario de una plantación y sentado en una butaca de junco, tiraba a intervalos iguales de la cuerda que ponía la hamaca en movimiento.

Un tercer personaje completaba el grupo: era el conde Altavilla, elegante joven napolitano, cuya presencia produjo en la frente de Paul aquella contracción que daba a su fisonomía una expresión de diabólica perversidad.

El conde era, realmente, uno de esos hombres que no gusta ver al lado de la mujer amada. Su alta estatura de proporciones perfectas, cabellos negros como el azabache, muy abundantes, acompañaban su frente lisa y bien cortada; una chispa del sol de Nápoles brillaba en sus ojos, y sus dientes anchos y fuertes, pero blancos como perlas, parecían resplandecer aún más a causa del rojo vivo de sus labios y del tono

aceitunado de su piel. La única crítica que un examen meticuloso hubiera podido formular contra el conde es que era demasiado guapo.

En cuanto a su ropa, Altavilla la mandaba traer de Londres, y el *dandy* más severo hubiera aprobado su atuendo. Lo único italiano de su vestimenta eran los botones de su camisa, de precio demasiado elevado. En eso se manifestaba el gusto completamente natural de un hijo del sur por las joyas. Seguramente en otra parte que no hubiera sido Nápoles se hubiera considerado de un gusto vulgar el conjunto de ramas de coral bifurcadas, manos de lava del Vesubio con los dedos doblados o enarbolando un puñal, perros tumbados sobre sus patas, cuernos blancos y negros, y otros pequeños objetos análogos que un aro común colgaba de la cadena de su reloj; pero un paseo por la calle de Toledo o la Villa Reale hubiera bastado para demostrar que el conde no era nada excéntrico al llevar en el chaleco aquellos extraños colgantes.

Cuando Paul d'Aspremont apareció, el conde, ante la insistente súplica de miss Ward, cantaba una de esas deliciosas melodías populares napolitanas, anónimas, y de las que una sola, recogida por un músico, bastaría para que una ópera fuera un gran éxito. Para quienes no las han oído, en la orilla de Chiaja, o en el muelle, de labios de un *lazzarone*, de un pescador o de un *trovatore*, las maravillosas romanzas de Gordigiani^[39] podrán darle una idea. Están hechas de un suspiro de brisa, de un rayo de luna, del perfume de un naranjo y de un latido del corazón.

Alicia, con su bonita voz inglesa un poco desafinada, seguía el tema, que quería aprender, e hizo, aunque sin dejar de cantar, una seña amistosa a Paul, que la miraba con gesto poco amable, contrariado por la presencia de aquel guapo joven.

Una de las cuerdas de la hamaca se rompió, y miss Ward cayó al suelo, pero sin hacerse daño: seis manos se dirigieron hacia ella simultáneamente. La joven ya estaba de pie, toda colorada de pudor, porque es *improper* caerse delante de los hombres. Sin embargo, ni uno solo de los costos pliegues de su vestido se había descompuesto.

—Pero si yo mismo até las cuerdas —dijo el conde—, y miss Ward no pesa más que un colibrí.

El conde Altavilla movió la cabeza con aire misterioso: evidentemente en su interior explicaba la ruptura de la cuerda por otra razón muy distinta que la del peso; pero, como era un hombre bien educado, guardó silencio, y se contentó con agitar el manojo de colgantes de su chaleco.

Como todos los hombres que se vuelven huraños y hoscos cuando se hallan en presencia de un rival que consideran temible, en lugar de redoblar la simpatía y la amabilidad, Paul d'Aspremont, aunque tenía mucho mundo, no logró ocultar su mal humor; no contestaba sino con monosílabos, dejaba que la conversación languidciera, y cuando se dirigía a Altavilla, su mirada cobraba su expresión siniestra; las fibrillas amarillas se agitaban bajo la transparencia gris de sus pupilas como serpientes de agua en el fondo de un manantial.

Cada vez que Paul le miraba así, el conde, con un gesto aparentemente

involuntario, arrancaba una flor de una jardinera que estaba a su lado para romper el efluvio de la irritada mirada.

—¿Por qué se dedica a hurgar en mi jardinera? —exclamó *miss* Alicia Ward, que se dio cuenta de lo que hacía—. ¿Qué le han hecho mis flores para que las decapite?

—¡Oh! Nada, *miss* Alicia; es un tic involuntario —respondió Altavilla, cortando con la uña una magnífica rosa que envió a reunirse con las otras.

—Me está poniendo horriblemente nerviosa —dijo Alicia—; y sin saberlo, me hace sufrir. Yo jamás he cogido una flor. Un ramo me inspira una especie de espanto: son flores muertas, cadáveres de rosas, verbenas o vincapervincas, cuyo perfume tiene para mí algo sepulcral.

—Para expiar el asesinato que acabo de cometer —dijo el conde Altavilla haciendo una reverencia—, le enviaré cien macetas de flores vivas.

Paul se había levantado, y con gesto contrariado retorció el borde de su sombrero como para anunciar su marcha.

—¡Cómo! ¿Ya te vas? —dijo *miss* Ward.

—Tengo cartas que escribir, cartas importantes.

—¡Oh! ¡Qué frase tan perversa acabas de pronunciar! —dijo la joven poniéndose seria—; ¿acaso existen cartas importantes cuando no es a mí a quien escribes?

—Quédese, Paul —dijo el comodoro—; se me había ocurrido un plan para pasar la velada, contando con la aprobación de mi sobrina; iríamos primero a beber un vaso de agua a la fuente de Santa Lucia, que huele a huevos podridos, pero que abre el apetito; comeríamos una o dos docenas de ostras, blancas y rojas, en la pescadería, iríamos a cenar bajo una parra en alguna *osteria* típicamente napolitana, a beber falerno y lágrima christi, y acabaríamos la diversión visitando al señor Pulcinella. El conde nos explicaría las sutilezas del dialecto.

El plan pareció seducir muy poco a d'Aspremont, y se retiró después de haber saludado fríamente.

Altavilla se quedó unos instantes más; y como *miss* Ward, enfadada por la marcha de Paul, no apoyó la idea del comodoro, se despidió.

Dos horas después, *miss* Alicia recibía una inmensa cantidad de tiestos de las flores más extrañas y, lo que más le sorprendió, un monstruoso par de cuernos de buey de Sicilia, transparentes como el jaspe, brillantes como el ágata, que medían tres pies de largo y terminaban en amenazadoras puntas negras. Una magnífica peana de bronce dorado permitía posar los cuernos, con las astas hacia arriba, sobre una chimenea, una consola o una cornisa. Vicè, que había ayudado a los mozos a desembalar flores y cuernos, pareció comprender el alcance de aquel extraño regalo. Colocó bien a la vista, sobre la mesa de piedra, los magníficos cuernos, que parecían arrancados de la frente del toro divino que transportaba a Europa, y dijo:

—Ahora ya estamos en guardia.

—¿Qué quieres decir, Vicè?

—Nada... sólo que el señor francés tiene unos ojos muy extraños.

V

La hora de las comidas había pasado hacía mucho, y el fuego de carbón que durante el día convertía en el cráter del Vesubio la cocina del hotel de Roma, se apagaba lentamente bajo la chapa; las cazuelas habían vuelto a su sitio en sus clavos respectivos y brillaban en hilera como los escudos en la borda de una trirreme antigua. Una lámpara de cobre amarillo, semejante a las que se extraen de las excavaciones de Pompeya y sujeta por una triple cadena a la viga maestra del techo, iluminaba con sus tres mechas, sumergidas suavemente en el aceite, el centro de la vasta cocina, cuyos rincones permanecían bañados en sombra.

Los rayos luminosos que caían de lo alto modelaban con juegos de luces y sombras muy pintorescos un grupo de figuras características, reunidas en torno a la sólida mesa de madera, toda rayada y surcada por los golpes del cuchillo de cocina, que ocupaba el centro de aquella gran sala en la que el humo de las preparaciones culinarias había ennegrecido las paredes con ese brillo que tanto gustaba a los pintores de la escuela de Caravaggio. Sin duda alguna, el Españoleto o Salvator Rosa, en su profundo amor por lo auténtico, no hubieran despreciado los modelos reunidos allí por el azar, o, para decirlo más exactamente, por la costumbre de todas las noches.

En primer lugar estaba el jefe de cocina Virgilio Falsacappa, personaje muy importante, de colosal estatura y de formidable gordura, que hubiera podido pasar por uno de los comensales de Vitelio si, en lugar de una chaqueta de bombasí blanca, hubiera llevado una toga romana bordada de púrpura: sus rasgos prodigiosamente acentuados formaban como una especie de caricatura seria de ciertos tipos de las medallas antiguas; espesas cejas negras, que sobresalían como una media pulgada, coronaban sus ojos, recortados como los de las máscaras del teatro; una enorme nariz proyectaba su sombra sobre una ancha boca que parecía provista de tres filas de dientes, como las fauces del tiburón. Una papada poderosa como la del toro Farnesio unía la barbilla, que tenía un hoyuelo en el que se podía introducir un puño, con un cuello de vigor atlético, surcado de venas y músculos. Dos tupidas patillas, cada una de las cuales hubiera podido suministrar una barba razonable a un zapador, enmarcaban aquel rostro en el que destacaban los tonos violentos: cabellos negros, rizados y brillantes, en los que se mezclaban hilos plateados, se retorcían en su cráneo formando pequeños mechones cortos, y su nuca, con tres pliegues transversales, desbordaba el cuello de su chaqueta; en los lóbulos de las orejas, realzadas por las apófisis de mandíbulas capaces de triturar un buey en un día, brillaban unos pendientes de plata tan grandes como el disco de la luna; así era el maestro Virgilio Falsacappa, cuyo delantal recogido en la cadera y cuyo cuchillo metido en una vaina de madera le hacían parecer un verdugo más que un cocinero.

Después aparecía Timberio, el mozo de cuerda, a quien la actividad de su

profesión y la sobriedad de su régimen, consistente en un puñado de macarrones semicrudos y condimentados con cacio-cavallo, una rodaja de sandía y un vaso de agua helada, mantenía en un estado de delgadez relativa, y que, bien alimentado, seguro que hubiera llegado a la gordura de Falsacappa, pues su robusto esqueleto parecía hecho para soportar una enorme carga de carne. No llevaba otra ropa que un pantalón, un largo chaleco de tela oscura y un tosco chaquetón echado al hombro.

Apoyado en el borde de la mesa, Scazziga, el cochero de la calesa de alquiler de la que se servía Paul d'Aspremont, también presentaba una fisonomía curiosa; sus rasgos irregulares e inteligentes estaban impregnados de una astucia ingenua; una sonrisa fingida vagaba por sus labios burlones, y se apreciaba por la amabilidad de sus modales que vivía en perpetua relación con gente bien; su ropa comprada en el baratillo simulaba una especie de librea de la que estaba bastante orgulloso y que, según él, ponía una gran distancia social entre él y el salvaje Timberio; su conversación estaba salpicada de palabras inglesas y francesas que no siempre coincidían exactamente con el sentido de lo que quería decir, pero que no por ello provocaban menos la admiración de las muchachas que trabajaban en la cocina y de los pinches, asombrados de tanta ciencia.

Un poco retiradas se hallaban dos jóvenes sirvientas, cuyos rasgos recordaban con menos nobleza, sin duda, el tipo tan conocido de las monedas siracusanas: frente baja, nariz toda de una pieza con la frente, labios un poco gruesos, barbilla prominente y vigorosa; sus cabellos de un negro azulado iban a recogerse detrás de la cabeza en un apretado moño atravesado de horquillas terminadas en bolas de coral; collares de la misma materia daban tres vueltas a sus cuellos de cariátides, cuyos músculos había fortalecido la costumbre de llevar fardos en la cabeza. Seguramente los *dandys* hubieran despreciado a esas pobres muchachas que conservaban pura y sin mezcla la sangre de las bellas razas de la gran Grecia; pero cualquier artista, al verlas, hubiera sacado su cuaderno de apuntes y afilado su lápiz.

¿Habéis visto en la galería del mariscal Soult el cuadro de Murillo, donde unos querubines están cocinando? Si lo habéis visto, estaremos dispensados de pintar aquí las cabezas de los tres o cuatro pinches de pelo rizado que completaban el grupo.

El conciliábulo trataba una cuestión grave. Hablaban de Paul d'Aspremont, el viajero francés llegado en el último vapor: la cocina se dedicaba a juzgar su conducta.

Timberio, el mozo de cuerda, tenía la palabra, y hacía pausas entre cada una de sus frases, como un actor consagrado, para dejar que su auditorio tuviera tiempo de comprender bien su significado, asentir a lo que decía o hacer objeciones.

—Seguid bien mi razonamiento —decía el orador—; el *Leopoldo* es un digno barco de vapor toscano, contra el cual no hay nada que objetar, solamente que transporta demasiados ingleses, herejes...

—Los herejes ingleses pagan bien —interrumpió Scazziga, al que las propinas hacían más tolerante.

—Sin duda; está claro que cuando un hereje hace trabajar a un cristiano, le

recompensa generosamente, para disminuir la humillación.

—A mí no me humilla llevar a un *forestiere* en mi coche; mi profesión no es, como la tuya, la de bestia de carga, Timberio.

—¿Acaso no estoy tan bautizado como tú? —repuso el mozo de cuerda frunciendo el ceño y apretando los puños.

—Dejad hablar a Timberio —exclamó a coro la asamblea, que temía ver aquella interesante disertación convertida en discusión.

—Estaréis de acuerdo conmigo —repuso el orador más calmado— que hacía un tiempo magnífico cuando el *Leopoldo* entró en el puerto.

—Estamos de acuerdo, Timberio —dijo el jefe de cocina con majestuosidad condescendiente.

—El mar estaba tranquilo como un espejo —continuó el *facchino*—, y, sin embargo, una ola enorme sacudió tan violentamente la barca de Gennaro que cayó al agua con dos o tres de sus compañeros. ¿Os parece natural? Gennaro es un excelente marinero, y podría bailar la tarantela sin balancín sobre un alambre.

—Quizá había tomado una botella de Asprino de más —objetó Scazziga, el racionalista de la asamblea.

—Ni siquiera un vaso de limonada —prosiguió Timberio—; pero había a bordo del barco de vapor un señor que le miraba de una manera... ¡ya me entendéis!

—¡Oh! Perfectamente —respondió el coro alargando con admirable armonía el índice y el meñique.

—Y ese señor —dijo Timberio— no era otro que Paul d'Aspremont.

—¿El que ocupa el número 3 —preguntó el jefe de cocina—, y a quien sirvo la cena en una bandeja?

—Exactamente —contestó la más joven y la más bonita de las criadas—; jamás he visto un viajero más huraño, más desagradable y más hosco; no me ha dirigido ni una mirada, ni una palabra, y sin embargo, bien merezco un cumplido, según dicen todos los señores.

—Mereces mucho más que eso, Gelsomina, querida —dijo galantemente Timberio—; pero tienes suerte de que ese extranjero no se haya fijado en ti.

—Eres demasiado supersticioso —objetó el escéptico Scazziga, al que sus relaciones con los extranjeros habían vuelto ligeramente volteriano.

—A fuerza de frecuentar a los herejes acabarás por no creer ni siquiera en san Jenaro.

—Si Gennaro se cayó al mar, eso no es una razón —continuó Scazziga que defendía sus procedimientos—, para que Paul d'Aspremont tenga la influencia que le atribuyes.

—Necesitas más pruebas: esta mañana le vi en la ventana, con la mirada fija en una nube que no era más grande que la pluma que se escapa de una almohada descosida, e inmediatamente se formaron unas nubes negrísimas y cayó una lluvia tan fuerte que los perros podían beber de pie.

Scazziga no estaba convencido y movía la cabeza con gesto de duda.

—El lacayo tampoco es mejor que el amo —continuó Timberio—, y seguro que ese simio con botas tiene tratos con el diablo, pues me tiró al suelo, a mí, que podría matarle de un soplo.

—Soy de la opinión de Timberio —dijo majestuosamente el jefe de cocina—; el extranjero come poco; ni siquiera probó los pepinos rellenos, el pollo frito y los macarrones con tomate que yo mismo había condimentado. Algún extraño secreto se oculta bajo tanta sobriedad. ¿Por qué un hombre rico se priva de manjares sabrosos y sólo toma una sopa con huevo y una loncha de carne fría?

—Tiene el pelo rojo —dijo Gelsomina, pasando los dedos por el negro bosque de su pelo.

—Y los ojos un poco saltones —continuó Pepina, otra sirvienta.

—Muy cerca de la nariz —apoyó Timberio.

—Y la arruga que se forma entre sus cejas tiene forma de herradura —dijo terminando la descripción el formidable Virgilio Falsacappa—, entonces él es...

—No pronunciéis la palabra, es inútil —gritaron todos menos Scazziga, que seguía en su actitud de incredulidad—; estaremos alerta.

—¡Cuando pienso que la policía me haría la vida imposible —dijo Timberio—, si por casualidad dejara caer un baúl de trescientas libras en la cabeza de ese maldito *forestiere*!

—Scazziga es muy valiente al llevarle —dijo Gelsomina.

—Yo estoy en mi asiento, él sólo me ve la espalda, y su mirada no puede cruzarse con la mía. Por otra parte, me trae sin cuidado.

—No tienes religión, Scazziga —dijo el colosal Palforio, el cocinero de formas hercúleas—; acabarás mal.

Mientras así disertaban sobre él en la cocina del hotel de Roma, Paul, a quien la presencia del conde Altavilla en casa de miss Ward había puesto de mal humor, había ido a pasear por la Villa Reale; y más de una vez se formó la arruga de su frente, y sus ojos se quedaron con la mirada fija. Creyó ver a Alicia pasar en calesa con el conde y el comodoro, y se precipitó hacia la portezuela tras ponerse los lentes en la nariz para estar seguro de no equivocarse: no era Alicia, sino una mujer que de lejos se le parecía un poco. Pero los caballos de la calesa, sin duda asustados por el brusco movimiento de Paul, se desbocaron.

Paul tomó un helado en el café de Europa cerca del palacio: algunas personas le examinaron con atención y cambiaron de sitio haciendo un gesto particular.

Entró en el teatro de Pulcinella, donde daban un espectáculo *tutto da ridere*. El actor se embrolló en medio de su improvisación cómica y se quedó en blanco; sin embargo reaccionó; pero justo en medio de un chiste, se le soltó la nariz de cartón negro y no pudo conseguir ajustársela, y como para disculparse, por señas explicó la causa de sus desventuras, porque la mirada de Paul, fija en él, le hacía perder todas sus facultades.

Los espectadores que estaban cerca de Paul se eclipsaron uno tras otro; d'Aspremont se levantó para salir, sin darse cuenta del extraño efecto que producía, y en el pasillo oyó pronunciar en voz baja una palabra extraña y carente de sentido para él: ¡un *jettatore*! ¡un *jettatore*!

VI

Al día siguiente del envío de los cuernos, el conde Altavilla hizo una visita a miss Ward. La joven inglesa tomaba el té en compañía de su tío, exactamente como si hubiera estado en Ramsgate en una casa de ladrillos amarillos, y no en Nápoles en una terraza encalada y rodeada de higueras, cactus y áloes; porque uno de los signos característicos de la raza sajona es la persistencia de sus costumbres, por contrarias que sean al clima. El comedor resplandecía: mediante unos trozos de hielo fabricado químicamente con un aparato, porque no hay más nieve que la que se trae de las montañas que se alzan detrás de Castellamare, había conseguido mantener la mantequilla en estado sólido, y extendía con visible satisfacción una capa sobre una rebanada de pan cortada en forma de sandwich.

Después de las vaguedades que preceden a toda conversación y que se parecen a los preludios con los que los pianistas tantean el teclado antes de empezar la pieza musical, Alicia, abandonando súbitamente los tópicos de costumbre, se dirigió bruscamente al joven conde napolitano:

—¿Qué significa ese extraño regalo de los cuernos con que acompañó sus flores? Mi criada Vicè me ha dicho que era un preservador contra el fascino; es todo lo que he podido sacarle.

—Vicè tiene razón —respondió el conde haciendo una reverencia.

—Pero ¿qué es el *fascino*? —prosiguió la joven—; no estoy al corriente de sus supersticiones... africanas, porque sin duda se trata de alguna creencia popular.

—El *fascino* es la influencia perniciosa que ejerce la persona dotada, o, más bien, afectada del mal de ojo.

—Hago como que le comprendo, por temor a darle una idea desfavorable de mi inteligencia, aunque confieso que el sentido de sus palabras se me escapa —dijo miss Alicia Ward—; usted me explica lo desconocido con lo desconocido: *mal de ojo* traduce muy mal, en mi opinión, la palabra *fascino*; como el personaje de la comedia yo sé latín, pero haga usted como si no lo supiera.

—Voy a explicarme con toda la claridad posible —respondió Altavilla—; sólo le pido que, en su desdén británico, no me tome por un salvaje y se pregunte si mi ropa no esconde una piel tatuada de rojo y azul. Soy un hombre civilizado; me eduqué en París; hablo inglés y francés; he leído a Voltaire; creo en las máquinas de vapor, en el ferrocarril, en las dos cámaras, como Stendhal; los macarrones los como con tenedor; llevo por la mañana guantes de Suecia, por la tarde guantes de color y por la noche guantes de piel.

La atención del comodoro, que untaba de mantequilla la segunda rebanada, fue atraída por aquel extraño comienzo, y se quedó con el cuchillo en la mano, fijando en Altavilla sus pupilas de un azul polar, cuyo tono hacía un extraño contraste con su tez color ladrillo.

—Lo que acaba de decir es muy tranquilizador —dijo miss Ward con una sonrisa—; y después de eso sería muy desconfiada si sospechara que existe alguna clase de barbarie en usted. Pero lo que tiene que decirme ¿es tan terrible o tan absurdo, que tiene que dar tantos rodeos para llegar al asunto?

—Sí, absolutamente terrible, absolutamente absurdo e incluso absolutamente ridículo, que es lo peor —continuó el conde—; si estuviera en Londres o en París, seguramente me reiría de ello con usted, pero aquí, en Nápoles...

—Tiene que tomarlo en serio. ¿Es eso lo que quiere decir?

—Exactamente.

—Volvamos al *fascino* —dijo miss Ward, a quien la gravedad de Altavilla impresionaba a su pesar.

—Esta creencia se remonta a la Antigüedad. Se hace alusión a ella en la Biblia. Virgilio la describe con gran convicción; los amuletos de bronce encontrados en Pompeya, en Herculano, en Stabies, los signos preservadores dibujados en las paredes de las casas derruidas, demuestran hasta qué punto esta superstición estaba extendida antaño (Altavilla subrayó la palabra *superstición* con intención maligna). El Oriente entero da fe de ella todavía ahora. Manos rojas o verdes se aplican a cada lado de las casas árabes para desviar la mala influencia. Se ve una mano esculpida sobre la clave de la puerta del Tribunal en la Alhambra; lo que prueba que el *prejuicio* es por lo menos muy antiguo, aunque no sea fundado. Cuando millones de hombres, durante miles de años, han compartido una opinión, es probable que esa opinión, tan generalmente admitida, se apoyara en hechos positivos, en una larga serie de observaciones justificadas por los acontecimientos... Me cuesta creer, por muy favorable que sea la idea que tengo de mí mismo, que tantas personas, muchas sin duda ilustres, lúcidas y sabias, se hayan equivocado burdamente en una cosa en la que sólo yo viera claro...

—Su razonamiento es fácil de replicar —interrumpió miss Alicia Ward—: ¿Acaso el politeísmo no ha sido la religión de Hesíodo, Homero, Aristóteles, Platón, Sócrates incluso, que sacrificó un gallo a Esculapio, y de multitud de personajes de indudable genio?

—Sin duda, pero hoy en día ya no hay nadie que sacrifique bueyes a Júpiter.

—Más vale hacer con ellos bistecs y solomillos —dijo sentenciosamente el comodoro, a quien la costumbre de quemar los grasientos muslos de las víctimas siempre le había impresionado al leer a Homero.

—Ya no se ofrecen palomas a Venus, ni pavos reales a Juno, ni machos cabríos a Baco; el cristianismo ha sustituido los sueños de mármol blanco con los que Grecia había poblado su Olimpo; la verdad ha hecho que se desvanezca el error, pero una infinidad de personas todavía temen los efectos del *fascino*, o, para darle su nombre popular, de la *jettatura*.

—Que el pueblo ignorante se preocupe por esas influencias, lo concibo —dijo miss Ward—; pero que un hombre de su alcurnia y su educación comparta semejante creencia, me sorprende.

—Más de un descreído —respondió el conde—, cuelga en la ventana un cuerno, clava una cabeza de ciervo encima de la puerta, y anda por ahí cubierto de amuletos; yo soy franco y confieso sin avergonzarme que cuando encuentro un *jettatore*, cruzo al otro lado de la calle, y si no puedo evitar su mirada, le conjuro lo mejor que puedo con el gesto consabido. Hago exactamente lo mismo que un *lazzarone*, y todo va bien. Numerosas desgracias me han enseñado a no desdeñar ciertas precauciones.

Miss Alicia Ward era una protestante educada con gran libertad de espíritu filosófico, que no admitía nada sino después de examinarlo, y cuya recta razón rechazaba todo lo que no podía explicarse matemáticamente. Las palabras del conde la sorprendieron. Al principio quiso ver en ellas solamente un simple acertijo; pero el tono sereno y convencido de Altavilla le hizo cambiar de idea aunque sin persuadirla en modo alguno.

—Le concedo —dijo— que el prejuicio existe, que está muy extendido, que es usted sincero en su miedo al mal de ojo, y que no intenta jugar con la sencillez de una pobre extranjera; pero déme alguna razón física de esa idea supersticiosa porque, aunque me considere un ser totalmente desprovisto de poesía, soy muy incrédula: lo fantástico, lo misterioso, lo oculto, lo inexplicable me producen muy poca impresión.

—No puede negar, miss Alicia —repuso el conde—, el poder del ojo humano; la luz del cielo se combina en él con el reflejo del alma; la pupila es una lentilla que concentra los rayos de la vida, y la electricidad intelectual brota por esa estrecha abertura: ¿acaso la mirada de una mujer no atraviesa el más duro corazón? ¿La mirada de un héroe no atrae a todo un ejército? ¿La mirada del médico no amansa al loco como una ducha fría? ¿La mirada de una madre no hace retroceder a los leones?

—Defiende usted su causa con elocuencia —contestó miss Ward, moviendo su bonita cabeza—; permíteme si tengo mis dudas.

—Y el pájaro que, temblando de espanto y lanzando lastimosos gritos, desciende de lo alto de un árbol, desde donde podría emprender el vuelo, para echarse a la boca de la serpiente que le fascina, ¿obedece a un prejuicio? ¿Acaso ha oído, en el nido, a emplumadas comadres, contar historias de *jettatura*? ¿Es que muchos efectos no han

tenido lugar por causas inapreciables para nuestros órganos? Los miasmas de la fiebre palúdica, de la peste, del cólera, ¿son visibles? Ningún ojo percibe la corriente eléctrica en el pararrayos, y sin embargo ¡el rayo es engullido! ¿Qué absurdo hay en suponer que de ese disco negro, azul o gris puede desprenderse un destello propicio o fatídico? ¿Por qué no va a ser benéfico o nefasto el efluvio, según el modo de emisión y el ángulo desde el que el objeto lo recibe?

—Me parece —dijo el comodoro— que la teoría del conde tiene algo de cierto; yo nunca he podido mirar los ojos dorados de un sapo sin sentir en el estómago un calor intolerable, como si hubiera tomado un vomitivo; y sin embargo el pobre reptil tenía más razones para temerme a mí, que podía aplastarle de un pisotón.

—¡Ay, tío! si te pones de parte del señor de Altavilla —dijo miss Ward—, voy a ser derrotada. No sirvo para luchar. Aunque seguramente tengo muchas cosas que objetar contra esa electricidad ocular de la que ningún físico ha hablado, quiero admitir su existencia por un instante, pero ¿qué eficacia pueden tener para preservarse de sus funestos efectos los inmensos cuernos que usted me ha regalado?

—Del mismo modo que el pararrayos engulle el rayo —respondió Altavilla—, así los pitones puntiagudos de los cuernos en los que se fija la mirada del *jettatore* desvían el maléfico fluido y lo despojan de su peligrosa electricidad. Los dedos tendidos hacia adelante y los amuletos de coral cumplen el mismo servicio.

—Todo lo que me está contando es una locura, señor conde —repuso miss Ward—; y esto es lo que creo comprender: según usted, estoy bajo la amenaza del *fascino* de un *jettatore* muy peligroso, ¿y usted me ha mandado los cuernos como defensa?

—Eso temo, miss Alicia —contestó el conde en un tono de profunda convicción.

—¡Habría que ver —exclamó el comodoro— que uno de esos bribones de mirada sospechosa intentara fascinar a mi sobrina! Aunque yo tenga más de sesenta años, todavía no he olvidado mis lecciones de boxeo.

Y cerró el puño apretando el pulgar contra los demás dedos.

—Dos dedos bastan, *milord* —dijo Altavilla colocando la mano del comodoro en la posición adecuada—. La mayoría de las veces la *jettatura* es involuntaria; se ejerce sin que lo sepan los que poseen el fatídico don, y con frecuencia, cuando los *jettatori* llegan a conocer su funesto poder, lamentan sus efectos más que nadie; por lo tanto conviene evitarlos y no maltratarlos. Por otra parte, con los cuernos, los dedos en punta, las ramas de coral bifurcadas, se puede neutralizar o por lo menos atenuar su influencia.

—Realmente, es muy extraño —dijo el comodoro, a quien la sangre fría de Altavilla impresionaba a su pesar.

—No sabía que estuviera tan a merced de los *jettatori*; apenas salgo de esta terraza, si no es por la tarde, para ir a dar una vuelta en calesa a la Villa Reale con mi tío, y no he advertido nada que pueda dar lugar a su suposición —dijo la joven, cuya curiosidad se despertaba, aunque su incredulidad siguiera siendo la misma—. ¿De quién sospecha?

—No es una sospecha, *miss Ward*; mi certeza es absoluta —contestó el joven conde napolitano.

—Por favor, revélenos el nombre de ese ser funesto —dijo *miss Ward* con un ligero matiz irónico.

Altavilla guardó silencio.

—Es bueno saber de quién se debe desconfiar —añadió el comodoro.

El joven conde napolitano pareció ensimismarse. Luego se levantó, se dirigió al tío de *miss Ward*, le hizo un saludo respetuoso y le dijo:

—*Milord Ward*, le pido la mano de su sobrina.

Ante aquella frase inesperada, Alicia se puso toda colorada, y el comodoro pasó del rojo al escarlata.

Realmente, el conde Altavilla podía aspirar a la mano de *miss Ward*; pertenecía a una de las más antiguas y más nobles familias de Nápoles; era guapo, joven, rico, muy bien considerado, perfectamente educado, de una elegancia irreprochable; su petición, en sí misma, no tenía pues nada sorprendente; pero se había producido de un modo tan repentino, tan extraño... Tenía tan poco que ver con la conversación que habían entablado, que el estupor del tío y la sobrina era totalmente comprensible. Pero Altavilla no pareció ni asombrado ni desanimado, y esperó la respuesta a pie firme.

—Mi querido conde —dijo por fin el comodoro, un poco recuperado de su turbación—, su propuesta me sorprende al mismo tiempo que me honra. Realmente, no sé qué contestarle; no he consultado a mi sobrina. Estábamos hablando de *fascino*, de *jettatura*, de cuernos, de amuletos, de manos abiertas o cerradas, de toda clase de cosas que no tienen relación alguna con el matrimonio, y de repente ¡me pide usted la mano de Alicia! Es absolutamente insólito, y espero que no le moleste si no tengo ideas muy claras al respecto. Sin duda esta unión sería muy acertada, pero yo creía que mi sobrina tenía otras intenciones. Es cierto que un viejo lobo de mar como yo no lee de corrido en el corazón de las muchachas...

Alicia, al ver que su tío se hacía un lío, aprovechó la pausa que hizo después de su última frase para interrumpir una escena que estaba empezando a resultar incómoda, y dijo al napolitano:

—Conde, cuando un hombre galante pide lealmente la mano de una honesta muchacha, ella no tiene por qué ofenderse, pero tiene derecho a estar sorprendida de la extraña forma en que se hace la petición. Le estaba pidiendo que me dijera el nombre del presunto *jettatore*, cuya influencia puede, según usted, serme perjudicial, y usted hace a mi tío, bruscamente, una proposición cuyo motivo no logro explicarme.

—Es que un caballero —respondió Altavilla— no debe convertirse en un delator, y sólo un marido puede defender a su mujer. Pero tómese unos días para reflexionar. Hasta entonces, los cuernos expuestos de forma bien visible bastarán, espero, para preservarla de cualquier enojoso acontecimiento.

Dicho esto, el conde se levantó y salió después de haber hecho una profunda reverencia.

Vicè, la morena sirvienta del pelo rizado, que acudía para llevarse la tetera y las tazas, al subir lentamente la escalera de la terraza, había oído el final de la conversación; alimentaba contra Paul d'Aspremont toda la aversión que una campesina de los Abruzzos que apenas lleva dos o tres años de trabajo doméstico puede tener respecto a un *forestiere* sospechoso de *jettatura*. Además encontraba que el conde Altavilla era maravilloso, y no concebía que miss Ward pudiera preferir a un joven endeble y pálido que ella, Vicè, no hubiera querido ni regalado, aunque no hubiera tenido el fascino. Entonces, sin apreciar la delicadeza de que se había servido el conde, y deseando sustraer a su ama, a la que quería mucho, de una dañina influencia, Vicè, se inclinó al oído de miss Ward y le dijo:

—El nombre que le oculta el conde Altavilla, yo lo sé.

—Te prohíbo que me lo digas, Vicè, si quieres gozar de mi afecto —respondió Alicia—. Verdaderamente todas esas supersticiones son vergonzosas, y las disiparé, porque soy una muchacha cristiana que sólo teme a Dios.

VII

«¡*Jettatore!* ¡*jettatore!* Esas palabras seguro que iban dirigidas a mí», se dijo Paul d'Aspremont al volver al hotel; «ignoro lo que significan, pero sin lugar a dudas encierran un sentido injurioso o burlón. ¿Qué tengo en mi persona de extraño, insólito o ridículo para atraer de ese modo la atención de manera tan desfavorable? Me parece, aunque uno es bastante mal juez de sí mismo, que no soy ni guapo, ni feo, ni alto, ni bajo, ni delgado, ni gordo, y que puedo pasar desapercibido entre la multitud. Mi atuendo no tiene nada de excéntrico; no llevo en la cabeza un turbante lleno de velas encendidas como el señor Jourdain en la ceremonia del *Burgués gentilhomme*; en mi chaqueta no hay un sol bordado en la espalda; no me precede un negro tocando los timbales; mi personalidad, por otra parte perfectamente desconocida en Nápoles, se esconde bajo una ropa uniforme, máscara de la civilización moderna, y me parezco en todo a los caballeros elegantes que pasean por la calle de Toledo o por los alrededores del Palacio, salvo en las corbatas, los alfileres, las camisas bordadas, los chalecos, las cadenas de oro y que tengo el pelo mucho menos rizado.

»¡Seguramente es que no tengo el pelo bastante rizado! Mañana iré al peluquero

del hotel a que me aplique las tenacillas. Sin embargo aquí están acostumbrados a ver extranjeros, y ciertas imperceptibles diferencias en el atuendo no bastan para justificar la misteriosa palabra y el gesto extraño que mi presencia provoca. He advertido, además, una expresión de antipatía y espanto en los ojos de las personas que se apartan de mi camino. ¿Qué puedo haber hecho a esta gente con la que me encuentro por primera vez? Un viajero, sombra que pasa para no volver, no excita en todas partes sino la indiferencia, a menos que llegue de alguna región lejana y sea un ejemplar de raza desconocida: pero los buques depositan, todas las semanas, en el muelle, millares de turistas de los que no me diferencio en nada. ¿Quién se preocupa por ellos, aparte de los *facchini*, los hoteleros y la servidumbre? No he matado a mi hermano, porque no lo tengo, y no creo que Dios me haya marcado con el estigma de Caín, y, sin embargo, los hombres se turban y se alejan al verme: en París, en Londres, en Viena, en todas las ciudades donde he vivido jamás he advertido que produjera un efecto semejante; a veces me han considerado orgulloso, altivo, huraño; me han dicho que poseía el *sneer*^[40] inglés, que imitaba a lord Byron, pero en todas partes he recibido la acogida que merece un caballero, y mi carácter, aunque raro, merecía el mayor de los respetos. Una travesía de Marsella a Nápoles no puede haberme cambiado hasta el punto de haberme vuelto odioso o grotesco, yo, a quien más de una mujer ha admirado y que he sabido llegar al corazón de *miss* Alicia Ward, una deliciosa muchacha, una criatura celestial, un ángel de Thomas Moore...»

Estas reflexiones, sin duda razonables, calmaron un poco a Paul d'Aspremont, y se convenció de que había atribuido a la mímica exagerada de los napolitanos, el pueblo más gesticulante del mundo, un sentido que no tenía.

Era tarde. Todos los viajeros, excepto Paul, estaban ya en sus respectivas habitaciones; Gelsomina, una de las doncellas cuya fisonomía esbozamos en el conciliábulo mantenido en la cocina bajo la presidencia de Virgilio Falsacappa, esperaba que Paul llegara para poner las barras que cerraban la puerta. Nanella, la otra muchacha, a quien tocaba el turno de vigilancia, había pedido a su compañera, que era más valiente, que ocupara su puesto, pues no quería encontrarse con el *forestiere* sospechoso de *jettatore*; además Gelsomina iba preparada: un enorme conjunto de amuletos cubría su pecho, y cinco cuernecitos de coral se agitaban, en lugar de perlas, en sus pendientes; su mano, cerrada de antemano, tendía el índice y el meñique con una corrección que el reverendo cura Andrea de Jorio, autor de la *Mimica degli antichi investigata nel gestire napoletano*, hubiera aprobado sin lugar a dudas.

La valiente Gelsomina, ocultando su mano entre los pliegues de la falda, presentó el candelabro al señor d'Aspremont, y le dirigió una mirada aguda, persistente, casi provocadora, de tan extraña expresión, que el joven bajó los ojos: circunstancia que pareció alegrar mucho a la bella muchacha.

Viéndola inmóvil y erguida, sosteniendo el candelabro con gesto de estatua, el perfil recortado por una línea luminosa, la mirada fija y ardiente, parecía la Némesis

antigua tratando de desconcertar al culpable.

Cuando el viajero hubo subido la escalera y el ruido de sus pasos se hubo apagado en el silencio, Gelsomina alzó la cabeza con aire de triunfo y dijo:

—He conseguido que la mirada vuelva a la pupila de este malvado señor, al que san Jenaro confunda; estoy segura de que no me ocurrirá nada malo.

Paul durmió mal y con agitado sueño; le atormentó toda clase de sueños extraños, que se relacionaban con las ideas que le habían preocupado durante el día: se veía rodeado de rostros gesticulantes y monstruosos, que expresaban odio, ira y miedo; luego los rostros se desvanecían; dedos largos, delgados, huesudos, de nudosas falanges, que salían de la sombra enrojecidos por una claridad infernal, le amenazaban haciendo signos cabalísticos; las uñas de aquellos dedos, transformándose en zarpas de tigre, en garras de buitres, se acercaban cada vez más a su cara y parecían intentar vaciarle la órbita de los ojos. Con un esfuerzo supremo, consiguió apartar aquellas manos, que revoloteaban como alas de murciélago; pero tras las manos ganchudas se sucedieron matanzas de bueyes, búfalos y ciervos, cráneos blanqueados animados de una vida muerta, que le asaltaban con sus cornamentas y le obligaban a tirarse al mar, donde se destrozaba el cuerpo sobre un bosque de coral de ramas puntiagudas o bifurcadas; una ola le llevaba a la costa, molido, agotado, medio muerto; y, como el don Juan de *lord* Byron, vislumbró, a través de su desvanecimiento, una cabeza encantadora que se inclinaba sobre él. No era Haydée, sino Alicia, más bella todavía que el ser imaginario creado por el poeta. La joven hacía inútiles esfuerzos por llevar a la arena el cuerpo que el mar quería arrebatar, y pedía a Vicè, la sirvienta morena, una ayuda que ésta le negaba riéndose con risa feroz: los brazos de Alicia no podían más, y Paul caía al abismo.

Aquellas fantasmagorías confusamente terroríficas, vagamente terribles, y otras más imperceptibles todavía, que recordaban a los informes fantasmas bosquejados en la sombra opaca de los grabados de Goya, torturaron al durmiente hasta las primeras claridades del día; su alma, liberada por el aniquilamiento del cuerpo, parecía adivinar lo que su pensamiento despierto no podía comprender, y trataba de traducir sus presentimientos en imagen en la cámara oscura del sueño.

Paul se levantó agotado, inquieto, como si estuviera sobre la pista de una desgracia escondida en aquellas pesadillas y cuyo misterio temía sondear. Giraba alrededor del fatídico secreto, cerrando los ojos para no ver y los oídos para no oír; jamás había estado más triste; dudaba incluso de Alicia; el aire de alegre fatuidad del conde napolitano, la complacencia con que la joven le escuchaba, el gesto de aprobación del comodoro, todo eso le venía a la memoria adornado de mil detalles crueles, le llenaba el corazón de amargura y aumentaba todavía más su melancolía.

La luz tiene el privilegio de disipar la desazón causada por las visiones nocturnas. Smarra, deslumbrado, huye agitando sus alas membranosas, cuando el día lanza sus flechas de oro a la habitación a través de las cortinas.

El sol brillaba con alegre resplandor, el cielo estaba despejado, y en el azul del

mar chisporroteaban millones de lentejuelas. Poco a poco Paul se tranquilizó; olvidó sus horribles sueños y las extrañas impresiones de la víspera o, si pensaba en ellas, era para acusarse de extravagancia.

Fue a dar una vuelta a Chiaja para distraerse con el espectáculo de la turbulencia napolitana: los comerciantes gritaban sus productos en extrañas melopeas del dialecto popular, ininteligible para él que sólo sabía italiano, con gestos desmedidos y una furia de acción desconocida en el norte; pero cada vez que se paraba junto a un puesto, el vendedor tomaba una actitud de alarma, murmuraba alguna imprecación a media voz, y hacía el gesto de extender los dedos como si quisiera apuñalarle con el índice y el meñique; las comadres, más atrevidas, le llenaban de injurias y le mostraban el puño.

VIII

Paul d'Aspremont creyó, al oír que el populacho de Chiaja le injuriaba, que era el objeto de esas letanías vulgares y burlonas con que los pescadores obsequian a las personas elegantes que pasan por el mercado; pero una repulsión tan viva, un espanto tan real se pintaban en todos los ojos, que se vio obligado a renunciar a esa interpretación. La palabra *jettatore*, que ya le había herido los oídos en el teatro de San Carlino, fue de nuevo pronunciada, y con una expresión amenazadora esta vez; entonces se alejó a paso lento, sin fijar en nada aquella mirada que era la causa de tanto alboroto. Caminando muy cerca de las casas para sustraerse de la atención pública, Paul llegó al puesto de un librero; allí se detuvo, cogió y abrió varios libros, para disimular: de este modo daba la espalda a los transeúntes, y su cara medio oculta por las páginas evitaba toda ocasión de insulto. Por un instante pensó atacar a aquella chusma a bastonazos; el vago terror supersticioso que empezaba a apoderarse de él se lo había impedido. Se acordó de una ocasión en que golpeó a un cochero insolente con un ligero bastoncillo, le dio en la sien y le mató en el acto; fue una muerte involuntaria, de la que no se había consolado. Después de haber cogido y vuelto a dejar varios volúmenes, cayó en sus manos el tratado de la *jettatura* del *signor Niccolo Valetta*^[41]; este título brilló ante sus ojos con caracteres de fuego, y le pareció que el libro lo había puesto allí la mano de la fatalidad; entregó al librero, que le miraba con gesto socarrón y balanceaba dos o tres cuernos negros mezclados con los colgantes de su reloj, los seis u ocho carlinos, precio del volumen, y corrió al

hotel a encerrarse en su habitación para empezar aquella lectura que debía esclarecer y disipar las dudas que le obsesionaban desde que había llegado a Nápoles.

El libro del *signor* Valetta es tan conocido en Nápoles como los *Secretos del gran Albert*, *Etteila* o *La Llave de los sueños* pueden serlo en París. Valetta define la *jettatura*, enseña por qué pruebas se la puede reconocer, por qué medios uno se preserva de ella; divide a los *jettatori* en varias clases, según su grado de perversidad, y expone todas las cuestiones que se refieren a este grave asunto.

Si hubiera encontrado el libro en París, d'Aspremont lo habría hojeado distraídamente como un viejo almanaque lleno de historias ridículas, y se hubiera reído de la seriedad con que el autor trata esas pamplinas. En la disposición de ánimo en que estaba, fuera de su medio natural, dispuesto a creérselo todo a causa de una multitud de pequeños incidentes, lo leyó con un secreto horror, como un profano que deletrea en un grimorio evocaciones de espíritus y fórmulas de cábala. Aunque no hubiera intentado penetrar en ellos, los secretos del infierno se revelaban ante él; ya no podía evitar saberlos, y ahora tenía conciencia de su fatídico poder: ¡era un *jettatore*! No tenía más remedio que reconocérselo a sí mismo: poseía todos los signos distintivos descritos por Valetta.

Ocorre a veces que un hombre que hasta entonces había creído que gozaba de excelente salud, abre por casualidad o por distracción un libro de medicina y, al leer la descripción patológica de una enfermedad, se da cuenta de que la padece; iluminado por una lucidez fatal, siente a cada síntoma cómo se estremece dolorosamente dentro de él algún órgano oscuro, alguna fibra oculta, cuya misión desconocía, y palidece al saber tan próxima una muerte que creía muy lejana. Paul experimentó algo parecido.

Se puso delante de un espejo y se miró con pavorosa intensidad: aquella perfección, compuesta de bellezas que normalmente no se encuentran reunidas, le hacía más que nunca parecerse al ángel caído, y brillaba siniestramente en la negra profundidad del espejo; las fibrillas de sus pupilas se retorcían como víboras convulsas; sus cejas vibraban semejantes al arco de donde acaba de escaparse la flecha mortal; la blanca arruga de su frente hacía pensar en la cicatriz de un rayo, y en sus cabellos rutilantes parecían arder llamas infernales; la marmórea palidez de la piel daba todavía más relieve a cada rasgo de aquella fisonomía verdaderamente terrible.

Paul tuvo miedo de sí mismo: le pareció que los efluvios de sus ojos, devueltos por el espejo, le llegaban como dardos envenenados: imagínense a Medusa contemplando su horrible cabeza en el rojizo reflejo de un escudo de bronce.

Seguramente se nos objetará que es difícil creer que un joven de mundo, imbuido de la ciencia moderna, que ha vivido en medio del escepticismo de la civilización, pudiera tomar en serio un prejuicio popular e imaginar que estaba dotado fatalmente de una misteriosa perversión. Pero responderemos que existe un magnetismo irresistible en el pensamiento general, que nos penetra a nuestro pesar, y contra el cual una única voluntad no siempre lucha eficazmente: tal sucede en Nápoles, que se

burla de la *jettatura*, pero acaba por tomar toda clase de cornudas precauciones y huir con terror de todo individuo de mirada sospechosa. Paul d'Aspremont se hallaba en una posición todavía más grave: —él tenía el *fascino*—, y todos le evitaban, o hacían en su presencia los gestos defensivos recomendados por Valetta. Aunque su razón se rebelara contra semejante apreciación, no podía evitar reconocer que presentaba todos los indicios que delataban la *jettatura*. La mente humana, incluso la más lúcida, conserva siempre un rincón sombrío, donde se acurrucan las horribles quimeras de la credulidad, donde se aferran los murciélagos de la superstición. La propia vida cotidiana está tan llena de problemas insolubles, que lo imposible se convierte en probable. Se puede creer o negar todo: desde cierto punto de vista, el sueño existe tanto como la realidad.

Paul se sintió traspasado por una inmensa tristeza. ¡Era un monstruo! Aunque estaba dotado de los instintos más afectuosos y de la naturaleza más condescendiente, llevaba la desgracia consigo; su mirada, involuntariamente cargada de veneno, hacía daño a aquellos sobre quienes se fijaba, aunque su intención fuera de auténtica simpatía. Poseía el espantoso privilegio de reunir, de concentrar, de destilar los miasmas mórbidos, las descargas peligrosas, las influencias fatídicas de la atmósfera, para proyectarlas a su alrededor. Diversas circunstancias de su vida, que hasta entonces le habían parecido oscuras y de las que había acusado vagamente al azar, se aclaraban ahora con un resplandor lívido: recordó toda clase de infortunios enigmáticos, de desdichas inexplicables, de catástrofes sin motivo, cuya respuesta tenía ahora; extrañas concordancias se establecían en su espíritu y le confirmaban en la triste opinión que se había hecho de sí mismo.

Repasó su vida año por año: se acordó de su madre muerta al darle a luz, el desdichado fin de sus amiguitos del colegio, el más querido de los cuales se había matado al caer de un árbol, al que él, Paul, le estaba viendo trepar; aquella excursión en barca que emprendió alegremente con dos compañeros, y de la que había vuelto solo, después de inútiles esfuerzos por arrancar del fondo los cuerpos de los pobres niños ahogados al volcar la barca; el ejercicio de esgrima en que su florete, roto cerca del botón y transformado en espada, había herido gravemente a su adversario —un joven al que quería mucho—: sin duda, todo eso podía explicarse racionalmente, y Paul lo había hecho hasta entonces; sin embargo, lo que había de accidental y fortuito en aquellos hechos le parecía que dependía de otra causa desde que conocía el libro de Valetta: la influencia fatídica, el *fascino*, la *jettatura*, reclamaban su participación en aquellas catástrofes. Tal continuidad de desdichas en torno al mismo personaje no era natural.

Otra circunstancia más reciente le vino a la memoria, con todos sus horribles detalles, que contribuyó enormemente a reafirmarle en su desoladora creencia.

En Londres, iba con frecuencia al teatro de la Reina, donde el encanto de una joven bailarina inglesa le había impresionado especialmente. Sin estar más prendado de ella de lo que se está de la graciosa figura de un cuadro o un grabado, la seguía

con la mirada entre sus compañeras del cuerpo de baile, a través del torbellino de los movimientos coreográficos. Le gustaba esa cara dulce y melancólica, su delicada palidez que la animación de la danza no enrojecía jamás, sus preciosos cabellos de un rubio sedoso y brillante, coronados, según el papel, de estrellas o flores, su amplia mirada perdida en el espacio, sus hombros de castidad virginal estremeciéndose a través de los gemelos, sus piernas que levantaban con suavidad nubes de gasa y relucían bajo la seda como el mármol de una estatua antigua; cada vez que pasaba por delante de las candilejas, la saludaba con algún gesto furtivo de admiración, o se ponía los lentes para verla mejor.

Una noche, la bailarina, llevada por el vuelo circular de un vals, rozó de más cerca la resplandeciente línea de fuego que separa en el teatro el mundo ideal del mundo real; sus ligeras telas de sílfide se agitaban como alas de paloma dispuestas a emprender el vuelo. Un mechero de gas sacó su lengua azul y blanca, y alcanzó el aéreo tejido. En un momento la llama rodeó a la muchacha, que danzó unos segundos como un fuego fatuo en medio de un resplandor rojo, y se lanzó hacia los bastidores, enloquecida, presa de terror, devorada viva por sus ropas incendiadas. A Paul le impresionó dolorosamente aquella desgracia, de la que hablaron todos los periódicos de la época, en los que se podría encontrar el nombre de la víctima, si se tuviera la curiosidad de saberlo. Pero su pesar no estaba mezclado con el remordimiento. No se había atribuido participación alguna en el accidente, que deploraba más que nadie.

Ahora estaba convencido de que su obstinación en perseguirla con la mirada no había sido ajena a la muerte de aquella encantadora criatura. Se consideraba como su asesino; sintió horror de sí mismo y hubiera querido no haber nacido.

A esta postración le sucedió una reacción violenta; se echó a reír con risa nerviosa, tiró el libro de Valetta por los aires y exclamó:

«¡Realmente me he vuelto imbécil o loco! El sol de Nápoles se me ha debido subir a la cabeza. ¡Qué dirían mis amigos del club si supieran que se ha fraguado seriamente en mi conciencia la estúpida pregunta de si soy o no un *jettatore*!».

Paddy llamó discretamente a la puerta. Paul abrió, y el lacayo, formalista en el servicio, le presentó en la piel de charol de su gorra, disculpándose por no tener bandeja de plata, una carta de parte de miss Alicia.

Paul d'Aspremont rompió el sello y leyó lo que sigue:

«¿Estás enfadado conmigo, Paul? No viniste ayer por la tarde, y tu sorbete de limón se derritió melancólicamente sobre la mesa. Hasta las nueve tuve los oídos al acecho, tratando de distinguir el ruido de las ruedas de tu coche a través del canto obstinado de los grillos y el estruendo de las panderetas; entonces perdí la esperanza y discutí con el conserje. ¡Para que veas lo justas que son las mujeres! Pulcinella con su nariz negra, don Limón y doña Pangrazia ¿tienen mucho encanto para ti? Porque sé por mi policía que pasaste la velada en San Carlino. De esas pretendidas cartas importantes, no

has escrito ni una sola. ¿Por qué no confieras lisa y llanamente que estás celoso del conde Altavilla? Te creía más orgulloso, y esa modestia de tu parte me impresiona. Pero no temas nada. Altavilla es demasiado guapo, y a mí no me gustan los Apolos con colgantes. Debería hacer alarde ante ti de un desprecio absoluto y decirte que no he advertido tu ausencia; pero la verdad es que el tiempo se me ha hecho muy largo, que estaba de muy mal humor, muy nerviosa, y he estado a punto de pegar a Vicè, que se reía como una loca, no sé por qué. A. W.»

Aquella carta jovial y llena de buen humor devolvió totalmente las ideas de Paul a los sentimientos de la vida real. Se vistió, ordenó que trajeran el coche, y pronto el volteriano Scazziga chasqueó el látigo incrédulo junto a las orejas de sus animales, que se lanzaron al galope sobre el pavimento de lava, a través de la multitud compacta del muelle de Santa Lucia.

—Scazziga, ¿qué mosca le ha picado? ¡va a provocar una desgracia! —gritó d'Aspremont. El cochero se volvió enérgicamente para contestar, y la mirada irritada de Paul le alcanzó en plena cara. Una piedra que no había visto levantó una de las ruedas delanteras, y se cayó del asiento por la violencia del choque, pero sin soltar las riendas. Agil como un mono, volvió a subir de un salto a su sitio, con un chichón en la frente tan gordo como un huevo de gallina.

«¡Que me lleve el diablo si me vuelvo otra vez cuando me hables!», gruñó entre dientes. «Timberio, Falsacappa y Gelsomina tenían razón, ¡es un *jettatore*! Mañana compraré un par de cuernos. Aunque no sirva de mucho, al menos no hará daño».

Este pequeño incidente fue desagradable para Paul; le devolvía al círculo mágico del que quería salir: una piedra se encuentra todos los días bajo la rueda de un carruaje, un cochero torpe se cae de su asiento; no hay nada más simple y más vulgar. Sin embargo, el *efecto* había seguido a la *causa* tan de cerca, la caída de Scazziga coincidía tan exactamente con la *mirada* que le había lanzado, que sus aprensiones volvieron a hacer su aparición:

«Me gustaría», se dijo, «abandonar mañana mismo este extravagante país, en el que siento que mi cerebro se bambolea en mi cráneo como una avellana en su cáscara. Pero si confiara mis temores a miss Ward, se reiría de ellos, y el clima de Nápoles es favorable para su salud. ¡Su salud! ¡Si se encontraba bien antes de conocerme! ¡Jamás ese nido de cisnes que se mece en las aguas, llamado Inglaterra, había tenido una hija más blanca y más sonrosada! La vida brillaba en sus ojos llenos de luz, se extendía por sus mejillas lozanas y suaves; una sangre rica y pura corría por sus azuladas venas bajo su piel transparente; se advertía a través de su belleza una encantadora vitalidad. ¡De qué modo, bajo mi mirada, palideció, adelgazó, cambió! ¡Cómo sus delicadas manos se iban afilando! ¡Cómo sus ojos tan vivos se rodearon de penumbras tenebrosas! Era como si la consunción le pusiera sus huesudos dedos en el hombro. En mi ausencia, ha recuperado rápidamente sus vivos colores; el aire

retoza libremente en su pecho, que el médico auscultaba con temor; libre de mi funesta influencia, viviría muchos años. ¿Acaso no soy yo el que la mata? ¿No experimentó la otra tarde, mientras yo estaba allí, un dolor tan agudo, que sus mejillas palidecieron como si hubieran recibido el soplo frío de la muerte? ¿No le hice la *jettatura* sin saberlo? Aunque quizá fuera algo completamente natural. Muchas jóvenes inglesas tienen propensión a enfermedades del pecho».

Estos pensamientos ocuparon a Paul d'Aspremont durante el camino. Cuando se presentó en la terraza, lugar de estancia habitual de *miss* Ward y el comodoro, los inmensos cuernos de los bueyes de Sicilia, regalo del conde Altavilla, retorcían sus astas jaspeadas en el lugar más visible. Al ver que Paul se fijaba en ellos, el comodoro se puso azul: era su forma de ruborizarse porque, menos delicado que su sobrina, había escuchado las confidencias de Vicè...

Alicia, con un gesto de absoluto desdén, hizo una seña a la sirvienta para que se llevara los cuernos y fijó en Paul su bella mirada llena de amor, de valor y de confianza.

—Déjelos en su sitio —dijo Paul a Vicè—; son preciosos.

IX

La observación de Paul sobre los cuernos pareció gustar al comodoro; Vicè sonrió, enseñando su dentadura en la que los caninos separados y puntiagudos brillaban con una blancura feroz; Alicia, frunciendo ligeramente el ceño, pareció hacer a su amigo una pregunta que quedó sin respuesta.

Se hizo un tenso silencio.

Los primeros minutos de una visita incluso si es cordial, familiar, esperada y renovada todos los días, suelen ser confusos. Durante la ausencia, aunque sólo haya durado unas horas, se ha formado alrededor de cada uno una atmósfera invisible contra la que se rompe la efusión. Es como un cristal perfectamente transparente que deja ver el paisaje y que no atravesaría ni el vuelo de una mosca. Aparentemente no hay nada, y sin embargo se sabe que existe un obstáculo.

Una cierta reserva mental, disimulada por la práctica de las relaciones sociales, preocupaba al mismo tiempo a los tres personajes del grupo, que normalmente estaba más comunicativo. El comodoro doblaba los pulgares con un gesto mecánico; d'Aspremont miraba obstinadamente las puntas negras y relucientes de los cuernos

que había prohibido a Vicè que se llevara, como un naturalista que trata de clasificar, a la vista de un fragmento, una especie desconocida; Alicia pasaba el dedo por la lazada del ancho lazo que ceñía su vestido de muselina, simulando que apretaba el nudo.

Fue *miss Ward* la primera que rompió el hielo, con esa jovial libertad de las jóvenes inglesas, tan modestas y tan reservadas, sin embargo, después de la boda.

—Realmente, Paul, no eres muy amable desde hace algún tiempo. ¿Acaso tu galantería es una planta de invernadero que sólo puede abrirse en Inglaterra, cuyo desarrollo interrumpe la alta temperatura de este clima? ¡Qué atento y solícito eras, siempre tan delicado, en nuestra casa de campo de Lincolnshire! Me hablabas con dulces palabras que te brotaban del corazón, muy cerca de mí, dispuesto a arrodillarte ante el ídolo de tu alma; en una palabra, tal como se representa a los enamorados en las ilustraciones de las novelas.

—Te sigo amando, Alicia —respondió d'Aspremont con voz profunda, pero sin quitar ojo a los cuernos colocados en una de las columnas antiguas que sostenían el emparrado.

—Lo dices en un tono tan lúgubre, que habría que ser muy coqueta para creerlo —continuó *miss Ward*—; imagino que lo que te gustaba de mí era mi tez pálida, mi diafanidad, mi encanto osianesco y vaporoso; mi estado de sufrimiento me daba un cierto aire romántico que he perdido.

—¡Alicia! Nunca has estado tan bella.

—Palabras, palabras, palabras, como dice Shakespeare. Soy tan bella que ni siquiera te dignas mirarme.

Efectivamente, los ojos de Paul d'Aspremont no se habían dirigido una sola vez a la joven.

—Claro —dijo ella con un gran suspiro cómicamente exagerado—, ya veo que me he convertido en una gorda y fuerte campesina, frescachona, coloradota, sin la menor distinción, incapaz de figurar en el baile de Almacks, o en un libro de bellezas, separada de un soneto admirativo por una hoja de papel de seda.

—Alicia, encuentras placer en calumniarte —dijo Paul con los párpados bajos.

—Sería mejor que me confesaras francamente que soy horrorosa. Tú también tienes la culpa, comodoro; con las alas de gallina, las chuletas, los filetes de buey, los vasitos de vino de Canarias, los paseos a caballo, los baños de mar, los ejercicios gimnásticos, me has fabricado esta fatídica salud burguesa que disipa las ilusiones poéticas del señor d'Aspremont.

—Estás atormentando a Paul y te burlas de mí —dijo el interpelado comodoro—; pero realmente, el filete de buey es muy sustancioso y el vino de Canarias jamás ha perjudicado a nadie.

—¡Qué decepción, mi pobre Paul! Dejar a una ninfa, a un elfo, a una sílfide, y encontrar lo que los médicos y los parientes llaman ¡una persona fuerte y sana! Pero escúchame, ya que no tienes valor para mirarme, y tiemblas de espanto. Peso siete

onzas más que cuando salí de Inglaterra.

—¡Ocho onzas! —interrumpió con orgullo el comodoro, que cuidaba a Alicia como hubiera podido hacerlo la madre más tierna.

—¿Son ocho onzas exactamente? Terrible tío, ¿acaso quieres desencantar para siempre al señor d'Aspremont? —dijo Alicia simulando un desánimo burlón.

Mientras la joven le provocaba con aquellas muestras de coquetería, que no se hubiera permitido, ni siquiera hacia su prometido, sin graves motivos, d'Aspremont, sumido en su idea fija y no queriendo perjudicar a *miss* Ward con su mirada fatídica, tenía los ojos fijos en los cuernos talismánicos o los dejaba vagar indefinidamente por la inmensa extensión azul que se descubría desde lo alto de la terraza.

Se preguntaba si no era su deber huir de Alicia, aunque tuviera que pasar por un hombre sin fe y sin honor, e ir a acabar sus días en alguna isla desierta donde, por lo menos, su *jettatura* se extinguiría a falta de una mirada humana sobre la que caer.

—Ya sé —dijo Alicia continuando su broma—, lo que te pone tan sombrío y tan serio; la fecha de nuestra boda está fijada para dentro de un mes; y retrocedes ante la idea de convertirte en el marido de una pobre campesina que no tiene la menor elegancia. Te devuelvo la palabra: puedes casarte con mi amiga Sarah Templeton, que come *pickles* y bebe vinagre para estar delgada.

Esa ocurrencia la hizo reír con esa risa argentina y clara de la juventud. El comodoro y Paul se unieron francamente a su hilaridad.

Cuando la última explosión de su alegría nerviosa se hubo apagado, se acercó a d'Aspremont, le cogió de la mano, le condujo al piano situado en una esquina de la terraza, y le dijo abriendo sobre el atril un cuaderno de música:

—Amigo mío, hoy no tienes ningunas ganas de charlar y lo que no vale la pena ser dicho, se canta; vas a formar parte de este *duettino*, cuyo acompañamiento no es difícil: se trata de acordes casi simultáneos.

Paul se sentó en el taburete y Alicia se colocó de pie a su lado, para poder seguir el canto en la partitura. El comodoro echó hacia atrás la cabeza, estiró las piernas y tomó una actitud de beatitud anticipada, porque tenía pretensiones de diletantismo y afirmaba que adoraba la música; pero a partir del sexto compás se dormía con el sueño de los justos, sueño que se empeñaba en llamar éxtasis, a pesar de las bromas de su sobrina, porque a veces llegaba hasta a roncar, síntoma mediocrementemente extático.

El *duettino* era una viva y ligera melodía, al estilo de Cimarosa, con letra de Metastasio, y que no podríamos definir mejor que comparándola con una mariposa que revoloteara sin cesar en un rayo de sol.

La música tiene el poder de ahuyentar los malos espíritus. Al cabo de varias estrofas, Paul ya no pensaba en los dedos conjuradores, en los cuernos mágicos ni en los amuletos de coral; había olvidado el terrible libro de Valetta y todos los horrores de la *jettatura*. Su alma ascendía alegremente, con la voz de Alicia, a un aire puro y luminoso.

Las cigarras guardaban silencio como para escuchar, y la brisa del mar que

acababa de levantarse se llevaba las notas con los pétalos de las flores caídas de las macetas sobre el borde de la terraza.

—Mi tío duerme como los siete durmientes en su gruta. Si no tuviera esa costumbre, heriría nuestro amor propio de virtuosos —dijo Alicia cerrando el cuaderno—. Mientras descansa, ¿quieres dar un paseo conmigo por el jardín, Paul? Todavía no te he enseñado mi paraíso.

Entonces cogió de un clavo que había en una de las columnas, de donde colgaba sujeto por las cintas, un ancho sombrero de paja de Florencia.

Alicia profesaba respecto a la horticultura los principios más extraños; no quería que se cogieran las flores ni que se podaran las ramas; y lo que le había encantado de la villa, era, como ya hemos dicho, el estado salvajemente inculto del jardín.

Los dos jóvenes se abrían camino a través del follaje, que volvía a cerrarse inmediatamente a su paso. Alicia iba delante y se reía al ver a Paul azotado por las ramas de las adelfas que ella iba apartando. Apenas había dado veinte pasos cuando la mano verde de una rama, haciendo una travesura vegetal, cogió y atrapó su sombrero de paja levantándolo tan alto, que Paul no pudo recuperarlo.

Afortunadamente, el follaje era tupido, y el sol apenas lanzaba a la tierra sus reflejos de oro a través de la enramada.

—Este es mi retiro favorito —dijo Alicia, señalando a Paul una roca de pintorescas grietas a la que un revoltijo de naranjos, cidros, lentiscos y mirtos protegía.

Se sentó en una cavidad tallada en forma de asiento e hizo una seña a Paul para que se arrodillara ante ella sobre el espeso musgo seco que tapizaba el pie de la roca.

—Pon tus manos en las mías y mírame bien a la cara. Dentro de un mes, seré tu mujer. ¿Por qué tus ojos evitan los míos?

Efectivamente, Paul, que había vuelto a pensar en la *jettatura*, desviaba la vista.

—¿Temes leer en ellos un pensamiento contrario o culpable? Sabes que mi alma es tuya desde el día en que entregaste a mi tío la carta de recomendación en el salón de Richmond. Pertenezco a esa raza de inglesas tiernas, románticas y orgullosas, que se enamoran en un minuto con un amor que dura toda la vida —quizá más que la vida—, y que sabe amar y sabe morir. Sumerge tu mirada en la mía, lo deseo; no intentes bajar los párpados, no te vuelvas, o pensaré que un caballero que no debe temer sino a Dios se deja asustar por viles supersticiones. Fija en mí esos ojos que consideras tan terribles y que me son tan dulces, porque veo en ellos tu amor, y podrás juzgar si me crees lo bastante guapa todavía como para llevarme a pasear por Hyde Park en calesa descubierta, cuando estemos casados.

Paul, loco de alegría, fijó en Alicia una larga mirada llena de pasión y de entusiasmo. De repente la joven palideció; un dolor punzante le atravesó el corazón como la punta de hierro de una flecha: pareció que alguna fibra se rompía en su pecho, y se llevó el pañuelo a los labios. Una gota roja manchó la fina batista, que Alicia dobló con gesto rápido.

—¡Oh! Gracias, Paul. Me has hecho muy feliz, porque creía que ya no me amabas.

X

El movimiento de Alicia para esconder su pañuelo no había podido ser tan rápido como para que d'Aspremont no lo advirtiera; una terrible palidez cubrió el rostro de Paul, porque acababa de obtener una prueba irrecusable de su fatídico poder, y las ideas más siniestras cruzaron por su cerebro; incluso el pensamiento del suicidio se presentó ante él; ¿acaso no era su deber eliminarse como un ser maléfico y aniquilar así la causa involuntaria de tantas desgracias? Hubiera aceptado para sí las pruebas más duras y sobrellevado valientemente el peso de la vida; pero dar muerte a lo que más amaba en el mundo, ¿no era demasiado espeluznante?

La heroica muchacha había dominado la sensación de dolor, consecuencia de la mirada de Paul, lo que coincidía extrañamente con las advertencias del conde Altavilla. Un espíritu menos firme hubiera podido impresionarse ante aquel resultado, si no sobrenatural, al menos difícilmente explicable; pero, ya lo hemos dicho, el alma de Alicia era religiosa y no supersticiosa. Su fe inquebrantable en lo que se debe creer rechazaba como cuentos de vieja todas aquellas historias de influencias misteriosas, y se reía de los prejuicios populares más profundamente arraigados. Por otra parte, aunque hubiera admitido la *jettatura* como real y hubiera reconocido en Paul las señales evidentes, su corazón tierno y altivo no habría dudado un segundo. Paul no había cometido ninguna acción que la susceptibilidad más delicada hubiera podido censurar, y miss Ward hubiera preferido caer muerta bajo aquella mirada, presuntamente funesta, que retroceder ante un amor aceptado por ella con el consentimiento de su tío y que pronto culminaría en matrimonio. Miss Alicia Ward se parecía un poco a esas heroínas de Shakespeare, castamente intrépidas, virginalmente decididas, cuyo amor es absolutamente puro y fiel, y a las que un solo minuto ata para siempre. Su mano apretaba la de Paul y ningún hombre en el mundo podría ya tenerla entre las suyas. Veía su vida como encadenada, y su pudor se hubiera rebelado ante la sola idea de otro himeneo.

Demostró, pues, una alegría real o tan bien interpretada que hubiera engañado al más astuto observador; y, levantando a Paul, que seguía de rodillas a sus pies, le llevó a través de los senderos ocultos por las flores y las plantas de su salvaje jardín, hasta

un lugar en que la vegetación, más escasa, permitía ver el mar como un sueño azul de infinito. Aquella luminosa serenidad dispersó los sombríos pensamientos de Paul: Alicia se apoyaba en el brazo del joven con un abandono confiado, como si ya fuera su mujer. Mediante aquella pura y muda caricia, insignificante para cualquier otra, decisiva para ella, se entregaba a él más formalmente todavía, le tranquilizaba de sus terrores y le hacía comprender lo poco que le importaban los peligros que la amenazaban. Aunque había impuesto silencio primero a Vicè, después a su tío, y aunque el conde Altavilla no había nombrado a nadie, cuando recomendó que se preservara de una influencia maligna, había comprendido inmediatamente que se trataba de Paul d'Aspremont; los oscuros discursos del apuesto napolitano sólo podían hacer alusión al joven francés. También había visto que Paul, cediendo al prejuicio tan extendido en Nápoles, que convierte en un *jettatore* a cualquier hombre de fisonomía un poco singular, se creía, por una inconcebible debilidad de espíritu, presa del *fascino*, y apartaba de ella sus ojos llenos de amor, por miedo a hacerle daño con la mirada. Para combatir aquel comienzo de obsesión, había provocado la escena que acabamos de describir, cuyo resultado frustró su intención, porque confirmó más que nunca a Paul en su fatídica monomanía.

Los dos enamorados volvieron a la terraza, donde el comodoro, todavía bajo los efectos de la música, seguía durmiendo melodiosamente en su butaca de mimbre. Paul se despidió y miss Ward, parodiando el gesto del adiós propio de los napolitanos, le envió con la punta de los dedos un imperceptible beso diciendo: «Hasta mañana, Paul, ¿verdad?» con una voz cargada de suaves caricias.

Alicia poseía en aquel momento una belleza radiante, alarmante, casi sobrenatural, que impresionó a su tío al despertar, sobresaltado por la marcha de Paul. El blanco de sus ojos cobraba tonos de plata bruñida y hacía brillar las pupilas como estrellas de un negro luminoso; sus pómulos tomaban matices de un rosa ideal, de una pureza y un ardor tan celestial, como ningún pintor logró jamás en su paleta; sus sienes, de transparencia de ágata, estaban veteadas de una red de hilillos azules, y toda su carne parecía resplandeciente de luz: era como si tuviera el alma a flor de piel.

—¡Qué bella estás hoy, Alicia! —dijo el comodoro.

—Me mimas demasiado, tío; y si no soy la niña más orgullosa de los tres reinos, no te lo debo a ti. Afortunadamente, no creo en los halagos, aunque sean desinteresados.

«Bella, peligrosamente bella», continuó para sí el comodoro; «es exactamente igual que su madre, la pobre Nancy, que murió a los diecinueve años. Tales ángeles no pueden permanecer en la tierra: es como si un soplo los elevara y unas alas invisibles palpitara en sus hombros; es algo demasiado blanco, demasiado rosa, demasiado puro, demasiado perfecto; a estos cuerpos etéreos les falta la sangre roja y vulgar de la vida. Dios, que los presta al mundo por unos días, se apresura a llevárselos muy pronto. Este resplandor supremo me entristece como un adiós».

—Pues bien, tío, ya que soy tan hermosa —repuso *miss Ward*, que vio cómo la frente del comodoro se ensombrecía—, es el momento de casarme: el velo y la corona me sentarán bien.

—¡Casarte! ¿Tanta prisa tienes de abandonar al viejo piel roja de tu tío?

—No voy a abandonarte; ¿acaso no quedó decidido con Paul d'Aspremont que viviremos juntos? Sabes perfectamente que no puedo vivir sin ti.

—¡Paul d'Aspremont! ¡Paul d'Aspremont!... La boda todavía no se ha celebrado.

—Tiene tu palabra, y la mía. *Sir Joshua Ward* jamás ha faltado a ella.

—Tiene mi palabra, es indudable —respondió el comodoro muy confuso.

—El plazo de seis meses que fijaste ha pasado... hace unos días —dijo Alicia, cuyas púdicas mejillas se sonrosaron todavía más, porque aquella conversación, necesaria en el punto en que estaban las cosas, hería la delicadeza de su sensibilidad.

—¡Ah! Has contado los meses, ¿eh, pequeña? ¡Para que uno se fíe de las caras inocentes!

—Amo a Paul d'Aspremont —respondió gravemente la joven.

—Ése es el problema —dijo *sir Joshua Ward* que, totalmente imbuido de las ideas de Vicè y Altavilla, estaba bastante preocupado por tener como yerno a un *jettatore* —. ¡Que no ames a otro!

—No tengo dos corazones —dijo Alicia—; sólo tendré un amor aunque tenga, como mi madre, que morir a los diecinueve años.

—¡Morir! No digas esas horribles palabras, te lo suplico —exclamó el comodoro.

—¿Tienes algún reproche que hacer al señor d'Aspremont?

—Ninguno, evidentemente.

—¿Ha faltado al honor de alguna manera? ¿Se ha mostrado alguna vez cobarde, vil, mentiroso o pérfido? ¿Ha insultado a una mujer o retrocedido ante un hombre? ¿Acaso su apellido está empañado con alguna mancha secreta? ¿Una joven, cuando coge su brazo para aparecer en sociedad, tiene motivos para ruborizarse o bajar los ojos?

—Paul d'Aspremont es un perfecto caballero, no se puede decir nada de su respetabilidad.

—Créeme, tío, que si existiera un motivo así, renunciaría a Paul d'Aspremont en el acto, y me retiraría a algún lugar inaccesible; pero ninguna otra razón, ¿entiendes? ninguna otra me hará faltar a una promesa sagrada —dijo *miss Alicia Ward* en tono firme y dulce.

El comodoro jugaba con sus pulgares, en un gesto habitual en él cuando no sabía qué contestar, y que le servía para disimular.

—¿Por qué demuestras ahora a Paul tanta frialdad? —continuó *miss Ward*—. Antes sentías mucho afecto por él; no podías pasar sin su compañía en nuestra casa de campo de Lincolnshire, y decías, mientras le estrechabas la mano con una fuerza capaz de romperle los dedos, que era un muchacho lleno de dignidad, al que confiarías encantado la felicidad de una muchacha.

—Sí, es cierto, quería mucho al bueno de Paul —dijo el comodoro conmovido por aquellos recuerdos—; pero lo que es oscuro en las brumas de Inglaterra se vuelve claro con el sol de Nápoles...

—¿Qué quieres decir? —dijo con voz temblorosa Alicia, cuyos vivos colores la abandonaron súbitamente y se puso blanca como una estatua de alabastro sobre un sepulcro.

—Que tu Paul es un *jettatore*.

—¡Cómo! ¡Tú!, mi tío, tú, *sir* Joshua Ward, un gentilhombre, un cristiano, un súbdito de Su Majestad Británica, un antiguo oficial de la marina inglesa, un ser instruido y civilizado, a quien todos consultarían sobre multitud de cosas, tú que posees sabiduría y sensatez, que lees todas las noches la Biblia y el Evangelio, ¿no temes acusar a Paul de *jettatura*! ¡Oh! ¡No esperaba eso de ti!

—Mi querida Alicia —contestó el comodoro—, probablemente soy todo lo que dices cuando no se trata de ti; pero cuando un peligro, aunque sea imaginario, te amenaza, me vuelvo más supersticioso que un campesino de los Abruzzos, que un *lazzarone* del muelle, que un *ostricaio*^[42] de Chiaja, que una sirvienta de la Tierra de Labor o incluso que un conde napolitano. Paul puede mirarme lo que quiera con sus inquietantes ojos, y permaneceré sereno como ante la punta de una espada o el cañón de una pistola. El fascino no morderá mi piel curtida, bronceada y enrojecida por todos los soles del universo. Solamente soy crédulo por ti, querida sobrina, y confieso que siento que un sudor frío me baña las sienes cuando la mirada de ese desdichado muchacho se posa en ti. No tiene malas intenciones, lo sé, y te ama más que a su vida; pero me parece que, bajo su influencia, tus rasgos se alteran, tus colores desaparecen, e intentas disimular un sufrimiento agudo; y entonces me entran unos deseos furiosos de sacarle los ojos a tu Paul d'Aspremont, con la punta de los cuernos que nos regaló Altavilla.

—Pobre tío querido —dijo Alicia enternecida por la calurosa explosión del comodoro—; nuestras existencias están en manos de Dios: no muere un solo príncipe en su lecho mortuario, ni un pájaro en su nido, sin que su hora haya sido señalada allá arriba; el *fascino* no influye en absoluto, y es una impiedad creer que una mirada más o menos oblicua pueda ejercer alguna influencia. Vamos, tío —continuó aplicando el término de afecto familiar del loco en *El Rey Lear*—, antes no hablabas en serio; tu cariño por mí confundía tu juicio, siempre tan recto. No es verdad, no te atreverías a decirle a Paul d'Aspremont que le retiras la mano de tu sobrina, que tú mismo pusiste en la suya, y que ya no le quieres como yerno, con el pretexto de que es... ¡un *jettatore*!

—¡Por Josué! Mi patrono, que detuvo el sol —exclamó el comodoro—, no me morderé la lengua a propósito de ese Paul. ¡Me da exactamente igual ser ridículo, absurdo, desleal incluso, cuando está en juego tu salud y quizá tu vida! Me había comprometido con un hombre, y no con un aojador. He prometido; pues bien, no cumplo mi promesa y se acabó. Si no está contento, le explicaré mis razones.

Y el comodoro, exasperado, hizo ademán de levantarse, sin prestar la menor atención a su gota, que le mordía los dedos del pie.

—Sir Joshua Ward, no harás eso —dijo Alicia con serena dignidad.

El comodoro se dejó caer muy agitado en la butaca de mimbre y guardó silencio.

—Escúchame, tío, aunque esa odiosa y estúpida acusación fuera cierta, ¿hay que rechazar por ello al señor d'Aspremont y reprocharle su desgracia? ¿No has comprobado que el mal que supuestamente produce no depende de su voluntad, y que jamás hubo un alma más cariñosa, más generosa y más noble?

—Nadie se casa con los vampiros, por buenas que sean sus intenciones —respondió el comodoro.

—Pero todo eso es una quimera, una extravagancia, una superstición; lo que hay de verdad, desgraciadamente, es que Paul está muy afectado por esas locuras, que las ha tomado en serio; está horrorizado, alucinado; cree en su poder fatídico, tiene miedo de sí mismo, y cada pequeño accidente que antes no advertía, y del que ahora imagina ser la causa, confirma en él esta convicción. ¿Acaso no me corresponde a mí, que soy su mujer ante Dios, y que pronto lo seré ante los hombres —benedicida por ti, querido tío—, calmar su imaginación sobrecitada, ahuyentar sus vanos fantasmas, tranquilizar, mediante mi seguridad aparente y real, su despavorida ansiedad, hermana de la obsesión, y salvar, por medio de la dicha, su bella alma turbada, su encantadora mente en peligro?

—Siempre tienes razón, Alicia —dijo el comodoro—; y yo, a quien tú llamas sabio, no soy sino un viejo loco. Creo que esa Vicè es una bruja; me trastornó con sus historias. En cuanto al conde Altavilla, sus cuernos y sus signos cabalísticos ahora me parecen bastante ridículos. Sin duda, era una estratagema inventada para espantar a Paul y casarse contigo.

—Es posible que el conde Altavilla actúe de buena fe —dijo miss Ward sonriendo—; hace un momento compartías su opinión sobre la *jettatura*.

—No abuses de tu ventaja, Alicia; además, todavía no he salido del todo de mi error y puedo volver a caer en él. Lo mejor sería marcharse de Nápoles en el próximo viaje del barco de vapor, y volver tranquilamente a Inglaterra. Cuando Paul deje de ver los cuernos de buey, las cabezas de ciervo, los dedos en punta, los amuletos de coral y todos esos artefactos diabólicos, su imaginación se tranquilizará, y yo mismo olvidaré esas pamplinas que casi me han hecho faltar a mi palabra y cometer una acción indigna de un hombre honesto. Te casarás con Paul, porque está decidido. Me reservaréis el salón y la habitación de la planta baja en la casa de Richmond, la torre octogonal en el castillo de Lincolnshire, y viviremos felices juntos. Si tu salud exige un clima más cálido, alquilaremos una casa de campo en los alrededores de Tours, o mejor en Cannes, donde lord Brougham posee una bella propiedad, y donde esas infames supersticiones de *jettatura* son desconocidas, gracias a Dios. ¿Qué te parece mi proyecto, Alicia?

—No necesitas mi aprobación, ¿acaso no soy la más obediente de las sobrinas?

—Sí, cuando hago lo que quieres, picaruela —dijo sonriendo el comodoro, que se levantó para dirigirse a su habitación.

Alicia se quedó unos minutos más en la terraza; pero, ya fuera porque aquella escena hubiera producido en ella cierta excitación febril, o porque Paul ejerciera realmente en la joven la influencia que temía el comodoro, la brisa tibia, al pasar por sus hombros protegidos por una simple gasa, le causó una impresión glacial y, por la noche, como no se encontraba bien, pidió a Vicè que extendiera sobre sus pies fríos y blancos como el mármol una de esas mantas de cuadros que se fabrican en Venecia.

Mientras tanto las luciérnagas brillaban en la hierba, los grillos cantaban, y la luna redonda y amarilla subía al cielo envuelta en la bruma.

XI

Al día siguiente de esa escena, Alicia, después de una noche que no había sido buena, apenas rozó con los labios el brebaje que Vicè le llevaba todas las mañanas, y lo dejó lánguidamente en el velador junto a su cama. No tenía exactamente dolor alguno, pero se sentía destrozada; era más una dificultad de vivir que una enfermedad, y no hubiera sabido cómo describir los síntomas a un médico. Pidió un espejo a Vicè, porque una joven se preocupa más de la alteración que el sufrimiento puede producir en su belleza que del propio sufrimiento. Estaba extremadamente blanca; solamente dos manchitas semejantes a dos pétalos de rosa de Bengala caídas en una copa de leche nadaban en su palidez. Sus ojos brillaban con un destello insólito, encendidos por las últimas llamas de la fiebre; pero el tono cereza de sus labios era mucho menos vivo, y para que les volviera el color, se los mordió con sus dientes de nácar.

Se levantó, se envolvió con una bata de cachemira blanca, se puso un chal en la cabeza, porque, a pesar del calor que hacía cantar a las cigarras, todavía estaba un poco destemplada, y se dirigió a la terraza a la hora de costumbre, para no despertar la inquietud siempre al acecho del comodoro. Tocó con los labios el desayuno, aunque no tenía hambre, pero el menor indicio de malestar no hubiera dejado de ser atribuido por *sir* Joshua Ward a la influencia de Paul, y era lo que Alicia quería evitar por encima de todo.

Luego, con el pretexto de que la deslumbrante luz del día la cansaba, se retiró a su habitación, no sin haber reiterado varias veces al comodoro, que algo sospechaba, la

protesta de que se encontraba maravillosamente.

«Maravillosamente... lo dudo», se dijo a sí mismo el comodoro cuando su sobrina hubo salido. «Tenía tonos nacarados junto a los ojos, vivos colores en los pómulos, exactamente como su pobre madre que también pretendía no haberse encontrado nunca mejor. ¿Qué hacer? Quitarle a Paul sería matarla de otra manera; dejemos actuar a la naturaleza. ¡Alicia es tan joven! Sí, pero la vieja Mob prefiere a las más jóvenes y a las más bellas; es celosa como una mujer. ¿Y si mandara venir a un doctor?, pero ¡qué poder tiene la medicina sobre un ángel! Sin embargo todos los síntomas habían desaparecido... ¡Ah! si fueras tú, condenado Paul, quien con tu aliento marchitaras esta flor divina, te estrangularía con mis propias manos. Nancy no sufrió la mirada de ningún *jettatore*, y está muerta. ¡Si Alicia muriera! No, no es posible. No le he hecho nada a Dios para que me reserve tan espantoso dolor. Cuando eso ocurra, llevaré mucho tiempo durmiendo bajo mi lápida con el *Sacred to the memory of sir Joshua Ward*, a la sombra de la iglesia de mi pueblo natal. Será ella la que vaya a rezar y a llorar sobre la lápida gris por el viejo comodoro... No sé qué me pasa, pero estoy terriblemente melancólico y fúnebre esta mañana...».

Para disipar sus negros pensamientos, el comodoro añadió un poco de ron de Jamaica al té que se había quedado frío en la taza, y mandó que le trajeran su *houka*^[43], distracción inocente que sólo se permitía en ausencia de Alicia, cuya delicadeza hubiera podido alterarse a causa de su humo ligero y perfumado.

Ya había hervido el agua aromatizada del recipiente y salían algunas nubes azuladas, cuando Vicè apareció anunciando al conde Altavilla.

—Sir Joshua —dijo el conde después de los primeros saludos—, ¿ha reflexionado sobre la petición que le hice el otro día?

—He reflexionado —repuso el comodoro—; pero usted lo sabe, Paul d'Aspremont tiene mi palabra.

—Sin duda; sin embargo hay casos en que una palabra se retira; por ejemplo, cuando el hombre a quien se ha dado, por una razón o por otra, no es tal como se creía al principio.

—Conde, hable más claramente.

—Me repugna atacar a un rival; pero, después de la conversación que tuvimos, debe comprenderme. Si usted rechazara a Paul d'Aspremont, ¿me aceptaría como yerno?

—Yo, sí; pero no es tan seguro que a *miss Ward* le agradara la sustitución. Está enamorada de Paul, y yo tengo un poco la culpa, porque favorecí a ese muchacho antes de que ocurrieran todas estas estúpidas historias. Perdóneme, conde, por el epíteto, pero realmente tengo la mente trastornada.

—¿Quiere que su sobrina muera? —dijo Altavilla en tono emocionado y grave.

—¡Dios mío! ¡Morir mi sobrina! —exclamó el comodoro saltando en su butaca y tirando el tubo de tafilete de su *houka*.

Cuando le tocaban esa fibra, *sir Joshua Ward* se estremecía siempre.

—¿Mi sobrina está, entonces, gravemente enferma?

—No se alarme tan deprisa, *milord*; *miss* Alicia puede vivir, e incluso mucho tiempo.

—¡Magnífico! me había asustado.

—Pero con una condición —continuó el conde Altavilla—: que no vea más a Paul d'Aspremont.

—¡Ah! ¡Ya salió la *jettatura* a relucir! Por desgracia, *miss* Ward no cree en ella.

—Escúcheme —dijo pausadamente el conde Altavilla—. Cuando encontré por primera vez a *miss* Alicia en el baile en casa del príncipe de Siracusa, y concebí por ella una pasión tan respetuosa como ardiente, fue su rebosante salud, su alegría de vivir, la viva flor que iluminaba toda su persona lo que primero me impresionó. Su belleza resplandecía y nadaba como en una atmósfera de bienestar. Aquella fosforescencia la hacía brillar como una estrella; ella ensombrecía a inglesas, rusas, italianas, y ya sólo la vi a ella. A la distinción británica añadía el encanto puro y fuerte de las antiguas diosas; disculpe esta referencia mitológica en el descendiente de una colonia griega.

—¡Es verdad que estaba maravillosa! *Miss* Edwina O'Herty, *lady* Eleonor Lilly, *mistress* Jane Strangford, la princesa Vera Fedorowna Bariatinsky estuvieron a punto de enfermar de envidia —dijo el comodoro encantado.

—Y ahora ¿no advierte usted que su belleza ha adquirido una especie de languidez, que sus rasgos se atenúan en delicadezas mórbidas, que las venas de sus manos se dibujan más azules de lo normal, que su voz tiene sonidos armónicos de inquietante vibración y de doloroso encanto? El elemento terrestre desaparece y pasa a dominar el elemento angelical. *Miss* Alicia posee una perfección etérea que, aunque usted me considere materialista, no me gusta descubrir en las muchachas de este planeta.

Lo que decía el conde respondía tan exactamente a las preocupaciones secretas de *sir* Joshua Ward, que permaneció unos minutos silencioso y como perdido en una ensoñación profunda.

—Todo eso es verdad; aunque a veces intento engañarme a mí mismo, no puedo negarlo.

—No he terminado —dijo el conde—; ¿antes de la llegada de Paul d'Aspremont a Inglaterra, la salud de *miss* Alicia era motivo de inquietud?

—No: era la hija más sana y más alegre de los tres reinos.

—La presencia del señor d'Aspremont coincide, como ve, con los periodos enfermizos que alteran la preciosa salud de *miss* Ward. Yo no le pido a usted, hombre del norte, que añada una fe implícita a una creencia, a un prejuicio, a una superstición, si usted quiere, de nuestras regiones meridionales, pero reconozca que estos hechos son extraños y merecen toda su atención...

—¿Alicia no puede estar enferma... naturalmente? —dijo el comodoro, alterado por los razonamientos capciosos de Altavilla, pero resistiéndose con una especie de

vergüenza inglesa a adoptar la creencia popular napolitana.

—Miss Ward no está enferma: padece una especie de envenenamiento producido por la mirada, y si Paul d'Aspremont no es un *jettatore*, al menos es un ser funesto.

—¿Qué puedo hacer yo? Ama a Paul, se ríe de la *jettatura* y considera que no se puede dar semejante razón a un hombre de honor para rechazarle.

—Yo no tengo derecho a ocuparme de su sobrina: no soy ni su hermano, ni su pariente, ni su prometido; pero si obtuviera su aprobación haría un esfuerzo por arrancarla de esa influencia nefasta. ¡Oh! no tema; no cometeré ningún acto indigno. Aunque soy joven, sé que no se debe armar jaleo en torno a la reputación de una señorita; pero permítame no decir nada de mi plan. Confíe plenamente en mi lealtad y sepa que no oculta nada que el honor más delicado no pueda confesar.

—¿Quiere usted mucho a mi sobrina? —preguntó el conde.

—Sí, y la amo sin esperanza; pero ¿me da usted licencia para actuar?

—Es usted un hombre terrible, conde Altavilla. ¡Muy bien! intente salvar a Alicia a su manera, no me parece mal, incluso me parece muy bien.

El conde se levantó, saludó, montó en su carruaje y dijo al cochero que le condujera al hotel de Roma.

Paul, con los codos sobre la mesa y la cabeza entre las manos, estaba sumido en las más dolorosas reflexiones; había visto las dos o tres gotitas rojas en el pañuelo de Alicia y, obsesionado por su idea fija, se reprochaba su amor homicida; se culpaba de aceptar la abnegación de aquella bella muchacha decidida a morir por él, y se preguntaba con qué sacrificio sobrehumano podría pagar su sublime entrega.

Paddy, el jockey-gnomo, interrumpió su meditación llevándole la tarjeta del conde Altavilla.

—¡El conde Altavilla! ¿Qué puede querer de mí? —dijo Paul enormemente sorprendido—. Hazle entrar.

Quando el napolitano apareció en el umbral de la puerta, Paul d'Aspremont ya había puesto sobre su asombro esa máscara de indiferencia glacial que utiliza la gente de la alta sociedad para ocultar sus impresiones.

Con fría cortesía señaló al conde una butaca, él también se sentó, y esperó en silencio, con los ojos fijos en el visitante.

—Señor —empezó el conde jugando con los colgantes de su reloj—, lo que tengo que decirle es tan extraño, tan fuera de lugar, tan inconveniente, que tendría usted derecho a tirarme por la ventana. Ahórreme tamaña brutalidad, porque estoy dispuesto a exponérselo caballerosamente.

—Le escucho, y me reservo para más tarde el ofrecimiento que usted me hace, si su discurso no es de mi agrado —respondió Paul, sin mover un solo músculo de su cara.

—¡Es usted un *jettatore*!

Al oír estas palabras, una palidez verdosa invadió súbitamente el rostro de d'Aspremont y una aureola roja rodeó sus ojos; frunció el ceño, la arruga de su frente

se hizo más profunda, y de sus pupilas brotaron como chispas sulfurosas; se incorporó a medias, arañando con las uñas crispadas los brazos de caoba de la butaca. Fue tan terrible que Altavilla, aunque era muy valiente, apretó fuertemente una de las pequeñas ramas de coral bifurcadas que colgaban de la cadena de su reloj, y dirigió instintivamente las puntas hacia su interlocutor.

Haciendo un esfuerzo supremo de voluntad, Paul d'Aspremont volvió a sentarse y dijo:

—Tenía usted razón, señor: tal es, realmente, la recompensa que merecería semejante insulto; pero tendré paciencia y esperaré una reparación.

—Créame —continuó el conde— que no le hago esta afrenta que sólo se puede lavar con sangre, sin motivos muy graves. Amo a *miss* Alicia Ward.

—¿Qué me importa?

—Efectivamente le importa muy poco, porque es usted amado. Pero yo, don Felipe Altavilla, le prohíbo que vea a *miss* Alicia Ward.

—Yo no recibo órdenes de usted.

—Lo sé —respondió el conde napolitano—; tampoco espero que me obedezca.

—¿Entonces cuál es el motivo de su visita? —dijo Paul.

—Tengo la convicción de que el *fascino* del que desgraciadamente está usted dotado influye de modo funesto en *miss* Alicia Ward. Es una idea absurda, un prejuicio digno de la Edad Media, que debe parecerle profundamente ridículo; no discutiré eso con usted. Sus ojos se dirigen a *miss* Ward y le lanzan, aunque usted no quiera, una mirada fatídica que la matará. No tengo otro medio de impedir ese triste resultado que retarle a un duelo. En el siglo XVI, hubiera mandado a uno de mis siervos de la montaña que le matara; pero hoy en día esas costumbres ya no se practican. También pensé rogarle que volviera a Francia; era demasiado ingenuo: usted se hubiera reído de este rival que le pedía que se fuera y le dejara solo con su prometida bajo el pretexto de la *jettatura*.

Mientras el conde Altavilla hablaba, Paul d'Aspremont se sintió invadido de un secreto horror; él, un cristiano, era víctima de los poderes del infierno, y el ángel malo miraba a través de sus pupilas... ¡Producía catástrofes, su amor mataba! Por un instante su razón se arremolinó en su cerebro, y la locura batió con sus alas las paredes interiores de su cráneo.

—Conde, por su honor, ¿cree realmente lo que dice? —exclamó d'Aspremont después de unos minutos de meditación, que el napolitano respetó.

—Por mi honor, lo creo.

—¡Oh! ¡Entonces es verdad! —dijo Paul a media voz—: ¡Soy un asesino, un demonio, un vampiro! ¡Doy muerte a un ser celestial y causo la desesperación de un anciano!

Y estuvo a punto de prometer al conde que no volvería a ver a Alicia; pero el respeto humano y los celos que se despertaron en su corazón retuvieron las palabras en sus labios.

—Conde, no le oculto que voy a ir ahora mismo a casa de *miss Ward*.

—No le cogeré por el cuello para impedirselo; hace un momento usted reprimió un acto de violencia contra mí y se lo agradezco; pero estaré encantado de verle mañana, a las seis, en las ruinas de Pompeya, en la sala de las Termas, por ejemplo; allí se está muy bien. ¿Qué arma prefiere? Usted es el ofendido: ¿espada, sable o pistola?

—Nos batiremos a cuchillo y con los ojos vendados, separados por la distancia de un pañuelo que sostendremos cada uno por un extremo. Las posibilidades deben estar igualadas: yo soy un *jettatore*; ¡podría matarle con la mirada, señor conde!

Paul d'Aspremont soltó una carcajada estridente, abrió la puerta y desapareció.

XII

Alicia se había instalado en una sala baja de la casa, cuyas paredes estaban decoradas con esos paisajes al fresco que, en Italia, sustituyen a los papeles. Esteras de paja de Manila cubrían el suelo. Una mesa sobre la que había un tapete turco cubierto por las poesías de Coleridge, Shelley, Tennyson y Longfellow, un espejo de marco antiguo y varias sillas de caña componían todo el mobiliario; persianas de junco de China con dibujos de pagodas, rocas, sauces, grullas y dragones, puestas en las ventanas y levantadas a medias, tamizaban una luz suave. Una rama de naranjo, cargada de flores que caían con la aparición de los frutos, penetraba familiarmente en la habitación y se extendía como una guirnalda sobre la cabeza de Alicia, sacudiendo sobre ella su nieve perfumada.

La joven, todavía un poco doliente, estaba tumbada en un estrecho canapé cerca de la ventana; dos o tres almohadones de Marruecos la incorporaban a medias; una manta veneciana le tapaba púdicamente los pies; así dispuesta, podía recibir a Paul sin infringir las leyes del pudor inglés.

El libro empezado se había deslizado al suelo de la mano distraída de Alicia; sus pupilas nadaban vagamente bajo sus largas pestañas y parecían mirar más allá del mundo; experimentaba esa lasitud casi voluptuosa que sigue a los accesos de fiebre, y toda su ocupación consistía en masticar las flores del naranjo que caían a la manta y cuyo amargo perfume le gustaba. ¿Acaso no existe una Venus comiendo rosas, de Schiavone? ¡Qué encantadora pareja hubiera podido pintar un artista moderno en el cuadro del viejo veneciano si hubiera representado a Alicia mordisqueando flores de

naranja!

Pensaba en Paul d'Aspremont y se preguntaba si realmente viviría bastante para ser su mujer; no porque diera crédito a la influencia de la *jettatura*, sino porque se sentía invadida a su pesar por fúnebres presentimientos: aquella misma noche había tenido un sueño, cuya impresión no se había disipado al despertar.

En el sueño, estaba acostada, pero despierta, y dirigía sus ojos hacia la puerta de su habitación, y presentía que *alguien* iba a aparecer. Después de dos o tres minutos de ansiosa espera, había visto cómo se dibujaba sobre el fondo oscuro del vano de la puerta una forma esbelta y blanca, al principio transparente, que, como en una ligera bruma, permitía distinguir los objetos a través de ella, y que tomaba más consistencia al avanzar hacia la cama.

La sombra iba ataviada con un vestido de muselina, cuyos pliegues arrastraban por el suelo; largas espirales de cabellos negros, casi lisos, lloraban a ambos lados de su cara pálida, señalada con dos manchitas rosas en los pómulos; la carne del cuello y del pecho era tan blanca que se confundía con el vestido, y nadie hubiera podido decir dónde acababa la piel y dónde empezaba la tela; una imperceptible cadenita de Venecia rodeaba el delgado cuello con su estrecha línea de oro; la mano, delicada y veteada de azul, sostenía una flor —una rosa—, cuyos pétalos se desprendían y caían al suelo como si fueran lágrimas.

Alicia no había conocido a su madre, muerta un año después de haberla dado a luz; pero con mucha frecuencia había contemplado una miniatura cuyos colores casi desvanecidos, entre los que predominaba el tono amarillo marfil, y pálidos como el recuerdo de los muertos, hacían pensar en el retrato de un fantasma más que en el de un ser vivo. Entonces comprendió que la mujer que entraba en la habitación era Nancy Ward, su madre. El vestido blanco, la cadenita de oro, la flor en la mano, los cabellos negros, las mejillas rosadas, no faltaba nada. Era exactamente la miniatura ampliada, moviéndose con toda la realidad del sueño.

Una ternura mezclada de terror hizo palpar el seno de Alicia. Quería tender los brazos hacia la sombra, pero sus brazos, pesados como el mármol, no podían desprenderse del lecho sobre el que reposaban. Intentó hablar, pero su lengua no farfulló sino sílabas confusas.

Nancy, después de haber dejado la rosa en la mesa de noche, se arrodilló junto a la cama y puso la cabeza contra el pecho de Alicia, escuchó su respiración y contó los latidos de su corazón; la mejilla fría de la sombra causaba a la muchacha, espantada ante aquel examen silencioso, la sensación de un trozo de hielo.

La aparición se levantó, dirigió una mirada dolorosa a la joven y, contando los pétalos de la rosa que se habían seguido desprendiendo, dijo:

—No queda más que uno.

Luego el sueño había interpuesto su gasa negra entre la sombra y la durmiente, y todo se había confundido en la noche.

¿El alma de su madre venía a avisarla y a buscarla? ¿Qué significaba aquella

misteriosa frase pronunciada por la sombra: «No queda más que uno»? ¿Esa pálida rosa deshojada era el símbolo de su vida? Aquel extraño sueño con sus dulces terrores y su encanto pavoroso, aquel espectro bellísimo vestido de muselina que contaba pétalos de flor absorbían la imaginación de la joven, una nube de melancolía flotaba en su bella frente, e indefinibles presentimientos la rozaban con sus negras alas.

¿Acaso la rama de naranjo que agitaba sobre ella sus flores no tenía también un sentido fúnebre? ¿Las pequeñas y virginales estrellas no se abrirían bajo su velo de novia? Entristecida y pensativa, Alicia retiró de sus labios la flor que mordisqueaba; la flor estaba amarilla y ya marchita...

La hora de la visita de Paul d'Aspremont se acercaba. *Miss Ward* se sobrepuso de su postración, serenó su cara, onduló con los dedos los bucles de sus cabellos, arregló los pliegues arrugados de su chal de gasa, y volvió a coger el libro para disimular.

Paul entró, y *miss Ward* le recibió con una gran sonrisa, pues no quería que se alarmara de encontrarla acostada, porque sabía que no hubiera dejado de considerarse la causa de su enfermedad. La escena que acababa de tener con el conde Altavilla daba a Paul una fisonomía irritada y huraña que movió a Vicè a hacer el signo conjurador, pero la sonrisa afectuosa de Alicia dispuso inmediatamente las sombras.

—Espero que no estés enferma de cuidado —dijo a *miss Ward* sentándose junto a ella.

—¡Oh! no es nada, solamente un poco de cansancio; ayer sopló el siroco, y el viento de África me abruma; pero ya verás qué bien me encontraré en nuestra casa de Lincolnshire. Ahora que estoy fuerte, remaremos juntos en el estanque.

Al decir estas palabras no pudo contener del todo una tosecilla convulsiva.

D'Aspremont palideció y desvió los ojos.

El silencio reinó durante unos minutos en la habitación.

—Paul, nunca te he dado nada —dijo Alicia quitándose del dedo una sortija de oro muy sencilla—; toma este anillo y llévalo como recuerdo mío; seguramente podrás ponértelo, porque tienes manos de mujer. ¡Adiós! me siento fatigada y quisiera intentar dormir; ven a verme mañana.

Paul se retiró desconsolado. Los esfuerzos de Alicia por ocultar su dolencia habían sido inútiles. Amaba locamente a *miss Ward*, ¡y la estaba matando! La sortija que acababa de darle, ¿no era acaso un anillo de compromiso para la otra vida?

Vagó por la ribera medio enloquecido, pensando en huir, en ir a encerrarse en un convento de trapenses y esperar allí la muerte sentado en su ataúd, sin levantar jamás la capucha de su hábito. Se consideraba un ingrato y un cobarde por no sacrificar su amor y abusar de ese modo del heroísmo de Alicia: porque ella no ignoraba nada, sabía que era un *jettatore*, como afirmaba el conde Altavilla y, llena de angelical piedad, ¡no le rechazaba!

«Sí», se decía, «ese napolitano, ese guapo conde que ella desprecia, está realmente enamorado. Su pasión avergüenza a la mía: por salvar a Alicia, no teme

desafiarme, provocarme, a mí, un *jettatore*, es decir, un ser tan temible para él como un demonio. Mientras me hablaba, jugaba con sus amuletos, y la mirada del famoso duelista que ha matado a tres hombres, ¡se desviaba ante la mía!».

Al volver al hotel de Roma, Paul escribió varias cartas, hizo un testamento en el que dejaba a *miss* Alicia Ward todo lo que poseía, salvo un legado para Paddy, y tomó las disposiciones que corresponden a un caballero que va a tener un duelo a muerte al día siguiente.

Abrió los estuches de palisandro donde guardaba sus armas en compartimentos forrados de sarga verde, sacó espadas, pistolas, cuchillos de caza, y encontró por fin dos estiletes corsos exactamente iguales, que había comprado para regalar a unos amigos.

Eran dos hojas de puro acero, anchas junto al mango, cortantes por ambos lados hacia la punta, damasquinadas, curiosamente terribles y engastadas con esmero. Paul eligió también tres pañuelos e hizo un paquete con todo.

Luego avisó a Scazziga para que estuviera dispuesto al amanecer para una excursión al campo.

—¡Oh! —dijo, echándose en la cama completamente vestido—. ¡Dios quiera que el combate sea fatal para mí! Si tuviera la suerte de resultar muerto... ¡Alicia viviría!

XIII

Pompeya, la ciudad muerta, nunca se despierta por la mañana como las ciudades vivas, y aunque haya levantado a medias la sábana de ceniza que la cubre desde hace tantos siglos, incluso cuando la noche desaparece, permanece dormida sobre su capa fúnebre.

Los turistas de todas las naciones que la visitan durante el día están a esa hora acostados en su cama, molidos del cansancio que producen las excursiones, y la aurora, cuando se levanta sobre las ruinas de la ciudad-momia, no ilumina ni un solo rostro humano. Unicamente los lagartos, agitando la cola, trepan por los muros, se introducen por las grietas de los mosaicos, sin preocuparse por el *cave canem* inscrito en el umbral de las casas desiertas, y saludan alegremente los primeros rayos del sol. Son los habitantes que han sucedido a los ciudadanos antiguos, y parece que Pompeya haya sido exhumada por ellos.

Es un extraño espectáculo ver a la luz azulada y rosa de la mañana el cadáver de

la ciudad sorprendida en medio de sus placeres, de sus trabajos y de su civilización, y que no ha padecido la lenta disolución de las ruinas ordinarias; involuntariamente se piensa que los propietarios de aquellas casas, conservadas en sus menores detalles, van a salir de sus viviendas con sus trajes griegos o romanos; que los carros, cuyas huellas se aprecian sobre las losas, van a ponerse a rodar; que los bebedores se disponen a entrar en los termopolios que aún tienen la marca de las tazas impresas en el mármol del mostrador. Se avanza como en un sueño en medio del pasado; en las esquinas de las calles puede leerse en letras rojas el cartel del espectáculo del día, pero de un día que pasó hace más de diecisiete siglos. A la claridad naciente del alba, las bailarinas pintadas en las paredes parecen agitar sus crótalos y con la punta de su blanco pie levantar, como entre una espuma rosa, el borde de su túnica, pensando sin duda que los faroles se encienden para las orgías del triclinio; las Venus, los Sátiros, las figuras heroicas o grotescas, animadas por la luz, intentan reemplazar a los habitantes desaparecidos, y hacer de la ciudad muerta una población pintada. Las sombras se estremecen a lo largo de las paredes, y la mente puede, durante unos minutos, entregarse a la ilusión de una fantasmagoría antigua. Pero aquel día, con gran espanto de los lagartos, la serenidad matinal de Pompeya fue turbada por un extraño visitante: un coche se detuvo a la entrada de la vía de las Tumbas; Paul bajó de él y se dirigió a pie hacia el lugar de la cita.

Había llegado antes de la hora y, aunque debiera estar preocupado por algo muy distinto que la arqueología, no podía evitar, mientras andaba, advertir mil pequeños detalles que no hubiera visto en una situación normal. Los sentidos que ya no vigila el alma, y que actúan por su cuenta, poseen a veces una singular lucidez. Los condenados a muerte, al ir al suplicio, se fijan en una florecita entre las grietas del pavimento, un número en el botón de un uniforme, una falta de ortografía en un rótulo, o cualquier otra cosa pueril, que toma para ellos una importancia enorme. Paul d'Aspremont pasó ante la villa de Diomedes, el sepulcro de Mammia, los hemiciclos funerarios, la puerta antigua de la ciudad, las casas y las tiendas que bordean la vía Consular, casi sin poner en ellos los ojos, y sin embargo las imágenes vivas y llenas de color de aquellos monumentos llegaban a su cerebro con perfecta nitidez. Lo veía todo: las columnas acanaladas, guarnecidas hasta media altura de estuco rojo o amarillo, las pinturas al fresco y las inscripciones de los muros; un anuncio de alquiler en letras rojas se había grabado tan profundamente en su memoria, que sus labios repetían mecánicamente las palabras latinas sin importarle su sentido.

¿Era el pensamiento del duelo lo que absorbía a Paul hasta ese punto? En absoluto, ni siquiera pensaba en ello; su mente estaba en otra parte: en el salón de Richmond. Entregaba al comodoro su carta de recomendación, y *miss* Ward le miraba a hurtadillas; llevaba un vestido blanco, y unas flores de jazmín sembraban de estrellas sus cabellos. ¡Qué bella, joven y sana estaba... entonces!

Los baños antiguos están al final de la vía Consular, cerca de la calle de la Fortuna; d'Aspremont no tuvo dificultad en encontrarlos. Entró en la sala abovedada,

a la que rodeaba una hilera de nichos formados por Atlas de terracota, que sostenían un arquitrabe adornado con niños y follaje. Los revestimientos de mármol, los mosaicos, las trébedes de bronce han desaparecido. Ya no queda del antiguo esplendor sino los Atlas de arcilla y unas paredes desnudas como las de un sepulcro; una luz difusa procedente de una ventanita redonda que corta el azul del cielo se desliza temblando sobre las losas rotas del suelo.

Era allí a donde las mujeres de Pompeya iban, después del baño, a secar sus bellos cuerpos húmedos, a componer sus peinados, a ponerse sus túnicas y a sonreír en el cobre bruñido de los espejos. Una escena muy diferente iba a transcurrir ahora, y correría la sangre por el mismo suelo donde antaño se derramaban los perfumes.

Unos instantes después, apareció el conde Altavilla: llevaba en la mano un estuche de pistolas, y bajo el brazo dos espadas, porque no podía creer que las condiciones propuestas por Paul d'Aspremont fueran en serio; no había visto en ellas sino una burla mefistofélica, un sarcasmo infernal.

—¿Para qué son esas pistolas y esas espadas, conde? —dijo Paul al ver aquella colección de armas—. ¿No habíamos decidido otro modo de combate?

—Sin duda; pero pensé que seguramente cambiaría usted de opinión; nadie se ha batido jamás de esa forma.

—Aunque nuestra habilidad fuera la misma, mi posición me da demasiadas ventajas sobre usted —respondió Paul con amarga sonrisa—; no quiero aprovecharme de ellas. Mire los estiletes que he traído; examínelos; son exactamente iguales; y aquí hay unos pañuelos para vendarnos los ojos. Observe, son de tela gruesa, y *mi mirada* no podrá traspasarla.

El conde Altavilla hizo un gesto de asentimiento.

—No tenemos testigos —dijo Paul—, y uno de nosotros no va a salir vivo de esta bóveda. Escribamos cada uno una nota declarando la lealtad del duelo; el vencedor la pondrá sobre el pecho del muerto.

—¡Buena precaución! —contestó con una sonrisa el napolitano trazando varias líneas en una hoja del cuaderno de notas de Paul, el cual hizo otro tanto.

Una vez hecho esto, los adversarios se quitaron las chaquetas, se vendaron los ojos, se armaron con los estiletes, y agarraron cada uno por un extremo el pañuelo, terrible lazo de unión entre sus odios.

—¿Está preparado? —dijo d'Aspremont al conde Altavilla.

—Sí —respondió el napolitano con voz perfectamente serena.

Don Felipe Altavilla era de una valentía probada, no temía en el mundo más que a la *jettatura*, y aquel combate a ciegas, que hubiera hecho temblar de espanto a cualquier otro, no le producía la menor alteración; no hacía sino jugarse la vida a cara o cruz, y no tenía la desagradable impresión de ver cómo los ojos feroces de su adversario clavaban en él su amarilla mirada.

Ambos combatientes blandieron sus cuchillos, y el pañuelo que les unía en medio de espesas tinieblas se tensó fuertemente. Por un movimiento instintivo, Paul y el

conde habían echado el torso hacia atrás, único quite posible en aquel extraño duelo; sus brazos cayeron sin haber alcanzado otra cosa que el vacío.

Aquella lucha oscura, en la que ambos presentían la muerte sin verla venir, tenía un carácter horrible. Feroces y silenciosos, los dos adversarios retrocedían, daban vueltas, saltaban, a veces se rozaban, pero o no alcanzaban el blanco o se alejaban de él; sólo se oía el ruido de sus pies y el aliento jadeante de sus pechos.

Una vez Altavilla sintió que la punta de su estilete encontraba algo; se detuvo creyendo que había matado a su rival, y esperó la caída del cuerpo. ¡Pero había dado en la pared!

—¡Diablos! estaba convencido de haberle atravesado de parte a parte —dijo poniéndose otra vez en guardia.

—No hable —dijo Paul—, su voz me guía.

Y el combate siguió.

De repente los dos adversarios quedaron desatados. Sin querer Paul había cortado el pañuelo con su estilete.

—¡Tregua! —gritó el napolitano—; no podemos continuar, el pañuelo está cortado.

—¡Qué importa! Sigamos —dijo Paul.

Hubo un lúgubre silencio. Como enemigos leales, ni d'Aspremont ni el conde querían aprovecharse de las indicaciones proporcionadas por su intercambio de palabras. Dieron unos pasos para despistarse mutuamente, y empezaron a buscarse en la oscuridad.

El pie de d'Aspremont desplazó una piedrecita; ese ligero choque reveló al napolitano, que agitaba el cuchillo a ciegas, en qué sentido debía avanzar. Agachándose un poco para coger más impulso, Altavilla se abalanzó dando un salto de tigre y encontró el estilete de d'Aspremont.

Paul tocó la punta de su arma y la notó mojada... unos pasos inseguros resonaron pesadamente sobre las losas; un suspiro ahogado se dejó oír y un cuerpo cayó al suelo, produciendo un ruido seco.

Horrorizado, Paul se quitó la venda que le cubría los ojos, y vio al conde Altavilla pálido, inmóvil, tendido de espaldas y con la camisa manchada de rojo en el lugar del corazón.

¡El guapo napolitano estaba muerto!

Paul d'Aspremont puso en el pecho de Altavilla la nota que atestiguaba la lealtad del duelo, y salió de los baños antiguos más pálido a la luz del día que al claro de luna el criminal perseguido por las Erinias vengadoras en el cuadro de Prud'hon.

XIV

Hacia las dos de la tarde, un grupo de turistas ingleses, guiado por un cicerone, visitaba las ruinas de Pompeya; la tribu insular, compuesta por el padre, la madre, tres hijos mayores, dos niños y un primo, ya había recorrido con mirada glauca y fría, en la que se leía ese profundo tedio que caracteriza a la raza británica, el anfiteatro, el teatro de la tragedia y el canto, tan curiosamente yuxtapuestos; el cuartel militar, pintarrajeado de caricaturas por el ocioso cuerpo de guardia; el Foro, sorprendido en medio de una restauración, la basílica, los templos de Venus y de Júpiter, el Panteón y las tiendas que los rodean. Todos seguían en silencio en su *Murray*^[44] las explicaciones, recitadas como una retahíla, del cicerone y apenas dirigían una mirada a las columnas, los fragmentos de las estatuas, los mosaicos, los frescos y las inscripciones.

Por fin llegaron a los baños antiguos, descubiertos en 1824, como les dijo el guía. «Aquí estaban las bañeras, ahí el horno para calentar el agua, más lejos la cámara tibia»; estos detalles dados en dialecto napolitano mezclado con algunas desinencias inglesas parecían interesar escasamente a los visitantes, que ya se daban media vuelta para retirarse, cuando miss Ethelwina, la mayor de las señoritas, joven de cabellos rubios estropajosos, y piel moteada de pecas, dio dos pasos hacia atrás, medio sorprendida, medio asustada, y exclamó:

—¡Un hombre!

—Sin duda será algún obrero de las excavaciones a quien el lugar le habrá parecido propicio para echar una siesta; bajo esta bóveda hay sombra y frescor: no tenga miedo, señorita —dijo el guía empujando con el pie el cuerpo tendido en el suelo—. ¡Vamos! despierta, holgazán, y deja pasar a Sus Señorías.

El presunto durmiente no se movió.

—No es un hombre dormido, es un muerto —dijo uno de los niños que, por su baja estatura, distinguía mejor en la oscuridad el aspecto del cadáver.

El cicerone se agachó sobre el cuerpo y volvió a levantarse bruscamente, con los rasgos alterados.

—¡Un hombre asesinado! —exclamó.

—¡Oh! verdaderamente es muy desagradable encontrarse en presencia de semejantes objetos; apartaos, Ethelwina, Kitty, Bess —dijo *mistress* Bracebridge—, las jóvenes bien educadas no deben ver un espectáculo tan impropio. ¿Es que no hay policía en este país? El juez tenía que haber levantado el cuerpo.

—¡Un papel! —dijo lacónicamente el primo que era estirado, alto y no sabía qué postura adoptar como el terrateniente de Dumbidike de *La Prisión de Edimburgo* de Walter Scott.

—Efectivamente —dijo el guía cogiendo la nota que estaba sobre el pecho de Altavilla—, un papel con varias líneas escritas.

—Léalo —dijeron a coro los insulares, muertos de curiosidad.

«Que nadie investigue ni se preocupe por mi muerte. Si encuentran esta nota sobre mi herida, habré sucumbido en un duelo leal.

»Firmado FELIPE, conde de ALTAVILLA».

—Era un hombre honorable; ¡qué lástima! —suspiró mistress Bracebridge, a quien había impresionado la calidad de conde del muerto.

—Y un joven apuesto —murmuró en voz baja Ethelwina, la señorita de las pecas.

—Ya no te quejarás —dijo Bess a Kitty— de la falta de emociones en los viajes: es verdad que no hemos sido asaltados por los bandoleros en el camino de Terracina a Fondi; pero un joven caballero atravesado por un estilete en las ruinas de Pompeya, es toda una aventura. Sin duda detrás de todo esto hay una rivalidad amorosa; por lo menos tendremos algo italiano, pintoresco y romántico que contar a nuestras amigas. Haré en mi álbum un dibujo de la escena, y tú le añadirás estancias misteriosas al estilo de Byron.

—Es igual —dijo el guía—, el golpe está bien dado, de abajo arriba, según las reglas; no hay nada que decir.

Esa fue la oración fúnebre del conde Altavilla.

Varios obreros, avisados por el cicerone, fueron a buscar a la justicia, y el cuerpo del pobre Altavilla fue llevado a su palacio, cerca de Salerno.

En cuanto a Paul d'Aspremont, había llegado a su carruaje, con los ojos abiertos como un sonámbulo y sin ver nada. Era como una estatua andante.

Aunque había experimentado a la vista del cadáver ese horror religioso que inspira la muerte, no se sentía culpable, y el remordimiento no entraba en absoluto en su desesperación. Provocado de modo que no podía negarse, sólo había aceptado aquel duelo con la esperanza de abandonar una vida que le resultaba odiosa. Dotado de una mirada funesta, había querido un combate a ciegas para que sólo la fatalidad fuera responsable. Su mano ni siquiera había atacado; ¡su enemigo se había arrojado sobre su arma! Compadecía al conde Altavilla como si no hubiera tenido nada que ver con su muerte.

«Ha sido mi estilete el que le ha matado», se decía, «pero si le hubiera mirado en un baile, una lámpara de araña se hubiera desprendido del techo y le hubiera abierto la cabeza. Soy inocente como el rayo, como el alud, como el manzanillo, como todas las fuerzas destructivas e inconscientes. Jamás mi voluntad fue malvada, mi corazón está lleno de amor y benevolencia, pero sé que soy dañino. El rayo no sabe que mata; yo, hombre, criatura inteligente, ¿acaso no tengo un severo deber que cumplir respecto a mí mismo? Debo citarme a mi propio tribunal e interrogarme. ¿Puedo quedarme en este mundo donde no provoco más que desgracias? ¿Dios me condenaría si me matara por amor a mis semejantes? Pregunta terrible y profunda que

no me atrevo a responder; me parece que, en la posición en que me encuentro, la muerte voluntaria es disculpable. Pero ¿y si me equivocara? durante la eternidad, estaría privado de la vista de Alicia, a la que entonces podría mirar sin hacer daño, porque los ojos del alma no tienen el *fascino*. Es un riesgo que no quiero correr».

Una idea súbita atravesó el cerebro del desdichado *jettatore* e interrumpió su monólogo interior. Sus músculos se relajaron; la inmutable serenidad que sigue a las grandes resoluciones desarrugó su pálida frente: había tomado una decisión suprema.

«Sed condenados, ojos míos, puesto que sois asesinos; pero, antes de cerraros para siempre, saturaos de luz, contemplad el sol, el cielo azul, el mar inmenso, las cadenas azuladas de las montañas, los verdes árboles, los horizontes indefinidos, las columnatas de los palacios, la cabaña del pescador, las islas lejanas del golfo, la vela blanca que roza el acantilado, el Vesubio, con su penacho de humo; mirad, para recordarlos, todos los aspectos maravillosos que no veréis más; estudiad cada forma y cada color, celebrad una última fiesta. Sólo por hoy, funestos o no, podéis deteneros sobre todo; ¡embriagaos del espléndido espectáculo de la creación! Id, ved, pasead. ¡El telón va a caer entre vosotros y el decorado del universo!».

El coche, en ese momento, avanzaba por la ribera; la radiante bahía resplandecía, el cielo parecía tallado en un único zafiro; un esplendor de belleza cubría todas las cosas.

Paul dijo a Scazziga que se detuviera; bajó del carruaje, se sentó en una roca y se quedó mirando, mucho, mucho, muchísimo rato como si quisiera acaparar el infinito. Sus ojos se sumergían en el espacio y la luz, se quedaban fijos como en éxtasis, se impregnaban de reflejos, se empapaban de sol... La noche siguiente no tendría aurora para él.

Interrumpiendo aquella silenciosa contemplación, d'Aspremont subió al coche y se dirigió a casa de miss Alicia Ward.

Estaba, como la víspera, tumbada en el estrecho canapé, en la sala de la planta baja que ya hemos descrito. Paul se colocó ante ella, y esta vez no mantuvo los ojos bajos, como hacía desde que había adquirido la conciencia de su *jettatura*.

La perfecta belleza de Alicia se espiritualizaba con la enfermedad: la mujer casi había desaparecido para dejar paso al ángel: su piel era transparente, etérea, luminosa; se veía su alma a través de ella como una luz en una lámpara de alabastro. Sus ojos poseían el infinito del cielo y el destello de la estrella; apenas la vida ponía su firma en el rojo de sus labios.

Una sonrisa divina iluminó su boca, como un rayo de sol que alumbrara a una rosa, cuando vio cómo la mirada de su prometido la envolvía en una larga caricia. Creyó que Paul había ahuyentado por fin sus funestas ideas de *jettatura* y acudía alegre y confiado como en los primeros días, y tendió a d'Aspremont, que la guardó entre las suyas, su manita pálida y delgada.

—¿Ya no te doy miedo? —dijo con dulce ironía a Paul que seguía con los ojos fijos en ella.

—¡Oh! Déjame mirarte —respondió d’Aspremont en un tono extraño de voz arrodillándose junto al canapé—. ¡Déjame embriagarme de tu inefable belleza! —y contemplaba ávidamente los cabellos brillantes y negros de Alicia, su bella frente pura como un mármol griego, sus ojos de un azul oscuro como el cielo de una hermosa noche, su nariz de delicada línea, su boca en la que una lánguida sonrisa mostraba a medias las perlas de sus dientes, su cuello de cisne sinuoso y flexible, y parecía tomar nota de cada rasgo, cada detalle, cada perfección como un pintor que quisiera hacer un retrato de memoria; quería saciarse de la imagen adorada, se hacía una provisión de recuerdos, fijándose en los perfiles, examinando los contornos.

Ante aquella mirada ardiente, Alicia, fascinada y encantada, experimentaba una sensación voluptuosamente dolorosa, agradablemente mortal; su vida se exaltaba y se desvanecía; enrojecía y palidecía, se quedaba fría y ardía al instante siguiente. Un minuto más, y el alma la hubiera abandonado.

Puso su mano en los ojos de Paul, pero la mirada del joven atravesaba como una llama los dedos transparentes y débiles de Alicia.

«Ahora mis ojos no pueden apagarse, siempre la veré en mi corazón», pensó Paul mientras se levantaba.

Por la noche, después de haber asistido a la puesta de sol, la última que iba a contemplar, Paul d’Aspremont, al volver al hotel de Roma, mandó que le llevaran un infiernillo de carbón.

«¿Quiere asfixiarse?» —dijo para sus adentros Virgilio Falsacappa al entregar a Paddy lo que le pedía de parte de su amo—. «¡Es lo mejor que podría hacer, ese maldito *jettatore*!».

El prometido de Alicia abrió la ventana, contrariamente a la conjetura de Falsacappa, encendió los carbones, metió la hoja de un puñal y esperó a que el hierro se pusiera al rojo.

La fina hoja, entre las brasas incandescentes, pronto llegó al rojo blanco. Paul, como para despedirse de sí mismo, se apoyó en la chimenea frente a un espejo donde se proyectaba la claridad de un candelabro de varias velas; contempló aquella especie de espectro que era él, aquella envoltura de su pensamiento que no debía seguir viendo, con melancólica curiosidad:

«Adiós, pálido fantasma que paseo desde hace tantos años a través de la vida, forma malograda y siniestra donde la belleza se mezcla con el horror, arcilla sellada en la frente con una marca funesta, máscara convulsa de un alma dulce y tierna... Vas a desaparecer para siempre: estando vivo, te sumerjo en las tinieblas eternas, y pronto te habré olvidado como el sueño de una noche de tormenta. Por mucho que digas, miserable cuerpo, a mi inflexible voluntad: “¡Hubert, Hubert, mis pobres ojos!” no conseguirás enternecerla. ¡Vamos, manos a la obra, víctima y verdugo!».

Y se alejó de la chimenea para sentarse en el borde de la cama.

En ese momento supremo, a pesar de la firmeza de su decisión, Paul d’Aspremont se sintió desfallecer: un sudor frío bañó sus sienes; pero dominó inmediatamente

aquella vacilación puramente física y acercó a sus ojos el hierro candente.

Un dolor agudo, punzante, intolerable, estuvo a punto de arrancarle un grito; le pareció que dos chorros de plomo fundido le penetraban por las pupilas hasta el fondo del cráneo; soltó el puñal, que rodó al suelo e hizo una marca oscura en el entarimado.

Una sombra espesa, opaca, junto a la cual la noche más oscura es un día espléndido, le tapó con su velo negro; volvió la cabeza hacia la chimenea sobre la que ardían todavía las velas; no vio sino tinieblas densas, impenetrables, donde ni siquiera temblaban esas vagas claridades que los videntes perciben, con los ojos cerrados, cuando están frente a una luz. ¡El sacrificio estaba consumado!

«Ahora», dijo Paul, «noble y encantadora criatura, podré convertirme en tu marido sin ser un asesino. Ya no enfermarás heroicamente bajo mi funesta mirada: recuperarás tu preciosa salud; ¡ay! no volveré a verte, pero tu imagen celestial resplandecerá con luz inmortal en mi recuerdo; te veré con los ojos del alma, oíré tu voz más armoniosa que la música más suave, sentiré el aire desplazado por tus movimientos, notaré el crujido sedoso de tu vestido, las imperceptibles pisadas de tus zapatos, aspiraré el perfume ligero que emana de ti y te envuelve como en una atmósfera. Alguna vez dejarás tu mano entre las mías para convencerme de tu presencia, te dignarás guiar a tu pobre ciego cuando su pie titubee en su oscuro camino; le leerás a los poetas, le describirás los cuadros y las estatuas. Mediante tus palabras, le devolverás el universo desvanecido; serás su único pensamiento, su único sueño; privado de la distracción de las cosas y del deslumbramiento de la luz, su alma volará hacia ti con infatigables alas.

»No me arrepiento de nada, porque estás salvada: ¿Qué he perdido yo en realidad? El monótono espectáculo de las estaciones y los días, la visión de los decorados más o menos pintorescos donde se desarrollan los cien actos distintos de la triste comedia humana. La tierra, el cielo, las aguas, las montañas, los árboles, las flores... ¡Vanas apariencias, repeticiones inútiles, siempre las mismas formas! Cuando se tiene el amor, se posee el verdadero sol, la claridad que jamás se apaga...».

Así hablaba, en un monólogo interior, el desdichado Paul d'Aspremont enardecido de una exaltación lírica en la que a ratos se mezclaba el delirio del sufrimiento.

Poco a poco sus dolores se calmaron; cayó en ese sueño negro, hermano de la muerte y consolador como ella.

El día, al penetrar en la habitación, no le despertó. Mediodía y medianoche tendrían desde entonces, para él, el mismo color; pero las campanas que tocaban el *Angelus* con alegres tañidos zumbaban vagamente a través de su sueño y, al ser cada vez más nítidas, le sacaron de su sopor.

Levantó los párpados y, antes de que su alma dormida recordara, tuvo una sensación horrible. Sus ojos se abrían al vacío, a la negrura, a la nada, como si,

enterrado vivo, se hubiera despertado del letargo en un ataúd; pero se repuso inmediatamente. ¿Acaso no sería siempre así? ¿No pasaría, cada mañana, de las tinieblas del sueño a las tinieblas de la vigilia?

Buscó a tientas el cordón de la campanilla.

Paddy acudió.

Cuando manifestó su asombro al ver a su amo levantarse con los movimientos inseguros de un ciego:

—He cometido la imprudencia de dormir con la ventana abierta —le dijo Paul, para evitar todo tipo de explicación—, y creo que me ha afectado a la vista, pero ya pasará; condúceme a la butaca y pon a mi lado un vaso de agua fresca.

Paddy, que poseía una discreción totalmente inglesa, no hizo ninguna observación; cumplió las órdenes de su amo y se retiró.

Al quedarse solo, Paul empapó su pañuelo en el agua fría, y lo puso sobre sus ojos para aliviar el ardor causado por la quemadura.

Dejemos a Paul d'Aspremont en su dolorosa inmovilidad y ocupémonos un poco de los demás personajes de nuestra historia.

La noticia de la extraña muerte del conde Altavilla se extendió rápidamente por Nápoles y dio lugar a mil conjeturas a cual más extravagante. La habilidad del conde en la esgrima era célebre; Altavilla pasaba por ser uno de los mejores maestros de la tan temida escuela napolitana; había matado a tres hombres y herido de gravedad a cinco o seis. Su fama estaba tan arraigada en ese campo, que ya no se batía. Los duelistas le saludaban cortésmente y, aunque les mirara con malos ojos, evitaban provocarle. Si alguno de esos fanfarrones hubiera matado a Altavilla, no habría dejado de vanagloriarse de semejante victoria. Quedaba la suposición de un asesinato, que descartaba la nota encontrada sobre el pecho del muerto. En primer lugar se puso en duda la autenticidad de la escritura; pero la mano del conde fue reconocida por las personas que habían recibido de él más de cien cartas. La circunstancia de los ojos vendados, porque el cadáver seguía llevando un pañuelo atado alrededor de la cabeza, parecía inexplicable. Encontraron, aparte del estilete clavado en el pecho del conde, un segundo estilete que sin duda se le había escapado de la mano al desplomarse: pero si el combate había tenido lugar a cuchillo, ¿por qué estaban allí aquellas espadas y aquellas pistolas que claramente pertenecían al conde? El cochero declaró que había llevado a su señor a Pompeya, con orden de volverse si al cabo de una hora no aparecía.

Era un misterio.

La noticia de aquella muerte llegó rápidamente a oídos de Vicè, que se la transmitió a sir Joshua Ward. El conde, a quien inmediatamente volvió a la memoria la conversación misteriosa que Altavilla había tenido con él a propósito de Alicia, vislumbró confusamente algún intento tenebroso, alguna lucha horrible y desesperada en que d'Aspremont debía estar mezclado voluntaria o involuntariamente. En cuanto a Vicè, no dudaba en atribuir la muerte del apuesto

conde al malvado *jettatore*, y así descargaba su odio profundo. Sin embargo d'Aspremont había visitado a miss Ward a la hora acostumbrada, y nada en su actitud había demostrado la emoción de un drama terrible, pues parecía incluso más sereno que de costumbre.

Aquella muerte se le ocultó a miss Ward, cuyo estado era preocupante, sin que el médico inglés, que sir Joshua había llamado, pudiera constatar una enfermedad definida; era como una especie de desvanecimiento vital, de palpitación del alma que agita las alas para emprender el vuelo, de sofoco de pájaro bajo la máquina neumática, más que un mal real, posible de tratar por los medios normales. Era como un ángel retenido en la tierra y que tuviera nostalgia del cielo. La belleza de Alicia era tan suave, tan delicada, tan diáfana, tan inmaterial, que la vulgar atmósfera humana ya no podía ser respirable para ella; era fácil imaginarla suspendida en la luz dorada del Paraíso, y la almohada de encajes que sostenía su cabeza resplandecía como una aureola. Se parecía, en su cama, a la preciosa Virgen de Schoorel, la joya más delicada de la corona del arte gótico.

Paul d'Aspremont no fue ese día: para ocultar su sacrificio no quería aparecer con los párpados enrojecidos, pues pretendía atribuir su brusca ceguera a cualquier otra causa.

Al día siguiente, como ya no sentía dolor, subió a su calesa, guiado por su lacayo Paddy.

El coche se detuvo como siempre en la puerta del jardín. El ciego voluntario la empujó y, tanteando el terreno con el pie, avanzó por el sendero conocido. Vicè no había acudido según su costumbre al ruido de la campanilla que el resorte de la puerta ponía en movimiento. Ninguno de esos mil ruiditos alegres que son como la respiración de una casa viva llegó a los atentos oídos de Paul; un silencio lúgubre, profundo, terrorífico, reinaba en la casa, que parecía abandonada. Aquel silencio que hubiera sido siniestro, incluso para un hombre vidente, resultaba todavía más tétrico en las tinieblas que envolvían a aquel ciego tan reciente.

Las ramas que ya no veía parecían querer retenerle como brazos suplicantes e impedirle ir más lejos. Los laureles le interceptaban el paso; los rosales se le enganchaban en la ropa, las lianas le cogían por las piernas, el jardín le decía en su lengua muda:

«¡Desdichado! ¿Qué vienes a hacer aquí? ¡No salves los obstáculos que te pongo, vete!».

Pero Paul no escuchaba y, atormentado por terribles presentimientos, se abría paso entre el follaje, apartaba la vegetación, rompía las ramas y avanzaba hacia la casa.

Arañado y magullado por el hiriente ramaje, llegó al final del sendero. Una bocanada de aire puro le dio en la cara, y siguió su camino con las manos tendidas hacia adelante.

Palpó la pared y encontró la puerta a tientas.

Entró; ninguna voz amistosa le dio la bienvenida. Como no oía ningún sonido que pudiera guiarle, permaneció unos minutos dudando en el umbral. Un olor a éter y a cera en combustión, una emanación de aromas, todos los vagos perfumes de las cámaras mortuorias invadieron el olfato del ciego, que palpitaba de espanto; una idea terrible se presentó en su mente, y penetró en la estancia.

Después de algunos pasos, tropezó con algo que cayó con gran estrépito; se agachó y reconoció al tacto un candelabro de metal parecido a los de las iglesias, que sostenía un largo cirio.

Enloquecido, siguió su camino a través de la oscuridad. Le pareció oír una voz que recitaba oraciones en un susurro; dio un paso más, y sus manos encontraron el borde de una cama; se inclinó, y sus dedos temblorosos tocaron en primer lugar un cuerpo inmóvil y rígido bajo una fina túnica, luego una corona de rosas y un rostro puro y frío como el mármol.

Era Alicia tumbada en su lecho fúnebre.

—¡Muerta! —gritó Paul con un estertor ahogado—. ¡Muerta! ¡Y la he matado yo!

El comodoro, horrorizado, había visto a aquel fantasma de ojos apagados entrar tambaleándose, avanzar a tientas y tropezar con el lecho de muerte de su sobrina: lo había comprendido todo. La magnitud de aquel sacrificio inútil hizo que brotaran dos lágrimas de los ojos enrojecidos del anciano, que creía no poder llorar más.

Paul se precipitó de rodillas junto a la cama y cubrió de besos la mano helada de Alicia; los sollozos sacudían su cuerpo convulsivamente. Su dolor enterneció incluso a la feroz Vicè, que se mantenía silenciosa y sombría apoyada en la pared, velando el último sueño de su ama.

Cuando su mudo adiós hubo terminado, Paul d'Aspremont se levantó y se dirigió hacia la puerta, rígido, tieso, como un autómata movido por resortes; sus ojos abiertos y fijos, de pupilas inmóviles, tenían una expresión sobrenatural: aunque ciegos, parecía que veían. Atravesó el jardín con paso lento como el de las apariciones de mármol, salió al campo y caminó hacia adelante, apartando las piedras con el pie, tropezando a veces, aguzando el oído como para escuchar algún ruido en la lejanía, siempre avanzando.

La fuerte voz del mar sonaba cada vez más nítida; las olas, agitadas por un viento tempestuoso, rompían en la orilla con inmensos sollozos, expresión de dolores desconocidos, e hinchaban, entre la espuma, sus pechos desesperados; millones de lágrimas amargas resbalaban sobre las rocas, y las inquietas gaviotas lanzaban gritos quejumbrosos.

Paul llegó cerca de un acantilado. El estrépito de las olas, la lluvia salada que el vendaval arrancaba al mar y le daba en la cara hubieran debido advertirle del peligro; no le importó en absoluto; una extraña sonrisa crispó sus pálidos labios, y continuó su marcha siniestra, aunque sintió que el vacío estaba a punto de abrirse bajo sus pies.

Cayó; una ola monstruosa le envolvió, le revolcó unos instantes en su espiral y le engulló.

La tempestad estalló entonces con furia: las olas asaltaron la playa en apretadas filas, como guerreros que se lanzan al ataque, y despidieron a cincuenta pies de altura vahos de espuma; las nubes negras se agrietaron como las murallas del infierno, dejando ver a través de sus fisuras la ardiente hoguera de los rayos; destellos sulfurosos, cegadores, iluminaron la superficie del mar; el cráter del Vesubio enrojeció, y un penacho de humo oscuro, que el viento arrastraba, ondeó en lo alto del volcán. Las barcas amarradas entrechocaron con ruidos lúgubres, y los cordajes demasiado tensos se quejaron dolorosamente.

Pronto la lluvia cayó y sus ráfagas silbaron como flechas. Era como si el caos quisiera recuperar la naturaleza y confundir de nuevo sus elementos.

El cuerpo de Paul d'Aspremont jamás fue encontrado, aunque el comodoro mandó que se hicieran las averiguaciones oportunas.

Un ataúd de madera de ébano con cierres y asas de plata, forrado de raso acolchado, como el de miss Clarisse Harlowe, cuyos detalles recomienda con sorprendente encanto «al señor carpintero^[45]», fue embarcado a bordo de un yate, según los deseos del comodoro, y enterrado en el panteón familiar de la casa de Lincolnshire. Contenía los restos mortales de Alicia Ward, bella hasta en la muerte.

En cuanto al comodoro, un cambio notable se ha operado en su persona. Su gloriosa gordura ha desaparecido. Ya no pone ron en el té, come sin grasas, dice apenas dos palabras al día, el contraste de sus patillas blancas con su cara sonrosada ya no existe. ¡El comodoro se ha vuelto pálido!



THÉOPHILE GAUTIER (1811-1872) fue una de las figuras literarias más populares de su época. Amigo de Hugo, Nerval y Balzac, fue maestro de la generación romántica e inspirador de poetas, entre los que se encontraba Baudelaire, quién le llamó «poeta impecable, mago perfecto de las letras francesas». Su «Emaux et Camées», de 1852, se encuentra entre las obras maestras de la lírica gala. Desde muy joven, además de un especial talento para la pintura, demostró su aversión por el academicismo literario y volcó su entusiasmo sobre Villon, Rabelais y los llamados «malditos». El encuentro con Victor Hugo en 1830 determinó su vocación, hasta entonces orientada hacia las artes plásticas; en ese mismo año publicó sus «Poesías» y posteriormente sus primeras obras en prosa: «Albertus» y «les Jeunes-France» (1833) y «Mademoiselle de Maupin» (1835). Escribió novelas por entregas, artículos y críticas en distintos diarios y revistas, además de libros de viajes y relatos cortos en los que se encuentran algunas de sus más logradas páginas en prosa.

Notas

[1] Título original: «La Cafetière, conte fantastique», 1831. <<

[2] Título original: «Omphale, histoire rococo», 1834. <<

[3] Fiesta local instituida en Salency por san Medardo en el siglo v. Consistía en coronar de rosas a la muchacha más honesta, mediante un particular ceremonial. <<

[4] El fabulista Jean-Pierre Claris de Florian (1755-1794) y Antoinette du Ligier de la Garde Deshoulières (1638-1694) cultivaron cada uno a su manera el género pastoril.

<<

[5] El padre Joseph de Jouvençy (1643-1709), escritor y humanista francés que trabajó en Roma en la historia de los jesuitas y publicó en 1704 *Appendix de Diis et Heroibus poeticis*, compendio de la mitología antigua. <<

[6] Arnaud Berquin (hacia 1747-1791) escribió idilios y romances elegiacos, y también obras destinadas a la juventud. Salomón Gessner (1730-1788), poeta suizo, se hizo famoso en Europa por la publicación de dos volúmenes de *Idilios*, de inspiración bucólica y sentimental. <<

[7] Título original: «La Pipe d’opium», 1838. <<

[8] Alphonse Esquiros (1812-1876), amigo de Gautier, publicó en 1838 *El Mago*, novela de amor y de hermetismo. <<

[9] Título original: «Le Chevalier double», 1838. <<

[10] Las willis o wilis son bailarinas nocturnas en la mitología eslava y germánica. <<

[11] Título original: «Le Pied de momie», 1840. <<

[12] Baratillo. <<

[13] Witziliputzili, dios de la guerra y de la adivinación entre los aztecas, dios sanguinario al que se inmolaban víctimas. <<

[14] Ser, ciudad de Arabia, capital de un antiguo y pequeño Estado que llevaba su nombre. <<

[15] Zapatos de corcho ricamente ornamentados. <<

[16] Amenthi o Amenti designa la región oculta o el Occidente, es decir el lugar a donde las almas se dirigen después de la muerte para ser juzgadas. Comparecen ante un tribunal formado por Osiris y cuarenta y dos jueces y son pesadas según sus buenas y malas acciones. <<

[17] El *tau* es el instrumento sagrado en forma de tau griega que ciertas divinidades egipcias llevaban en la mano. El *pedum* es el cetro atribuido a la mayoría de los dioses. El *bari* místico corresponde a la embarcación que transporta el alma de los difuntos hacia Amenthi. <<

[18] Alejandro María Aguado (nacido en Sevilla en 1784 y muerto en 1842). Militar y financiero. Poseía una rica colección de cuadros. <<

[19] Título original: «Deux Acteurs pour un rôle», 1841. <<

[20] Carlos Moor, personaje de *Los bandidos*, drama de Schiller, representado en 1782. <<

[21] Título original: «Le Club des hachichins», 1846. <<

[22] Gotfried Schalken (1643-1706), pintor holandés que se especializó en la representación de los efectos que produce la luz artificial (faroles, antorchas, candelas) en el interior del lienzo. <<

[23] Joseph von Hammer publicó en 1818 una *Historia de la orden de los Asesinos*, que fue traducida al francés en 1833. <<

[24] Título original: «Arria Marcella, souvenir de Pompéi», 1852. <<

[25] Queso siciliano de leche de vaca, en forma de pera. <<

[26] José Ribera (el Españoleto) (1588-1656), vivió varios años en Nápoles, donde murió. Massimo Stazioni (1585-1656), pintor y arquitecto napolitano. Salvator Rosa (1615-1673). <<

[27] Pueblos indios de América del Norte y del Brasil. <<

[28] Título original: «Avatar», 1856. <<

[29] Victor Escousse (1813-1832), poeta y dramaturgo francés que, a consecuencia de los fracasos escénicos, se suicidó por asfixia. <<

[30] Estrofas de dos versos en la poesía hindú. <<

[31] Nave a bordo de la cual el Dux celebraba anualmente, el día de la Ascensión, la ceremonia de las bodas de Venecia con el mar.< <<

[32] Alusión a la obra de Charles Nodier, «Smarra o los demonios de la noche», en *Cuentos visionarios*, El Ojo sin Párpado, n.º 23. <<

[33] El doctor Esprit Blanche (1796-1852), alienista en cuyo establecimiento fue hospitalizado Nerval y que, en 1846, estableció su casa de salud en Passy. <<

[34] Título original: «Jettatura», 1856. <<

[35] Recuerdos, en especial antologías de textos de autores románticos, de moda entre 1820 y 1850. <<

[36] Personaje de la novela de Laurence Sterne, *La vida y las opiniones del caballero Tristram Shandy*. <<

[37] *Lucia de Lammermoor*, ópera en tres actos de Donizetti, representada por primera vez en el teatro San Carlo de Nápoles en septiembre de 1835. Se trata probablemente del aria de Lucia en el acto I de la ópera. <<

[38] Alusión al sueño de Octavien en *Arria Marcella*. <<

[39] Luigi Gordigiani (1814-1860), compositor florentino, autor de óperas, *canzonnette* y canciones populares. <<

[40] Risa burlona, ironía, sarcasmo. <<

[⁴¹] Niccolo Valetta (1738-1814), jurisconsulto italiano, profesor de derecho civil y de derecho romano. Es el autor de *Cicalata sul fascino volgarmente detto jettatura*. <<

[42] Vendedor de ostras <<

[43] Pipa oriental, de moda en la época romántica. <<

[44] *Murray*, hijo de John Murray, el editor inglés de Byron, publicó una amplia colección de «Guías del viajero». <<

[45] En la novela de Richardson, la heroína se preocupa de sus funerales y encarga al «señor fabricante de ataúdes» un féretro de ébano provisto de planchas de plata y capaz de cerrarse con llave. <<